

POR
AMOR
DE
MI
AMOR

GADEA
FITERA

NOVELA HISTÓRICA



Índice

Dedicatoria
Cita

PRIMERA PARTE

1. Columna
2. Alziz
3. Febrero de 1945
4. Tienes que elegir
5. Javier
6. Dos amores
7. Julio de 1945
8. Padre
9. Adiós
10. El tío Luis
11. Agosto
12. Canfranc-Toulon
13. En la oscuridad
14. La búsqueda de un muerto
15. Jean-Henri Quelen de La Vauguyon
16. Otra mujer
17. La chica francesa
18. La carta
19. Salvación
20. Cuéntame tu historia
21. Vuelta a casa
22. Marie-Hélène

SEGUNDA PARTE

23. Zaragoza
24. Un regalo
25. El futuro
26. El dilema
27. La boda
28. Hotel Negresco
29. Villa Leopolda
30. Doña Raquel
31. El sentido de la vida
32. La costa azul
33. La pausa
34. Transformación
35. ¿Quién eres tú?
36. La secretaria
37. Ojos verdes

38. La fiesta
39. Gaetano
40. La culpa
41. El baúl
42. Lo haré yo misma
43. Pedro

TERCERA PARTE

44. La celda
45. La verdad
46. La muerte de Alziz
47. Olvidalo, Columna
48. Una sola vez
49. Adiós
50. La sospecha
51. Olvidar el pasado
52. El Cairo
53. La misión
54. El encuentro
55. Vámonos de aquí
56. Muerte en el Nilo
57. Vuelta a casa
58. Hotel des Bains
59. La vida frente a sus ojos
60. El testamento del duque de Joyeuse
61. Georges-Antoine
62. Sola en la noche
63. Mi querida Columna
64. ¿Qué va a ser de mí?
65. La lección
66. Dos sorpresas... o tres
67. Mantendrás esta verdad

Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos

A mi madre, Laura Fitera Lamas, de quien he aprendido que la única opción es ser fuerte, que cocinar es un arte, que el amor se da sin límites, que el esfuerzo tiene recompensa, que la inteligencia y el sentido del humor son algo excepcionales, que la vida merece ser vivida siempre con alegría, que el buen gusto se educa y que ser una buena persona es lo mejor que se puede ser. Gracias por haberme enseñado todas estas cosas maravillosas y más (incluyendo tu receta del lacón con grelos), espero haber estado a la altura.

Te quiero con todo mi corazón.

«Si has de amarme que sea solamente por amor de mi amor.
No digas nunca que es por mi aspecto, mi sonrisa,
el modo de hablar o por un rasgo de carácter».

ELIZABETH BARRETT BROWNING

PRIMERA PARTE

Columna

«Te rpto para mí».

Columna leía cómo Felipe Arcea le decía aquello a Sol Alcántara, y deseaba con todas sus fuerzas ser la protagonista. En la portada de la novela de Carmen de Icaza *Vestida de tul*, aparecía el dibujo de una muchacha elegantemente vestida, ajustándose los guantes mientras se miraba al espejo. Llevaba una falda de tul blanco, larga hasta los pies y un moño a la moda.

Columna soñaba con ser como ella, con poder hacerse un vestido así en Balenciaga, Pedro Rodríguez o Asunción Bastida, en vez de cosérselo ella misma o su madre, como le habían enseñado a hacer en las clases de corte y confección a las que había tenido que asistir de forma obligada. Se imaginaba entrando en su puesta de largo en el Casino como una auténtica princesa con sus primeras galas de mujer, tímida pero a la vez expectante ante una noche que sería sin duda mágica.

Se veía bailando boleros y foxes lentos, rodeada de jóvenes apuestos que le sonreían con galantería. Pero la realidad era que las chicas modestas como ella no tenían puestas de largo, solo las de buena familia, y que se tenía que conformar con ir al cine o leer novelas románticas, donde salía ese hombre especial tan diferente a los que conocía, y que soñaba que le haría sentirse una mujer distinta.

Columna ojeaba los figurines y las revistas de moda que había sobre su cama, y trataba de copiar los vestidos que más le gustaban, aunque con regular suerte a pesar del entusiasmo que ponía. Cortaba un traje sastre y la sisa le tiraba, o las mangas incomprensiblemente no tenían el mismo largo. Había días en que se sentía amargada por su vida: harta de comer siempre col y patatas, por los piojos que se los comían, las chinches que campaban a sus anchas tras el papel de la pared, a veces incluso ratas... Lamentaba las tristes telas de que disponía para poder coserse la ropa, a lo mejor por eso sus vestidos nunca quedaban como en los figurines. Y padre... cómo echaba de menos a su padre.

Pero aun con todo lo malo, se obligaba a recordar agradecida a su hermano Alziz. Recordar cómo cada vez más a menudo les traía a casa dinero, medicinas o alimentos. Recordar que los negocios le iban bien, y rezar para que cada vez le fuesen mejor. Y en aquella época, si alguna amiga le preguntaba a qué se dedicaba Alziz, mentía y cada vez contaba una historia diferente: que estaba de portero en un hotel, de carnicero en el matadero, de chófer de un señor importante. Cualquiera cosa antes que decir la verdad: que se dedicaba al estraperlo. Esa había sido una de las muchas consecuencias desagradables de la guerra: el aumento del estraperlo, de la prostitución,

de los negocios sucios... Pero Columna se lo perdonaba todo a su hermano, al fin y al cabo era él quien cuidaba de su madre, del tío Luis y de ella. Lo que hiciese para conseguir que su situación mejorase no le importaba. Sabía que su hermano era bueno, era honesto, y que jamás haría nada realmente grave. Aunque en ocasiones dudaba...

El ahorro y la moderación eran los lemas de la posguerra, y a ellos se debían ceñir a la fuerza. Estaba prohibido mirar atrás, la cruzada, como la llamaban algunos, había terminado hacía ya varios años y aunque sus efectos todavía coleasen con fuerza, había que tratar de olvidar.

Columna tenía ya veintiún años, había cumplido con el Servicio Social, y estaba estudiando en la Escuela de Magisterio para poder ser maestra el día de mañana, y tenía un novio, Javier, que tenía unos ojos verdes que eran un sueño. Ni Laurence Oliver en *Rebeca* le parecía tan atractivo como él.

«Te rpto para mí».

Esas eran las palabras que más deseaba escuchar en el mundo. Ojalá su novio se las dijese muy pronto, y después le diese un beso apasionado e intenso, con un abrazo estrecho y los labios muy juntos... muy juntos...

Se levantó de la cama y se quitó la faja que se le estaba clavando hacía ya rato en la cintura. La tiró al suelo y la miró con aburrimiento. Todas las chicas que conocía llevaban siempre faja, incluso en verano. Una vez se había desmayado en misa por el calor. Entre la faja, las medias y el vestido con puños cerrados, todo le había empezado a dar vueltas en la cabeza, hasta que sintió el frescor del suelo en su cara y lo agradeció.

Mirándose al espejo deshizo el moño ladeado de su nuca, y peinó los rizos ondulados. Se puso el camisón amplio, de manga larga y abotonado hasta el cuello, y pensó que cuando se casase con Javier, se compraría uno de esos camisones escotados de seda que había visto en las revistas que llevaban algunas mujeres casadas.

A veces pensaba que no era feliz con Javier, y otras que había tenido mucha suerte. No era como otros chicos que igual que miraban a una, miraban a otra. Cierto que sabía que había que tener paciencia con las calaveradas de los novios, al fin y al cabo, no eran más que pequeñas travesuras juveniles. Lo importante era el amor, el compromiso, el hecho de que ya fuesen novios oficiales. De ahí al altar solo había un paso, estaba segura. Había días en que Javier hacía o decía cosas que la dejaban confundida, pero se repetía como una letanía lo aprendido en el Servicio Social: que con los novios y los maridos convenía ser un poco ciega, un poco sorda y un poco tonta.

Le dijeron que al ser mujer era más frágil, por lo que debía ser protegida por una sombra masculina más fuerte. Cuando estaba con Javier y le pasaba el brazo sobre sus hombros, notaba esa protección de la que le habían hablado y el amor fluía entre ambos. Pero Columna sentía en su interior que ella era mucho más fuerte, inteligente y segura que la mayoría de los hombres con los que había tratado y veía a diario en su entorno. Pensaba que ella, de alguna forma, también lo estaba protegiendo a él. No tenía muy claro de qué, a lo mejor de sí mismo.

El Servicio Social le había encantado. Las asignaturas de la Escuela Municipal del Hogar habían sido tan dispares e interesantes como religión, cocina, formación familiar y social, conocimientos prácticos, nacionalsindicalismo, corte y confección, floricultura, ciencia doméstica, puericultura, canto, costura o economía doméstica.

Había tenido la gran fortuna de asistir dos veces a charlas impartidas por doña Pilar Primo de Rivera, la jefa de la Sección Femenina de la Falange. Una mujer fascinante llena de clase, estilo, y con una voz que hacía que sus palabras se quedaran clavadas en tu mente a fuego vivo. La recordaba hablando de la importancia del Servicio para una mujer que quisiera convertirse el día de mañana en una buena esposa, una buena madre, incluso una buena profesional, ya que quienes quisieran obtener títulos, desempeñar oficios retribuidos o tomar parte en oposiciones, debían haber prestado primero el Servicio.

Columna era una buena estudiante, siempre lo había sido, por ello no le costó mucho estudiar con diligencia todas las materias, obteniendo numerosos galardones como premio. Lo que no soportaba eran las clases de gimnasia, aunque más que ejercicio, parecía que estaban haciendo bailes regionales. Odiaba los calzones de corte moruno ajustados que les obligaban a llevar, los odiaba porque apretaban, le rozaban en la cintura y en los muslos, y le impedían moverse con libertad. Odiaba el sudor, las risas llenas de burlas de los muchachos al verlas, el pelo pegado a la frente, empapada.

Qué orgullo sintió el día que le quitaron la chapita de esmalte rojo de la solapa, y la cambiaron por la de color azul. Había terminado el Servicio Social y aquello lo atestiguaba. Después vino un periodo extraño. Durante unos meses se preguntó qué hacer con su vida. Sabía que no tenía más que dos opciones: seguir estudiando o buscar un trabajo, y teniendo en cuenta cómo estaban las cosas en su casa, la segunda opción era la única. Había aprendido a coser, a peinar, así que podría ayudar a su familia, aunque en su fuero interno lamentaba profundamente no poder convertirse en una maestra. Pasó muchas noches en vela llorando, frustrada, pensando que su vida sería como la de su madre. Que no tendría una clase, unos niños a los que enseñar. Que tendría que trabajar en un oficio que ni le iba a gustar ni le iba a hacer feliz.

Cuando habló con su madre y su hermano y les dijo que iba a ponerse a trabajar lo antes posible, su madre asintió con la cabeza diciéndole que hacía lo correcto. Pero entonces Alziz saltó de la silla rugiendo como un loco. «¿Lo correcto? ¿Acaso eso era lo mejor para ella? ¿Acaso hacer lo correcto había servido de algo en aquella casa?».

Él quería para ella un futuro mejor que el que habían tenido tanto su madre como él. Así que le dijo que fuese eligiendo facultad porque ya se encargaría él de pagarle lo que hiciese falta. Cómo lloró Columna de felicidad, cómo se echó en sus brazos y lo abrazó con fuerza mientras le agradecía una y otra vez lo que iba a hacer. «Gracias Alziz, gracias, no te decepcionaré. Estudiaré como una loca, sacaré todo a curso por año y con buenas notas, y cuando termine me convertiré en la mejor maestra de toda Zaragoza. Y todo habrá sido gracias a ti, mi querido hermano. Gracias, gracias, gracias».

Era verdad que doña Pilar Primo de Rivera decía que la vocación estudiantil en las mujeres no debía ser ensalzada, que la excesiva camaradería entre hombres y mujeres era mala. Pero ¿qué opción le quedaba a una muchacha modesta, cuyo novio aún no le había pedido matrimonio? Así que entró en la Escuela de Magisterio sintiéndose muy afortunada de poder estudiar para tener un futuro mejor.

Columna recordaba su primer día de clase como un sueño. Al entrar en el gran *hall* le había sorprendido la cantidad de gente que circulaba arriba y abajo, todos con sus bolsas y libros bajo

el brazo caminando con aspecto de estar muy atareados. ¡Qué mayores e importantes le parecieron! Entró en el aula donde iban a dar la charla de bienvenida a los de primer curso, y se sentó en segunda fila mirando a su alrededor embobada. Cuántos chicos y chicas allí sentados juntos.

Entonces se abrió la puerta y entró Sonsoles. Había oído hablar de las chicas topolino, pero nunca en su vida había visto una en persona. Llevaba esos extravagantes y caros zapatos cuyo nombre provenía del coche italiano, con una enorme suela en forma de cuña. Se echó a reír disimuladamente al verlos, ya que su madre siempre los había llamado zapatos de coja por su aspecto un poco ortopédico. Pero lo que realmente hizo que toda la clase se girase a mirarla no fueron los zapatos, que atentaban contra la discreción y el ahorro, ni el pelo rubio platino que llevaba suelto sobre los hombros como una especie de Verónica Lake, en vez del preceptivo moño a la moda. Tampoco por su traje sastre maravilloso o sus gafas negras de sol. Lo que realmente causó sensación fue que entró fumando en el aula.

La chica había entrado en la clase con un cigarrillo rubio colgando de sus labios, pintados de rojo. Algunos chicos no pudieron evitar silbar con admiración, y Columna deseó poder despertar esa clase de admiración en tantos hombres a la vez. Era como una estrella de cine, no podías apartar la mirada de ella.

Con el paso del tiempo se conocieron mejor, aunque nunca llegaron a ser buenas amigas, pues era demasiada la diferencia social que había entre ellas. ¿Qué podían tener en común más allá de que estudiaban lo mismo? Sonsoles se las daba de moderna, pero en el fondo era muy snob. Una chica mimada y consentida que gastaba el dinero como bebía martinis, a raudales. Fumaba para atraer la atención de los hombres, para que le dijese galanterías. Le gustaba ser siempre el centro de la atención. Ensayaba delante del espejo las miradas de la Dietrich, cargadas de afectación.

Columna la miraba asombrada. Sonsoles era la única persona que había conocido a la que realmente le importaban un comino las convenciones sociales que imperaban. Teniendo en cuenta que en aquel entonces estaba mal visto que las mujeres fumasen, llevasen atuendos extravagantes, riesen a carcajadas y hablasen como los chicos, Sonsoles batía récords en todas esas cuestiones.

Se hicieron amigas porque Columna le ayudaba con los estudios, y la otra a cambio le conseguía los últimos figurines de moda. Aunque pronto se dio cuenta Columna de que en realidad aquella chica topolino asistía a la Escuela de Magisterio como pretexto para salir de casa, lucir sus nuevos modelos y encontrar un buen novio. Trabajar era algo tan alejado de su mente como volver a ser morena. Gracias a Sonsoles aprendió a bailar el swing y el bugui-bugui, probó su primer cigarrillo, un Philip Morris, y su primer vermú con ginebra (y ambos le parecieron repugnantes, aunque se cuidó mucho de decirlo para no parecer pueblerina).

Columna cambió, se volvió más coqueta y modificó su lenguaje. Las cosas eran formidables o un tostón. Les decía a sus amigas que no hiciesen el ganso, que aquella película era bestial o que las croquetas estaban potables. Continuó hablando así hasta que su madre un día le dio un coscorrón en la cabeza, y le dijo que hablase bien y que como se le ocurriese teñirse el pelo o fumar, la iba a llevar a bofetada limpia hasta el Pilar, donde le metería la cabeza en la pila de agua bendita y de ahí la llevaría a rastras al convento de clausura. Así se acabaría tanta tontería.

«¿Es que no lo ves, hija mía? —le decía su madre—, me hablas de esa amiga tuya, esa Sonsoles, y no te das cuenta de lo que dices. Esa es una pérdida, una cualquiera. No, no me lo

niegues. Sé que los tiempos han cambiado, pero una mujer que va vestida como ella por la calle, que se deja invitar como lo hace, da pie a que los hombres esperen favores de ella. ¿Es eso lo que tú quieres en la vida? ¿Convertirte en una buscona? No reniegues, y deja ya de llorar. Su padre negocia permisos de importación, o lo que es lo mismo, es un estraperlista. Pero por mucho que se vista en los mejores sastres, fume los mejores puros, y tenga chófer y limpiabotas, era y es un don nadie. No quiero que te juntes con nuevos ricos, con arribistas, con gente sin escrúpulos. ¿Y su madre? ¿Te crees que no sé quién es su madre? Se pasea con el abrigo de astracán cuando va a ver las revistas de Celia Gámez o a jugar al pinacle con las amigas, pero esa es otra cualquiera sin educación. Porque si la tuviese no habría permitido que su hija se pasease con ese pelo y esos zapatos. Y no hablemos de sus hijos... ¿qué clase de nombres son Chus y Polito?, fardando con sus coches y sus motos, alardeando de que no se dejan cazar por ninguna chica. ¿Comprendes que lo que me cuentas admirada de esa familia no es más que carne de escarnio público? No les envidio ni su dinero ni su posición si deben ir acompañadas de ese comportamiento. Y si piensas que alguna vez voy a cambiar de opinión, ¡antes se derrumbarán los pilares de la iglesia!».

Columna pensó que su madre no tenía razón, y que olvidaba muy oportunamente que ellas también vivían, aunque mucho peor, de los tejemanajes de su hermano. Pero, tras pensarlo detenidamente, cambió de idea. Su madre tenía razón. Ella no era ni sería nunca como Sonsoles. Jamás tendría su dinero, su estilo, su clase, pero estaba segura de que sería alguien en la vida. Ella era rubia y con curvas, y Columna era morena y muy delgada, de hecho su tío Luis a veces la llamaba «mi gitanilla». Sonsoles llevaba una vida agitada y sin medida, pero ella en el fondo no la envidiaba, no era de esas chicas malas y chismosas. Aunque reconocía que sí había una cosa que envidiaba de Sonsoles: su vestidor.

«Te rapto para mí».

Volvió a leer Columna ya metida en la cama, tapada con las dos mantas y a la luz de la lamparita que había sobre su mesilla. Decidió que esa noche iba a soñar con su boda con Javier, y apagó la luz.

Alziz

Para Alziz la vida en Zaragoza era agotadora porque, como todos los jóvenes a su edad, se la quería beber de golpe. Cuando terminó la Guerra Civil tenía diecinueve años, y jamás se le ocurrió reprocharse el no haber luchado en ella. Alto, fuerte, con el pelo castaño y recio como las crines de un caballo, que le decía su madre, no había zagala en la ciudad que no girase la cabeza a su paso. No podría decir a cuántas invitó a un café, a cuántas llevó al cine, con cuántas paseó por la orilla del Ebro o besó en oscuros callejones bajo la mortecina luz de las farolas de gas. Pero tras la guerra, fue como si el mundo se hubiese parado de repente y la alegría de vivir hubiese emigrado a un país más cálido.

En 1939 el hambre era la mayor fuente de angustia para todos. La miseria era el pan nuestro de cada día, y si caías enfermo, lo más probable era que murieses, incluso sin necesidad de caer enfermo. Se racionaba todo, desde la comida hasta el agua o la luz, y era casi imposible encontrar un trabajo, mucho más si a quien se lo pedía conocía la historia de su padre.

Durante mucho tiempo Alziz vivió con el miedo a que una noche llamasen a la puerta de casa, y se lo llevasen detenido por el mero hecho de ser el hijo de quien era. Ciertamente que durante la contienda nunca se significó en público políticamente, que procuró ser muy discreto en sus opiniones, pues tampoco las tenía, y era un chico avisado y previsor que no tenía muy claro cuál iba a ser el final de todo aquello. Lo único que sí sabía era que debía cuidar de que a su madre, a su hermana y a su tío Luis no les ocurriese nada malo.

Pero tenía miedo, las posguerras son épocas extrañas y peligrosas en las que nadie se encuentra a salvo. Sabía que hay gente que, aunque no le hayas metido el dedo en el ojo, les parece que les escuece, y deciden denunciarte por cualquier motivo, o, lo más a menudo, sin motivo alguno. Conforme los meses pasaban y la gente en Zaragoza olvidaba que no hacía mucho se habían saludado por la calle con el puño en alto, comenzó a hacer algunos trapicheos. Se acordaba mucho de su padre y en ocasiones pensaba qué le estaría pareciendo su comportamiento, y si se sentiría orgulloso de él. No podía estar seguro. Tampoco él se sentía muy orgulloso de sí mismo, aunque estaba haciendo lo que le había pedido: cuidar de la familia.

El estraperlo se convirtió de la noche a la mañana en la forma de conseguir todo aquello que era imposible de encontrar, bien fuese pan, tabaco o combustible. Hizo todo lo posible para que nunca tuviesen que acabar comiendo en uno de los comedores locales de Auxilio Social. Llevado por el recuerdo de su padre, jamás robó absolutamente nada, porque una cosa era trapichear, y

otra muy diferente robar. La diferencia podía ser sutil a veces, pero para él y para muchos otros estaba clara.

Veía a su madre y a Columna de pie durante horas cargadas con las cestas vacías mientras hacían interminables colas, con los cupones de racionamiento en la mano a la espera de un poco de arroz, aceite, azúcar, jabón o medicamentos para los frecuentes dolores de articulaciones de su madre, y sentía pena y ternura por ellas. Se enojaba cuando volvían del mercado enfadadas y la leche cada día estaba más aguada, o habían trucado el peso de la balanza. Las miraba intercambiar las pocas sábanas de hilo bordadas que tenía guardadas su madre de su ajuar de novia por unos huevos, un saco de cereales o una liebre que alguien había cazado furtivamente, y se lamentaba por no poder hacer más por ellas. Pero gracias al tabaco, la fortuna le sonrió.

El hermano de un compañero del colegio, que vivía en Madrid, había ideado un sistema que les funcionó de perlas a los dos hermanos y a Alziz durante un tiempo. El madrileño cogía el tren de camino a Zaragoza una vez cada quince días, y a su paso por la estación de Cariñena, lanzaba un saco por la ventanilla en el que había varios paquetes de tabaco que Alziz recogía, y que después vendía o intercambiaba junto a su compañero. A su llegada a la estación de Campo Sepulcro en Zaragoza, el de Madrid bajaba, se tomaba un café con su hermano, y este le entregaba su parte de las ganancias de las semanas anteriores. Después, volvía a subirse al tren y regresaba a Madrid hasta el próximo viaje.

Alziz nunca preguntó de dónde salían aquellas sacas, pues no quería saber la respuesta en el caso de que alguien llegase a preguntarle alguna vez por ellas. Gracias a aquellas finas hebras oscuras y olorosas, en su casa no se murieron de hambre, ni de frío, ni de ninguna enfermedad, y eso era lo único que importaba.

El primer problema serio vino cuando a su compañero de colegio lo detuvieron. Lo cogieron con cuatro paquetes de tabaco y le pusieron una multa que no pudo pagar. Como no pudieron embargarle nada en compensación a la multa, se lo acabaron llevando a un campo de trabajo. Alziz supo que lo habían detenido tras una denuncia anónima, y empezó a temer que antes o después también le acabaría pasando a él.

Estuvo casi una semana encerrado en casa lleno de miedo y desesperación, tratando de buscar una salida a toda aquella situación. Pensándolo años después se sintió muy ridículo, como si la mayor parte de la ciudad no estuviese como él, desesperada por comer y vivir. Pero una mañana tuvo una idea que astutamente revistió de epifanía por conveniencia política. Se alistaría en la Falange y marcharía de divisionario a Rusia. Muchos de sus amigos lo habían hecho ya.

Cuando se lo dijo a su madre y a su hermana lo miraron horrorizadas. Su madre pensó que estaba traicionando a su padre y a su memoria, y trató por todos los medios de convencerle de no afiliarse. Alziz se mantuvo firme, aquello era sin duda lo mejor, la solución a todos sus males. ¿Es que no podían entender que su sacrificio era por un bien mayor? Los que marchaban a luchar con la División Azul tenían doble sueldo, por un lado, el mismo que los alemanes, y por el otro, el mismo que pagaban en España a los que se alistaban en la Legión. Ellas se beneficiarían de un subsidio, de una cartilla de racionamiento doble, y en caso de que falleciese, les quedaba una pensión. Tendrían un dinero todos los meses, podrían seguir pagando los estudios de Columna.

Pero sobre todo, y lo más importante, es que nadie iría a buscarlas una noche para llevarlas a una oscura cárcel y hacerles pagar por lo de su padre, pues todos en la Falange creerían su historia: que al padre lo habían fusilado por traidor, al negarse a combatir más con los

republicanos. Sin duda, era la mejor forma de limpiar su nombre, de borrar cualquier antecedente familiar.

Así que una mañana se encontró vestido con la camisa azul de la Falange y la boina roja carlista, entonando el «Cara al sol» mientras saludaba con el brazo en alto y la mano extendida. Nunca pensó si hacía bien o mal, solo que estaba haciendo lo mejor para su familia. Y que padre lo habría aprobado, por el bien de todos.

Desde que se afilió, las cosas cambiaron completamente, fue como si un halo de Providencia Divina los hubiese protegido con su manto. El tío Luis encontró trabajo en el mercado, a madre le pagaban de vez en cuando por ir a peinar a las vecinas a sus casas, y Columna había terminado el Servicio Social e iba para maestra. Para él también fue un cambio importante. Se olvidó del estraperlo, de los chanchullos y los trueques, y se puso a esperar a que le llamaran para marchar al frente ruso. En ningún momento pensó en lo que se iba a encontrar, porque si hubiese sabido lo que iba a ver, tanta sangre derramada, tanto dolor, se habría fugado en el acto a Francia. Pero, en aquel momento, vivía en una bendita ignorancia de lo que significaba de verdad una guerra.

Mientras esperaba, gozó de Zaragoza como nunca. ¡Qué tiempos aquellos! Disfrutaba viendo cómo le miraban las chicas cuando paseaba de uniforme por el paseo Independencia, las risitas llenas de nervios que escuchaba, los roces accidentales de un brazo o una pierna en los cafés. No lo dudó ni un instante, se bebió Zaragoza hasta la última gota.

Y después, un día lo llamaron para incorporarse a su unidad. Recibió una carta del Gobierno Militar, en la que se le convocaba la semana siguiente a presentarse en la Academia Militar de Zaragoza. Se despidió de su familia plenamente convencido de que volvería a verles muy pronto. Más adelante, recordaría que aquella sensación desapareció en cuanto pisó suelo ruso. Sabía que debería haber muerto en Leningrado o en los bosques de Posselok, en la orilla sur del lago Ladoga, donde luchó no para matar rusos, sino para sobrevivir a los cuarenta grados bajo cero.

Estando allí, recordaba cuando iba con su padre de excursión a Benasque, y veía la nieve y las montañas, el cielo limpio y claro, y el viento que azotaba sus caras mientras jugaban a deslizarse por la nieve. No recordaba haber sentido frío. Pero en Posselok había sido como si estuviese totalmente desnudo en medio de la nada.

Estuvo diez días en la Academia Militar, donde recibió una breve instrucción, demasiado breve sobre todo para él que jamás había empuñado un fusil. Alziz era de los pocos que no tenía experiencia en la guerra, ya que casi todos sus compañeros habían luchado en el frente y eran soldados más o menos curtidos. Aquellos fueron días duros para él, pues le parecía que sus compañeros se habían deshumanizado completamente. Esa no era la idea que él tenía en la cabeza sobre los veteranos de guerra, o incluso sobre la guerra en sí. Sabía que eran gente dura pero no así, no con ese desprecio por todo, con esos ojos que parecían taladrarte al mirarte, con esos chistes groseros sobre la muerte, como si fuese una vieja puta. La guerra contada por ellos se convertía en una burla, una historia asquerosa.

Tras la instrucción, el general Muñoz Grandes, jefe de la división, les arengó sobre la grandeza de la gesta que iban a realizar al marchar a la guerra europea, sobre los valientes soldados españoles que partían a tierras lejanas a terminar con la amenaza bolchevique. Las palabras del general enardecieron su corazón, haciéndolo sentir como un héroe.

En Hendaya fue donde vio por primera vez soldados alemanes y banderas del Tercer Reich. Se quedó fuertemente impresionado, tal era el aspecto de fuerza y eficacia que daban. Era

imposible dudar de que no pudiesen ganar esa guerra o cualquier otra guerra. Parecían los amos del mundo, y no había duda de que aplastarían la amenaza bolchevique sin problemas. Con aquellos uniformes impolutos, las botas brillantes, las caras envueltas en una máscara pétrea. Eran tanques humanos.

Fue precisamente en Hendaya donde conoció al que se acabaría convirtiendo en su gran amigo, el soldado Luis García Berlanga. A él le confió sus cartas por si, Dios no lo quisiera, no salía con vida de aquella maldita guerra. Con Luis trabó ese tipo de amistad eterna que se fragua en el campo de batalla, o en un bar a altas horas de la mañana. Era un joven alto y delgado, muy culto, que tras un tiempo le confesó que estaba allí por las mismas razones que él.

Su padre había sido, al parecer, un diputado del Partido Republicano Radical, y estaba condenado a muerte. La marcha del hijo al frente con la División Azul había conseguido conmutar la pena por la de cárcel, pero había también algo más. Una noche en que apareció con una botella de licor, que había robado no se sabía de dónde, confesó borracho que se había alistado también por una mujer.

Habló de su familia, llena de políticos, de su padre que había huido a Tánger y lo habían apresado, de su madre implorándole que se marchase a Rusia, por su padre, por la familia. Contó que todas las mañanas al levantarse su primer pensamiento había sido para Rosario Mendoza, la mujer que selló su destino al decidirlo a alistarse en la división para impresionarla. La misma mujer que no solo jamás respondió a sus cartas, sino que acabó de novia con su mejor amigo.

A diferencia de Alziz, Luis era un hombre de libros y poemas, con la cabeza llena de ideas. Juntos partieron de Hendaya en un largo viaje, durante el que atravesaron la Francia ocupada y después Alsacia y Lorena hasta llegar a Estrasburgo. La División Azul estaba destinada en el frente oriental. A Alziz le tocó el tercer batallón del 263º regimiento, que estaba integrado prácticamente por aragoneses, de hecho lo llamaban el batallón de los maños. Los enviaron al sitio de Leningrado.

Luis le contó en sus cartas que a él lo destinaron a Kritivischchi, cerca de su posición, donde casi todos los días debía subirse a un enorme depósito de agua, desde donde vigilar a los rusos con unos prismáticos. No los tenía muy lejos, pues estaban justo al otro lado del río Wolchov, a unos quinientos metros. Escribía en aquellas cartas que se aburría mortalmente allá arriba, aun a pesar de la incertidumbre de saber que en cualquier momento podían atacar. Durante más de un año no vio nada de interés, y bromeó diciendo que había echado de menos no haber cursado estudios de ornitología, pues lo más interesante que veía eran los pájaros, y no muchos. Contaba también que los milagros existen, pues uno de los pocos días que no tuvo que subirse a aquella torre, los rusos la derribaron a cañonazos. Después de aquello se perdieron de vista hasta que volvieron a encontrarse por casualidad en Toulon, y tras los abrazos y el café de rigor para ponerse al día, Alziz le entregó la que entonces no podía saber que iba a ser la última carta a su familia.

Febrero de 1945

En Zaragoza hacía muchísimo frío. A principios de febrero de 1945, la nieve había caído cuajando sobre los tejados, las aceras, y los capós de los coches. Aquella tarde, Columna entró temblando en el café donde había quedado con algunos amigos y compañeros de la Escuela de Magisterio a tomar café. En una mesa ve a Mariano y Elisa, que son hermanos, a Alfonso y Nati, vecinos en el mismo edificio, y a Javier, su novio. No es la primera vez que quedan todos juntos. Ya han salido muchas tardes a dar un paseo, o al cine, o dar una vuelta en el coche del padre de Alfonso. Columna les sonrío y se quita la bufanda, los guantes y el gorro, pero se deja puesto el abrigo porque todavía no ha entrado en calor.

—¡Camarero, tres solos, dos con leche y un vaso de agua!

—Mariano, por favor, no grites, que seguro que el camarero no es sordo —dice Elisa.

—Tu hermano es que nació con una bocina en la garganta.

—Sí, Columna, sí, en casa me lleva frita, todo el día dando voces.

El camarero les llevó los cafés a la mesa, derramando un poco de las tazas al servirlos con brusquedad.

—Madre mía, cómo quema... y sabe aún peor. Qué ganas tengo ya de tomar un café decente... Pero ¡chicas, mirad! Por ahí va la Chata.

—Esa se queda para vestir santos, y si no al tiempo. Siempre encerrada en casa, rodeada de libros, más sola que la una. Es más rara que las monjas.

—Callad, tontas, no os metáis con ella, se le murió el novio en la guerra y ha decidido guardarle memoria. No se casará nunca. Merece nuestra admiración y respeto.

—Aunque no se le hubiese muerto el novio, seguro que al final no se casaba con ella. Esa nació con vocación de solterona. No por fea, que también, sino por su carácter. Es... no sé... ¿demasiado sarcástica?

—A los hombres no nos gustan las mujeres con complejos, o complejas, son incómodas.

—Pero un hombre con complejos merece toda nuestra atención, ¿verdad, chicas? Ya nos encargaremos nosotras de consolarle... Jajaja.

—Yo lo que no soporto es el aburrimiento. No me gusta estar con una mujer huraña o triste, pero aún es peor cuando me aburro.

—Pero ¿cuándo has estado tú a solas con una mujer, Alfonso?

—¡Ya le gustaría! Jajaja.

Alfonso está cansado de las burlas constantes sobre su soltería. Lleva años enamorado de su vecina Nati, a la que observa con disimulo cada vez que tiene ocasión, bien sea subiendo las escaleras hasta su casa, caminando hacia el autobús que los llevará a la escuela, sorbiendo el café caliente o riendo con una broma. Le encanta cuando ríe, pero no se atreve a confesarle el amor que siente hacia ella y le quema el pecho. Se ve indigno, pequeño, feo. Y ella siempre a la moda, siempre bella, rodeada de pretendientes a los que no hace ni caso, incluido él, claro... Agacha la cabeza y disimula su rabia encendiendo un cigarrillo, mientras señala al otro lado del cristal a una muchacha a lo lejos.

—¿Esa que pasa al fondo de la plaza, no es Herminia? Estaba de novia con Juanito, ¿no? Ya deberían haberse casado...

—¡Ese no se casa porque no quiere, y ella porque no puede!

—¡Si es que lo que os hace falta a todas es un buen marido que os meta en vereda!

—Entonces, ¿qué pasa con las que eligen no casarse?

—Javier, la mujer tiene dos destinos: o monja o casada, ya lo dice Pilar Primo de Rivera. No hay que alejarla de sus tareas primordiales, las de madre y esposa.

—¡Cómo habla esa mujer! Cada vez que escucho sus discursos, o las pocas veces que ha venido a vernos al Servicio Social, me siento de nuevo como una colegiala. ¿Cuántas veces te lo digo, hermano?

—Sí, te pones muy pesada, la verdad.

—¡Calla, tonto!

Mariano quiere con locura a su hermana Elisa. La encuentra encantadora, divertida, guapa, educada. Se pregunta por qué no tiene novio, cuando debería tener una cola en la puerta de casa suplicando una cita. Es verdad que le sobran unos quilos, que no para de comer, pero ese cuerpo redondo él lo encuentra muy armónico. Él tampoco tiene novia, y aunque durante un tiempo se planteó decirle algo a Nati, sabe que Alfonso no se lo perdonaría jamás. No entiende por qué su amigo no se decide de una vez a confesar su amor, ¡si hasta el bedel de la escuela lo sabe! Lo mira meneando la cabeza, mientras lo escucha contar cómo le gustan a él las mujeres.

—Yo lo que le pido a una mujer es que sea dulce, complaciente, suave, amable y sonriente. Y que cocine, si es posible, como mi madre.

—Alfonsito, tú no la encuentras ni con lupa.

—¿Por qué dices eso, Javier? Soy tan buen partido como el que más.

—Lo digo por el bigotito ese que te has dejado, que cada vez te pareces más a Serrano Suñer.

—Ni con tres bigotes se le parecería... ¡qué hombre!

—No te creas, Nati, que yo estoy muy ocupado...

—¿Ocupado con quién? ¿Con las artistas que ves en las películas? ¿O con la vecina del segundo, que no le quitas ojo?

—¿La morena del segundo, esa que siempre va tan pintada? No sé ni de quién me hablas...

Nati siente celos de la vecina del segundo. No sabe si Alfonso la mira porque le gusta o por ponerla celosa, pero lo cierto es que ha cambiado. Ya no la mira como antes, no insiste en acompañarla a todas partes con la excusa de que no vaya sola, para que no le pase nada. Lo ve distraído, pensativo, y se pregunta si ya no la quiere. Porque si de una cosa estaba segura Nati es de que Alfonso la quería. ¿Y ella? A veces cree que sí, y otras piensa que puede encontrar a otro

mejor. Pero, en el fondo, no se engaña, si él le pidiese una cita, le diría que sí. Lo ve fumando tranquilo, mirando por el cristal, y le gustaría correr a abrazarlo.

—Oye, hablando de artistas, ¿habéis visto la última de Sarita Montiel? Se llama *Empezó en boda*, y sale también Fernando Fernán Gómez, ¡qué gracioso es ese hombre!

—¡Sí! Qué risas en el cine, con tanta familia en la casa. ¡Daban una pena los pobres recién casados!

—Aquí mucho hablar de actores, pero nos desviamos de lo importante: Rita Hayworth.

—¡Olé, Mariano! Menuda mujer de bandera.

—Por esa me afeitaba yo el bigote.

—Y yo me hacía de la Falange.

—De la Falange tenías que haberte hecho hace tiempo, Javier. Te habrían dado un poco de mano dura y disciplina, y así ahora no dirías las tonterías que dices.

—¿Tonterías? Claro, algunos no llevan bien que se piense de forma diferente...

—Pero ¿qué te pasa, Javier?

—Nada, Columna, déjame.

—Si tantas ganas tienes de luchar, haberte ido a la guerra europea, como Alziz.

—Por cierto, ¿sabes algo de tu hermano?

Elisa lleva tantos años enamorada de Alziz, que ha perdido la cuenta de las veces que ha preguntado por él, que le ha puesto un cirio a la Virgen del Pilar pidiendo por él, que le ha cosido una manta, un paño, una camisa, y se los ha dado a su hermana para que se los envíe. Ha perdido la cuenta de las noches en vela, de las veces que ha recordado aquella tarde en la que él le dio un beso de despedida antes de marchar. Porque Alziz la besó, eso lo recuerda como una marca a fuego en sus labios. Pero él no le escribe, ni le manda recuerdos en las cartas que envía a Columna. Y mientras, su hermano preocupado porque no tiene novio... ¿Cómo decirle que no quiere a nadie más que a Alziz? Pero escuchar a Columna hablar de su hermano era casi como tenerlo a él delante, y eso la consuela un poco.

—Justo ayer recibimos una carta. Cuenta bien poco, la verdad, ni siquiera sé en qué lugar de Rusia está luchando. Imagino que no podrá decir mucho, por si interceptan lo que nos escribe...

—¿En Rusia? ¿Pero la División Azul no se fue de allí hace tiempo?

—Sí, pero luego unos cuantos se quedaron a luchar con los alemanes.

—Pues podían haber vuelto aquí en lugar de jugar a los nazis, y echarse al monte para variar.

—¡Pero qué dices, Javier! ¿Estás loco?

—No mires tanto a tu alrededor, Elisa, tranquila, que nadie nos oye.

—Mi hermana tiene razón, Javier, ten cuidado con lo que dices. Los tiempos no andan para bromas. Nosotros te queremos, pero alguien que te escuche puede no apreciarte tanto, e ir con el chisme a la policía. Y, si te soy sincero, me tienes hasta la coronilla de tanta queja. La guerra terminó y los rojos perdieron. Y punto. Perdisteis. Acéptalo ya de una vez. Las cosas te irían mucho mejor si hubieses hecho como Alziz, como Alfonso y como yo, y te hubieses alistado en la Falange. Si seguimos viéndote es por el cariño que te tenemos tras tanto tiempo de amistad. Pero el que juega con fuego...

—Mil perdones, caballeros y señoritas. Olvidaba que, con el nuevo régimen, uno no puede protestar. Ni quejarse, por supuesto. A fin de cuentas, no nos falta de nada, ¿no?

—Javier, no me encuentro bien, si eres tan amable acompáñame fuera, creo que me voy a casa.

Se pusieron todos en pie y se despidieron de Columna y Javier, mientras estos se ponían abrigos, bufandas y gorros. Salieron a la calle y el cierzo los azotó con furia. Hacía mucho frío, por lo que apretaron el paso.

Tienes que elegir

—¿Pero qué te pasa, hombre? Llevas unas semanas que no hay quién te aguante, siempre quejándote por todo. Ya sé que una novia debe ser paciente y comprender a su novio, pero cada día me cuesta más hacerlo.

—No lo entenderías...

—Inténtalo. Cuéntame qué es lo que te aflige el pecho. ¡Pero, por Dios, cambia de una vez esa actitud! Mariano te ha hablado con mucha sensatez, la guerra acabó hace años, acepta lo sucedido y sigue adelante. Mírame a mí, ¿acaso no soy el perfecto ejemplo? Recuerda lo sucedido con mi padre...

—Lo sé, Columna, lo sé, y no creas que no te admiro por ello. Pero tú parece llevarlo con tanta... no sé... ¿resignación? ¿calma? Pareces mucho mayor de los años que tienes, con esa mirada inquisitiva y ceñuda, y los ojos negros que a veces parece que son capaces de adivinar mis pensamientos.

—¿Calma? Qué poco me conoces... En ocasiones rabio tanto por dentro que cogería un cuchillo y mataría a todos los que nos insultaron a mi madre y a mí cuando padre murió. Pero tengo que pensar en ella, en mi familia, en el tío Luis, que cada día tose más, e intenta hacerlo a escondidas para que no nos demos cuenta de que está enfermo. Como si por la noche no despertase a medio barrio... Calma, dices... Javier, tengo un hermano en el frente por el que todos los días rezo a mi Virgen del Pilar, para que vuelva pronto, para que vuelva sano. Y cuando te escucho despotricar contra los nazis, contra Franco, contra la guerra, entiendo que hablas desde el dolor. Dolor por haber perdido a tu padre como lo perdiste, pena por haber perdido la contienda, frustración por no poder seguir luchando, y miedo de que un día vengan a detenerte por tus palabras. Pero, Javier, debes mirar hacia delante o no podremos tener un futuro juntos, porque llevarás el pasado atado al cuello como una pesada sogá, que tirará de ti hacia atrás y acabará separándonos.

—Pero, Columna, ¿no ves que estoy desesperado por hacer algo? Me llegan noticias, sé que no todo está perdido. El jefe del Partido Comunista de España exiliado en Francia, Jesús Monzón, está organizando la Resistencia y agrupando a todos los veteranos de la Guerra Civil. Se está barajando la posibilidad de atravesar los Pirineos e iniciar un nuevo levantamiento. ¿Sabes lo que eso supondría para mí?

—Javier, no me lo cuentes, ¡no quiero saber nada!

—Pero, Columna, ¡no me lo invento! Quieren instalar un Gobierno provisional republicano aquí, en España. ¡Volver a la lucha!

—¡Que no me cuentes nada! No quiero saber nada de esos chismes, no quiero saber quién es el que te está llenando la cabeza de cuentos. Mírame, Javier, ¡mírame! Eso no va a funcionar, no va a haber una insurrección popular que apoye algo así. Piensa, por favor. La gente está agotada, hay desabastecimiento de casi todo, vivimos con cartillas de racionamiento y el miedo a las represalias. No hay fuerzas para otra guerra, no las hay...

—Pero ahí es precisamente donde te equivocas, Columna. Estoy convencido de que, en el caso de llevarse a cabo los planes de Monzón, la gran mayoría de los que ahora dicen ser falangistas o adeptos a Franco, correrían a las filas de la UNE.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Volver a luchar?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por tu padre?

—Sí. Siento que se lo debo, que alguien tiene que honrar su memoria.

—Entonces, ¿te vas a ir?

—No es tan sencillo, Columna, no lo sé...

—Sí que lo es, es muy sencillo. ¿Te vas a echar al monte o no? Porque si te vas de Zaragoza, si te echas al monte a vivir y luchar con las guerrillas antifranquistas, lo nuestro se acabó. Perdí un padre, no sé si voy a perder un hermano, y no estoy dispuesta a vestir santos esperando a un novio. Así que elige, tu guerra o yo.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio, Javier. Y no me mientas, no me digas que no lo tienes ya pensado, que no lo tienes ya decidido en el fondo de tu corazón. Sé que has estado en contacto con soldados huidos... Te pasas el día dándole vueltas a la cabeza, estás despistado, malhumorado, y yo no puedo seguir en estas condiciones. Así que elige. Y me odio a mí misma por decirte esto, pues una mujer jamás debería decirle esto a un hombre, jamás debería declararse. Pero no puedo más... Yo me estoy labrando un futuro con mis estudios, tú, en este momento, no estudias nada, y haces pequeños trabajos aquí y allá con lo que ganas unas míseras perras. Javier, olvida esos locos planes, quédate conmigo. Buscaremos un trabajo digno para ti; sé que ahora es difícil, pero eres joven, y estoy segura de que dentro de poco todo irá mejor.

—Columna, no me presiones, no me obligues a elegir, que igual te llevas una sorpresa. Sé que me quieres y que quieres casarte conmigo, o si no, ¿por qué estamos juntos ya desde hace casi un año? Así que no me vengas con amenazas que sé que nada valen. Te acompaño a casa y mañana, cuando te hayas calmado, volvemos a hablar. Y te digo una cosa, si me quieres harás lo que yo te diga. Yo sé lo que es mejor para los dos... Si vas a estar conmigo, será como se dice en la iglesia, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, ¡y a lo mejor también en el salón y en el monte!

—A ver si el que se va a llevar una sorpresa eres tú... Yo no voy a echarme al monte, jamás en la vida. ¡Ya puedes ir olvidándote de eso! No pienso obedecer a alguien que claramente ha perdido la cabeza. Quererte no es suficiente, lo que me estás pidiendo es lo mismo que un suicidio, y yo por ahí no paso, ¡ni pasaré! Te lo repito por última vez, Javier, elige ahora mismo qué quieres en la vida. Si casarte conmigo, formar una familia, tener un trabajo digno y vivir felizmente, o echarte al monte a luchar con los maquis y volver a Zaragoza en un ataúd.

—¿Es que no me quieres?

—¿Qué tiene que ver aquí el amor? ¿Acaso has pensado tú en mí, en medio de todos esos sueños de lucha y gloria? ¿Has pensado en la vida que me darías, en la vida que tendrían nuestros hijos? No, eso no lo has pensado, ¿verdad? Tú solo has pensado en la parte que más te gusta, esa en la que agarras un fusil y te unes a los perdedores, en la vana esperanza de reconquistar lo que ya perdisteis.

—Columna, te escucho y no te reconozco...

—Pues has estado un año conmigo. ¿Qué creías que estábamos haciendo? ¿Pelar la pava y nada más? Te he hablado de la guerra que viví, del inmenso sufrimiento que fue la muerte de mi padre, en aquellas circunstancias, con todo lo que nos acarreó... Te hablé de mi sueño de acabar el Servicio Social y después entrar en la Escuela de Magisterio. Quiero ser maestra, quiero enseñar, y sé que lo haría muy bien. Después de tanto sufrimiento, ahora parece que el cielo es por fin azul y que las nubes se fueron. Estoy estudiando para tener un sueldo que me permita mantener con dignidad a mi madre y a mi tío, hasta que Alziz vuelva. Dejar de ser tan pobres como ahora somos, que mi madre no tenga que ir peinando por las casas, que mi tío pueda tener mejores medicinas. Me preguntas si te quiero... Claro que te quiero, pero la cuestión aquí es ¿cuánto me quieres tú?

—Mucho.

—Pero no lo suficiente, ¿verdad?

—Columna, no hagas esto, podemos hablar mañana con más calma...

—Responde.

—Columna, por favor...

—¡Te he dicho que me respondas!

—No.

—¿No qué?

—No lo suficiente.

—Entonces no tenemos nada más que decirnos. Considera desde este mismo momento que ya no somos novios, ni amigos. No quiero volver a hablar contigo, ni verte, así que no vuelvas a casa a buscarme, ni a recogerme a las escaleras de la escuela. Te devolveré los regalos que me has hecho y ahí se acabará todo, para siempre.

—Pero no es necesario, de verdad. Tenemos amigos en común, y...

—Pues tendrán que elegir con quién salen, y creo que los dos sabemos a quién elegirán. Pero ya veo que lo que más te afecta en esta situación son los amigos... eso me consuela, acabo de tomar la decisión acertada.

—¡No digas eso, por favor! ¡Estoy desesperado! Columna, sabes que te quiero... Esto no es lo que me gustaría para nosotros, entiéndeme, por favor. Un hombre no puede renunciar a sus ideales, no puede olvidarse de todo lo que ha aprendido.

—Pero un hombre inteligente evoluciona, y tú no eres ese hombre. Ahora déjame, ya hemos llegado a mi casa. Nos despedimos aquí. Espero que te vaya bien.

—Pero no seas tan fría... ¿Quién eres tú? ¿Por qué me haces esto?

—Esto, como tú lo llamas, te lo estás haciendo tú solito. Javier, te deseo lo mejor, espero que, decidas lo que decidas, seas feliz. Y que si te lanzas a la vida en el monte, al margen de la

sociedad, que no te pase nada malo. Pero déjame que yo rehaga mi vida. Cuanto antes empiece a llorar, antes dejaré de hacerlo. Adiós, Javier.

Columna llamó al sereno. Mientras cogía la propina que la chica le tendía, el hombre comprendió que estaba en medio de una riña de enamorados. La cara seria de ella, el ánimo perturbado de él no dejaban lugar a dudas. Se marchó discretamente de allí, girándose de vez en cuando a comprobar que todo marchase bien, no quería problemas esa noche.

Columna entró en su casa y caminó hasta su habitación como si no ocurriese nada, mientras se quitaba los guantes, la bufanda y el pañuelo que llevaba anudado en la cabeza. Al cerrar la puerta de su cuarto, comenzó a llorar de forma desconsolada. Aferradas aún las manos al bolso, se sintió desfallecer mientras poco a poco iba cayendo al suelo apoyada en la pared. El mundo se acababa de hundir bajo sus pies, y su corazón había dejado de latir. Nada podía haber peor que aquello. Nada.

¿Había obrado con sensatez o se había precipitado? ¿Podría de verdad vivir sin Javier? Pensó que igual el orgullo y la ira la habían perdido...

Ojalá su hermano estuviese allí con ella, él sabría cómo consolarla. Ojalá volviese pronto con ellos. Ojalá supiese algo de él.

Javier

Javier nunca lo tuvo fácil, y a pesar de eso, eligió ser un soñador.

El pequeño de ocho hermanos, pertenecía a una familia que aunque no era pobre, tampoco era rica. Vivían en un piso grande y luminoso con cuatro habitaciones: una para sus padres, una para las chicas y dos para los chicos, con una gran terraza desde la que se divisaba media Zaragoza y llena de plantas que su madre regaba cuidadosamente, como jazmines o geranios. Tenía un buen recuerdo de su infancia en una casa bulliciosa donde siempre había alguien correteando, haciendo ruido o estudiando. Aunque todo había cambiado con la guerra, y se preguntaba si su vida habría sido la misma si no hubiese conocido al padre Estella.

Cuando comenzó la contienda, él tenía solo trece años. Su padre era jefe de Correos, con carné número 1.457 del Partido Republicano Aragonés, y en su casa se hablaba casi todo el tiempo de política. Lo recordaba sentado a la mesa durante el desayuno removiendo el café, mientras se sonaba la nariz con un pañuelo blanco y hablaba de las elecciones, o de la CEDA, o de la CNT. Y a su madre riéndolo por andar con discursos ya de buena mañana: «Déjanos al menos desayunar en paz, por favor».

La política fue algo indisoluble de la vida de Javier, como ser maño, o creer en la Virgen del Pilar, a la que tanta devoción profesaba su madre. Porque eso sí, puede que su padre fuese de izquierdas, pero en aquella casa a los santos se les respetaba. Las pocas veces que su padre había dormido por la noche en el sofá, había sido siempre tras una discusión por estas cuestiones, aunque al final claudicaba, ya que amaba con todo su corazón a su mujer. Así que, como tantos otros entonces, había decidido que se podía creer en Dios y en Stalin, por bien de la paz conyugal y para dormir caliente, e iba a misa todos los domingos con su esposa y sus hijos.

Cuando la derecha triunfó en las elecciones de 1933, su padre, en pleno arrebató de furia, tiró una silla por el balcón, lo que casi causa una tragedia al caerle a doña Anselma a un palmo de su perrita Lulú. «Hay demasiada crisis, hijo mío —decía su padre con el semblante triste—, este desbarajuste no nos traerá más que desgracias. Y encima ahora que votan las mujeres, ¿qué es lo que hemos ganado con eso? ¿Ser más modernos? ¡No! ¡De nuevo el triunfo de la derecha! Que no me escuche tu madre, pero es que no se les debió dejar votar nunca, a esa panda de santurronas ignorantes... Todo el día en la iglesia, ¿a quién van a votar? ¿A Carrillo? Este es el error más grave que ha cometido la República, pensar que todos somos iguales. Lo seremos, que no digo que no, como doctores tiene la Iglesia. Pero de ahí a votar todos hay un abismo, digo yo. Pero no somos iguales hijo, no lo somos, y tu madre menos».

Pero al cabo de unos días entró su padre en casa hecho un vendaval de alegría y sonrisas. «Los anarquistas, Javier, los anarquistas nos han salvado. No han aceptado los resultados de las pasadas elecciones, y llaman a la insurrección. Por fin alguien con un par de cojones. Se va a instalar el Comité Nacional Revolucionario aquí, en Zaragoza, y el propio Buenaventura Durruti lo dirigirá. Han convocado además una huelga general. Les vamos a dar estopa a los de la CEDA, vaya si lo vamos a hacer».

Y mientras su padre le hablaba exaltado y feliz, Javier veía cómo su madre dejaba la labor en el regazo y lo miraba presa de la ansiedad y la preocupación. Porque su madre andaba siempre con el corazón encogido en el pecho, pensando que en cualquier momento a su marido le iba a pasar algo. Y no le faltaba razón, al final algo le pasó.

Alcalá-Zamora encargó entonces la formación del Gobierno al Partido Radical. «¿Veis, hijos míos?, nuestro presidente sabe lo que se hace. Es absurdo dejar que la CEDA, un partido de derechas, gobierne la República, por mucho que hayan ganado las elecciones. Lo dicho, a cierta gente no se le debería dejar votar... Pero no me miréis así, y tú, mujer, calla, las elecciones no siempre las ganan quien deben ganarlas, y en ese caso es menester poner las cosas en su sitio».

Javier escuchaba a su padre perorar sobre la crisis económica, sobre el paro que cada vez era más alto, sobre la bancarrota en el sector de la construcción, sobre la escasa industria de la región. Lo vio desesperarse cuando Lerroux dimitió, cuando se disolvieron las cortes, y alegrarse inmensamente cuando Alcalá-Zamora convocó nuevas elecciones para febrero del treinta y seis.

Fue entonces cuando el padre de Javier inició una intensa campaña, en pro de la coalición de partidos de izquierda que se presentaba a las elecciones: el Frente Popular. Ayudó como voluntario en la organización del congreso nacional de la CNT en el Iris Park de Zaragoza. Lo escuchaba contar, con voz febril por la emoción, los discursos que habían pronunciado Largo Caballero, José Díaz o Santiago Carrillo. Incluso se desplazó a Caspe, donde se celebró el congreso por la autonomía aragonesa. Volvió relatando con orgullo cómo había podido estrecharle la mano a Gaspar Torrente, cómo se habían aprobado las bases del futuro estatuto de autonomía. «Hijos míos, si todo va como debiera, vamos a ganar estas elecciones. Aragón tendrá autonomía y veremos a los falangistas y a los de la CEDA pasear por las calles llorando».

Cuando el Frente Popular ganó las elecciones, Javier pensó que a su padre le iba a dar un infarto, tantos fueron los gritos, los aplausos y los vítores que pronunció. No había hombre más feliz en toda la ciudad. Descorchó una botella de buen vino de Cariñena y le pidió a su madre que hiciese capón asado para cenar, como en Navidad. Mostraba con orgullo su carné del partido a todo aquel que quisiera verlo, invitaba a copas en el bar para brindar por la victoria, y entraba en casa con el aire del hombre que ha conquistado la montaña más alta. «Recordad este día, hijos míos, pues pasará a la historia. El Frente Popular ha vencido y en buena lid. Y por mucho que las voces envidiosas susurren que no ha sido una victoria legítima, no les hagáis caso. Vencimos y España sigue siendo republicana, y lo seguirá siendo por muchos años, así que brindad conmigo, hijos míos, ¡por la República!».

La casa era un oasis de alegría, con su padre lleno de orgullo. Todos respiraban la felicidad que impregnaba el ambiente, salvo su madre, que seguía mirando a su marido llena de aprensión, mientras vaticinaba en voz baja que algo malo iba a acabar ocurriendo. El día que clausuraron el local de la Falange en Zaragoza y metieron en la cárcel a todos sus dirigentes, Javier escuchó como su madre le decía a la vecina mientras tendían la ropa, que los tiempos iban a cambiar. «Los

fascistas nunca han sido de conformarse, Herminia. No me preguntes por qué, pero huelo en el aire tormenta. No me refiero a que vaya a llover, mujer, me refiero a que hay algo que no me deja estar tranquila. Tengo en la cabeza que va a haber una nueva revolución, que los de la CEDA no se van a conformar con estos resultados, y si no al tiempo...».

La mañana que leyó en el periódico la noticia del asesinato de Calvo Sotelo, su padre comentó que no era una gran pérdida, al fin y al cabo Renovación Española era un partido tan despreciable como todos los demás de derechas. Pero la madre de Javier se puso a llorar. «La guerra, esto va a ser la guerra, ya no hay marcha atrás. Hijos míos, no hagáis caso a vuestro padre, se ha vuelto loco. Un asesinato no trae más que desgracias. Esto no va a quedar así. Rogad a Dios y a la Virgen para que nos amparen, y para que tengan misericordia de nosotros. Rezad con fuerza, hijos míos, rezad con fuerza...».

Cuatro días después, las palabras de su madre se hicieron realidad: estalló la sublevación y con ella vino la guerra. Al principio, todo el mundo pensó que la situación volvería a la normalidad pronto, pero no fue así. Durante los meses siguientes, conforme la contienda fue tomando cuerpo, su padre bramaba contra Marruecos, contra un tal Franco, contra el general Miguel Cabanellas, al mando del Gobierno Militar de Zaragoza, al que culpaba de la inacción de la ciudad contra los golpistas. Insultaba al ejército, a la Guardia Civil, a los falangistas, a los requetés y a los carlistas.

Javier y sus hermanos lo miraban asustados y corrían junto a su madre quien los abrazaba y los besaba, mientras lloraba y se sonaba los mocos con un enorme pañuelo de algodón. «Vuestro padre —decía—, hay que cuidar de vuestro padre. No sabemos qué va a ocurrir, pero no va a ser nada bueno. Vuestro padre... ¡ay, Dios mío! Por lo menos no se lo llevarán al frente con la cojera que tiene, que camina como un borracho. La Virgen me lo proteja y me lo cuide».

Un año después, ya en plena guerra, una noche su padre no volvió a casa. Aquello no había ocurrido en los veinte años que llevaba casado. Su madre enloqueció, llamó a una vecina para que se quedara con los niños, y salió desesperada con un hermano suyo a buscarlo por los hospitales y las cárceles. Lo habían detenido por la mañana en Correos, mientras trabajaba. Lo acusaban de estar afiliado al partido republicano y lo habían llevado a la cárcel de Torrero. Su madre mantuvo cierta esperanza durante unos días de que al final pudieran sacarlo de allí, ya que sabía que a la gente la estaban fusilando en los barrios de Valdespartera y Casablanca.

Pero cuando llevaba dos semanas encerrado, la madre de Javier fue a visitar a su marido y le dijeron que ya no estaba, que lo habían trasladado. Preguntó adónde y ante la ausencia de respuesta, intentó sobornar al soldado allí presente. Como este siguió sin responder, el miedo se hizo presa de ella y comprendió que algo malo había pasado. Le chilló, le imploró por la verdad, le suplicó de rodillas en el suelo mientras se agarraba a la pernera de su pantalón. Pero lo único que consiguió fue que la echasen de allí de malas maneras.

La cogieron en volandas y la tiraron en la puerta de entrada, junto a unos matorrales. Y mientras el barro le manchaba el vestido, las manos y las piernas, escuchaba llena de dolor cómo le decían que se olvidase de su marido, para siempre, y que si volvía por allí quizá ella tampoco volviese a salir nunca.

Quiso el destino que en ese momento estuviese también en la puerta el padre Estella. Tras ver lo sucedido, la ayudó a levantarse y le preguntó qué había ocurrido, mientras la veía sollozar anegada en lágrimas. «Mi marido, ¡han matado a mi marido! Esos cobardes asesinos no me lo

quieren decir, pero yo sé que lo han matado, ¡lo sé! Ay, Dios mío, ¿por qué él? ¿Por qué? Dígame padre, ¿qué vamos a hacer ahora? Ocho hijos tengo, y no sé qué les voy a decir de su padre... ¡Ayúdeme, padre, por favor, porque me estoy muriendo!».

El padre Gumersindo Estella era un fraile capuchino muy peculiar. Se tomaba su oficio en serio, tan en serio, que atendía a los reos del bando republicano cuando pocos se atrevían a hacerlo. Viendo la situación en la que se encontraba aquella pobre mujer decidió acompañarla, pero le pidió que pasaran antes por el convento porque debía coger su libreta.

Al padre Estella le pareció que la casa en la que acababa de entrar era sumamente acogedora, y que los niños, algunos ya bastante mayores, estaban muy bien educados. Estos, al ver a su madre deshecha en llanto junto al cura, intuyeron lo ocurrido. Se sentaron todos a la mesa y mientras las lágrimas se iban contagiando de uno a otro, escucharon con atención lo que aquel cura pequeño y curtido les decía, al tiempo que ojeaba una pequeña libreta de tapas marrones.

—Recuerdo perfectamente a vuestro padre, no me habría hecho falta mirar mi libreta, pero he querido traerla para no olvidarme ni un detalle. Vuestro padre... No lo vi cuando llegó a prisión, pues mi labor, por desgracia, es otra. Yo atiendo a los presos republicanos cuando por las noches los sacan de la cárcel de Torrero para llevarlos a las tapias detrás del mausoleo de Costa, en el cementerio, y allí fusilarlos. Así fue cómo lo conocí, camino de su muerte.

»En esta libreta que veis en mi mano guardo anotados los nombres de todos aquellos a los que asisto, para que ninguno se pierda, ninguno se olvide. Aquella noche me llamó el director de la cárcel a las cinco de la mañana, yo ya sabía lo que tenía que hacer. Últimamente me hacen madrugar muy a menudo...

»Cuando llegué me subí al autocar que transportaba a los reos y estuve hablando con ellos todo el camino. Muchos lloraban y no decían ni una palabra. Otros pedían confesarse. Pero vuestro padre no hizo nada de eso. Él solo quería hablarme de vosotros, de su mujer a la que amaba, de sus hijos a los que veneraba.

»Me dijo que no entendía por qué había acabado ahí, que se sentía furibundo y triste, pero que lo había acabado aceptando como parte de la guerra en la que estamos inmersos. No quería morir como un cobarde, aunque estaba muerto de miedo. Ya casi llegando me dijo “a mi mujer le gustaría que me confesara, no querría que me fuese así, en pecado”.

»Así que se confesó y, al terminar, me dijo que no creía en Dios. No me impresionó, he escuchado cosas mucho peores, pero le dije que Dios sí creía en él y que allá arriba apreciaría que hubiese querido hacer ese último acto de amor. Al llegar, lo acompañé junto a los guardias hasta la tapia, donde había un pelotón ya dispuesto. Vuestro padre no vaciló cuando se puso frente a ellos, me pidió que os dijese lo mucho que os quería a todos, que su deseo era que os convirtieseis en hombres y mujeres de provecho, y que cuidaseis de vuestra madre, tal y como habría sido su deseo hacerlo.

»Debo decir que su muerte me conmovió, ya que en el poco tiempo que nos conocimos me pareció un buen hombre, recto y valiente. Lamento tener que ser yo quien os cuente esto, pero al menos sabéis la verdad de lo sucedido, y sabéis también que vuestro padre murió en comunión con Dios y con el mundo. Está enterrado en una fosa común del cementerio, aunque no os recomiendo que vayáis hasta dentro de mucho tiempo, se ha convertido en un lugar demasiado frecuentado últimamente, sobre todo por las mañanas...

Al terminar el padre Estella de hablar, se hizo un silencio sepulcral que duró varios minutos. Javier sintió el peso del mundo sobre sus hombros. Su padre había muerto, la guerra continuaba, y no sabía cómo iban a hacer para sobrevivir. Su padre, el hombre que leía el periódico empezando por el final, que tomaba el café sin azúcar, que se ataba los cordones de los zapatos sin mirar, que escribía con la mano izquierda, que seguía fielmente al equipo de fútbol del Zaragoza, que se reía de chistes sin gracia, y le acariciaba la cabeza cada vez que pasaba a su lado, estaba muerto.

Su madre nunca se recuperó del golpe. Se fue marchitando poco a poco, sus cabellos se volvieron grises y blancos, envejeciendo de repente veinte años y convirtiéndose en una vieja cuando en realidad todavía era joven. Mantenía largas conversaciones con su padre como si todavía estuviese presente, y reñía con dureza a sus hijos si le decían que padre ya no estaba y que parecía una loca hablando sola.

Años después de haber terminado la guerra, Javier seguía sintiendo en su interior una rabia infinita que sonaba todo el tiempo como una trompeta estridente. No había olvidado ni perdonado, y creía que el hecho de que sus hermanos de alguna forma hubiesen continuado con sus vidas había sido una traición a todo lo que había representado su padre. Y cuando veía a su madre sentada en el salón, con la mirada perdida mientras con las manos ganchillaba de forma mecánica, se reafirmaba más aún en sus pensamientos. Sentía que él era el único que le honraría. Él, él era el único que se parecía a su padre, que también era zurdo, también se tomaba el café sin azúcar, y lucharía por la República aunque en ello le fuese su propia vida.

Pero cuando conoció a Columna su voluntad se quebró.

Dos amores

Columna no era una muchacha especialmente guapa, tenía más bien algo de fiero en su expresión, como si estuviera a punto de saltarte encima y arañarte. Tal vez fuese eso precisamente lo que hizo que la encontrara fascinante. Morena, delgada, con las manos y los pies muy grandes, llevaba una larga melena ondulada que se recogía casi siempre con un moño de medio lado, y en algunas ocasiones en una larga trenza. Tenía un hermano falangista luchando con la División Azul, cosa que lo contrarió bastante, pues supuso que su familia no vería con buenos ojos a un republicano e hijo de republicano para más inri.

Fue verla y enamorarse de ella. Eso que decían en las novelas de la radio sobre el flechazo, y que a él siempre le había parecido una tontería romántica, al final le había tocado a él también. Cuando la veía le dolía el pecho, le sudaban las manos, incluso tartamudeaba un poco al hablar. Qué ridículo se sentía.

La primera vez que la vio fue en las escaleras de la Escuela Municipal del Hogar, donde, al parecer, ella estaba acabando sus estudios. Iba acompañada de otras dos chicas, una bajita y regordeta, de cabellos castaños, y otra muy guapa, alta y rubia. Pero Javier solo tuvo ojos para aquella muchacha que, pizpireta, bajaba los escalones de dos en dos, mientras reía y sujetaba los apuntes bajo el brazo.

Era un martes a mediodía. No lo había olvidado ni lo olvidaría nunca.

Desde entonces, no hubo martes a mediodía que no estuviese al pie de aquellas escaleras para verla salir. Quiso la casualidad que un día la viese acompañada de Mariano, un compañero con el que jugaba de vez en cuando al fútbol, que había ido a recoger a su hermana Elisa.

Se llamaba Columna Ara, y pronto le contaron la triste historia de su padre republicano fusilado por traidor. Sintió que probablemente esa fiereza que veía en ella tenía que ver con aquel dolor. Pero para él un padre republicano era una gran noticia, por más que hubiesen perdido la guerra, por más que su hermano fuese falangista.

Poco a poco, hablando con Mariano y con su hermana, logró que le admitieran en el grupo de amigos. Al principio veía a las chicas caminar cogidas del brazo, paseo Independencia arriba y abajo. Columna lo miraba con disimulo y le sonreía con discreción, pero él se sentía volar de felicidad. Al cabo de unos meses, consiguió que Mariano los presentase, y comenzaron a verse más a menudo en el café. Así conoció a Nati, la chica con la que había visto a Columna; a Alfonso, vecino de Nati; y a Elisa, la chica regordeta, que era hermana de Mariano.

Todo cambió el día de la fiesta en casa de Alfonso. Sus padres le habían dejado la salita de estar para celebrar su cumpleaños, donde él había puesto el picú y algo de aperitivo. Llegó muy nervioso, pues su madre lo había retenido dos horas aleccionándole sobre cómo debía comportarse, mientras le planchaba de nuevo la camisa y el traje para que estuviese impecable. Nada más entrar, vio a los padres de Alfonso que, tras recibirlo, le indicaron dónde era mientras se asomaban a comprobar que todo marchase correctamente.

Allí estaba ella, preciosa, con un sencillo vestido azul. Al darle la mano para saludarla no pudo evitar quedarse mirándola fijamente, a lo que ella respondió con una risa cantarina mientras se marchaba al otro lado de la habitación. No volvió a hacerle caso en toda la tarde. No lo miró, no volvió a hablarle, y bailó animadamente con sus amigas mientras él se quería morir. Trataba de entender si había dicho o hecho algo que hubiese provocado aquella indiferencia, pero no se le ocurría más que la respuesta más lógica: aunque él se había enamorado perdidamente de ella, no tenía nada que hacer allí pues a ella él no le gustaba.

Resignado, decidió irse. Estaba ya en la puerta despidiéndose de Alfonso cuando llegó Mariano, y cogiéndolo del brazo le dijo: «No sé qué has hecho, pero Columna quiere verte. Así que mañana a las doce la recoges a la salida de la Escuela Municipal. Elisa y yo también estaremos, aunque ya procuraré distraer a la charlatana de mi hermana para que caminemos un poco más atrás, y así dejaros solos. A ver qué haces, que te estaré vigilando», y se alejó mientras se reía a carcajadas.

Nunca en su vida había estado tan nervioso. Ya en casa había roto dos vasos y casi le había prendido fuego a media cocina encendiendo el hogar. Se peinó y se vistió con tanto esmero que sus hermanos mayores le estuvieron haciendo burla durante semanas. Pero no quiso contarles nada, pues tenía miedo de que Columna no quisiese nada de él, y se quedase con tres palmos de narices. Y a ver qué les decía entonces a sus hermanos; los fracasos no son plato de buen gusto para ser compartido.

Indeciso sobre si comprar o no un ramo de flores, decidió no llevarlo para parecer un hombre más duro, más de mundo, como si aquella cita no fuese algo tan importante, como si ya hubiese tenido decenas de citas antes. Cuando la vio llegar sintió que las piernas le flaqueaban. Preciosa con un vestido blanco y rebecca verde, lo primero que hizo ella al verle fue decirle: «¿Ni siquiera me has traído una flor? Pues sí que empezamos bien». Había metido la pata, eso sí era empezar las cosas con tino. Entonces ella sonrió, y saludando a Mariano y Elisa echó a andar.

Javier no recordaba con claridad qué se dijeron aquella primera vez. Él estaba tan nervioso que, tras el fallo con el ramo, no quería parecer un patán dando respuestas inadecuadas o tópicas. Así que optó por guardar silencio la mayor parte del tiempo, con la esperanza de que a ella le pareciese un hombre misterioso e interesante. Debió de funcionar, pues hacía ya casi un año de aquello. La quería como nunca había querido a nadie, y tenía claro que había encontrado a la mujer ideal a la que convertir en su esposa. Era cabezona, es cierto, pero también inteligente y simpática, amable y hacendosa. Sabía llevar una casa, coser, planchar, cocinar, pero además estaba estudiando para labrarse un futuro y tener un trabajo con el que ganar un sueldo digno, ocupaciones todas ellas que la República veía con buenos ojos en una mujer.

A Columna sus amigas le aconsejaban durante la relación: al principio recababan información sobre él, le enseñaban cómo debía sonreírle y mirarlo siempre con discreción, le decían cómo debía darle un poco de pie para que otra no se lo pisase, pero sin llegar a parecer

una fresca. Una vez ya juntos, le dijeron que jamás debía dejarse invitar a nada, no fuese que él se pensase que podía conseguir «ciertas cosas» de ella, y, por supuesto, declararse era algo únicamente reservado a ellos. Dignidad ante todo.

Cuando llevaban varios meses paseando, él se le declaró, lo que significó que oficialmente había dejado de ser un acompañante para alcanzar categoría de novio. Pero no fue tan sencillo el que él se le declarara. Como tardaba tanto, ella le hizo entender que o espabilaba o existían otros hombres que podían adelantársele en pedirle ser su novia, y que su paciencia tenía un límite. Javier se sintió tan alarmado como extrañado al escucharla. No quería perderla, eso lo tenía claro, pero ¿qué otros hombres había pretendiéndola? Eso lo dejó confundido durante un tiempo, incluso celoso, para qué negarlo. Pero una tarde, al dejarla en la puerta de su casa, la miró a los ojos y cogiéndola de las manos le dijo que la quería. Ella le dio el beso más largo e intenso de todos cuantos se habían dado, y él se marchó a casa eufórico.

Desde entonces salían muchas veces solos. Caminaban por la calle mientras ella le agarraba el brazo, e iban al teatro o a tomar el aperitivo. Javier sabía que su relación no debía de ser muy normal, pues hablaba de ella con sus hermanos y estos le decían: «¿Os pasáis horas hablando? ¿En serio? Jajaja... Eso será porque nadie te ha enseñado para qué sirve la última fila del cine zagal... ¡Hablar! Como si eso sirviese para algo con una mujer. ¿Para qué tanta pregunta? ¿Qué quieres saber? ¿Si se riza el pelo? ¿Dónde compra el pollo? Con una mujer se sale a dar un paseo y a lucirla, a tenerla contenta con un helado y una película, y con saber si es rica o pobre, si es de buena familia y si es hacendosa, suficiente para casarse con ella. Salvo que no quieras casarte con ella, que entonces no te metes en su casa. Javier, atento, que tú ya no te libras. Ya no eres un novio de portal, de esos que como se suele decir, “El que en la calle besa, en la calle deja”. Eres un novio que sube a la casa, así que ¡espabila, que cualquier día te toca la petición de mano!».

A Javier nada de lo que sus hermanos le decían le producía una gran impresión. Ellos no tenían ni idea de la relación que tenía con Columna, de la profundidad del afecto que se profesaban, de las confesiones que se habían hecho cogidos de la mano sentados en un pretil mirando al Ebro. Él se le había declarado porque cuando le contó la historia de su padre, ella lloró con él por su desgracia. Se le había declarado porque ella tuvo el valor de contarle la historia del fusilamiento de su padre a manos de los propios republicanos, y el oprobio y horror que aquello significó en su familia. Estaban unidos por un destino fatal muy parecido, con ambos padres republicanos fusilados, dos familias rotas y mancilladas.

Columna era puro fuego. No había más que ver cómo levantaba el mentón al hablar, para saber que nadie podría con ella. Que ni la desesperación, ni los insultos, ni la muerte le harían mella. Era la determinación hecha mujer, y en aquel momento de su vida su prioridad era cuidar de su madre y su tío Luis, terminar la carrera y encontrar un trabajo con el que poder aportar algo a la precaria economía familiar.

El día que Columna le dijo a Javier que no quería volver a verlo, él se quedó pegado a la puerta de la que había sido la casa de su novia, acariciando la madera con los dedos un buen rato mientras en su interior se libraba una dura pugna. ¿Debía seguir a su corazón y abandonarlo todo por ella? ¿O debía hacer caso a su instinto, a la razón, y tirarse al monte a luchar por la República como era su deseo, y que también lo habría sido el de su padre?

Con el paso de los días, Javier seguía dudando, aunque cada vez lo tenía más claro. ¿Cómo podría llamarse hombre a sí mismo, si por una mujer renunciaba a todos sus ideales? No podría

ponerse los pantalones por las mañanas, ni caminar erguido por la calle, ni hablar con orgullo de sí mismo. Si ella lo quisiese de verdad lo entendería, le apoyaría, mantendría vivo su amor aun en la distancia.

Pero ella le dejó.

Despechado y roto de dolor, tras escribirle una carta a Columna despidiéndose de ella, contactó con la Agrupación de Guerrilleros de Levante y Aragón, la AGLA, y se lanzó al monte sin mirar atrás. A su familia no hizo falta decirles nada, pues bien lo conocían ya. El día que partió, su madre le dio un beso en la frente, lo persignó, y le pidió que de vez en cuando mandara una señal de que estaba bien. Cuando Javier llegó a Javalambre, en plena sierra turolense, y el frío le azotó la cara con fuerza, volvió a sentirse vivo y feliz.

Julio de 1945

—Tu hermano ha muerto.

—Pero, madre, ¿qué está usted diciendo?

—Lo que oyes. Santa Virgen del Pilar, ¡mi pobre Alziz!

—¿Está usted segura, madre?

—Léelo tú misma, bien claro lo dice esta carta. ¡Qué vamos a hacer!, ¡qué vamos a hacer! Mi hijo, mi Alziz...

Columna tomó con aprensión la carta que su madre le tendía.

XIX Ejército alemán

Francia

Señora doña Vicenta Castán

Zaragoza (España)

Mi estimada señora:

Con gran pesar debo comunicarle el fallecimiento el día 6 de agosto de 1944, de su querido hijo, el soldado de artillería Alziz Ara Castán (Q.E.P.D.) en el campo de batalla del sur de Francia, dentro de la campaña en la lucha contra el comunismo y sus aliados.

En acto heroico, ha dado su joven vida por salvar la de otros compañeros. Su nombre ya está inscrito con letras de oro en el cielo y en la historia. Quede usted tranquila que sus restos reposan, con gloria para él y para su familia, en el cementerio de Toulon. Le transmito de nuevo mis más sentidas condolencias por el abnegado sacrificio de su hijo.

General Ferdinand Neuling, LXII cuerpo de artillería.

—¿¡1944!?! Pero, madre, ¡esta carta tiene casi un año de antigüedad! ¡Francia! ¿Pero qué hacía Alziz allí? ¿No había marchado a luchar con la División Azul? A matar rusos dijo que iba... Un año, Santa Virgen del Pilar, un año lleva ya muerto...

—Sí, hija, sí, por eso tu hermano no respondía a nuestras cartas... Y yo que pensaba que era porque estaba luchando y no podía escribirnos, y... ¡ay, Dios mío! ¡Dios mío!

—Qué desgracia, madre, qué desgracia...

—Hay dos cartas más. Quiero que las leas porque aunque eres joven, eres fuerte, y has sacado el mismo carácter recio que tu tía Antonia, que en paz descansa. Tienes que saber la verdad de lo ocurrido, y cuando la sepas, seguir caminando por la calle con la cabeza bien alta.

Eres Columna Ara Castán, y aunque seamos pobres, tu padre fue un gran hombre, muy trabajador, y da igual lo que digan. Murió en el campo de batalla como un valiente. Y tu hermano acaba de hacer lo mismo. Lo demás no importa.

—Ah, pero... ¿a padre no lo fusilaron?, ¿no fue un traidor?

Tras mirarla unos segundos, la madre se levantó despacio, cogió el bastón, y salió de la cocina dando pequeños pasos, con una fragilidad que Columna jamás le había visto.

Miró de nuevo la primera carta que ya había leído y que aún tenía en las manos, y doblándola con cuidado, la guardó en el bolsillo de su delantal. Después cogió el sobre y vio que dentro había dos cartas más, una no era más que un par de cuartillas, y la otra abultaba bastante más.

Sacó la más delgada primero, y sentándose en una silla junto al hogar, se dispuso a leerla despacio.

Señora doña Vicenta Castán
Zaragoza (España)

Mi querida señora:

Es doloroso tener que ponerme en contacto con usted en estas circunstancias, pero he creído mi obligación hacerlo. Su amado hijo, el soldado Alziz Ara Castán, fue camarada mío en el LXII cuerpo de artillería, al mando del general Ferdinand Neuling. No lo vi morir, pues aquel día él estaba en la defensa de la ciudad de Toulon, y a mí me habían trasladado a una torreta de vigilancia en una playa cercana a La Seyne-sur-Mer. Nadie podía imaginar que el desembarco de la alianza bolchevique se produciría precisamente en aquel momento... Yo debía regresar a España la semana siguiente, imagine qué terrible casualidad la que tuvimos que vivir.

Si no le escribí antes fue para evitarle en lo posible el terrible golpe que esto iba a suponer para usted. La guerra seguía su curso y el fin parecía cada vez más cerca. Además, desde nuestra posición, resultaba casi imposible hacer llegar cualquier tipo de correspondencia a España. Ahora que por fin todo ha terminado, y que un buen amigo de la Cruz Roja ha prometido hacerle llegar estas cartas, me he decidido finalmente a comunicarle tan triste noticia.

Le envío, en primer lugar, la carta oficial en la que se le comunica el fallecimiento de Alziz. Le mando también la que creo que es la última carta que les iba a enviar. Como verá, el sobre no ha sido abierto, así que sus postreras palabras quedan custodiadas para usted. Alziz fue un gran hombre, un gran camarada. Algún día tendrá un justo y merecido homenaje. Reciba, pues, mi más sentido pésame, y mi pequeño testimonio de cómo fue en el campo de batalla ese gran soldado que fue su hijo, que en paz descansa.

Quedando a su atención, suyo afectísimo,

Soldado Luis García Berlanga
LXII cuerpo de artillería

Columna releyó la carta otra vez y la dejó sobre la mesa de madera, junto a las mondas de patatas que su madre había estado pelando, hasta que la pena la había empujado a irse de la cocina.

Primero un marido. Y ahora un hijo. ¿Habría tenido ella la fuerza y el coraje necesarios para seguir viviendo?

La segunda carta era muy gruesa, varias cuartillas escritas con una letra pequeña y revoltosa, llenas de manchas y tachones, líneas apretadas, y apurando al máximo el espacio.

Era de su hermano, tal y como anunciaba su compañero.

Mi querida Columna:

Sé que te resultará extraño que te escriba a ti y no a madre, pero hay ciertas cosas que me gustaría contarte a ti, cosas en las que llevo mucho tiempo pensando y que estoy seguro que nuestra madre no te ha contado. Pero son cosas que deberías saber, cosas sobre nuestro padre, sobre la guerra que nos tocó vivir, sobre mí. Siempre hemos estado muy unidos, el cariño que te tengo es enorme, pero tu hermano no es como tú piensas que es. Y padre tampoco lo fue...

Columna empezó a llorar.

Padre

Mi querida Columna:

Sé que te resultará extraño que te escriba a ti y no a madre, pero hay ciertas cosas que me gustaría contarte a ti, cosas en las que llevo mucho tiempo pensando y que estoy seguro que nuestra madre no te ha contado. Pero son cosas que deberías saber, cosas sobre nuestro padre, sobre la guerra que nos tocó vivir, sobre mí. Siempre hemos estado muy unidos, el cariño que te tengo es enorme, pero tu hermano no es como tú piensas que es. Y padre tampoco lo fue...

¿Por dónde empezar? Creo que lo mejor será hacerlo por el principio, así que voy a hablarte de nuestro padre y de todo lo que de verdad ocurrió. Durante la guerra tú aún eras pequeña, pero lo peor vino después, ¿verdad? Cuando paseabas por la calle con madre y la gente murmuraba a vuestro paso. Cuando los otros niños y jóvenes te gritaban que a tu padre lo habían fusilado por traidor. Cuando mirabas a nuestra madre esperando una explicación, que nunca llegó y que tú nunca te atreviste a pedir... Sé que esto es algo que siempre te ha atormentado, que siempre has querido saber... Yo te lo contaré.

Estoy sentado sobre el suelo cubierto de tierra de esta torreta que mira a la playa, y el cielo es de un increíble color azul claro. No hay ni una sola nube, y el calor me está matando. Me gustaría poder bañarme en el mar, pero seguro que acabaría pisando alguna mina de las muchas que hemos enterrado... Y pienso en la mentira en la que has tenido que crecer, pero quiero que sepas que todo lo que tanto nuestra madre como yo hicimos fue por tu bien. Aunque quizá, tras leer esta carta, no te lo parezca...

Padre fue un hombre sencillo. Tú lo recordarás serio y taciturno, inclinado sobre el periódico que leía todas las noches. No era de los que llegaba a casa y corría a abrazarnos, pero jamás nos faltó algo que comer, ni lumbre en el hogar, ni ropa con la que abrigarnos cuando la nieve cubría la ciudad. Trabajó toda su vida como un mulo. Por las mañanas ayudaba en el mercado central a cargar y descargar las mercancías, y por las tardes sacrificaba reses en el matadero municipal. Por eso siempre pudimos llevarnos un trozo de carne a la boca, ya que se los llevaba muchas veces a escondidas.

Padre quizá no fuese ilustrado ni culto, yo tampoco lo soy demasiado, pero tenía sentido común y era un buen hombre, cosa que yo no podría decir de mí mismo.

Cuando estalló la guerra, se alistó de inmediato con los republicanos. ¿Acaso no eran los otros unos golpistas, que actuaban en contra de la ley y del Estado? Hizo lo mismo que medio

Aragón, aunque ahora no quieran reconocerlo. Ahora... Sí, ahora son todos de misa de ocho, de velo en la cabeza, del Caudillo y de España. Pero entonces las calles bullían contra el alzamiento.

Yo tenía ya dieciséis años, podría haberme escapado a luchar, pero, como sabes, no solo físicamente parecía mucho más joven, por lo que habría sido difícil que me admitiesen a filas, sino que padre me pidió antes de marchar que cuidase de vosotras. Así que me quedé en casa y os cuidé lo mejor que supe. Conseguía leña, robaba comida... Todo el mundo robaba entonces, solo se podía sobrevivir robando. Cambiaba unos objetos por otros hasta que, sin darme cuenta, acabé convertido en un pequeño rey del estraperlo. La guerra fue muy dura, más de lo que cualquiera de nosotros hubiésemos podido imaginar, pero para vosotras espero que lo fuese un poco menos.

Un 20 de enero de 1938 todo cambió de repente. Durante la contienda, padre había conseguido escaparse alguna vez a Zaragoza. Venía a vernos y entonces la casa recobraba la vida. Nos escribía pocas cartas y con pocos renglones, pero siempre encontraba la manera de hacernos saber que estaba bien. Y esa era su forma de decirnos que nos quería.

La guerra avanzaba y con ella la ofensiva fascista. En enero, Teruel estaba cubierta de un enorme manto de nieve, y hacía un frío tremendo. El mal tiempo se había convertido en el improvisado aliado de los republicanos durante la toma de la ciudad. Recuerdo la carta en la que, exultante, padre nos contaba cómo habían acabado valientemente con Rey d'Harcourt, y que gracias a ello, le habían concedido a la 84ª brigada mixta, a la que él pertenecía, unos días de permiso en Mora de Rubielos.

De manera que Teruel resistía. Las Brigadas Internacionales, a las órdenes del general Walter, combatían con ferocidad defendiendo la ciudad. Parecía que iban a resistir eternamente... Pero entonces llegó la carta, esa que nos cambió la vida para siempre.

El comandante de la 40ª división, Andrés Nieto, había fusilado por rebelión a casi sesenta hombres de la 84ª brigada mixta. Entre ellos se encontraba nuestro padre. Al parecer, el frío, el hambre y sobre todo el cansancio y el desánimo, se habían extendido entre los soldados, muchos de los cuales decidieron rebelarse. Venían exhaustos tras la toma de Teruel, y de repente se les ordenó volver al frente, pues la contraofensiva rebelde avanzaba implacable.

Combatían en unas condiciones inhumanas. Varios batallones se negaron a regresar al frente, no por cobardía, sino por llevar varios días sin dormir y estar completamente agotados. Los mandos decidieron castigarles con severidad, para evitar que cundiera el ejemplo, y consiguieron que todos pensaran que los habían fusilado por cobardes. Toda esta historia corrió entonces como la pólvora por toda la ciudad, los llamaban la brigada de los desertores.

La carta en la que nos anunciaban su muerte llegó a casa, y con ella entraron también la vergüenza y la deshonra. Media Zaragoza supo de lo ocurrido, y nos convertimos en unos parias. Nadie quería tener trato con nosotros. A madre en el mercado no le querían vender ni el pan, los niños se reían de ti y te tiraban piedras, y para mí supuso llegar a casa noche sí y noche también con un ojo morado.

Cuando la guerra terminó, supe inmediatamente lo que tenía que hacer, sobre todo, créeme, por vosotras. Así que fui de los primeros en afiliarme a la Falange. Les conté la historia de nuestro padre, fusilado por los republicanos por rebelión, y faltó poco para que le dieran una medalla póstuma. Claro que no desvelé las circunstancias, y nuestro padre seguramente nunca me habrá perdonado por lo que hice, pero el futuro se iba a pintar de color azul por muchos años, y yo

quería procuraros que fuese lo mejor posible. Había que amoldarse a las circunstancias; al fin y al cabo, le prometí a padre que cuidaría de vosotras.

Un día de 1941, creo que fue por abril, llamaron por la noche a la puerta de casa. Al abrir vi a un hombre de barba hirsuta, ropa raída, sucio, pestilente y con mirada huidiza, que preguntó si aquel era el hogar de Joaquín Domingo Ara. Lo miré indeciso por si responder o cerrar directamente la puerta, cuando sacó de su bolsillo con dedos esqueléticos una moneda completamente plana.

¿La recuerdas? Fue la moneda que una tarde padre puso en las vías del tranvía, y que al pasar la aplastó. Era una peseta de 1935, con la efigie de la República por una cara, y las hojas de vid por la otra. Levantó la mano despacio hasta que la moneda estuvo delante de mis ojos, y dijo que traía un mensaje para nosotros. Le dejé pasar, más por lástima que otra cosa, pues ¿qué mensaje podía traer de nuestro padre, muerto hacía ya tantos años?

Madre, al verlo, le ordenó asearse un poco. Le dio algo de ropa que aún conservaba de nuestro padre, lo sentó a la mesa y le puso de cenar. Incluso sacó una frasca de vino. Hasta que no acabó el plato, aquel hombre no empezó a hablar. Tú dormías, así que nunca supiste nada de lo ocurrido. Dijo que se llamaba Ignacio Salas, y nos contó que había combatido codo con codo con padre en Teruel, y que luego supo de su muerte en la ofensiva del Singra.

Me costó unos segundos darme cuenta de lo que estaba escuchando.

Si padre había muerto fusilado el 20 de enero en Mora de Rubielos, no podía estar el 25 defendiendo Singra. Me sentí completamente sorprendido, y a la vez lleno de incredulidad. Pero aquel hombre debió de leer mi mente, pues con rapidez cogió la moneda que durante la cena había estado presidiendo el centro de la mesa, sonrió, y enseñándonosla, dijo: «Tu padre murió en Singra. Jamás lo fusilaron. Su cadáver está enterrado allí, pero yace con el nombre del soldado Enrique Esteban».

Madre se desmayó.

Padre se enteró de que su nombre estaba entre los que querían fusilar, por un chivatazo de un cabo que le tenía especial cariño, al que había salvado la vida durante un bombardeo. Aquel cabo le avisó con el tiempo justo para que saltase por una ventana y huyese a todo correr de Mora de Rubielos, no sin que antes ese mismo cabo, que ahora se sentaba en la cocina de nuestra casa, le procurase las placas de identificación de un soldado que acababa de morir en combate esa misma mañana, pero del que todavía no se había dado parte. Para su familia, Enrique Esteban moriría con bravura en la ofensiva del Singra. Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Aun con todo lo ocurrido, padre era un hombre de palabra y firmes convicciones. Había jurado luchar por la República contra el alzamiento, y se dijo que eso haría hasta que la guerra terminase. Luego ya vería qué hacer con su nuevo nombre y situación. Así que al enterarse de que las tropas del general Hernández Saravia estaban lanzando un ataque contra los rebeldes en Singra, allá que se dirigió. Hacía tanto frío que ambos bandos a veces no podían ni disparar de lo que les temblaban las manos. Nuestro padre se unió a la 27ª división republicana, y fue allí, en la carretera de Zaragoza, donde una bomba que lanzó un avión de la Legión Cóndor lo mató.

Mi querida hermana, tu padre no fue un traidor, no se sublevó nunca, jamás le dio la espalda al bando republicano. Aquel cabo incluyó su nombre en la lista de fusilados de Mora de Rubielos para protegerle, deseando que con su huida pudiese también sobrevivir a la guerra. Pero cuando leyó en el parte del 26 de enero que el soldado Enrique Esteban había muerto en Singra, se tumbó

en su camastro e hizo rodar en la palma de su mano aquella peseta que nuestro padre le había dado. Le había hecho prometer que le contaría lo sucedido a su familia, caso de que él no pudiese hacerlo. Quería que supieran la verdad y por eso él estaba allí.

Cuando terminó de hablar, el cabo dejó de nuevo la moneda sobre la mesa, dio las gracias por el baño, la ropa, y sobre todo la cena, e iba a salir por la puerta cuando le pregunté si tenía dónde ir. Tal y como me miró, comprendí que no tenía nada en el mundo más que miedo a que, cualquier día, lo encontrasen y le pegasen un tiro. Madre, que durante todo el tiempo no había abierto la boca, lo cogió del brazo y lo volvió a meter en casa. Y así fue como el cabo Ignacio Salas pasó a convertirse en tu tío Luis, hermano de tu madre, y que para ti, por si no lo recuerdas, apareció un día por casa recién llegado del pueblo para quedarse.

De manera que tu padre sí que fue un héroe. Luchó por lo que creía, y muchos en esa guerra no lo hicieron, muchos solo quisieron sacar provecho de ella. Murió en una carretera y jamás fuimos a verle al cementerio ya que, al fin y al cabo, ese soldado no es nuestro padre. El nuestro murió fusilado.

Nunca le había contado esta historia a nadie, solo madre y yo la sabíamos, pero ya era hora de que lo supieras. Eso y muchas cosas más. En cualquier momento, como le pasó a nuestro padre, puede caerme una bomba encima o alcanzarme una bala perdida. Así que quiero contarte por qué decidí que no quería morir en Rusia, y que si había que hacerlo, mejor que fuese en brazos de Marie-Hélène, en Toulon, en Francia.

Me he casado, hermana. Me he casado con una mujer maravillosa que me redime y me perdona, me quiere y me comprende. Ahora vivo cerca del fuerte de Saint Louis, en Le Mourillon, y comparto mi vida con la persona a la que más amo en este mundo, por la que daría mi vida, y a la que espero que puedas querer tanto como yo lo hago. Algún día te contaré su historia, o mejor, quizá os haréis tan amigas que te la contará ella misma. Te aviso ya que no es un cuento de hadas, que hay mucho dolor y mucho sufrimiento, pero todo ello fue lo que la convirtió en la mujer extraordinaria que es. Espero que cuando la escuches no la juzgues duramente. La guerra es una amante cruel que lo llena todo de rabia y desolación, y eso mismo es lo que ella tuvo durante mucho tiempo, tanto, que parece imposible que se pueda volver a ser feliz.

Por eso, cuando la veo reír, cuando la abrazo y su mirada se ilumina, me siento orgulloso de haber sido yo quien la sacara del abismo por el que se había precipitado. Aunque no te engañaré, a veces veo que una sombra cruza su rostro, y me queda la duda de si realmente la salvé, o aún vive allí abajo, en las sombras...

Adiós

Columna, los rumores sobre más desembarcos aliados son constantes. En cualquier momento sé que los soldados ingleses o americanos llegarán a estas costas, y la guerra se acabará definitivamente. Marie-Hélène me pide muchas veces que deserte, que no vuelva a mi puesto y me esconda hasta que todo acabe. ¿Pero eso cuándo va a ser? El final parece cercano, pero la guerra aún puede durar seis meses más, un año, quién sabe, incluso dos años más. Hitler ha prometido un Reich de mil años, y además, ya sabes que tu hermano no es de los que se esconden, y mucho menos de los que huyen. Me sentiría como un cobarde si corriese a esconderme bajo la cama, eso no lo hacen los hombres de Zaragoza.

Durante estos meses he conocido a varios soldados españoles que antes estaban en la División Azul, y que acabaron como yo, luchando por sobrevivir y por sus ideales. Aunque tengo que reconocer que no siempre coinciden. Sí, Columna, pienso como ellos que la amenaza bolchevique es real y hay que acabar con ella. Padre luchó por otras ideas en una España en la que democráticamente se había elegido una República, y yo siempre lo he respetado por ello. Pero si hubieses combatido en tierras rusas como yo, comprenderías que nos enfrentamos a bestias salvajes que quieren acabar con el mundo civilizado tal y como lo conocemos.

Cierto que me alisté por vosotras, por daros la mejor vida posible, por redimir a nuestro padre y su recuerdo. Pero, con el tiempo, me he dado cuenta de que el futuro no se puede escribir en rojo comunista. Me duele reconocerlo, pero el general Franco tiene razón. Su revolución hizo posible la vuelta de España a su verdadero ser. Ese ateísmo materialista que importaron los republicanos de Rusia solo trajo desgracias a nuestro país. Mira lo que ocurrió en la guerra cuando quemaron las iglesias, mataron a los curas y violaron a las monjas... Sí, ya sé que se habla también de nuestros crímenes, pero nosotros impartíamos justicia. Perdóname, Columna, estas cosas deberíamos olvidarlas. Estoy cansado, los días aquí son cada vez más duros, la tensión es a veces insoportable y no veo la hora de poder descansar de verdad...

Podría contarte lo que viví en Leningrado, hablarte de la ofensiva que los rojos lanzaron contra las líneas alemanas, tratando de romper el cerco al que sometíamos a la ciudad. Me gustaría describirte cómo eran los días allá en los bosques de Posselok, hablarte del frío, del miedo a morir, de los muertos cayendo a puñados a tu alrededor y no poder pararte ni a mirarlos. Hablarte de que el único pensamiento que nos impulsaba a seguir adelante, era no querer terminar enterrado en el cementerio de Grigorovo.

Comparado con Rusia, ahora estoy de vacaciones en la playa, mirando el mar, y siendo amado por una hermosa mujer. Su amor, eso es lo que me permite que por las noches, al despertarme llorando o gritando entre sudores y escalofríos, recuerde que la guerra algún día acabará y que podré volver a ser feliz, podré permitirme olvidarlo todo, como si no hubiese ocurrido o hubiese sido un extraño sueño.

Tengo una cosa que agradecerle al Caudillo: lo que pareció que era el final de la pesadilla, ya que gracias a su orden de retirar la División Azul en octubre del año pasado, me encontré de vuelta a casa. Así que señalado queda por siempre 1943, como el año en que el general Franco me salvó de morir congelado. Tras nuestra disolución, quisieron repatriarnos. Muchos se negaron y se quedaron en la que se llamó la Legión Azul, pero yo fui de los primeros en subirme al tren de vuelta. Es curioso porque recuerdo que durante el trayecto, no podía pensar en otra cosa que en abrazaros de nuevo, en comer las migas que hace madre, en darme un paseo por la plaza del Pilar y entrar a ver la Seo. Por eso se me hace tan extraño estar aquí sentado sobre la tierra, sintiendo el peso de mi lugar en la cadera, el tacto del mauser apoyado junto a mí, y al fondo, reluciendo, preside en silencio una MG34.

¿Tendrá Marie-Hélène culpa de todo esto?

Hace poco me he reencontrado con mi amigo Luis García Berlanga, el divisionario, no sé si ya te he hablado de él. Ahora está en otra torreta de vigilancia en una playa cerca de La Seyne-sur-Mer, pero la semana que viene vuelve a España de nuevo, y le daré esta carta para vosotras. No quiero morir, no tengo intención de hacerlo, pero no me perdonaría no haberte contado todas estas cosas que llevo en el pecho. No me perdonaría que te llegase una carta comunicándote mi fallecimiento, sin más explicación. Toda tu vida te preguntarías qué fue de mí estos últimos meses, y esa es una preocupación con la que no quiero que cargues. Preocúpate más bien de convertirte en una señorita digna y respetuosa, que sepa llevar su casa, su marido y sus hijos. Cuida de madre y del tío Luis hasta mi vuelta, y ve a misa y pide a la Virgen del Pilar por todos nosotros.

La playa está hoy maravillosa. El agua es de un azul casi transparente, en el cielo no hay ni una nube. Hace muchísimo calor. La gente se bañaría si no hubiésemos sembrado la arena de minas. Ayer soñé que estábamos todos juntos de nuevo. Era Navidad, madre había hecho capón y habíamos puesto el belén. Tocábamos la zambomba y la pandereta y cantábamos villancicos mientras padre sonreía sentado junto al hogar. Qué curioso contraste mi sueño de anoche, lleno de nieve y del frío cierzo, con la vista de hoy.

Mi querida Columna, voy a dejarte ya. Espero que nada de lo que te he contado haya enturbiado tu corazón. Todo lo que he escrito lo he puesto porque te quiero mucho y sé que tú también me quieres. Quiero que entiendas y aceptes mi vida, la vida de tu hermano que te echa de menos. Acepta también a Marie-Hélène y perdónale si crees que hizo algo que deba ser perdonado. Y si alguna vez yo faltase, quiérela, ayúdala y protégela tal y como harías conmigo.

Ojalá muy pronto podamos vernos,

Tu hermano que te quiere,

Alziz

El tío Luis

Cuando Columna terminó de leer la carta la dobló, la volvió a meter en el sobre junto a las otras dos, y se quedó sentada durante un buen rato, sin fuerzas para ponerse en pie. Si todo lo que había leído era cierto, y no tenía por qué dudarlo, llevaba años viviendo una inmensa mentira. Todos esos días en los que había tenido que soportar ver cómo las despreciaban a ella y a su madre, todas esas veces en las que le habían hecho burla diciéndole que su padre era un traidor a la República, todas las lágrimas que había derramado pensando en lo que su padre había hecho, habían sido inútiles.

«Padre, perdóneme, por favor, porque dejé de quererle —pensó Columna—. Perdóneme, porque aun conociéndole, creí en lo que me contaron. Les creí cuando nos dijeron que había decidido no volver al frente, no luchar por la República que tanto amaba. Les creí cuando nos dijeron que habían tenido que fusilarle por insubordinación. Y en ningún momento me cuestioné, padre, que eso no podía ser así, porque usted no era así. Por favor, perdóneme».

Columna lloro despacio, enjugándose las lágrimas con el delantal mientras con dedos distraídos tocaba las peladuras de patata sobre la mesa. Todo lo que había contado su hermano la había dejado anonadada. Era como si de repente alguien la hubiese despertado de una pesadilla, encontrándose en un mundo ideal. Padre había luchado hasta morir, tal y como dijo que haría, que lucharía hasta el final de la guerra o moriría en ella. Se sintió aliviada, e incluso por un momento feliz. Padre había sido como ella sabía en el fondo que era, y jamás se perdonaría haber dudado de él.

El tío Luis... no recordaba su llegada a la casa, bueno, recordaba que un día al levantarse había visto a un hombre barbudo sentado en el sofá del salón y que se había presentado como su tío Luis, recién llegado del pueblo de Caminreal del Campo, de donde era también su madre. Es cierto que por un momento se sintió aturdida, pues su madre siempre había afirmado ser hija única. Alziz le contó que el tío Luis era hermanastro de su madre, un hijo ilegítimo que el abuelo Francisco había tenido con una lavandera de un pueblo cercano. Si a Columna aquello le pareció extraño, no lo recordaba. Simplemente lo aceptó todo y disfrutó de la compañía de una nueva persona en casa.

El tío Luis era un hombre callado, pero tenía un fino sentido del humor que hacía que en el momento más insospechado dijera un chascarrillo que les arrancaba la sonrisa a todos. Era enjuto y muy delgado, con las cejas espesas y el pelo ralo. No se parecía en nada a madre, pero imaginaba que era por las distintas procedencias. Era un hombre educado y amable, que gustaba

de leer de vez en cuando los libros que sacaba de la biblioteca municipal, y a veces empleaba un vocabulario que costaba entender, con palabras enrevesadas. Mucho más instruido y culto que cualquier otro habitante de la casa, Columna le preguntó un día si había sido maestro.

—No, Columna, no soy maestro —le respondió—, pero mi primo José Luis, por parte de madre, sí lo era. De hecho, llegó a ser catedrático en la Universidad de Zaragoza. Hace tiempo que no sé nada de él... la guerra nos distanció y no sé ni siquiera si estará vivo. Espero que esté bien, era... bueno, espero que lo siga siendo, un gran hombre. José Luis... Hacía mucho tiempo que no me acordaba de él...

—¿Cómo era, tío?

—Ya desde muy pequeño dio muestras de una inteligencia asombrosa. Podía hacer largas sumas de memoria, se sabía las fechas de todas las batallas habidas en suelo español, los nombres de las capitales de todos los países conocidos. Era listísimo, y en ocasiones un poco repelente. Más de una vez los otros niños le pegaron por sabiondo, aunque yo siempre lo defendía y así me llevé yo también buenos capones. Aunque la familia no tenía dinero, comprendió que no podía dejar que aquel don se perdiese, así que lo llevaron al único lugar donde podrían facilitarle todos esos conocimientos sin que les costase un duro: el seminario. Los primeros años todo fue bien, el obispo de Teruel se hizo eco de la extraordinaria inteligencia del chico y lo acogió bajo su protección. De seguir así, decía, ese niño acabaría siendo arzobispo, o quién sabe, incluso papa.

—Pero no llegó a serlo, ¿verdad?

—No. Conforme los años pasaban, José Luis se daba cuenta de que aun a pesar de la enorme gratitud que sentía hacia el prelado, sobre todo por la educación que estaba recibiendo, no sentía que Dios lo hubiese llamado a sus filas. Y si tenía alguna duda, esta comenzó a desaparecer el día que la hija de la portera le dio un beso a escondidas bajo la escalera de la casa del obispo. Y quedó totalmente sepultada cuando le dejó tocarle los pechos por debajo de la fina blusa que llevaba, y después le acarició el sexo con suavidad. Pero perdona, sobrina, esto no debería habértelo contado, me he dejado llevar por los recuerdos... ¡qué bruto soy!

—¡Siga contando, tío! ¡Siga!

—José Luis salió del seminario, con gran dolor de corazón del obispo, y continuó sus estudios en la universidad de Zaragoza, donde con el tiempo se doctoró en filosofía y letras. Se casó con la hija del rector, y acabó siendo un excelente y erudito catedrático. Cuánto tiempo sin pensar en él... debería buscarlo, a ver cómo está. Como te decía, gracias a él aprendí a leer y escribir, pues, ya de bien pequeños, me dijo: «Luis, ¿cómo vas a tener tertulia en el casino de mayor si no sabes leer el periódico? No podrás hablar de política, ni de fútbol, serás un ignorante». Y aunque a mí eran dos temas que bien poco me importaban, empecé a pensar que tal vez tuviera razón.

—Entonces fue así que aprendió a leer, tío. Por eso siempre tiene un libro entre las manos. ¡Si es usted listísimo! Habla de tantas cosas, tan diferentes...

—Gracias a él también aprendí un poco de geografía y de historia. Ahora que lo pienso, yo debí de convertirme en su primer alumno. A lo mejor, con el tiempo, y estudiando más, claro, yo habría acabado siendo un buen maestro. Pero la familia no necesitaba otro erudito, sino un buen par de brazos que segasen, recogiesen uva, y ayudasen con los pollos y las gallinas. Y lo que a mí me gustaba de verdad era correr.

—¿Correr?

—Ahora ya estoy más mayor y la guerra me ha dejado medio cuerpo destrozado, pero, Columna, tendrías que haberme visto entonces, tenía una fuerza prodigiosa en los brazos y las piernas, y cómo corría cortando el viento. Incluso gané varios premios en carreras comarcales. A lo mejor, si me hubiese entrenado, habría podido participar en competiciones nacionales, o en los juegos de Barcelona del treinta y seis, pero claro, estalló la guerra y ni competiciones ni juegos, ni nada de nada.

—¿¡Pudo haber usted ganado una medalla olímpica!? ¡Caray! Pero con la guerra... qué pena...

—Recuerdo cuando ganó la República, yo fui el primero que enarboló la bandera tricolor en el pueblo. Estábamos convencidos de que iba a significar una mejora en nuestras condiciones, en la dura vida del campo. Abrazamos la República como una idea de progreso. Debo decir que los años siguientes no me pronuncié mucho políticamente, como ya he dicho antes, nunca fue un tema que me interesase especialmente. Tenía una finca y una familia a la que cuidar, ya que por aquel entonces me había casado y tenía un hijo, Francisco, o Quico, que era cómo lo llamábamos todos, y eso ocupaba todo mi tiempo. Al estallar la guerra, el primer año me quedé en la finca, indeciso si alistarme o no con los republicanos.

—Indeciso, ¿por qué?

—¿No entiendes por qué? A lo mejor en Zaragoza, una gran ciudad, solo había una opción, pero en el campo las cosas eran muy diferentes. En los pueblos del sur de Aragón, en nuestro pueblo, las cosas cada día eran de una forma distinta. Aparecía un día la columna Durruti y decía: «Hay que quemar el dinero porque el dinero no existe». Luego llegaban los comunistas y decían que había que repartir las tierras porque la propiedad privada no existe, y después llegaban los falangistas y lo volvían todo del revés. Al final estábamos cansados de unos y de otros, lo único que queríamos era que nos dejaran en paz, lo que queríamos era vivir. Pero una noche vinieron a buscarme. Alguien debió delatarme a los falangistas, hablándoles de aquella bandera republicana que yo había paseado alegre por el pueblo. Como si hubiese hecho algo más que aquello... pero, en fin, es lo que tienen las guerras, sacan lo peor de todo el mundo. Menos mal que los perros comenzaron a ladrar, y pude ver desde la ventana a los falangistas que llegaban por la senda de entrada a la finca. Me dio el tiempo justo a salir corriendo de allí, aunque me vieron y comenzaron a disparar. Pero yo fui más rápido, ya te he dicho que me gustaba correr, y la noche sin luna me ayudó a escapar en la oscuridad. Después de este episodio, mi fama se acrecentó enormemente y se decía de mí que «corría más que las balas».

—¿Y su mujer y su hijo Quico?

—Ellos... Me oculté como pude en el bosque, y así estuve varios meses. Mi hijo Quico venía por las noches con una bolsa de comida que le daba mi mujer, y en la que a veces metía un par de calcetines, una bufanda o una zamarra de piel de borrego. Acabé escondido mucho tiempo en una era cercana, y cuando pasaba Quico y veía que nadie lo había seguido, salía de mi escondite y lo besaba y abrazaba. Estaba un poco de tiempo conmigo y después regresaba, no sin que antes dejásemos establecida la cita del día siguiente. Pero conforme avanzaba la guerra, las cosas fueron poniéndose cada vez más difíciles, y tuve miedo de que si llegaba a saberse que estaba escondido por el lugar, acabasen prendiendo a mi mujer y mi hijo como represalia. Así que le dije a Quico que me iba, que huía a Barcelona, y que cuando acabase la guerra volveríamos a reunirnos. Él lloró y me suplicó que me quedara. Pero no había otra opción o yo no la veía

entonces; era lo mejor para todos. Le pedí que tuviese confianza en mí, que tuviese paciencia, pero él no quedó muy convencido. ¿Le había defraudado como padre?, al menos así me sentí yo entonces.

—¿Entonces se fue a Barcelona?

—Sí, al final me fui. No pude despedirme de mi mujer ya que era imposible volver al pueblo, y enfilé el camino a Barcelona lleno de desesperanza y tristeza. A cada paso que daba los echaba más y más de menos. Hasta que hubo un momento, días después, perdido en un monte entre Fuentespalda y Beceite, que comprendí que huyendo poco solucionaría. No tenía dinero ni comida, y en Barcelona solo tenía un primo que, si es que conseguía dar con él, a saber en qué condiciones se encontraba. Así que hice lo que pensé que haría sentirse orgullosa a mi familia: volví sobre mis pasos y me alisté con los republicanos cerca de Teruel. La guerra no hace falta que te la cuente, tú la viviste. Es verdad que no en el frente, pero el sufrimiento era igual en todas partes. Coincidió con tu padre allá en Teruel, fue un hombre y un soldado valiente, eso quiero que lo sepas. No era muy hablador, pero las pocas veces que habló de vosotras, lo hizo con inmenso afecto y cariño. Tu padre te quería mucho, Columna. Y no hagas caso de lo que se dice por ahí, fue un hombre honesto, un buen hombre.

—Mi padre... no sabe cuánto lo echo de menos. ¿Y qué ocurrió al acabar la guerra? ¿Volvió a casa?

—En cuanto acabó la guerra, lo primero que hice fue volver a Caminreal. El pueblo había sido bombardeado, la finca que yo había llamado hogar estaba medio derruida, y mi mujer había fallecido en ella. La lloré, la lloré mucho. No me avergüenzo al decirlo, aunque digan que un hombre no debería llorar, pero durante todos y cada uno de los días que luché en esa asquerosa guerra, lo único que me mantuvo con vida fue el pensamiento de volver a reunirme con ella y con nuestro hijo. Visité su tumba en el cementerio y puse unas flores que cogí en el campo. Incluso le pagué una misa.

—¿Y Quico?

—A Quico no lo encontraba por ninguna parte. Pregunté por medio pueblo si sabían algo de él, pero nadie sabía nada o no me lo querían decir. No estaba muerto, o al menos, no había muerto en el pueblo, cosa que no entendí, pues si el bombardeo que había matado a mi mujer se había producido por la noche, cuando estaban durmiendo, ¿dónde estaba él entonces? Fue el cura quien me lo contó. El día que yo me fui, Quico quedó lleno de rabia. Ese enfado habría de durarle un tiempo en el que trató a todos a su alrededor de mala manera, llevado por la tristeza y la cólera. Jugando una tarde a las canicas en la plaza del pueblo, le pegó un canicazo al hijo del alcalde en la cabeza, que lo hizo sangrar. Ya en casa, reflexionó asustado sobre lo que había hecho, llegando a la conclusión de que le iba a pasar lo mismo que a su padre, y que en cualquier momento a él también lo iban a ir a buscar. Así que esa misma noche convenció a un amigo y se escaparon del pueblo con una mochila con comida, agua y una navaja. Con doce años...

—¿Tan pequeño! Pobre... ¿Y consiguió llegar a alguna parte?

—Como yo le había enseñado muchas veces a guiarse por las estrellas, decidieron atravesar el frente y poner rumbo a Barcelona, con la idea de encontrarse conmigo. Durante parte del camino se orientaron bastante bien y sobrevivieron comiendo plantas del campo y matando alguna que otra liebre. Pero a mitad se perdieron. Cuando por fin se encontraron a alguien, era un grupo de soldados rusos que estaban luchando en la defensa de la ciudad de Valencia.

—¿Y usted cómo lo sabe, tío?

—Toda esta historia se la había contado por carta mi hijo a su madre, pensando que aún estaba viva y la recibiría. Yo fui quien le enseñó a leer y escribir. Fue el cura de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción quien la custodió, con la esperanza de poder entregármela algún día. Dijo que se había reído mucho leyéndola, cuando en un párrafo Quico contaba lo decepcionado que se había sentido al no encontrar la cola de diablo, que el cura les había contado que supuestamente tenían los soldados rusos. ¡Y tampoco tenían cuernos!

—¡Con los rusos! ¡Virgen Santísima! ¿Cómo pudieron sobrevivir?

—Aquellos soldados se habían quedado impresionados de que dos niños de tan corta edad, hubiesen sido capaces de atravesar media España en guerra y salir indemnes. Su historia alcanzó tales proporciones, que incluso los llevaron a conocer a la Pasionaria, que por aquel entonces se encontraba en Valencia. Quico y su amigo quedaron al cuidado de unos tíos míos, que vivían allí, y no he vuelto a saber nada de él. Probablemente pensará que he muerto, y es lo mejor, porque si no será incapaz de entender por qué no he ido a reunirme con él todavía.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—No lo he hecho porque tengo miedo. Aunque la guerra terminó hace un tiempo, los hostigamientos y represalias no han cesado, no hace falta que lo diga, hija mía. No sé cómo estará mi hijo en Valencia. Conociendo a mis tíos, seguro que estará bien cuidado, pero mi presencia podría significar ponerlo en peligro, o que se avergonzase de mí por mi pasado, y eso sí que no podría soportarlo. Prefiero que me crea muerto, y que viva feliz.

Columna lo escuchaba hablar, y había sentido un profundo estremecimiento en varias ocasiones durante su relato. Al final había llorado. Le había parecido una historia profundamente triste, pero no acababa de entender lo de su hijo.

—Vuelva con él —le dijo Columna—, vuelva a buscarlo inmediatamente. Todo se le puede perdonar a un padre, menos que abandone a un hijo cuando se le quiere de esa manera. Vuelva y hágale saber que está vivo, que lo quiere. Cuénteles su vida y su guerra estos años, cuénteles cómo está, que vive aquí con nosotros, y que lo echa de menos. Y si él quiere volver con usted, será bien recibido en esta casa. Donde comen tres, comen cuatro, al menos eso se dice. Y si usted quisiera quedarse allí, le echaríamos mucho de menos, pero seríamos felices por usted. Decida lo que decida, márchese ya, o nunca será el momento de hacerlo.

El tío Luis le hizo caso y se fue. Volvió al cabo de dos meses, solo. Su hijo Quico se había convertido en un mocetón de diecisiete años, que trabajaba como botones en el hotel La Francesa. Era un lugar donde, a pesar de todas las prohibiciones que había sobre los lupanares, se encontraban a escondidas las prostitutas con sus clientes. Él se ganaba un dinerillo extra consiguiendo lo que le pedían, bien fuese unas medias, una botella de coñac o un peine. Estaba enamorado de una muchacha del barrio de Ruzafa, procedente de una familia de artesanos, y se sentía como en casa en aquella ciudad llena de luz y de mar.

Se había emocionado tanto al ver a su padre, que había caído de rodillas en el suelo llorando como un niño pequeño sin poder parar. El tío Luis había terminado como él, sentado a su lado en el suelo, abrazándolo, llorando quedo y pensando en lo equivocado que había estado al pensar que podía vivir sin él, sin aquello.

Pero volvió a Zaragoza. No podía dejar abandonadas a Columna y a su madre, no mientras Alziz estuviese luchando en el frente, sin saber si iba a volver o no. Y aunque no se lo dijo en

aquel momento a Columna, alguien debía cuidar de ellas tal y como Vicenta lo había acogido aquella noche de abril, cuando llamó a la puerta para entregar una vieja moneda. Así se lo dijo a su hijo, y él lo entendió. Cuando Alziz volviese, cuando la guerra de Europa acabase, Luis volvería a Valencia con Quico y entonces nada los separaría.

Columna recordaba esta historia que el tío Luis le había contado, y pensaba que le gustaría volver a ese momento, en el que su hermano aún estaba vivo, en el que era feliz y Javier todavía la quería. Se puso a llorar desconsoladamente con la carta en las manos, mientras veía sus lágrimas caer sobre su vestido. Lloró por la vida que pudo haber sido y que ya nunca más sería, una en la que Alziz entraría corriendo por la puerta para abrazarlos a todos, una en la que ella anunciaría con emoción su compromiso con Javier, una en la que todo sería como siempre había soñado que fuese. Lloraba y maldecía el día en que la guerra se había cruzado en la vida de todos, lloraba y se despedía de su hermano con infinita tristeza, lloraba y maldecía a Javier por no saber nada de él hacía ya tantos meses, por no haberla elegido a ella, que tanto lo había amado.

Y entonces se sintió muy tonta. Recordaba la noche en que habían dejado de ser novios, cuando pensaba que no podía haber nada peor en el mundo que aquello, que no podía sentirse más triste... Aquello había sido en febrero, ¡qué lejos parecía! Y ahora en julio, con las cartas de su hermano en las manos, veía aquel dolor por la pérdida de Javier como algo anecdótico y carente de sentido. ¿Realmente había llorado tanto por él? ¿Realmente lo había querido tanto?

Columna cerró los ojos y se sintió desfallecer. Todo este tiempo lamentándose por aquel hombre que no lo merecía, mientras su hermano llevaba muerto meses...

11

Agosto

Siete días después de que su madre le diese las cartas de su hermano, Columna recibió un pequeño sobre con otra carta en la que Javier le contaba que se iba con los maquis. Después de leer con atención la misiva, se miró al espejo. Llevaba una semana sin dejar de llorar por su hermano, la cara demacrada, las ojeras profundas, el pelo sucio y revuelto. Se miraba y pensaba si alguna vez podría superar ese dolor, si dejaría de sentir esa pena inmensa que la acompañaba a cada segundo del día. Durante aquella semana, en medio de todo aquel inmenso sufrimiento, siempre había mantenido la esperanza de que Javier reaccionaría, que olvidaría sus locos sueños guerrilleros y volvería a sus brazos.

Ella amaba a Javier, pero ahora se daba cuenta de que, desde que lo conoció, algo en su cabeza le decía que aquel chico no era como los demás, que no era del todo sincero con ella, que había algo intangible, algo apenas invisible, que los acabaría separando. Y a veces se desesperaba porque no lograba adivinar qué era, y luchaba contra ese pensamiento que le atenazaba el corazón, sin conseguir desecharlo por completo.

Se sentía inmersa en un páramo oscuro y lóbrego, un lugar nublado y lluvioso como en esa película que había visto hacía poco, *Cumbres borrascosas*. Columna pensaba que Javier era como un Heathcliff rabioso que no atiende a razones, un hombre desesperado que arrolla con todo a su paso sembrando la congoja y la desesperanza.

Pero aquella última carta la enfrentó a la realidad, y sintió que su cuerpo se desmadejaba. Ese enamoramiento que una vez creyó sentir se estaba transformando ahora en algo a lo que difícilmente se le podría llamar amor. Llena de ira dejó de llorar y llamó a su amiga Nati. Se lavó la cara, se arregló el pelo, se vistió con esmero, y fueron juntas al cine a ver *El clavo*. Mientras intentaba distraerse admirando la belleza y el vestuario de Amparito Rivelles en la pantalla, notaba latir su corazón a mil por hora. Y no era por la película.

«Ese desgraciado se ha ido, se ha echado al monte como un perro, sin mirar atrás, sin despedirse como Dios manda. ¡Una carta de diez líneas! Qué poca vergüenza que tiene, pedirme que lo espere, decirme que me ama... ¡Si me amase no se habría ido! ¿Y ahora qué le digo yo a mi familia, a mis amigos? No me quedará más remedio que decir la verdad, y lo odiarán aún más que yo por ello. ¡Marcharse! ¡Esperarlo! ¿Pero cómo voy a tener un novio maquis? ¿Se ha vuelto loco? Ese inútil no comprende que la guerra la perdieron, la perdimos, que todo se perdió. Esperarle... qué equivocado está, qué poco me conoce... Si cree que voy a ser como esas novias que se quedaron para vestir santos, lo tiene claro. ¿Quiere monte?, pues hala, que se divierta con las

cabras, y con el frío y la tormenta, y con el hambre... y que no venga a buscarme cuando esté enfermo, que no venga a decirme que se ha arrepentido, pues si tuvo redaños para irse, que los tenga para aguantarse y quedarse en el bosque. Ay, Javier... me escribes que soy el amor de tu vida, cuando no sabes lo que es amar. Que me vaya contigo, que lo deje todo atrás como tú... Como si fuera tan fácil, como si uno pudiera hacer siempre lo que quisiese... El amor no nos calentará cuando caiga la nieve y haga un intenso frío, no nos dará de comer cuando ni siquiera encontremos un conejo que cazar, no curará nuestras heridas si nos hieren... Y ¿dejar a mi madre? Al tío Luis... ¿Ni siquiera lo has pensado, verdad? Alguien tiene que cuidar de ellos, son ya muy mayores. ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué? ¡Maldita sea la hora en que moriste Alziz! Maldita la guerra, los nazis, la División Azul y los americanos. Y maldito tú, Javier, que has elegido una guerra ya perdida de antemano».

Al llegar a casa dejó el bolso y el pañuelo sobre su cama, y fue a la cocina a por un vaso de leche caliente, se sentía destemplada aun a pesar del intenso calor de aquel agosto. Al entrar vio a su madre y al tío Luis sentados a la mesa en silencio, con caras circunspectas.

—¿Ocurre algo, madre?

—Siéntate, Columna, tenemos que hablar.

—No me asuste, madre, que no tengo el cuerpo para más malas noticias.

—¿Más? ¿Ha ocurrido algo que no nos hayas contado?

—Javier.

—¿Está bien? ¿Qué ha pasado hija?

—Ya no somos novios, madre, y no me pregunte más, que no quiero hablar.

—Tu madre se preocupa por ti, no le respondas así, Columna.

—Perdóneme, tío, es que ya no sé por dónde respirar.

—Hija mía, estamos todos igual de mal. El dolor por la muerte de tu hermano impregna las paredes de esta casa como una maldición. A cada paso que doy me siento desfallecer al imaginarlo muerto en suelo francés, enterrado quién sabe dónde y de qué manera. Columna, yo no puedo porque estoy demasiado mayor, demasiado cansada y demasiado enferma para salir ya de aquí, pero tú no. Tú eres joven, llena de ímpetu y a la vez muy madura para tu edad. Tu tío y yo hemos pensado... a ver qué te parece... Ve a Francia, ve y recupera el cadáver de tu hermano, ve y tráelo aquí, a Zaragoza, que repose en camposanto, que le hagamos una misa de funeral ante la Virgen del Pilar, que podamos así visitar su tumba y llorarle. Tu tío te acompañará.

—¡Pero, madre, qué dice usted! ¡A Francia! Pero si no he salido de Zaragoza más que para ir al pueblo, si no hablo francés, si están en guerra, si...

—Calla, hija, no sigas, todo eso ya lo sabemos. Pero mira a tu madre. La artritis me tiene comidos los huesos, que cada vez me muevo peor. Me duele el corazón en el pecho y los dientes al masticar. Con lo que me tiemblan las manos, dentro de poco no podré seguir peinando, ni cosiendo, ni podré hacer nada de la casa. Solo te tengo a ti, Columna, y rezo a la santísima Virgen para que nunca te pase nada. Pero jamás podría morir tranquila dejando a tu hermano allí, en Francia, solo, enterrado bajo la tierra fría de un pueblo extranjero. Desde que recibimos las cartas no dejo de pensar en él... mi pobre hijo... mi Alziz...

—Pero, madre, está muerto, poco podemos hacer ya por él más que las misas que le ofrecemos todas las semanas. No voy a ir a un país en guerra a por un muerto, aunque sea mi hermano. Quizá cuando todo acabe... quizá entonces...

—Pero, hija, ¿es que no escuchas los noticieros? La ciudad de París ha sido liberada y Francia ya está toda ella prácticamente en manos de las fuerzas aliadas. Así que poca guerra os vais a encontrar. Lo llevamos pensando mucho tiempo tu tío Luis y yo, y es la mejor solución. Si no actuamos ahora, nunca recuperaremos a tu hermano, desaparecerá en alguna fosa común que nadie recordará dónde está. ¡Y yo me moriría de pena, hija mía! Déjame morir en paz, déjame que tenga un lugar donde llevarle flores, visto que ya perdí a tu padre y no tengo dónde llorarlo...

—Madre...

—No llores, Columna, sé que en el fondo tú también quieres que tu hermano vuelva con nosotros. Tu madre tiene razón, hay que ir a por él y traerlo de vuelta a casa. Ojalá pudiese ir yo solo, no meterte en este lío, pero no sé si aguantaré sin ayuda, acabé demasiado castigado en la guerra. Pero tengo una deuda muy grande con vosotros, y cumpliré con ella. Tenemos las cartas que nos enviaron cuando nos comunicaron su fallecimiento, sabemos dónde estaba cuando murió. Tengo un poco de dinero que he conseguido empeñando las pocas cosas que tenía de valor. Aquí está. Habrá suficiente para el viaje de los dos. No lloréis por favor, no me lo agradezcáis. Llevo muchos años queriendo devolveros de alguna forma todo lo que habéis hecho por mí. Me acogisteis en vuestro hogar cuando no tenía nada en el mundo, cuando estaba perseguido y moría de frío y de hambre. Me habéis tratado siempre como si realmente fuese vuestro tío Luis, y así es como me gustaría dejar este mundo. Poco he podido hacer por Alziz, pero haré todo lo que esté en mi mano por vosotras. Así que vamos a Francia, Columna, vamos a traer a tu hermano de vuelta.

Sentados a la mesa lloraban los tres con gruesas lágrimas de tristeza. Se cogieron de las manos y se miraron con los ojos llenos de una historia en común, una que hablaba de penas y miserias, de guerra y pérdidas, de lágrimas y adioses. Pero también había en ellos la determinación de una misión por cumplir.

—Iré madre, iré, no llore más, y traeré a Alziz de vuelta a casa. Iré y lo buscaré, así tenga que levantar una por una todas las piedras de Francia hasta encontrarlo. Volveré con él, madre, se lo juro. Y cuando volvamos, lo enterraremos con todos los honores, con las más bellas flores, y en un día de cielo azul, como le gustaba a él. Bendíganos, madre, porque marchamos muy lejos, y aunque me da miedo pensar en un viaje tan largo, estoy segura de que el tío Luis y yo conseguiremos encontrarlo. Sé que tanto usted, como la Virgen del Pilar y mi querido Alziz, estarán siempre a nuestro lado. Rece madre, rece por nosotros, que marchamos a buscar a un muerto, a nuestro querido muerto.

Canfranc-Toulon

Cuando Columna y el tío Luis llegaron a Canfranc, se bajaron del tren contentos de poder estirar un poco las piernas. El viaje había sido largo, y aunque ambos habían intentado conversar de vez en cuando con aparente alegría, el peso de la misión que les habían encomendado los había dejado sumidos la mayor parte del tiempo en el mutismo y la preocupación. Pero en cuanto sus pies pisaron el vestíbulo de la estación, se sintieron impresionados, aquello parecía un palacio.

En Canfranc el aire era más fresco y limpio que en la ciudad. Enormes montañas cubiertas de espesos bosques circundaban la estación, dándole un cierto aire de castillo encantado. El edificio era imponente, con unos enormes ventanales de cristal, las esbeltas columnas, las cubiertas de pizarra y la gran cúpula de fundición. Por su elegancia, bien podría haber sido el vestíbulo de un hotel de lujo.

Columna miró en sus manos el pasaporte que le habían expedido pocas semanas antes. Tuvo que entregar el certificado de que había prestado el Servicio Social para que se lo diesen, y cuando lo hicieron se sintió de repente muy mayor. Si tuviese que decir un momento en su vida en el que pasó de niña a mujer, sin duda fue aquel. Parada delante del funcionario mientras miraba su foto recién pegada en la libreta, pensó que la vida, tal y como la había conocido hasta ese momento, había dejado de existir. Ya no sería más la Columna a la que su madre abrazaba por las noches cuando hacía frío y pasaban hambre y ella lloraba; la niña a la que su hermano acompañaba al colegio con un brazo sobre su hombro, protector. Se percató de que su viaje significaba muchas más cosas que una búsqueda, mucho más que la pérdida de un hermano: en aquel momento se sintió envejecer.

Se dirigieron a la ventanilla a comprar los billetes que les permitirían viajar a Toulon, atravesando los Pirineos por Somport, y después fueron al bar a tomarse un café. Había mucho bullicio en el ambiente. Por todas partes se veían militares controlando la documentación de los viajeros, las aduanas y los trenes. Columna miró preocupada al tío Luis, se le veía nervioso, inquieto y receloso.

—Tío, no se preocupe usted, que aquí nadie lo conoce ni sabe quién es. Han pasado ya muchos años desde que acabó la guerra...

—Ay, Columna, ya solo el trayecto hasta aquí me ha dejado baldado. Cada vez toso más y temo acabar llamando la atención de quien no debo... Lamento estar así, lamento acompañarte tan enfermo durante lo que va a ser un largo viaje; al final, temo que seré más una carga que una ayuda... Pero es un pequeño sacrificio comparado con todo lo que habéis hecho por mí.

—Calle, tío, calle, no diga eso. Beba su café y después subiremos al tren. Aprovecharemos para buscar un buen sitio donde pueda dormir. Y no tema, que aquí estoy yo para cuidarle lo que haga falta.

Tras terminar sus cafés, caminaron despacio hacia el andén, Columna agarrada del brazo del tío Luis. De repente, oyeron que los llamaban.

—¡Don Luis! ¡Don Luis! ¿Es usted? ¿Pero qué hace aquí, tan lejos de Zaragoza?

—¡Hombre, Pedrín! ¡Qué casualidad! Columna, te presento a Pedro; este muchacho trabaja de practicante en un consultorio cerca del mercado. Bueno, supongo que sigues en eso, ¿o me equivoco? ¡Pero qué bien te veo! Yo estoy aquí acompañando a mi sobrina, que marchamos para Toulon.

—¡Qué casualidad! Para allá voy yo también. A ayudar a mi padre que está con la Cruz Roja. Pero, si me permiten la indiscreción, ¿cómo es que viajan tan lejos?

—Su hermano murió combatiendo allí, División Azul, ya sabes...

—Vaya, lo lamento mucho señorita.

—Gracias.

—Vamos a buscarlo para traerlo de vuelta a casa, y darle cristiana sepultura en Zaragoza.

—¿Buscarlo? No me parece tarea fácil. ¿Cómo piensan hacerlo? ¿Tienen algún familiar o amigos en Toulon?

—La verdad es que no conocemos a nadie, así que poca ayuda tendremos allí.

—Bueno, ahora me tienen a mí, yo voy a estar en Toulon varios meses viviendo, así que si les puedo servir de algo...

—¡Me parece providencial haberte encontrado! Pedrín, tú siempre fuiste un buen muchacho, responsable, serio, trabajador. Claramente es una señal divina que estés aquí. Viajaremos entonces juntos a Toulon, y espero que, si no te importa, nos eches una mano con el francés y los franceses, ¡que nosotros de francés ni jota! A ver si con tu ayuda encontramos antes a su hermano.

Entonces, un terrible ataque de tos dejó al tío Luis sentado en un banco junto al andén. Columna corrió a darle un poco de agua que llevaba en una botella, mientras lo miraba llena de preocupación. Estaba pálido, sudoroso y con unas profundas ojeras. Pedro le cogió la mano y le tomó el pulso.

—Don Luis, discúlpeme, pero no lo veo yo para hacer largos viajes.

—Tío, este hombre tiene razón, no está usted bien para viajar. Debería volver a Zaragoza.

—¿Pero qué dices muchacha? ¿Y dejarte sola en Francia? Tu madre me mataría.

—Pero, tío, ¡escúcheme! No está usted bien, tiene fiebre, necesita reposo, medicinas, calor. Si el viaje acabase con su vida, ¡no me lo perdonaría jamás! Ya he perdido un hermano, no quiero perder también un tío...

—Don Luis, si usted me lo permite, yo me encargaré de acompañar a su sobrina a Toulon. Pero no debe hacer más esfuerzos, está ya muy delicado y quién sabe lo que le podría pasar en un viaje así.

—Se lo ruego, tío, por favor... escuche a este hombre, es un practicante, sabe de lo que habla. Vuelva a casa, cúrese, que yo volveré con Alziz.

—Haga caso a su sobrina, don Luis.

—¿De verdad quieres que me vaya, Columna?

—Sí, tío, por favor, márchese. Lo mejor será que coja el próximo tren de vuelta a Zaragoza, y no esté intranquilo. Tengo los billetes a Toulon en mi carterita y estoy segura de que todo va a salir bien.

—Pedro, por favor, te pido que cuides de ella en Toulon, que la acompañes donde haga falta hasta que encuentre a su hermano, ya que no tiene a nadie allí que la ayude. Tú eres hombre de mundo, hablas francés, ¡si hasta fumas con boquilla! No sabes lo que lamento ser una carga, y estar ya tan viejo y tan enfermo... Es para mí un alivio inmenso saber que va a estar en tus manos, bien cuidada. Pues tú eres un hombre de palabra y sé que cuidarás de ella como si fuese tu hermana. ¿Lo harás, no es así? Dime que sí, por favor. ¿Cuidarás de ella?

—Don Luis, ¿cómo decirle que no? Mal hombre sería si dejase a esta muchacha en manos del destino en tierras francesas. Marche tranquilo, que yo velaré por ella, la acompañaré hasta Toulon y me ocuparé de que no le falte de nada.

—¡Gracias, Pedrín! ¡Mil gracias! No sé cómo agradeceréte.

—Pierda cuidado, don Luis, usted siempre fue bueno conmigo, amable y cariñoso, siempre me trató como un hijo. Esto es poca cosa para devolverle todo lo que hizo usted por mí. Cuidaré de su sobrina como si fuese mi propia hermana, vaya tranquilo.

—No llore, tío, no llore, que ya ve que quedo en buenas manos. La Virgen del Pilar nos lo ha enviado, no lo dude usted. Marche ya, que va a perder su tren, marche y dígame a madre que la quiero, que me quedo acompañada y que volveré con Alziz. Marche, tío, marche, que yo también voy a llorar si no se marcha.

—Adiós, Columna.

—Adiós, querido tío, nos volveremos a ver muy pronto.

Se despidió Columna con una sonrisa mientras su tío pudo verla desde la ventanilla. Cuando el tren se perdió de vista, rompió a llorar.

—No llore, señorita, no llore. Yo estaré a su lado, no se preocupe.

—No estoy preocupada... En realidad, no sé bien por qué lloro. Tengo una congoja en el corazón, una angustia, que no sé de dónde proviene. Pero déjeme que vaya al baño a retocarme y vuelva, que lo haré más serena.

Desde que subieron al tren y durante las largas horas que transcurrieron desde Canfranc a Toulon, Pedro habló sin cesar. Empezó contándole la historia de la estación que acababan de dejar, de cómo con el estallido de la guerra europea la habían cerrado por su parte española, y la francesa se había llenado de soldados nazis. Le explicó que la estación había visto pasar durante años un intenso tráfico de trenes que llegaban de Alemania llenos de oro, y volvían llenos de wolframio, el material con el que los alemanes reforzaban sus tanques.

Después le habló de él, de la pasión que sentía por su profesión, del orgullo con el que marchaba a ayudar a su padre a curar enfermos a lo que había sido el frente francés con la Cruz Roja, nada menos que un importantísimo organismo internacional. Era un honor.

Le contó que se había aprendido prácticamente de memoria los tres tomos del *Manual del practicante*, de Arturo Cubells: el de anatomía, el de cirugía y el de obstetricia. Que ser practicante era lo mejor del mundo, que era maravilloso poder ayudar a tanta gente, curarla, procurarles los cuidados que necesitaban.

Luego le relató con todo lujo de detalles cómo realizaba los lavados a los pacientes, cómo administraba los medicamentos y las inyecciones de manera que doliesen lo menos posible. Que

observaba a los médicos con atención para aprender lo máximo de ellos, que realizaba todo tipo de curas, que trabajaba a domicilio y en el dispensario, y que se había sacado su título de «practicante autorizado para la asistencia a partos normales» con las mejores notas de su promoción.

Le contó lleno de orgullo cómo en uno de los partos que fue a atender, al llegar a la casa la mujer ya había parido y se encontraba en la cama con una fuerte hemorragia. Como no tenía el instrumental necesario, se le ocurrió hervir un imperdible y lo utilizó a modo de aguja para suturar el desgarro. Cuando llegó el médico, inspeccionó la herida y vio la sutura con el imperdible, le dijo que estaba perfecta y que probablemente aquel pequeño objeto le había salvado la vida a aquella señora.

Siguió diciendo que para los pacientes que tenían la sangre muy gorda, se les hacía un corte en cruz sobre el que se disponían tres monedas. Encima de ellas se les ponía alcohol con un algodón y se les prendía fuego tapando con un vaso, para que así la sangre fluyese.

Hablaba y hablaba sin parar... de su trabajo, de su vida, de sus logros, de sus méritos, de la larga carrera que le esperaba por delante. Al principio, Columna le escuchaba con atención, luego fue aburriéndose poco a poco, aunque se cuidó mucho de poner cara de interés ante todas aquellas historias llenas de hazañas dignas de elogio. Pero por dentro empezaba a estar harta. Si no fuese porque aquel muchacho la iba a ayudar, lo habría enviado a paseo hacía tiempo. Le pareció pretencioso, pesado, pagado de sí mismo, egoísta, y alguien a quien le encantaba escucharse a sí mismo y estaba feliz de haberse conocido. Le habría gustado preguntarle por qué solo era un simple practicante, y no un médico.

Calló, asintiendo de vez en cuando a lo que le decían, total, al otro parecía que le daba igual si ella hablaba o no. Con el paso de las horas incluso logró perfeccionar una estudiada pose interesada, con ligeras exclamaciones de asombro o emoción según conviniese, mientras se perdía en sus propios pensamientos. Los campos, los bosques, los ríos y los pueblos se sucedían a toda velocidad al otro lado del cristal, y Columna se sentía como en un vía crucis junto a Pedro. Pensó incluso en ofrecer todo aquel sacrificio, pues cada vez le costaba más trabajo fingir, por el bien de la misión de encontrar a Alziz.

Cuando llegaron a la estación de Toulon era un 7 de septiembre de 1945. Columna se sentía pesada, dolorida y profundamente agotada. Le dolía la cabeza, tenía hambre, se sentía sucia y necesitaba un baño caliente y dormir un poco. Miró a Pedro y le sorprendió lo fresco y lozano que parecía, como si acabase de salir de Zaragoza con la ropa recién planchada y afeitado. Solo por eso le cayó aún peor. Pero inmediatamente se sintió culpable.

Aquel muchacho la había acompañado durante todo el largo trayecto, cuando no tenía por qué hacerlo. Le había comprado comida, se había encargado de hacer los cambios de tren de manera que no se perdiesen, había cuidado de sus maletas, e incluso la había sentado en la parte del vagón a la que no le daba la luz del sol, para que no la molestase. Había sido muy atento, incluso cariñoso, y se sintió mezquina no solo por no estarle agradecida, sino harta.

Así que sacudió la cabeza, y lo miró con su mejor sonrisa.

La pensión donde él se iba a hospedar era demasiado cara para ella, y aun así él se ofreció a pagar la diferencia. Le dijo que no podía consentir que se alojase ella sola a saber dónde, que don Luis no se lo perdonaría y él tampoco. Ella se negó. Ninguna muchacha decente dejaría que un

hombre le pagase una habitación, eso podía tener muchos significados y ninguno bueno. Pedro la miró y comenzó a reírse con ganas.

—Pero, Columna, muchacha, no te preocupes. Soy un hombre decente y hace rato que me di cuenta de que tú también eres una mujer decente. Me preocupo por ti, eso es todo, y considero que mi deber como hombre y como aragonés bien nacido es cuidar de ti tal y como tu tío me ha pedido. No desconfíes, que nada tramo. Si te he dicho de alojarte en la misma pensión es para estar más cerca de ti y poder ayudarte en lo que pueda, y no te preocupes por el dinero, que la Cruz Roja me paga el alojamiento y me da un poco más para gastos. Tú eres joven, estás en Francia con una guerra que está dando sus últimos coletazos, y no me gustaría que algún soldado americano se pensase que tú eres como cualquiera de esas francesas, una fresca, vamos. Si quieres buscar otro alojamiento lo entenderé, pero quiero que sepas que quedo a tu disposición para cualquier cosa que necesites.

Columna enrojeció. No se podía poner ni un pero al discurso de Pedro, y ella había sido tan injusta con él... Sí, era un pesado que hablaba demasiado, pero ¿acaso eso era pecado mortal? Qué muchacha tan injusta y desagradecida había sido, el tío Luis seguro que la habría regañado. Así que con sinceras palabras de agradecimiento, le dio las gracias y entró con él en la pensión.

En la oscuridad

Días después intentaba recordar de dónde había venido el primer golpe, pero no lo lograba. Ese primer golpe que la había dejado aturdida, sangrando profusamente por la nariz y la cabeza, tras darse contra la chimenea de la habitación.

La pensión era bonita y céntrica, con balcones llenos de flores, un aseo pequeño donde poder lavarse, una cama amplia y vieja, y un pequeño velador sobre el que reposaba un jarrón. Tras dejar las dos maletas que llevaba, se quitó el pañuelo del cuello. Se acababa de sentar sobre una banqueta que había a los pies de la cama, cuando llamaron a la puerta. Al abrir vio a Pedro con una botella de agua en la mano y dos vasos.

—He pensado que tendrías sed después de un viaje tan largo.

—Gracias, eres muy amable.

—No tienes por qué dárme las.

—Déjalo ahí, en la mesita. Gracias. Voy a deshacer las maletas y a lavarme un poco, que después de tantas horas de tren lo necesito.

Columna, sin saber muy bien por qué, comenzó a ponerse nerviosa. Quizá fuese por estar a solas con Pedro en su habitación con la puerta cerrada, quizá por su actitud despreocupada mientras se sentaba en la banqueta donde poco antes lo había estado ella, o quizá por su forma insistente de mirarla. Volvió a darle las gracias, y a hacer ademán de dirigirse al baño, pero él no se movía.

—Columna eres una mujer muy valiente, muy pocas habrían emprendido este viaje.

—Pedro, te agradezco mucho tus palabras, pero...

—No, no me des las gracias. No me conoces todavía y durante el viaje he intentado hablarte de mí para que vieses cómo soy. Pero me da la impresión de que algunas veces te he aburrido... ¿me equivoco?

—No, Pedro, por favor, no digas eso, yo te estoy tan agradecida por lo que has hecho por mí durante este viaje... y lo que me has contado me ha interesado mucho, de verdad.

—Ya. Agradecida. ¿Y eso es todo? ¿no crees que podríamos ser buenos amigos? ¿Amigos íntimos?

—Pues claro, Pedro, ¿por qué no? Pero ahora si no te importa, necesito descansar un poco.

Columna ni lo vio venir de tan rápido como ocurrió. Pedro se levantó, se abalanzó sobre ella y la intentó besar. Ella se apartó y le escupió a la cara, a lo que él respondió empujándola con fuerza. Columna lo miró asustada. Él sonrió, y por un momento ella tuvo la esperanza de que todo

aquello solo fuese una pesadilla, y que Pedro saliese por fin de su habitación. Pero no fue así. Pedro se le acercó despacio, la cogió de las manos con fuerza y quiso besarla de nuevo. Columna intentó zafarse, pero no pudo, así que le dio una patada, a lo que él respondió con un fuerte manotazo en la cara.

Columna corrió hacia la puerta pero no llegó a rozar ni siquiera el pomo, pues Pedro ya la había alcanzado. Cogió el jarrón de la mesita y se lo lanzó, pero erró el tiro y el jarrón acabó estrellándose contra la pared con un fuerte estrépito.

Entonces Pedro le dio un puñetazo en el estómago, y mientras caía al suelo y se arrastraba sobre la alfombra de la habitación, él le decía con voz calmada que a las señoritas como ella había que enseñarles modales, que si se pensaba que esa pensión iba a salir de su bolsillo gratis, estaba muy equivocada. Y mientras la cogía del pelo y la ponía en pie, le decía que esa iba a ser su primera lección en la vida: aprender que todo tiene un precio.

Después la cogió en volandas y la llevó hacia la cama. Columna quería gritar con fuerza, pero ningún sonido salía de sus pulmones. Le clavó las uñas en el cuello y se zafó, logrando llegar hasta la chimenea donde intentó coger el atizador. Fue entonces cuando llegó ese tremendo golpe que le hizo sangrar por la nariz y la cabeza, y que dejó un reguero con restos de su sangre cayendo por las paredes de la chimenea.

Aturdida, notó cómo unas manos feroces le arrancaban la camisa y la falda, dejándola en medias y combinación. Pedro la tumbó echándola con fuerza sobre la cama. Notaba cómo la sien le palpitaba, cómo la nariz le dolía cada vez más, y entonces con rabia infinita gritó. Fue aquel un alarido inhumano que paralizó por un momento a Pedro, que la miraba como un poseso, tumbada sobre las sábanas revueltas.

—Grita, grita cuanto quieras. El hotel está vacío, están todos en el puerto celebrando la liberación. Además, he sobornado al conserje y al botones para que no nos molesten, los franceses son muy comprensivos con los asuntos del amor. ¿Vas a gritar? Mejor, así me gusta, saca la fiera que hay en ti. Grita, Columna, grita, que ahora te voy a hacer gritar más. Voy a domarte como el animal que eres, y cuando acabe no te preocupes, que yo curaré tus heridas.

Se lanzó sobre ella y agarró sus pechos con fuerza con una mano, mientras con la otra se iba desabrochando los pantalones. Le mordió los labios hasta hacerlos sangrar, le lamió la oreja, el cuello, y la penetró con dedos fuertes mientras le susurraba al oído lo mucho que aquello le iba a gustar.

Columna volvió a gritar una y otra vez, pidió socorro, ayuda, y trató de todas las maneras de zafarse de él con patadas y puñetazos. Una debió de hacerle daño pues él reaccionó abofeteándola con tanta fuerza, que comprendió que daba igual lo que hiciese, él era más fuerte. Aun así, intentó rebelarse de nuevo. Le escupió en la cara, le arañó los brazos, y cuanto más peleaba más parecía que a él le gustaba.

Pedro se sentó a horcajadas sobre ella, se quitó la camisa despacio, se miró los arañazos y sonrió. Después le dio un bofetón tan fuerte que la oscuridad comenzó a cernirse sobre Columna lentamente.

—No, no, no. No te desmayes, Columna, sigue conmigo. Quiero verte la cara cuando te penetre hasta el fondo, quiero verte los ojos cuando disfrute contigo. No te desmayes, Columna, no tienes permiso.

Pero la oscuridad ganaba terreno y Columna se dejaba abrazar por ella. Si algo iba a pasar, no quería verlo, ni sentirlo, ni darle la satisfacción a aquel cerdo de ver su sufrimiento. Se dejaría llevar por el dolor y la rabia, se perdería en la noche a la que aquel furioso bofetón la condenaba, y con firme resolución decidió que cuando despertase, lo mataría.

Mientras sus ojos se cerraban sintió que le quitaban la poca ropa que aún le quedaba puesta, y dejaban su cuerpo desnudo por primera vez en su vida ante un hombre. Notó cómo una boca ávida iba besando y chupando con nervio todos y cada uno de los rincones más perdidos de su cuerpo... Y entonces, de repente se abrió la puerta de la habitación empujada por lo que a ella le pareció una fuerza sobrenatural. Días después pensaría que todo había sido un sueño, que la salvó un ángel enviado por su venerada Virgen del Pilar, pero no había sido un ángel, fue un hombre.

Aquel hombre había oído sus gritos desde la calle, y había subido a ver qué ocurría. Empujó con fuerza la puerta de la habitación hasta que consiguió abrirla, y al entrar vio a Columna sangrando sobre la cama. Después a Pedro que, desnudo sobre ella, estaba a punto de violarla, con el pene enhiesto apuntándola y la cara envuelta en una expresión de sádica saña.

El hombre que atravesó la puerta era grande y fuerte, de largos cabellos castaños y ojos negros que se encendieron como carbones al ver la escena. Hecho un huracán comenzó a gritar en francés, en dos zancadas llegó hasta ellos y empujando a Pedro lo arrancó de la cama cogiéndolo por los brazos, y después la emprendió a puñetazos con él. Debía de ser militar o algo parecido, por como golpeaba. Columna, medio desmayada, lo vio hacer sin poder mover ni un solo músculo de su cuerpo.

Cuando aquel hombre terminó con Pedro, era imposible reconocer su cara. Su torso estaba lleno de moratones y yacía inerte sobre la alfombra. El hombre le escupió con desprecio, y después entró al baño. Columna lo oyó lavarse la sangre de sus puños, y después lo vio salir con una jofaina llena de agua y un paño, con el que limpió su cara despacio tras tapar su cuerpo con una sábana, para no verla desnuda. La levantó con cuidado, la envolvió en una manta y la sacó de allí dejando a Pedro medio muerto en el suelo sin prestarle ninguna atención.

Columna estuvo ingresada una semana en el hospital, viendo el constante ir y venir de médicos y enfermeras que le susurraban cosas en un idioma extraño. Una semana durante la que, en sueños, creyó ver un par de veces a aquel hombre que la había salvado, con sus enormes ojos negros mirándola fijamente, la melena castaña recortando sus facciones. Al amanecer del sexto día, una enfermera que hablaba un poco de español, le contó que la había llevado al hospital un hombre que no se había identificado, pero que había pagado todos los gastos. Un hombre que había ido a verla todos los días mientras estuvo grave, pero que cuando se vio que ya no corría peligro no había vuelto a ir. Un hombre que había contado lo sucedido a la policía para que detuvieran a Pedro en la pensión, quien ahora se encontraba en una cárcel francesa.

Le contó que una de las últimas veces que había ido a verla, le había dicho en susurros a Columna su nombre, pero la enfermera no había alcanzado a oírlo y algo le dijo que no debía preguntar. El hombre le había contado que pronto partiría lejos, a luchar con la Legión Extranjera, y que no volverían a verse, pero que se alegraba de haber podido hacer ese último acto en su país, antes de marchar.

Columna no comprendió lo que le contaba. ¿Acaso la guerra no había sido en Europa?

¿Acaso no había terminado ya? ¿Adónde iba, pues, a luchar ese hombre? La enfermera le explicó con paciencia y torpes palabras que la legión siempre estaba metida en alguna guerra. Era una unidad militar de élite muy dura, que normalmente actuaba en el extranjero, por eso se llamaba extranjera, cuya instrucción se realizaba cerca de los Pirineos, en Castelnaudary. Le extrañó que aquel hombre con pinta de señorito marchase allí, ya que la legión tenía fama de acoger a criminales y aventureros, a quienes la disciplina y la guerra rehabilitaban. Pero tampoco esta vez preguntó nada.

Columna escuchaba a la enfermera y lloraba llena de agradecimiento. Se había salvado *in extremis* de ser violada, se había salvado por la intervención de un valiente soldado... de un legionario... de un caballero... Los golpes le parecieron poco en comparación con lo que podría haber sucedido si aquel bendito hombre no hubiese llegado a tiempo. ¡Cómo le habría gustado verlo en ese momento! ¡Cómo le habría gustado darle las gracias! Columna se sentía llena de un agradecimiento infinito, pero a la vez de inmensa rabia. No olvidaba su promesa de matar a Pedro si volvía a encontrárselo... y lo encontraría.

Columna buscó a su salvador por todas partes, preguntó a médicos y enfermeras por si alguien lo conocía o podía darle una señal sobre él, pero todo fue en vano. Cuando salió del hospital vagó durante días por las calles buscándolo en cada rincón, lo buscaba en los bares, en los restaurantes, pero nunca más lo volvió a ver.

Entonces se sintió culpable. ¿Por qué pensaba tanto en aquel hombre? ¿Acaso no seguía enamorada de Javier? Javier... qué lejos le parecían ya aquellos días junto a él, y solo hacía un par de semanas que no se veían. ¿Cómo habría reaccionado él? ¿La habría salvado? ¿Le habría pegado a Pedro tan salvajemente como lo había hecho el desconocido? Era verdad que Javier era un hombre valiente, eso era innegable, no había más que pensar que se había echado al monte a luchar por sus ideales.

¿Pero por qué pensaba todo aquello? ¿Por qué comparaba a los dos hombres? Javier parecía más un hombre de letras que un soldado, más un hombre que se lo cuestionaba todo en vez de afrontar las cosas como venían en la vida. No, Javier no habría actuado como el desconocido, no habría tenido la fuerza para darle aquella merecida y salvaje paliza, aunque quizá también la habría salvado. Porque Javier la quería, de eso ella estaba segura. Por muy gallito que se creyese, estaba convencida que en ese momento estaba mirando las estrellas pensando en ella.

Columna también miraba las estrellas, pero no estaba pensando precisamente en él.

La búsqueda de un muerto

Columna había llegado a Toulon a buscar a su hermano, y eso debía hacer. Debía olvidarse de sus ansias de venganza sobre Pedro, debía olvidarse de su deseo de encontrarlo y clavarle un puñal despacito en el corazón para que jamás pudiese volver a hacerle eso a una mujer. Debía olvidarse del hombre que la había salvado y que asaltaba sus pensamientos cada día con más fuerza. Debía olvidar todo lo que había ocurrido en su vida desde que había salido de Canfranc, y centrarse en su principal y único objetivo: encontrar a su hermano.

Tenía un mes de pensión pagada y no podía perder el tiempo, pues el dinero no le duraría siempre. Así que con firme resolución, se dirigió al centro de la Cruz Roja en busca de alguna información por donde poder empezar. Desde que el general Jean de Lattre de Tassigny liberó la ciudad de Toulon en agosto de 1944, habían pasado muchas cosas. En aquel entonces dos mil setecientos franceses murieron o resultaron heridos, y casi diecisiete mil alemanes fueron hechos prisioneros, por no hablar de los muertos. La guerra había dejado un reguero de muerte y destrucción a su paso, pero también mucho trabajo a los supervivientes. Habían tenido que crear nuevos hospitales, cavar nuevos cementerios y construir campos de internamiento. La fisonomía de la zona iba cambiando conforme el avance imparable de los aliados iba liberando un pueblo tras otro.

Un año después de todo aquello, Columna se encontró en una Cruz Roja desbordada donde decenas de personas buscaban a sus familiares o soldados desaparecidos. Se leía en sus caras la desesperación, la tristeza y el agotamiento, seguramente los mismos sentimientos que aparecieron reflejados en su rostro no solo al finalizar la guerra de España, sino también en aquel preciso momento. Pero Columna ahora tenía que enfrentarse a un nuevo y más acuciante problema, y es que nadie la entendía. Buscó a la enfermera que la había cuidado días antes, ya que hablaba un poco de español, pero por mucho que recorrió el hospital de arriba abajo, no la volvió a ver. Fue como si se la hubiese tragado la tierra. Muchas veces a lo largo de aquellos días se preguntó por qué le había hecho caso a su madre, por qué había marchado a otro país sin hablar el idioma, ella sola. Alziz era siempre la respuesta, y con ella en el pecho caminaba de un lado a otro esperanzada.

En aquella multitud de gente, médicos, enfermeras y soldados, se oía hablar sobre todo francés, pero también inglés y alemán. Entregaba las cartas en las que se le había comunicado el fallecimiento de su hermano, y cuando veían la cruz gamada y la esvástica que adornaba las misivas, se las devolvían acompañadas de un rosario de palabras que no sonaban nada

agradables. Iba de una mesa a otra, de una secretaria a otra, de un edificio a otro, y no conseguía comprender nada de lo que le decían.

Los días pasaban y ella se sentía cada vez más cansada, más desanimada. Cuando se miraba en el espejo y veía las cicatrices que aún lucía en la ceja y el labio, sentía su cuerpo arder de rabia. Ahora llevaba siempre un pequeño cuchillo que había robado en el comedor de la pensión, decidida a que lo ocurrido con Pedro no volviese a suceder. Se sentía muy sola, echaba terriblemente de menos a su madre, a su tío y a su hermano muerto, por el que de vez en cuando no podía evitar derramar unas lágrimas. Había momentos en los que, sentada sobre su cama, escuchaba la vida que bullía en la calle a escasos metros de ella, y solo deseaba cerrar los ojos y dormir una eternidad. ¡Cuántas cosas habían cambiado en tan poco tiempo!

¿Qué estaría haciendo Javier en aquel momento? Perdido en los montes, luchando... qué insensato le parecía, y cómo lo echaba de menos... ¿La extrañaría él también? ¿Pensaría en los paseos que daban juntos, en los pocos besos que consiguió robarle y que le quemaron los labios con ardor? Y cuanto más ensimismada estaba, más perdida en sus recuerdos, de repente sentía que un estallido de furia se apoderaba de ella al recordar las manos de Pedro subiendo por sus muslos, agarrando sus pechos, mordiendo su boca con violencia. Notaba entonces unas intensas arcadas, el asco subiéndole por su garganta lleno de odio.

«No puedes dejar que Pedro gane, Columna —se decía ella a cada momento—, no puedes dejar que Pedro gane, no puedes dejar que tu vida se consuma en tu deseo de matarlo. Encuentra a Alziz, y vete de aquí. Olvídalo, Columna, tú eres más fuerte que él. Si Agustina de Aragón pudo con los franceses, tú podrás con Pedro. Podrás». Y salía de la pensión y vagaba por Toulon durante horas buscando un rayo de esperanza, que siempre se le negaba.

Una mañana se encontró sentada en un banco mirando la playa de Le Mourillon, mientras pensaba en Javier, en Pedro, en aquel moreno desconocido que la había salvado y que le provocaba unas agudas punzadas en su corazón. Se encontró triste y sola, abandonada de Dios y de su Virgen del Pilar, sin fuerzas más que para volver a casa. Miraba las olas ir y venir, escuchaba el oleaje, las gaviotas, y decidió que eso sería lo que haría, volver a casa. Su madre lo entendería, tendría que entenderlo. Ella había hecho todo lo que había podido.

Se puso a llorar desconsolada, sin taparse la cara, sintiendo la brisa del mar que le enredaba el pelo. Se sentía la mujer más desgraciada en el mundo. Entonces oyó que alguien le hablaba. Cuando levantó la mirada, vio un hombre alto, con el cabello corto en el que se distinguían algunas canas, sobre todo en las sienes. Pensó que rondaría los cincuenta años, iba vestido con un traje de corte impecable, y sus ojos transmitían confianza y serenidad. Seguía siendo atractivo a pesar de su edad, pensó Columna.

—*Il y a un problème, mademoiselle? Pourquoi pleurez-vous? Est-ce que je peux vous aider en quelque chose?*

—Disculpe caballero pero no le entiendo, como no me entiende nadie desde que llegué aquí... pero no sé ni por qué pierdo el tiempo explicándoselo...

—Bueno, ha tenido usted suerte, yo sí puedo entenderla, así que no está usted perdiendo el tiempo.

—¡Dios mío, habla español! ¡Gracias a Dios! Me sentía tan perdida... Llevo días aquí vagando de un lado a otro, es usted un milagro, de verdad, un milagro...

—Entonces es una feliz casualidad el habernos encontrado.

—Si no es indiscreción, ¿puedo preguntarle cómo es que habla mi idioma?

—Hace ya muchos años conocí en París al general Miguel Primo de Rivera, simpatizamos, y llegamos a encontrarnos varias veces, tanto allí como en la Academia General Militar de Zaragoza.

—¡Zaragoza! De ahí vengo yo precisamente. ¡Qué casualidad!

—Sí, sí que lo es. Tengo gratos recuerdos de aquella ciudad. La última vez que estuve fue en 1931, cuando cerraron la academia por orden de Azaña. ¡Qué triste día aquel! Aún recuerdo el discurso que pronunció el general Franco en la clausura, sobre todo cuando habló de la disciplina, algo esencial en un buen soldado. Hermosas palabras... todavía me emociono al recordarlas. De hecho, se las he repetido muchas veces a mis cadetes. Pero perdóneme, debo de estar aburriéndola...

—No, no se preocupe. Entonces, ¿es usted militar?

—General Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, a su servicio.

—¡Es usted general! ¡Y duque nada menos!

—Eso parece, pero no es algo que aquí ya impresione, y mucho menos desde que al rey le cortaran la cabeza durante la revolución. Pero dígame, ¿quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Me llamo Columna Ara Castán, y como ya le he contado soy de Zaragoza.

—¿Y qué hace tan lejos de su país, señorita? Y sola... ¿o me equivoco?

—Es una larga historia, señor. Solo le diré que mi hermano Alziz falleció hace un año aquí, luchaba con la División Azul. He venido a buscarlo para llevarlo conmigo a casa, a enterrarlo en su tierra y que nuestra madre pueda despedirse de él por última vez. ¡Pero no consigo encontrarlo! Voy de un lugar a otro sin entender lo que me dicen, y cada día me siento más desesperada. Quiero volver a casa, pero no soporto la idea de que mi hermano siga enterrado aquí, Dios sabe dónde, sin haber recibido cristiana sepultura, sin nadie que lo llore y le lleve flores frescas. Aquí, ¿quién lo va a recordar?

—No llore, señorita, no llore. No se preocupe que yo la ayudaré, no será tan complicado, ya verá. Aunque la División Azul, tengo entendido que no luchaba aquí, sino en Rusia... pero no se preocupe, que lo encontraremos.

—¿De verdad haría usted eso por mí? Dios mío, ¿de verdad me va a ayudar?

—Por supuesto, le aseguro que lo haré encantado. Mi madre me educó para ser un caballero, jamás dejaría abandonada a una dama en su situación. Así que levántese y deme toda la documentación que tenga sobre su hermano, tenemos mucho que hacer. Y deje de llorar, por favor, todo se va a solucionar.

El general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, se preguntaría después muchas veces qué fue lo que le impulsó a acercarse a aquella muchacha morena que lloraba sentada en un banco frente al mar. No era especialmente guapa, ni alta, y era tan delgada que parecía a punto de romperse por la mitad. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza de la que se habían escapado algunos mechones, que le arañaban la cara debido al viento.

Pero la muchacha no parecía darse cuenta de nada. Estaba allí ajena al mundo, presa de una gran tristeza, y a él se le encogió el corazón al verla. Era cierto lo que le había dicho: su madre lo educó para querer a las mujeres, para amarlas y respetarlas. Él se había casado muy joven con una

marquesa, en un matrimonio concertado por sus padres, y había tenido dos hijos que ya eran mayores. Al morir su mujer, hacía ocho años, su mundo se desmoronó. Se sentía muy solo. Había llegado a quererla profundamente, y con su pérdida se abrió un enorme agujero en su corazón que jamás había vuelto a llenar. Perdió todo interés por las mujeres, a pesar de que sus hijos lo animaban a rehacer su vida. Pero la sola idea de acostarse en la cama y abrazar otro cuerpo que no fuese el de su difunta mujer era algo que incluso le repugnaba el pensarlo.

Paseaba por la playa como le gustaba hacer temprano todas las mañanas desde que estaba en Toulon, destinado con la división que comandaba, cuando al ver a Columna se quedó parado. Vestía de forma sencilla, incluso anticuada, y parecía tan joven y desvalida...

Se preguntó muchas veces qué fue lo que le impulsó a hablar con ella, a preguntarle por qué lloraba, a asombrarse al descubrir que era española, y encima de Zaragoza. Admiró su valentía, él, que era militar. Aquella mujer había viajado sola para buscar a su hermano, y aunque era cierto que la guerra prácticamente había terminado, Toulon aún estaba lleno de soldados. Desde luego, no era el lugar adecuado para una muchacha sola.

No sabía decir qué le empujó a decidirse a ayudarla. Pero tan pronto le dijo que la ayudaría a encontrar a su hermano, se dio cuenta de que era exactamente lo que quería hacer desde que la había visto: ayudarla. Jean-Henri, duque de Joyeuse, no soportaba ver llorar a una mujer. Y mucho menos después de las veces que había escuchado llorar a su madre cada vez que su padre la insultaba. Eso era lo que más odiaba en el mundo: los hombres que maltrataban a las mujeres de cualquier forma. Le parecía el acto más vil y cobarde que un hombre podía hacer, y así se lo había inculcado también a sus hijos.

En el primer momento, Columna le había parecido una muchacha débil, desvalida, y él se había acercado sintiéndose una especie de príncipe salvador. Pero conforme la conversación había ido avanzando, Jean-Henri asistió tan asombrado como encantado a la transformación física que había desplegado, pasando de ser una humilde jovencita en problemas, a una mujer de carácter, agradecida, pero firme.

Tenía la muchacha marcas oscuras en la cara, restos de golpes, sin duda. El general sintió el impulso de preguntar, de averiguar quién había sido el malnacido que había podido desfigurar a golpes esa cara tan especial. Si en ese momento le hubiesen puesto delante a ese hombre, lo hubiera matado con sus propias manos. Miraba los verdugones en el cuello, en la ceja, en los brazos. Y ella caminando como si no estuviesen, como si no sintiese dolor, ni angustia. Ni una sola queja. En ella solo la fuerza inexorable de ir hacia delante y encontrar a su hermano. ¡Qué muchacha más valiente le parecía!

Caminaban juntos por el paseo y él la miraba sintiendo que cualquiera que los viese pensaría que eran padre e hija, tal era la diferencia de edad que calculaba, por lo menos treinta años, quizá más. Deseó en su fuero interno haberla conocido siendo él más joven, y en cuanto lo pensó se quedó paralizado.

Por primera vez en ocho años se sentía atraído por una mujer, y no solo atraído, embelesado. Allí parado en medio del paseo, mientras Columna lo observaba sin comprender por qué no seguían caminando, Jean-Henri quedó fulminado por la absoluta certeza de que se había enamorado.

Jean-Henri Quelen de La Vauguyon

El general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, supo desde muy pequeño que era un ser afortunado. Mientras que a los otros niños que conocía de su misma condición los cuidaban una caterva de niñeras, mayordomos y cocineras, de su crianza y educación siempre se había ocupado su madre personalmente. No quiso nodriza sino darle ella misma el pecho tras el parto, para escándalo de muchos de sus parientes. Conforme el tiempo transcurrió, Jean-Henri fue atesorando una serie de preciosos recuerdos en los que su madre le sonreía mientras le ayudaba a bajar las escaleras, a subirse al caballo, a dar un paseo por el campo. Siempre aquella sonrisa en su cara, y jamás una queja.

Más tarde vendría una hermana pequeña de la que nunca tuvo celos. Era imposible, pues su madre tenía tanto amor para repartir, que había para todos en abundancia. Era pródiga en mimos, abrazos y besos, hasta el punto de que, en ocasiones, llegaba incluso a sentirse sofocado. Todo ello en franco contraste con su padre, del que podía contar con los dedos de las manos las veces que le había abrazado, no digamos ya besarle. Los quería a su hermana y a él a su manera, de eso no había duda, pues aunque parco en palabras y gestos, su cara traslucía el orgullo y el amor que sentía por sus hijos. Incluso a veces Jean-Henri, a escondidas, lo había escuchado hablar de ellos con amigos y parientes, y siempre lo hacía con encendida pasión.

Su infancia y niñez la pasó en el *château* del vizcondado de Joyeuse, aunque a su familia también le pertenecían los señoríos de Baubiac, Rosières, La Baume, Saint-Aubain, Saint-André, y Saint-Sauveur, a los que el rey Enrique III de Francia tuvo a bien añadir el señorío de Limours. Tenían que estarle muy agradecidos a su antepasado Anne de Joyeuse, pues si no hubiese sido el favorito del rey en aquella época, ellos no habrían llegado nunca donde llegaron.

A Jean-Henri, el castillo siempre le pareció un edificio enorme y feo. Había sido construido en el emplazamiento de una antigua fortaleza en 1540 por Jean de Saint Sauveur, vizconde de Joyeuse, y bisabuelo de Anne. Durante los años posteriores a la revolución, parte de él había sido destruido y ahora solo quedaba el ala norte, pero aun así era muy grande. De estilo renacentista, lo que más le gustaba era el jardín, al que llamaban la Brèche.

No recordaba muy bien a qué edad había sido, quizá tenía seis o siete años, cuando Jean-Henri fue consciente por primera vez de que su padre no quería a su madre. O, al menos, eso fue lo que pensó, pues ¿qué hombre llamaría puta a una mujer si la quisiese? Al principio no entendió el significado, tuvo que preguntárselo a su institutriz (más bien ordenárselo) quien de forma atribulada consiguió explicárselo entre resoplidos y con la cara totalmente roja. Aun así, no acabó

de entenderlo. Si una prostituta era una mujer que se acostaba con los hombres por dinero, ¿qué tenía aquello que ver con su madre? Ella no salía del castillo más que en contadas ocasiones, y siempre del brazo de su padre... Aquella palabra se quedó impresa en su cerebro, y con los años llegaría a escucharla muchas más veces en labios de su padre, pero siempre fue algo que lo dejó desconcertado. Con el paso del tiempo, y ya en su madurez, comprendió que los hombres no siempre amaban a sus mujeres como deberían. Se prometió que si algún día tenía una mujer no le hablaría así, no la trataría con desprecio, ni la insultaría, ya que cada vez que había sorprendido a su madre llorando tras una discusión con su padre, a él se le había partido el corazón.

Cuando estaba atravesando el desierto de la adolescencia, Jean-Henri se encontró una mañana con que sus padres lo estaban esperando en la mesa de desayuno con nuevas noticias. Su padre había decidido que ya estaba bien de tanto leer y estudiar, y que ya era hora de comenzar una carrera militar, tal y como él había hecho. En el brillante porvenir que le habían dibujado no solo llegaría a convertirse algún día en general, sino que, si todo iba como debía, se desposaría con la marquesa de Menars, proveniente de la región de Loir y Cher. Jean-Henri se preguntó qué tenía él que ver con una marquesa de una región del centro de Francia. Nada, se respondió. La imaginó gorda y bigotuda, huraña y seca, y el alma se le cayó a los pies junto con el amor, el deseo y la excitación de vivir nuevas aventuras.

Pero no dijo nada. Escuchó a su padre y asintió en silencio. Al terminar, salió a dar un paseo con su madre que caminaba cabizbaja hasta que llegaron al arriate de frescas rosas.

—Hijo mío, sabes que tu padre hace las cosas por tu bien. Quizá no lo entiendas, pero es lo mejor para ti. La carrera militar hará de ti un hombre duro porque ahora eres sensible y amable, culpa mía, que desde pequeño te malcrié, llené tu cuarto de libros y tu cabeza de ideas. Pero piensa que en la escuela militar podrás montar a caballo todos los días, conocerás a otros cadetes y volverás a casa con rango y honores. Sé que la idea del matrimonio es algo que no había pasado por tu cabeza, pero vas a ser el próximo duque de Joyeuse, y eso conlleva una gran responsabilidad.

»Tienes que honrar a tu nombre, a tu casa, a tu familia. Aunque los tiempos hayan cambiado y la realeza ya no tenga ningún peso en este país, hay quien todavía respeta las tradiciones, quien todavía se siente honrado al tratarnos. Recuerda quién eres y de dónde vienes, nunca bajes la cabeza, no tienes nada de lo que avergonzarte. Algún día te convertirás en Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, y mereces una mujer a tu lado que esté a la altura, como la marquesa de Menars. ¿Crees que cualquier otra podría entender el peso que recae sobre ti? No, no podría.

»Quizá tras leer a Ronsard se te haya llenado la cabeza de poesía y amor, de tragedia y drama, pero el amor no comprende de nobleza y estirpe. Me casé con tu padre sin haberlo visto antes y jamás me he arrepentido, pues tu hermana y tú sois los mejores regalos que me ha dado la vida. Te debes a tu obligación como futuro duque, tienes que preservar la memoria de la familia, casarte con alguien que entienda los entresijos que nuestra posición tiene y te dé un heredero varón.

»Es verdad que la marquesa de Menars quizá no tiene el árbol genealógico que desearíamos, al fin y al cabo descende de la Pompadour. Pero es noble, tiene tierras, tiene dinero y es huérfana. Esa muchacha se siente sola, necesita un matrimonio tanto como las flores el sol, y tú eres el candidato perfecto. Ella tiene cuatro años más que tú, pero no notarás la diferencia. Y aunque la

notases, ¿qué importancia podría tener? En el momento en que tengáis hijos, se olvidará de ti como yo me olvidé de tu padre. Así que, hijo mío, aprovecha estos años en la academia, que luego cuando te cases tu vida dará un gran cambio del que no habrá marcha atrás.

Y eso hizo. Jean-Henri disfrutó de sus años de academia, hizo amigos, aprendió con diligencia todo lo que le enseñaron, e incluso tuvo tiempo de medio enamorarse de la hermana de un compañero. Con veintitrés años recién cumplidos, se casó con Madeline-Antoinette Poisson, marquesa de Menars. Cuando la vio por primera vez el día antes de la boda, pensó que era muy bajita y fea. Tenía el cabello castaño cortado a la moda, los ojos separados, la barbilla huidiza y las orejas grandes. Caminaba con pasitos cortos, las manos a los lados, azorada. Pero cuando sonrió, algo lo cambió todo. Tenía una sonrisa radiante que le confería de repente un aspecto risueño y diferente, transformándola por completo. Le recordó a su madre.

Se fueron a vivir al castillo que ella poseía en Menars, donde había mucho por hacer. Se notaba que hacía años que un hombre no ponía orden en las tierras que pertenecían a su recién estrenada esposa. Con el tiempo tuvieron dos hijos que crecieron sanos y fuertes, y Jean-Henri no podría decir cuál fue el momento exacto en el que pasó de mirarla con cariño a sentir auténtico amor. Ciertamente que los primeros años fueron duros, cuando se acostaba con ella en la cama cerraba los ojos y pensaba en la hermana de su compañero de promoción. En su pecho abundante, su pelo rubio como el trigo, sus ojos verdes. Su mujer no era precisamente ardiente, se tumbaba y se dejaba hacer como si aquello fuese una obligación más de una buena esposa.

Madeline-Antoinette era inteligente y tenía un gran sentido del deber. Cuando a él le preocupaba algo, era ella quien le daba siempre el consejo más acertado. Se reía a carcajadas estentóreas que emanaban felicidad y cuidaba de sus hijos con amor y ternura. Mirándose un día al espejo del baño, se avergonzó de sí mismo. Aquella mujer era excepcional. Ciertamente que no era guapa, pero lo suplía con todo lo demás. Así que esa noche se sentó junto a ella en la cama, y le dijo que no volverían a hacer el amor hasta que ella quisiese. Su mujer lo miró asombrada.

Se tumbaron y Jean-Henri notó en la oscuridad de la habitación cómo ella se agitaba intranquila. Al cabo de un rato, sintió que unas manos temblorosas lo desnudaban tanto a él como a ella, y entonces su mujer floreció como las hermosas flores de su espléndido jardín. Fue como si todos aquellos años hubiese estado agazapada, escondida detrás de otra mujer oscura e inerte que no era ella. Durante mucho tiempo Jean-Henri rememoraría con una sonrisa aquella noche, todo lo que bajo las sábanas había descubierto sobre su mujer, lo sensual y apasionada que se reveló, sin ningún tipo de prejuicio aparente.

Primero falleció su padre y luego su madre, ambos ya mayores y con muchos achaques. A él no lo echó en falta, su relación nunca había llegado a ser buena del todo, y menos después de unas estúpidas disputas que habían tenido muchos años atrás por tonterías. Al convertirse en el duque volvieron a vivir al castillo familiar, donde continuó residiendo su madre con ellos hasta su muerte. Su madre... no había día que no pensase en ella. Echaba terriblemente de menos su sonrisa, sus manos acariciando su cabeza, sus sabias palabras, su amor incondicional. Había abandonado las colinas frías y húmedas de Menars, donde en el fondo siempre se había sentido como un invitado, para volver a lo que para él era su casa, con su querida madre.

Aquellos fueron los mejores años de su vida. Amado por dos mujeres maravillosas, con unos hijos que crecían sanos y fuertes y a los que educaron para ser los perfectos caballeros amables, educados, inteligentes. Las tierras que poseían en Joyeuse daban sus rentas, y eso sumado a lo de

Menars los había convertido en una familia muy rica. Ciertamente que la Gran Guerra lo había trastocado todo, que Jean-Henri tuvo que combatir en ella y lo que vio jamás se le pudo borrar de la mente, pero volvió a casa sano y salvo, y eso era lo único importante. Daba igual si a veces se despertaba empapado en sudor, si se agitaba en sueños, si se despertaba llorando. Con el tiempo todo eso remitió, hasta que fue otra vez todo perfecto.

Su mujer disfrutaba saliendo con el caballo a cazar los ciervos que campaban en los bosques cercanos. Le encantaba pasar el día al aire libre, la vida de campo, la espera durante horas hasta que aparecía la pieza perfecta. Volvía al cabo de la tarde con las mejillas arrojadas, los cabellos medio sueltos, y la mirada encendida. En ese momento, Jean-Henri hasta la veía bella. Pero entonces, como una repetición de la historia de su familia, su mujer murió tal y como había fallecido siglos antes su antepasado Luis II de Melun, príncipe de Épinoy y conde de Saint-Pol.

Fue durante una partida de caza, cuando un ciervo derribó al príncipe y su caballo de un fuerte golpe con sus astas. El caballo murió casi en el acto debido a las profundas heridas que el ciervo le había causado, y al caer arrastró bajo él a Luis II, quien también había resultado herido por un asta de más de diez centímetros. No se pudo hacer nada por él, murió en Chantilly desangrado. El rey ordenó que mataran al ciervo y se lo llevaran; al fin y al cabo, no se podía permitir que nadie acabase con la vida de un noble, y mucho menos un animal, aunque fuese tan bello y espléndido como aquel.

En el caso de la mujer de Jean-Henri, Madeline-Antoinette, cuando fue consciente de lo que ocurría ya era demasiado tarde. Tanto su caballo como ella cayeron por un barranco tras el embiste de un ciervo enorme, que debía de tener por lo menos siete u ocho años, vista la cornamenta. Murió en el acto. Jean-Henri cazó personalmente al ciervo, y su cabeza colgaba ahora de una de las paredes de la biblioteca. Empezó entonces un calvario de años que fueron pasando mientras él hacía las cosas como un autómata. Se levantaba, comía, lloraba, hablaba, dormía, lloraba, escuchaba la radio, leía el periódico, lloraba, y cada día le parecía igual al anterior. Sus hijos se preocuparon por él, trataron de animarlo, de sacarlo de aquella pena infinita, de aquel triste estado, pero pronto se dieron cuenta que lo mejor era dejarlo en paz, y esperar a que saliese él solo de su mutismo y abstracción.

La guerra fue para él un oasis en medio de su infierno particular. Le obligó a salir del *château*, a luchar al mando de una división, a preocuparse de miles de cosas que no tenían nada que ver con él, con su mujer, o sus hijos, o su vida en Joyeuse. Cuando llegó a Toulon y respiró la brisa marina y vio las olas en la playa, se sintió extrañamente bien por primera vez en mucho tiempo. A lo mejor fue por eso por lo que se fijó en la muchacha que lloraba sentada en un banco. A lo mejor fue por eso por lo que se acercó a hablar con ella. A lo mejor fue por eso por lo que se enamoró de ella.

Otra mujer

Las cosas cambiaron tanto que Columna se preguntó muchas veces si aquellos días pasados de vagar con desesperación de un sitio para otro no habían sido sino un mal sueño. Aquel hombre que se le había acercado en el paseo, que se descubrió como un importante general, que llegó a su vida de repente, que la quiso consolar, que la quiso ayudar... Santa Virgen del Pilar, sus rezos habían obtenido respuesta.

Durante las dos semanas siguientes, recorrió junto al general despachos y oficinas, centros y hospitales, en una actividad febril que parecía no tener fin. Él se ocupaba de absolutamente todo. Hablaba con subordinados y oficiales, presentaba papeles, firmaba permisos, la acompañaba a cuarteles y cementerios. La búsqueda de Alziz parecía no tener fin, y nadie sabía dónde podía estar. Si hubiese sido americano o incluso alemán, las cosas seguramente habrían sido más fáciles. Pero ni siquiera pertenecía a la División Azul, pues esta se había disuelto tiempo atrás.

Su nombre despuntaba aquí y allá en alguna documentación interceptada a los nazis: que sí lo habían designado a tal batallón, a tal enclave, o había hecho tal guardia. Pero poco más. Columna miraba llena de agradecimiento al general, y aunque él le pedía que por favor le llamase Jean-Henri, ella no podía más que llamarle señor duque o general. Se sentía abrumada por su exquisita educación, sus modales corteses, por el hecho de que corriese con absolutamente todos los gastos. Lo miraba y veía a un hombre en su plenitud, mayor pero conservando todavía la mirada despierta, el paso elástico. A veces cuando lo contemplaba de espaldas, parecía incluso quince años más joven.

Lo cierto es que los primeros días caminaba a cierta distancia de él, no se montaba en su coche, ni aunque estuviese el chófer, e incluso evitaba estar a solas en la misma habitación, aunque fuese su despacho en la Comandancia Militar. Esos primeros días saltaba cada vez que el general la cogía delicadamente por el brazo para ayudarla a bajar una escalera. Lo miraba nerviosa cada dos por tres, esperando en cualquier momento un golpe que llegase sin previo aviso. Pero ¿qué podía hacer? El general parecía su única esperanza de poder encontrar a Alziz.

Se despreció a sí misma. Imaginaba lo que le diría su madre si estuviese allí. «Te vas con cualquier desconocido que aparece de repente, como una cualquiera. Te levantaste de tu asiento en el paseo y te marchaste con él, sin saber quién era en realidad. Podía haber sido un duque o un tabernero. Ya te fiaste de Pedro y mira cómo te pago, con una paliza que podía haberte matado. Lo dejaste entrar en tu cuarto de la pensión, y él se pensó lo que no era. No, Columna, no. Así no es

como yo te he educado. Seremos pobres pero con honra. No puedes permitir que suceda una cosa parecida, nunca más. Así tengas que coger el atizador y arrearle hasta que muera».

Aunque en el fondo estaba muy agradecida, le costó mucho tiempo dejar de desconfiar. Todas las mañanas se levantaba pensando que ese sería el día en el que el duque le pediría algo a cambio por su ayuda, y todas las noches se iba a dormir avergonzada, pues el duque era siempre de una amabilidad encomiable y jamás traspasaba los límites que la virtud y la decencia imponían. Aun así, ella guardaba en su bolso un cuchillo que había robado en el comedor de la pensión.

Lo sucedido con Pedro le había dejado una marca indeleble en su alma, como si de una gigantesca cicatriz se tratase. Y por mucho que se lavase, por mucho que se frotase con agua y jabón hasta dejar su cuerpo enrojecido, la sensación de asco seguía ahí, pegada a ella día y noche. Columna pensó si alguna vez conseguiría olvidarse de él, si alguna vez conseguiría no sentir ese impulso homicida que le pedía que lo buscase para matarlo como al perro sarnoso que era. Contemplaba su cuerpo desnudo ante el espejo con algunos cardenales aquí y allá, y decidió mirarlos con atención y así recordarlos para siempre.

«Que no se te olvide, Columna, que no se te olvide. Mira tu cuerpo magullado y recuerda todos y cada uno de estos colores que por desgracia lo adornan. El morado y el verde, el amarillo y el rojo, porque antes muerta a que esto se repita, antes muerta».

Pero con el general se equivocó. Resultó ser un hombre intachable.

El duque le hizo sentir una mujer respetada. Le hablaba de usted, le abría las puertas, le daba el brazo para ayudarla a subir o bajar, la invitaba a comer o cenar, y siempre dentro de la más estricta cortesía. Jamás una insinuación, jamás una palabra discordante. Pero había algo que Columna no podía identificar y tampoco sabía si quería hacerlo. Le bastaba con saber que aquel hombre no le haría daño.

Pero por mucho que no quisiese verlo, Columna no pudo evitar reconocer que, en ocasiones, el general la miraba con demasiada intensidad. Ella bajaba la vista turbada, incapaz de hacer frente a semejante mirada. ¿Era posible que aquel hombre sintiese algo por ella? ¿Acaso se había enamorado? Lo descartaba inmediatamente, prefería no pensar en ello. Ella no era más que una pobre muchacha española en busca del cadáver de su hermano. Él era un noble, rico y francés. No tenían nada en común, incluso él podría ser su padre. No, no era posible. Lo que ella veía en sus ojos no era más que pena, lástima por la desgraciada situación en la que se encontraba, compasión por sus humildes ropas y maneras, misericordia derivada de sus modales corteses, y tristeza por su pobre madre que esperaba en Zaragoza para enterrar a un hijo.

Las dos semanas pasaron veloces, llenas de la brisa del Mediterráneo y los uniformes de los soldados, de las risas de los niños y la gente que parecía volver a vivir. Toulon despertaba de una pesadilla, con las banderas de Francia ondeando en cada balcón de cada casa. Pero Columna no tenía tiempo para fijarse en la vida que resurgía a su paso, en el bullicio que emanaba de bares y cafés. Ella solo pensaba en Alziz.

El miércoles de la tercera semana, lo encontraron. Lo habían trasladado a una fosa común cerca de Le Revest-les-Eaux, donde estaba enterrado con otros miembros de su división. Costó tres días conseguir que abrieran la fosa para sacarlo de allí. El comandante al cargo de la zona se negaba: comenzó aduciendo razones sanitarias, y más tarde que a quién le importaba un maldito *boche* muerto. Remover toda esa tierra para sacar a un *fritz* que merecía estar exactamente donde estaba, le parecía una locura. Pero el general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon le dijo que podía

meterse sus opiniones por donde le cupiesen, él le estaba dando una orden. Había que desenterrar al soldado Alziz Ara Castán, español para más señas, y no había nada más que hablar.

A Columna no le dejaron ver sus restos. Le dieron unas chapas con su nombre, y un cadáver amortajado metido en una caja de madera, en la que ella depositó el pañuelo de la Pilarica que le había llevado antes de que clavasen la tapa. Lloró tanto que tuvieron que llevársela de allí sedada. El general la acompañó a la pensión donde ordenó a una de las camareras que no se separase de ella ni de día ni de noche, hasta que mejorase.

En el momento en que su hermano apareció, Columna sintió que toda esa presión que había oprimido su pecho durante tanto tiempo se había esfumado despacito. Lloró por él y por su recuerdo, lloró por ella, por los días pasados llenos de angustia, por la paliza recibida, por no haber matado a Pedro, por el hombre misterioso cuyo recuerdo la martilleaba, por el general que tan bueno había sido con ella, por el vía crucis que había sido llegar hasta aquella fosa común.

Tras un par de días en cama, decidió que ya era hora de salir a la calle a pasear. Parada en la puerta de la pensión, justo antes de bajar los escalones que la conducirían a la calle, aspiró con profundidad los aromas de aquel final de verano. El sol sobre ella que, con los ojos cerrados, se dejaba abrazar por infinidad de olores y ruidos. Las bocinas de los jeeps militares que pasaban veloces por la calle, las gaviotas volando, las campanas de la iglesia. Entonces abrió los ojos y lo vio.

Caminaba por la acera de enfrente mientras charlaba con otro hombre a su lado. Alto y fuerte, ataviado con un uniforme que nunca antes había visto por allí, con un curioso sombrero redondo, del mismo color blanco que sus pantalones y el pañuelo rojo cruzado sobre el pecho. Encima llevaba un capote, cuyas puntas de los faldones delanteros los había abotonado al costado de cada pierna.

Columna lo reconoció cuando giró la cara para ver pasar un camión lleno de hombres y mujeres, que alegres cantaban y agitaban banderas. Era él, el hombre que la había salvado. No tuvo ninguna duda. Aquellos ojos eran tal cual los recordaba, oscuros y ardientes. El cuerpo robusto, las manos grandes. Esas manos benditas con las que había reducido a Pedro a un amasijo de sangre. Probablemente iba vestido con el uniforme de la legión esa de la que le habían hablado. Mientras lo observaba caminar pensó que si estaba allí delante de ella era una señal divina. Aún no se había marchado, aún estaba a tiempo de darle las gracias, de verlo de nuevo. Tenía que ser una señal de Dios.

Cuando reaccionó ya era tarde. Se lanzó a la carrera a bajar las escaleras de la pensión en pos de él, pero al llegar al otro lado de la calle ya no estaba. Había subido en un coche con chófer, y se había marchado. Él no la vio en ningún momento, ni siquiera cuando se giró a mirar el camión que pasaba. Columna se quedó allí parada contemplando cómo el coche se alejaba, sintiendo un vacío infinito en su interior.

El corazón le latía con fuerza, le pulsaban las sienes, la respiración agitada. «¿Puede ser que lo quiera? —se preguntaba—. Pero ¿cómo lo vas a querer si no lo conoces? Calla tonta, lo que pasa es que estás agradecida. Lo que te pasa es que has leído demasiadas novelas. Te has creído que las historias que cuenta Luisa-María Linares en sus libros son ciertas, que los príncipes azules existen y te van a querer a ti. Ese desconocido del que no conoces ni su nombre, que no sabes ni cómo respira, ni si está casado, y con el que no podrías entenderte porque habla francés, no lo

quieres. Te salvó la vida y estás agradecida. Punto. ¿Y entonces por qué al verlo he corrido hacia él con el corazón desbocado?».

Se sentó en un banco junto a un árbol. Tras pensar durante unos minutos, Columna no pudo negarse a sí misma que el desconocido le gustaba, y mucho. Lo recordaba entrando en la habitación derribándolo todo a su paso para salvarla, con el rostro lleno de furia y los puños listos para arrasar con todo. Lo que sentía cuando pensaba en él no se parecía en nada a lo que había sentido con Javier. Javier era un buen chico, de eso no cabía duda, alguien a quien quería, o al menos lo había hecho hasta que decidió que eran más importantes para él las cabras del monte que su novia.

Pero con Javier no había habido ese vértigo que ella notaba en sus entrañas al pensar en el desconocido. No había habido ese deseo secreto de besarlo sin parar, de descubrir todos sus secretos, de amarlo con una intensidad tal que le daba miedo. Pensaba en Javier y echaba de menos sus risas y confidencias, su historia en común de sufrimiento y comprensión, su mano cálida cogiendo la suya amparados en la oscuridad del cine. Pero las pocas veces que Javier la había besado, no había sido como veía que era en el cine, apasionado y ardiente.

¿Lo había querido? Mucho. ¿Lo seguía queriendo? No lo sabía. Hacía tiempo que no se veían y no tenía claro si volvería a hacerlo. Ciertamente que, de vez en cuando, se acordaba de él, ¿cómo no hacerlo? Hasta hacía muy poco tiempo Columna pensó que se casaría con él, que sería el padre de sus hijos, que envejecerían juntos... Todo aquello no se podía olvidar de la noche a la mañana, por mucha rabia que le hubiese dado su huida al monte.

Lo recordaba hablándole con admiración de su padre, de la lucha de los republicanos, de que no todo estaba perdido. Lo recordaba emocionado contándole aquel intento de reconquista en el valle de Arán, por parte de la Unión Nacional Española. Hablaba de Jesús Monzón como su madre de Cristo, lleno de ardor y devoción. Pensó que le hubiese gustado que alguna vez hablase de ella así. ¿Se enamoraría de verdad alguna vez? ¿Llegaría a casarse algún día como su hermano?

Cayó entonces como un rayo sobre ella que la fulminó: había olvidado que su hermano, su Alziz, se había casado. Que en aquellas cartas que había recibido le hablaba de su mujer, su esposa, su alma gemela. ¿Cómo se llamaba? ¿Adèle? ¿Christine? ¿Valérie? No, no era así, era algo compuesto. Madre del amor hermoso. Ella llevaba semanas en Toulon y en ningún momento había recordado que su hermano tenía esposa, puede que incluso un hijo.

Él, que le había implorado que cuidase de ella. Él, que le había pedido amor y comprensión. Columna se puso a llorar sentada en el banco, mientras con las manos acariciaba la basta madera. «Señor, perdóname. Virgencita de mi corazón, perdóname. ¿Cómo pude olvidarme de ella? Marie-Hélène, eso es. Y vivía cerca del puerto... ¿o era cerca del fuerte? Eso, en Le Mourillon».

Se levantó y comenzó a caminar a paso decidido hacia allí mientras se secaba las lágrimas. Se olvidó del desconocido, de Javier, del general, y a cada paso que dio pidió perdón a su hermano por haberse olvidado de ella. No tenía más datos que los que recordaba de las cartas: una chica joven, rubia, con el pelo muy corto, con pañuelo al cuello, en una casa antigua.

El resto del día lo pasó caminando de una parte a otra por el barrio cercano a la playa. A cada cabeza rubia le daba un vuelco el corazón, pero siempre eran cabellos largos o mujeres mayores. Comenzaba a anochecer cuando emprendió el camino de regreso a la pensión. Al llegar

se encontró en la recepción con el general que la estaba esperando. Al verla, en su cara se reflejó un inmenso alivio.

—Pero, señorita, es tardísimo, nos tenía muy preocupados, y más después de estos días que ha estado indispuesta en cama.

—Discúlpeme, señor duque, pero he salido a dar un paseo, ya que me encontraba mejor, y no me he dado cuenta de la hora que era.

—¿Seguro que está bien? Está pálida, tiene los ojos rojos, y parece débil.

—¿Débil? Puede ser. Dios mío, ahora que lo pienso no he comido nada en todo el día.

—Pues entonces la llevaré a tomar un bocado y luego a dormir. Realmente parece usted exhausta.

—Lo estoy...

—Si quiere, mañana la acompaño a la estación, a solucionar todo el tema de los billetes y la documentación, para que pueda llevar a su hermano de vuelta a casa lo antes posible.

—Discúlpeme, general, pero mañana desearía tener el día libre para mí, hay ciertas gestiones que desearía hacer yo sola.

—¿Usted sola?

—Entiendo que suena raro, pero no se preocupe. Quiero despedirme de esta ciudad, pasear a solas. Han sido muchas semanas, y han pasado muchas cosas...

—Entiendo, no se preocupe. Le deseo que tenga un buen día mañana, y si le parece bien, volveré por la noche a ver cómo se encuentra. Pero ahora, lo dicho, vamos a cenar.

Más tarde, tumbada sobre su cama, Columna pensaba en Marie-Hélène. La encontraría costara lo que costase, y después, si ella quería, estaba dispuesta a llevársela a Zaragoza con ella.

La chica francesa

Las horas pasaban raudas y Columna no la encontraba. Preguntaba en bares y cafés, en tiendas y mercados, a las mujeres que pasaban. Pero como no hablaba francés, solo podía decir su nombre. Repetía una y otra vez «Marie-Hélène», como si a fuerza de repetirlo se fuese a aparecer ante ella. Sentada en unos escalones, se había quitado los zapatos y miraba sus pies doloridos de tanto caminar. Tenía calor, había sudado mucho, el pelo se le pegaba a la cara y la piel le picaba.

«Quién me mandaría a mí venir aquí... mi madre, claro». Y se miraba los pies enrojecidos e hinchados, y agradecía el frescor del suelo en ellos, descalza sobre la piedra del escalón. Toulon se le antojaba una ciudad enorme, cuando en realidad era mucho más pequeña que Zaragoza. Recorría sus calles y le parecían un laberinto en el que la mujer de su hermano corría huyendo de ella.

«Tienes un día, Columna, mañana vuelves a España. No puedes perderte callejeando, no puedes desistir. Cierto que vuelves con Alziz, que era el motivo de tu viaje, pero ¿cómo le vas a decir a madre que no has visto a su viuda, que no le has presentado tus respetos y le has dado las condolencias? Ella no me lo perdonará, ni mi hermano, y yo tampoco... Por tanto, Columna, así amanezca en este lugar, tienes que encontrarla. No dejes tienda por preguntar, recuerda Marie-Hélène, ese es su nombre. Rubia, pelo corto... ¡Santa Virgen del Pilar!, seguro que eso es como buscar una morena en España que se llame María. ¡Qué desgracia! ¡No la encontraré nunca!».

Columna se levantó de los escalones y volvió a ponerse los zapatos con dificultad, sus pies aún no estaban preparados para caminar de nuevo, pero no tenía más remedio si quería tener alguna posibilidad de encontrarla. Miró a derecha y a izquierda y se lanzó de nuevo a las calles. Había ido desde el fuerte St. Louis al de Lamalgue, desde Le Mourillon a La Rode, y aunque había visto algunas muchachas rubias, ninguna llevaba el pelo corto. Entonces se le ocurrió de pronto. El pelo, qué tonta había sido. Seguramente lo llevaría más largo, pues había pasado ya un año desde que Alziz murió, y semanas desde que recibieron la carta. A saber cómo lo llevaba ahora...

Tras dar varias vueltas, llegó a la iglesia de Saint Flavien y entró.

No supo qué le había impulsado a hacerlo; al fin y al cabo, hasta que volviese a Zaragoza no podría asistir a una misa dicha en cristiano, pero se alegró de haberlo hecho. Dentro se estaba fresco y no había absolutamente nadie. Miró hacia el altar, con las columnas a los lados y el techo abovedado pintado de amarillo, y se dijo que era bien diferente de las iglesias en las que ella había estado, pero también le gustó. Quizá porque el amarillo reflejaba con intensidad la luz del

sol que entraba por las estrechas vidrieras, o por el suelo que era del mismo color piedra claro que las columnas.

Se sentó en uno de los bancos y comenzó a rezar. «San Antonio bendito, al calvario subiste, el breviario perdiste, Jesucristo te lo halló. Tres cosas te pido: que lo perdido sea encontrado, lo olvidado sea recordado y lo ausente sea presente. Concédeme santo bendito encontrar a Marie-Hélène». Y después de tres padrenuestros y dos avemarías, salió más reconfortada de la iglesia, rumbo de nuevo a las calles.

A la media hora vio a una muchacha rubia, de cabellos bastante cortos, bajita y muy delgada, que se estaba poniendo un pañuelo de colores en la cabeza parada en la puerta de una panadería. Al acabar de atárselo, cogió las bolsas que había dejado un momento en el suelo. Tenían aspecto de pesar mucho, pues caminaba con dificultad y muy despacio. La miró mientras pasaba a su lado sin verla. Observó su forma de caminar, la curva de sus brazos, sus piernas flacuchas, el vestido azul cerrado con un cinturón marrón. ¿Sería ella? Su intuición le decía que tenía que serlo. Tenía que serlo.

Caminó tras ella a cierta distancia, curiosa por verla así, sola, sin que Columna apareciese todavía en su vida. Viuda. Marie-Hélène era viuda. ¿Sería ella capaz de soportar un dolor así en su vida? Pensó en Javier y sintió un pinchazo en el corazón. ¿Dónde estaría ahora? ¿Se encontraría bien? Qué tonto había sido... Pero si ahora mismo alguien le dijese que había muerto, ¿cómo se sentiría ella?

«Columna, por favor, no es lo mismo. No te has casado con él, y el amor de novios no es el mismo que el amor de esposos. Imagínate si encima hubiésemos tenido un hijo. ¡Un hijo! ¿Habrán tenido un hijo Alziz y Marie-Hélène? Mírala caminando, cargada con esas bolsas pesadas que parecen más grandes que ella. ¿Podría yo dar un solo paso si mi marido hubiese muerto? Pero madre lo había hecho, y Marie-Hélène también... Tiene mala cara, está demasiado delgada, y aunque no es hermosa tiene algo que hace que no puedas dejar de mirarla. ¡Y ese pelo tan rubio! Como el trigo cuando lo segamos en el pueblo».

Dos calles más adelante Marie-Hélène se paró ante un portal antiguo y grande, y sacó unas llaves. Fue entonces cuando Columna se decidió a hablarle.

—¿Marie-Hélène?

—*Pardon?*

—Marie-Hélène soy Columna, la hermana de Alziz.

La francesa la miró atentamente, como intentando entender las palabras que acababa de oír. A los pocos segundos cayeron al suelo con estrépito las bolsas, y se echó a llorar tapándose la cara con las manos enrojecidas. Columna se acercó rápidamente, cogió las bolsas y acabó de abrir el portal. Empujó a Marie-Hélène dentro, pues varios vecinos se habían parado ya a mirarlas con curiosidad, y agradeció mentalmente a San Antonio haber obrado el milagro.

La chica francesa no reaccionaba. Estaba parada en la oscuridad del portal llorando sin parar. Así que Columna, por enésima vez aquel día, se sentó en los peldaños de las escaleras, cargada con las bolsas, y esperó. Tras unos minutos que se le hicieron eternos, Marie-Hélène sacó un pañuelo blanco del bolsillo, se sonó la nariz ruidosamente y limpió las lágrimas de su cara. En ese momento parecía una niña pequeña y desvalida.

—¿De verdad eres la hermana de Alziz?

—Sí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar a mi hermano para llevármelo a Zaragoza, y ya lo he encontrado. Ahora vengo a buscarte a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque eres su esposa. —Marie-Hélène se quedó callada un largo rato, mientras a Columna el escalón le resultaba cada vez más incómodo—. Perdóname, Marie-Hélène, pero ha sido un día muy largo, llevo horas caminando buscándote por medio Toulon. Tengo los pies hechos polvo y necesito beber algo...

—*Oh, pardon...* subamos.

La casa era enorme. Los pasillos amplios, los ventanales grandes, las cortinas de rayas y los sofás de terciopelo. Entraba una brisa muy agradable y mucha luz. Aun a pesar de su tamaño era acogedora, te sentías de inmediato como en casa allí dentro. Columna siguió a Marie-Hélène hasta que llegaron a una cocina blanca y ordenada, donde dejó las bolsas.

—Puedo ofrecerte pan recién hecho y un vaso de leche. ¿Quieres?

—Sí, por favor.

—Hace tiempo que dejé el café. Ese horrible sucedáneo que hemos estado bebiendo estos años, terminó por matar mi gusto por él. De hecho, no recuerdo ya a qué sabía el de verdad... Me habría gustado ofrecerte una taza, pero no tengo.

—A mí tampoco me gusta mucho, no te preocupes.

—¿Cómo me has encontrado?

—Paseando arriba y abajo por esta zona. Solo sabía dos cosas sobre ti por la carta de mi hermano, tu nombre y que vivías por Le Mourillon. Estaba dispuesta a pasarme el día entero en la calle, con tal de encontrarte. He tenido mucha suerte, la verdad. Pero debo decir que he tenido ayuda divina, nada como rezarle a San Antonio.

—¿Pero cómo me has reconocido? ¿Cómo sabías que era yo?

—No lo sabía, pero tenías que serlo. Tenía muy pocos datos: rubia, pelo corto, delgada... y ni siquiera tenías por qué tener ya el pelo corto... Y sin hablar francés, aún más difícil... De hecho, he preguntado a dos o tres señoras por ti, pero no me han respondido, ¡incluso me han mirado asustadas negando con la cabeza!

—Bueno, es fácil de entender. La guerra acaba de terminar, y la gente todavía no se siente segura. Estamos aprendiendo a ser libres de nuevo. Imagino que nos costará un poco volver a recordar lo que era vivir en paz. ¿Por qué has venido ahora a Toulon, y no hace un año cuando murió Alziz?

—Hace unas semanas nos llegaron unas cartas a casa. Dos eran cartas oficiales en las que se nos informaba de la muerte de Alziz.

—¡Un año después!

—Sí, por desgracia, casi un año después. La tercera era una carta de mi hermano. Se la había entregado a un compañero divisionario suyo para que nos la hiciese llegar. Fue ahí donde me enteré de muchas cosas... Lo principal que te había conocido y se había casado. Me habría sentido muy emocionada y feliz por Alziz, si no fuese porque ya estaba muerto para celebraciones. ¡Qué pena sentimos, Marie-Hélène! Qué desgracia más grande se cernió sobre nuestra casa. Pero ¿qué te voy a contar? Imagino lo que has debido de sufrir tú también todo este tiempo.

—No, no lo imaginas.

—Tienes razón, no puedo imaginar lo que es perder el amor. Pero yo tenía un peso en el pecho, lo he tenido desde que recibí las cartas, y que solo ha mejorado cuando me he encontrado de nuevo con Alziz. Y lo he encontrado, Marie-Hélène, en una fosa común fuera de Toulon, no recuerdo ahora el nombre del pueblo. Vine aquí porque mi madre no podía soportar la idea de que Alziz estuviese abandonado en tierra extraña, sin haberle ofrecido siquiera una misa, sin poder ir a visitarle y llevarle flores. Sin una bonita lápida que lo recuerde, enterrado cerca de nuestra Virgen del Pilar. Madre me pidió que lo buscase y lo llevase de nuevo a casa, a Zaragoza, y eso voy a hacer.

—*Mon Dieu, c'est incroyable!* ¡Tú sola! ¿Cómo has podido encontrarlo sin ayuda?

—No ha sido sin ayuda, tuve suerte. He conocido a un general francés que habla español, y que generosamente me ha ayudado. No, no me mires así por favor. Ha sido siempre muy correcto y educado conmigo, como un padre. Le debo mucho, es una historia muy larga...

—No lo dudo. ¿En esa historia entran también esos restos de marcas que tienes de golpes en la cara y el cuerpo? No, tranquila, los reconozco porque yo también los tuve durante mucho tiempo... pero nadie que te vea sabrá de qué son, ya que son ya muy tenues.

—No, las marcas no tienen nada que ver. Esas marcas no existen para mí, Marie-Hélène, y te pido por favor que no me preguntes por ellas. Tuve la desgracia de cruzarme con un malnacido, pero ya pasó y muy pronto no quedará recuerdo en mí de ellas. Es verdad que ha sido un viaje muy largo... pero lo importante es que he encontrado a mi hermano, y que ahora te he encontrado a ti.

—*Incroyable!* Has venido tú sola a Francia, has encontrado a tu hermano, ¡incluso has conseguido que un general te ayude! Eres como Alziz, una voluntad férrea llena de bondad... Tu hermano estaría muy orgulloso de ti.

—No llores, Marie-Hélène, él también estaba muy orgulloso de ti, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Por su última carta, en la que nos hablaba de ti.

—Esa no fue su última carta para vosotras.

—¿No?

—No, Columna, no. Su última carta la tengo yo.

La carta

Tu hermano sobrevivió a la guerra en Rusia, y cogió un tren de regreso a casa lleno de esperanza, pues sabía que no le costaría encontrar trabajo en Zaragoza gracias a vuestra Falange. No sé en qué iría pensando durante el largo trayecto, a lo mejor en vosotras, en su tío Luis, en volver a casa o en que ya era hora de salir con una buena chica, sencilla, modesta y hacendosa, con la que casarse y formar una familia. Sentar la cabeza. Pero entonces aparecí yo...

Tu hermano me contaba que echaba de menos pasear por la calle Alfonso, saludar a los amigos en el café Infanta, e ir a ver actuar de nuevo a Ofelia de Aragón en el Oasis. Decía que nadie cantaba las jotas como ella. Pobre Alziz... ya no podrá volver a escucharla, ya no podrá enseñarme Zaragoza. Pero no me he arrepentido ni un solo segundo de haberme casado con él, solo me apena enormemente que no hayamos tenido un hijo, alguien con su sangre y su sonrisa a quien cuidar. No imaginas cómo lo echo de menos, Columna, no imaginas cómo he penado y peno...

Decía que aun a pesar del enorme sufrimiento que yo arrastraba, para él yo era toda luz y vida. Me miraba diciendo que estaba llena de una fuerza inagotable que me empujaba hacia delante como un motor revolucionado, y que a su vez era yo la que le empujaba a él. ¡Qué cosas me decía! Y yo lo quería sobre todo por eso.

Déjame que te cuente lo que pasó porque necesito que tú, su querida hermana, entiendas nuestra historia de amor. ¡Si supieras cuánto me habló de ti y de tu madre! Si lo hubieses visto contándome su vida, la guerra, proyectando el futuro que quería para nosotros... Pero, por favor, no nos juzgues muy duramente. Sé que aún eres joven y no entenderás muchas de las cosas que te voy a contar, pero sé que tu hermano querría que las supieras...

Perdóname por no haber sido yo la que os notificase que Alziz había muerto. Cuando me enteré de la noticia estuve varios meses enferma, pensé que yo también iba a morir. Lo deseé con tal fuerza, recé tanto por morir y descansar a su lado, que no entiendo cómo sigo con vida todavía. Si Dios fuese realmente justo me habría matado el mismo día que lo mató a él. Desde entonces intenté decíroslo, pero ¿cómo encontraros? Solo sabía vuestros nombres, ni dirección, ni nada más. Pensé que con el tiempo y ante la ausencia de noticias tuyas, imaginaríais lo sucedido y os pondríais en contacto con la Falange para intentar averiguar lo sucedido.

Y luego no encontraba su cadáver, me volví loca. Me enteré de que estaba enterrado en una fosa común cerca de Le Revest-les-Eaux, pero no me dejaron salir de Toulon para ir a buscarlo.

No me concedieron el salvoconducto pues pensaban que lo que quería era escapar. Con la guerra de por medio era imposible hacer nada, imposible.

Tu hermano...

A finales de 1943 Alziz volvía a Zaragoza en un tren que atravesaba media Francia. Durante el trayecto tuvo que cambiar de línea un par de veces, ya que la Resistencia había volado algunas de las vías férreas. Acabó montado en un vagón que partía de Lyon, rumbo a Perpiñán, pasando por Aviñón y Montpellier. De ahí cogería otro tren hasta la cercana frontera, y estaría en casa.

Pero las cosas se torcieron en Aviñón. La máquina del tren se averió y les dijeron a los pasajeros que tendrían que esperar al menos un par de días para poder coger el siguiente. Y eso con suerte, podían ser dos días o una semana. Otra opción era buscarse la vida para llegar hasta Montpellier, y de ahí coger el tren a España. Tu hermano llevaba uniforme alemán con la insignia del batallón español, y la idea de pasearse así por la Francia libre no le pareció muy buena, ya que el primero de la Resistencia con el que se cruzase seguramente le pegaría un tiro.

Pero quedarse dos días o más parado en Aviñón se le hacía insoportable, más aún cuando estaba ya tan cerca de casa. Así que robó algo de ropa, se quitó el uniforme y lo tiró. Después consiguió encontrar un autobús que lo llevase a Montpellier. Pero, al llegar a Beauvoisin, hicieron una parada. Disponían de dos horas para descansar antes de que volviese a partir, así que decidió dar una vuelta por el pueblo.

Pero qué tonta soy, no sé por qué te estoy contando yo su historia si él mismo te la ha contado ya. Toma, aquí tienes su última carta, la que os estaba escribiendo cuando murió. En ella os habla de cómo me conoció, de cómo nos enamoramos. Es un poco larga, ten paciencia, él quería que lo supieseis todo. Disculpa si yo te dejo aquí sentada, leyendo. Verte me ha traído demasiados recuerdos y... podría decirte que estoy cansada, pero la verdad es que estoy muy triste. He leído y releído esa carta que tienes entre las manos decenas de veces, porque cada vez que lo hago es como volver a escuchar su voz, volver a verlo sentado a la mesa escribiendo despacio. Lee, Columna, lee a tu hermano y quiérela. Yo me voy...

Salvación

... El lugar era muy tranquilo, con las casas asomadas sobre el río y un puente que lo cruzaba. Hacía mucho frío. Entonces escuché un grito desgarrador que me paralizó. Dudé por un segundo si una persona podría proferir un grito así, hasta que recordé Rusia y los miles de gritos que tuve la desgracia de escuchar. Después se oyeron pasos precipitados que venían hacia mí. Lleno de miedo, me escondí como pude en el vano de una casa y esperé allí agazapado.

Apareció un grupo de hombres y mujeres que proferían con voz airada lo que debían ser insultos, supuse yo, a una mujer que caminaba entre ellos, desnuda. Le habían dado una paliza, le habían rapado el pelo y le habían pintado una esvástica en la frente. La arrastraban cogida por los brazos y parecía un pajarillo inerte e indefenso. Tenía los ojos entornados, uno morado e hinchado, el labio partido, la saliva que le escupían corriendo por su piel de un tono violáceo, debido al frío y a los golpes.

La arrastraron hasta llevarla junto al río, le ataron las manos y los pies, le colgaron una gran piedra al cuello y la lanzaron al agua. Después se dieron media vuelta y se fueron de allí sin mirar atrás. Cuando estuve seguro de que ya no había nadie, salí de mi escondite y me asomé a mirar. Me quedé pasmado. La mujer no solo no había muerto, sino que luchaba como podía por sacar la cabeza del agua y respirar. Había conseguido de alguna forma engancharse a un tronco para que la corriente no se la llevase.

No me preguntes por qué lo hice, mi querida Columna, pero me lancé a por ella. El agua estaba tan fría que se me cortó la respiración nada más entrar. Mientras temblaba con fuerza saqué mi cuchillo, ese de caza que me regaló padre cuando era mozo y que siempre llevo conmigo, y corté la cuerda del cuello librándola del peso. La saqué rápidamente del río, le quité las ataduras de las manos y de los pies, la envolví en mi abrigo, y la dejé sentada junto a mi petate mientras de nuevo iba a robar algo de ropa, esta vez para ella. La cogí de hombre, pues eso es lo que parecía, un pobre hombre sin pelo.

Durante el tiempo que tardé en vestirla me miró con ojos sin vida, y me pregunté si tendría fuerzas para caminar hasta el autobús. Le quité la marca de la esvástica en la frente, le limpié la cara con cuidado, y ella no dejó de temblar durante todo el tiempo y de hablarme con voz tartamuda y cortada. Todo lo que decía sonaba inconexo, parecía que deliraba, y yo no entendía nada, pues poco francés sabía yo entonces, por no decir dos palabras. Lo que sí comprendí varias veces fue «*merci*», gracias. Veía las lágrimas correr por su cara entumecida y amoratada. La acabé

de vestir, la levanté y con la cabeza le indiqué si podía caminar. Me agarró del brazo sin fuerza y asintió.

Aún no sé cómo llegamos al autobús, pues ella no podía casi caminar y la tenía que cargar prácticamente sobre mi costado. La gente no cesaba de mirarnos. Yo estaba muerto de miedo, no sabía si me acusarían a mí de haberle pegado, o si los que le habían dado la paliza volverían a por ella, a llevársela de nuevo al río. Tuve que sobornar al conductor para que me dejase subirla, y no nos denunciase. Hasta que no arrancó y dejamos bien atrás Beauvoisin, creo que no respiré tranquilo.

Sentada parecía aún más pequeña, y por un momento incluso pensé que había muerto, tan débil era su respiración. Pero estaba viva. Intenté darle de comer un trozo de pan que llevaba en el petate, pero ella masticó dos trocitos sin apenas ganas. Se quejaba del costado, probablemente tendría alguna costilla rota, y no paraba de llorar de forma queda y suave. La miraba, un rostro apenas reconocible, un cuerpo magullado. Debo decirte que nunca me he arrepentido de haberme tirado a aquel río a por ella. Creo que salvándola, de alguna forma, quise salvarme a mí, redimirme de todos los muertos con los que cargaba de aquella guerra, poder decir que no solo maté, sino que también pude salvar.

Una vez en Montpellier la llevé a un hospital de la Cruz Roja. La curaron, vendaron sus heridas y después fuimos a comer algo. Apenas probó bocado, pero dejó de llorar y me miró. Entonces sonrió levemente y me sentí un buen hombre. Cogió un trozo de papel donde escribió Toulon y lo señaló insistentemente con el dedo. Traté de explicarle que yo me iba a casa, a España, que ella podía ir libremente donde quisiera, pero que yo seguía mi camino. No sé si entendió lo que le dije, pero creo que algo adivinó, pues volvió a señalar el nombre en el papel y me miró fijamente con su único ojo sano. Entonces me cogió la mano, y la besó. No sé si me enamoré de ella en ese instante.

Al final, no pude decirle que no. Así que volví a cambiar mi ruta, y la acompañé a Toulon. Es curioso, pero creo que tardé varios días en preguntarle su nombre. Ella tampoco me lo preguntó a mí, como si en aquel momento careciese de importancia de dónde veníamos o quiénes éramos. Al final, los dos estábamos en la misma situación, solo queríamos vivir.

Toulon era la ciudad donde ella había nacido, Marie-Hélène Mathieu, hija única de Jules y Manon, ambos comerciantes, muertos durante la guerra. Sus padres poseían una hermosa casa cerca del fuerte de Saint Louis, en Le Mourillon, que llevaba cerrada un par de años. Había sido una familia si no rica, sí muy pudiente. La casa era grande, con muebles recios, cortinas de terciopelo y una gruesa capa de polvo depositada sobre todo.

Nos instalamos allí, cada uno en una habitación. La limpiamos entera, de arriba abajo, lo que nos costó varios días. Me acordé mucho de madre, se habría reído al verme con la escoba en la mano. Ella empezó a decir palabras en español, y yo en francés. Nunca le pregunté por su historia, ni sobre lo que le había ocurrido en Beauvoisin. Compartíamos un techo, no confidencias. No sé por qué me quedé, podía haberla dejado allí y haber regresado a Zaragoza. Lo pensé muchas veces, pero cada vez que tenía el impulso de llenar el petate e irme, ella aparecía y, al mirarla, algo se encendía dentro de mí que me hacía cambiar de idea. Y me casé con ella.

Con el paso de los días y después de las semanas, Marie-Hélène floreció. Me di cuenta un día, de repente. Había salido de casa y volvía cargada con una cesta llena de margaritas. El sol lucía sobre ella y refulgían sus cortos cabellos dorados, que estaban ya empezando a crecer.

Aquel día dejé de ver un cuerpo desnudo y frío, lleno de golpes, y por primera vez vi a una mujer hermosa. Para entonces yo ya la quería, y desde hacía mucho más tiempo del que había querido confesarme. Tu hermano se había enamorado de una desconocida.

En agosto del cuarenta y tres las cosas comenzaron a cambiar: Mussolini cayó finalmente en Italia tras varios desembarcos aliados. Creo que en ese momento fui plenamente consciente de que aquella guerra la íbamos a perder. El hambre y la pobreza nos azotaba a todos, y los atentados de la Resistencia contra la Wehrmacht eran cada vez más numerosos. En casa, ninguno de los dos teníamos trabajo, y la situación era cada vez más desesperada, así que hice lo único que se me ocurrió para sacarnos adelante: me alisté de nuevo con los alemanes, para gran enojo de Marie-Hélène.

Así que ahora las mañanas que no tengo que dormir en el cuartel militar y puedo hacerlo en casa de Marie-Hélène, salgo con el uniforme escondido en un petate, que me pongo al llegar a mi puesto, y vuelvo otra vez de incógnito. No quiero problemas con los vecinos y, sobre todo, no quiero que mi mujer sufra ni que nadie la haga sufrir, porque ya una vez casi la matan y si de mí depende, nunca más le pasará algo igual. Me encontré así un día sentado en una torreta frente a una playa francesa, escuchando los rumores de desembarcos en Italia, en África, de la derrota en Stalingrado, y la imagen de la victoria se fue diluyendo como a la arena se la tragaba el agua del mar, a raudales.

Pero no te he hablado de ella... La historia de mi mujer empieza el día que fusilaron a sus padres, ahí fue donde todo cambió para siempre. Ella se replegó sobre sí misma para sobrevivir, por eso me costó tanto conseguir que confiara en mí y me quisiera, porque pensaba que ya no era capaz de sentir algo parecido al amor. Al principio, Marie-Hélène y yo tuvimos una relación en la que ella era amistosa pero distante. No soportaba ningún tipo de contacto físico, parecía llena de miedo.

Con el paso de las semanas se fue acostumbrando a mi presencia a su lado, e incluso alguna vez me apretaba el brazo como dándome las gracias por estar allí, con ella, cuidándola. Poco a poco, comenzó a tener pequeños detalles, que me hicieron pensar que estaba equivocado. El día que me contó su historia recuerdo que era domingo. Me desperté en la cama y el sol entraba por la ventana. Por un momento sentí una inmensa sensación de paz, como si la guerra no existiese, como si en la quietud de aquella habitación que miraba al mar nada pudiese hacerme daño y al salir la vida fuese a ser diferente de la que era. Me levanté despacio y la sensación vino tras de mí como una sombra. Llegué a la cocina y encontré a Marie-Hélène sentada, mirando al infinito, con una taza en las manos y una carta sobre la mesa. Me senté a su lado y no sé por qué no dije nada. Entonces me tendió la carta y en ningún momento me miró.

Cuéntame tu historia

Columna se acercó despacio a Marie-Hélène que, sentada en una silla de la cocina, miraba el pan que había dejado sobre la mesa. Se sentó a su lado y estuvo callada dejando pasar los minutos, pues el intenso dolor que compartían era el mismo. Cayó el sol y llegó la tarde, y el carillón del reloj dio las seis sonando con estridencia. Entonces Columna, como despertando del estupor en el que se había sumido, miró a la mujer de su hermano con cariño.

—Cuéntamela, por favor, Marie-Hélène.

—¿El qué?

—Tu historia. Esa que mi hermano no llegó a escribir en su carta, la que no pudo acabar...

—¿De verdad quieres que te la cuente? Qué importa ya...

—Sí, importa. A mí me importa y Alziz así lo habría querido. Quiero escucharla. Quiero conocerte como mi hermano lo hizo y así poder quererte como te quiso él.

—Pero tú no eres tu hermano. Tú saldrás de esta casa esta noche y no volveremos a vernos. Y yo tendré que seguir con mi vida sola, sabiendo que tuve la felicidad en mis brazos y la perdí. No me quedan ya fuerzas para vivir, Columna.

—Pero estás viva. Se lo debes, no puedes rendirte ni dejarte morir, eso sí que Alziz nunca te lo perdonaría. Luchaste como una fiera para salir de aquel río, ¿por qué no puedes luchar ahora para salir de esta casa, de esta ciudad y de esta vida? Cuéntame tu historia, Marie-Hélène, conviértete en la hermana que nunca tuve, y vente conmigo. Mañana vuelvo a España con nuestro Alziz, ven con nosotros. Olvida todo lo que te ha hecho daño, deja que el tiempo haga su trabajo, y vuelve a vivir conmigo en Zaragoza.

—¿A Zaragoza, dices? *Pauvre petite... Comme tu est jeune...* Jamás podré irme de aquí, Columna, porque hacerlo sería como abandonarlo a él y a su recuerdo. Sería como aceptar que puedo reiniciar una nueva vida, dejarlo todo, y hay cosas que por muy lejos que vayas no se pueden dejar. No son como unos zapatos o un bolso que olvidas sobre una silla. Son momentos, miradas, susurros dichos en voz baja. ¿Y tú me pides que los deje aquí? Qué poco sabes, Columna, qué poco sabes... Cuando conozcas el amor de verdad, *le vraie amour*, me entenderás. Hasta entonces, llévate a Alziz, pues es solo un cuerpo lo que te llevas. Se queda aquí conmigo lo mejor de él, su recuerdo.

—Marie-Hélène...

—No digas nada, Columna, pues cuando hablas tu voz suena como la de él, y me duele como un cuchillo en el corazón. Por favor déjame sola, vete ya...

—No lo haré... Habla Marie-Hélène, habla. Cuéntame tu historia y luego enciérrala en un cofre sellado de la que no volverá a salir nunca. Así podré volver a Zaragoza sabiendo quién es la mujer de la que se enamoró mi hermano, y podré rezar por él y por ti, y podré pedirle a la Virgen para que su recuerdo cada día te parezca un poco más hermoso y menos triste. Déjame que custodie tus recuerdos como hizo Alziz, y después me iré, te lo prometo. Y si alguna vez recuerdas lo hermosa que puede ser la vida, pues te dio a mi hermano, y si alguna vez quieres volver a ser feliz, no dudes que a mi lado siempre tendrás a una hermana.

Columna miró a la francesa. Parecía una mujer completamente derrotada, con los hombros caídos, las primeras canas despuntando en las sienes, con aspecto de ser mucho mayor de lo que realmente era. Marie-Hélène se quitó el pañuelo de la cabeza, y dos o tres mechones rubios cayeron sobre su frente, que apartó despacio. Después se levantó, y abriendo un cajón de una cómoda, sacó una carta muy arrugada y se la tendió.

—Le escribí esta carta a tu hermano pensando que nunca sería capaz de dársela. No sabes cuánto lo quería y el miedo que tenía a perderlo... pero tenía que decirle todo, contarle mi vida, hablarle de mí, pues si no, ¿cómo podría quererme él también? Llévatela, ya no me hace falta tenerla, recuerdo todas y cada una de las palabras que escribí. Él la leyó y, tras un rato de intenso silencio, me miró, puso una rodilla en el suelo y me pidió matrimonio. La guardé como recuerdo del día más feliz de mi vida... Ahora la miro y tengo ganas de llorar... Quizá sería mejor echarla al fuego...

—No, Marie-Hélène, no, por favor no lo hagas. Has vertido en ella todo el amor que sentías por mi hermano. Abriste tu corazón sin saber qué iba a pasar, te arriesgaste. Eres una mujer muy valiente, y lo has sido siempre por lo que veo. ¿Cómo habrías podido seguir adelante después de todo lo que te ha ocurrido?

—No sabes nada de mí... no sabes lo que he tenido que pasar, Columna. ¿Es que no puedes entender el dolor que siento al mirarte? Te veo y pienso en la vida que tenía con él, en la vida maravillosa que teníamos por delante. Con el final de la guerra cada vez más cerca, ambos estábamos seguros de que nos iba a ir bien, de que seríamos muy felices, que tendríamos hijos... Hijos, Columna, no tuvimos hijos... No te imaginas la amargura que siento al no tener un pedazo de Alziz conmigo. Un hijo suyo... pero no pudo ser, él murió antes... —Columna no sabía qué contestar. No sabía cómo podía consolar a aquella mujer, la mujer de su hermano—. No sabes nada de mí...

—No me hace falta. Mi hermano te eligió, para mí eso es suficiente.

—Columna...

—Marie-Hélène si tu deseo es quemar esa carta, yo misma encenderé el fuego. Veremos juntas arder el recuerdo del día más feliz de tu vida, y después me iré. ¿Es eso lo que quieres?

Marie-Hélène miró a Columna como si la viese por primera vez. Aquella muchacha delgada y morena, con una mirada salvaje llena de determinación. Estaba segura de que sería obstinada, pues eso precisamente era lo que le había llevado a cruzar de país y encontrar a su hermano. Fuerza, la hermana de Alziz estaba llena de una tremenda fuerza.

La siguió mirando fijamente durante mucho tiempo. Observó su pelo recogido en un moño bajo, del que escapaban algunos rizos. El vestido que intentaba ser a la moda, pero que se veía pobre y deslucido. Las manos recogidas en el regazo, los pies cruzados bajo la silla, la actitud en apariencia de muchacha remilgada de misa de ocho. Pero esa no era Columna. Tenía algo de su

hermano, no solo en la barbilla y los ojos, también en su forma de hablar, de caminar, de mirarla con pasión.

Alziz...

—Toma la carta, llévatela y déjame ahora, Columna. Gracias por haberme buscado, por querer quererme. Eres como tu hermano, buena, sencilla. Pero vete, por favor, estoy agotada. No sé si volveremos a vernos, pero quiero que sepas que no te olvidaré, al igual que no olvidaré a tu hermano. Tú que rezas, reza por él, por mí, llévatelo de vuelta a Zaragoza y lee mi carta por el camino. No la abras aquí, no en mi casa, ni siquiera en Toulon. Léela en el tren, como si fueses tu hermano volviendo a casa cuando todavía estaba vivo y no me conocía, y tenía un futuro por delante.

—Es eso lo que piensas, ¿verdad?, que Alziz estaría vivo si no te hubiese conocido.

—Sí.

—Esa es la culpa que arrastras...

—Es que fue culpa mía que Alziz muriese aquí. No tenía que haber insistido en que me acompañase a casa...

—Qué tonta eres. Entonces es que no conociste de verdad a mi hermano. He leído su última carta y Alziz era el hombre más feliz del mundo a tu lado. Acéptalo de una vez. Mi hermano te quería, tú le querías, ¿sabes la suerte que habéis tenido? Hay mucha gente por el mundo que jamás conocerá esa sensación. ¡Qué afortunados fuisteis, Marie-Hélène! Supisteis amar, disfrutasteis haciéndolo. Qué pena que ahora no seas capaz de verlo así, espero que algún día sí puedas.

—Qué sabrás tú del amor, Columna...

—Puede que tengas razón. Al fin y al cabo, puede que yo siga siendo una muchacha joven e inexperta. Puede que acabe de dejar a mi novio del que creía estar enamorada, porque ha elegido echarse al monte a luchar, en vez de tener una vida normal a mi lado. Puede que el amor que veo en las películas o leo en los libros me guste más que el que he vivido. Pero no pierdo la esperanza de sentirme con un hombre alguna vez como tú dices que te sentías con mi hermano.

—Perdóname, Columna, no tenía que haberte dicho eso. El amor es algo maravilloso y espero que algún día te enamores y te cases con alguien que te merezca.

—Dios te oiga... Te dejo ya, Marie-Hélène, gracias por darme tu carta. La custodiaré hasta el día que quieras recuperarla o echarla al fuego, pues tuya es y lo será siempre. Te escribiré de vez en cuando, y aunque no reciba respuesta tuya, yo seguiré haciéndolo, pues sé que me leerás.

Entonces se abrazaron, y antes de que las lágrimas asomaran a sus ojos, se despidieron.

Vuelta a casa

Columna recogió todo lo que había en su habitación. Metió en la maleta sus vestidos, las revistas de moda que había cogido en la pensión, un mantel para su madre, una pipa de espuma para el tío Luis, y la cerró con cuidado. Miró la que había sido su habitación las últimas semanas, y suspiró. ¡Cuántas cosas habían pasado en tan poco tiempo! Si alguien le hubiese dicho el largo camino que iba a recorrer, le hubiese contado todo lo que le iba a suceder, no se lo hubiese creído. Se sentía orgullosa de sí misma. Había dado con Alziz, con Marie-Hélène, conocido a un hombre honrado y a un fantasma que la había salvado de ser violada. Y ahora volvía a casa sintiendo que ya solo le quedaba un secreto por descubrir.

Sostenía la carta de Marie-Hélène entre sus manos, y las ganas de leerla la apremiaban cada vez más. Tenía la intuición de que lo que iba a leer iba a ser una historia dura, amarga, pero aun así llena de esperanza. Tras conocerla, entendía por qué su hermano la había escogido. No tenía nada que ver con ninguna muchacha que ella hubiese conocido en Zaragoza, ni siquiera con la topolino. Su forma de vestir, moverse o pensar era algo que solo había visto en las actrices de las películas. Era sensual, pero a la vez delicada, sensible y fuerte, atractiva y dulce.

Cerró la puerta de la habitación y bajó a la calle donde le estaba esperando el general para acompañarla a la estación. No sabía si algún día podría agradecerle a Jean-Henri todo lo que había hecho por ella. Se sentía tan dichosa y agradecida, que notaba cómo las lágrimas se agolpaban por salir en sus ojos. Si alguna vez se casaba, deseaba que fuese con un hombre parecido él. Tan educado, tan culto, tan amable. Seguro que de joven debió de ser muy apuesto. Lo era todavía, pensó.

Fuera brillaba el sol con fuerza. Hacía un día perfecto para pasear por la playa, qué pena que no tuviese tiempo para hacerlo. Al contemplar el coche del general se quedó parada: estaba cargado hasta los topes de bultos y maletas.

—¿Se va usted también de viaje, general?

—Sí, parto contigo, Columna, nos vamos juntos.

—¿Conmigo? ¿A Zaragoza?

—Lo he estado pensando y necesito unas vacaciones. La guerra ha sido muy larga y agotadora. Quiero descansar y viajar un poco, y hace mucho tiempo que no lo hago. Creo que ya te lo dije, pero Zaragoza es una ciudad que me gusta mucho, así que he decidido volver contigo. No tendrás que viajar tú sola en el tren, yo te ayudaré con el traslado de tu hermano hasta la frontera, y de ahí a Zaragoza no hay más que unas horas.

—Pero, general, es un viaje muy largo... Yo le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí, pero como comprenderá...

—No, Columna, está decidido. Sé que eres una muchacha muy valiente, no hay más que ver todo lo que has conseguido. Pero ya es hora de que alguien cuide de ti. Tu madre no te perdonaría el que volvieses sola, pudiendo yo acompañarte.

—¿Pero cómo va a venir conmigo? ¡Es una locura! General, no se imagina lo agradecida que estoy por toda su ayuda. No sé si algún día podré pagársela... pero es un viaje muy largo, no se preocupe por mí. Como ha visto, puedo cuidarme sola.

—Columna, no te estoy pidiendo permiso. Tú haces tu viaje y yo hago el mío, ¿qué hay de malo en ello? Y ahora sube al coche o perderemos el tren.

Columna iba a protestar de nuevo, cuando la mirada del general la detuvo. Comprendió que nada de lo que dijese lo disuadiría, así que asintió dócilmente con la cabeza y subió al coche. Por un instante fugaz le vino Pedro a la mente, y su cuerpo se tensó como una cuerda de violín. Miró a Jean-Henri de reojo para ver si se había dado cuenta, pero el general miraba por la ventanilla con una media sonrisa en los labios. Parecía feliz y también inofensivo.

¿Por qué ella no podía ser feliz? ¿Por qué cuando todo parecía ir bien debía acordarse de aquel malnacido? ¿Podría olvidarlo alguna vez en su vida? Respiró hondo una y otra vez hasta que notó que la rigidez la abandonada. Estaba a salvo, volvía a casa, su madre estaría orgullosa de ella y por fin podría descansar tranquila.

Los vagones eran de primera clase. Columna nunca había subido en uno de ellos y se quedó prendada de los asientos de terciopelo azul, las puertas de marquetería, las mesas del restaurante con manteles blancos y fina cristalería, las camas con sábanas de hilo y un lavadero donde lavarse. Desde luego, aquello no se parecía en nada a cualquier tren que hubiese visto antes, ni siquiera a los hoteles o pensiones en los que había estado. ¡Cuánto costaría aquello, Señor!

Se sintió nerviosa; aquella ostentación le hacía sentir incómoda, pues pensaba que no le correspondía. Ella no era así, no estaba acostumbrada a esos lujos, y desde luego no iba a tener tiempo de acostumbrarse, pues eso acabaría bien pronto. Fue a hablar con el general y le dijo que prefería viajar en un vagón de segunda clase, que sería mejor para ella, que no pintaba nada allí con sus ropas viejas y su aspecto simple. Que parecía su criada. El general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, la miró y sonrió con benevolencia.

—Columna, no tienes nada de lo que avergonzarte. No vas a viajar en segunda clase, y en el caso de que te empeñes en hacerlo, iré yo también contigo. Será una experiencia nueva para mí. Viajo en primera porque es lo que he hecho toda mi vida, a lo que estoy acostumbrado. Entiendo que a lo mejor tú no lo estás, pero no pasa nada porque una vez disfrutes de las cosas buenas. Y quién sabe si la vida no te deparará más cosas así. No eres mi criada, y no nos importa lo que piense la gente, ¿no crees? Y si lo que te ronda la cabeza es algo peor, creo que a estas alturas ya deberías tener claro que soy un hombre de honor. No voy a permitir la más mínima duda acerca de nuestra relación, si quieres podemos decirle a todo el mundo que soy tu tío o tu tutor, así viajarás más tranquila. Tú tienes tu litera y yo tengo la mía, cada una en un vagón diferente. Viajará también con nosotros mi asistente, Philippe, a quien he dado órdenes de cuidar de ti tan bien como de mí. Así que espero que con esto hayamos resuelto cualquier duda o problema que hubiese. Ahora ve a deshacer tu maleta, y nos vemos para cenar en un par de horas.

Columna estaba sentada sobre su cama mientras veía pasar por la ventanilla los campos del sur de Francia. La tarde iba cayendo y la luz del cielo se había tornado rosada. Miraba desolada su maleta, ¿qué iba a ponerse para cenar? No tenía nada para la ocasión, ni para ninguna ocasión. Seguro que su amiga Sonsoles, la topolino, tenía el armario lleno de esos vestidos vaporosos y brillantes que veía en las revistas. Decidió que no iría a cenar, diría que estaba cansada, que no tenía hambre... Y la noche siguiente, ¿qué?, dolor de cabeza. No, no tenía escapatoria.

Se había equivocado al ceder tan pronto, su sitio estaba en segunda clase, y no debía haberse rendido tan fácilmente después de las palabras del general. Era amable, pero la trataba como un padre a una hija díscola. Tenía la sensación de que más que pedirle las cosas, se las ordenaba. A lo mejor, al ser general, estaba acostumbrado a ser obedecido inmediatamente, pero eso con Columna no iba a funcionar. Ella siempre había sido una chica obediente, sus padres habían alardeado de ello. Pero eran sus padres, su casa, sus reglas. Le daban de comer, la vestían, la cuidaban, y la querían. Y una mirada de padre bastaba para disuadirla de intentar cualquier otra cosa que no fuese lo que le mandaban. Pero el general... el general no tenía ningún derecho sobre ella. Al fin y al cabo...

En ese momento llamaron a la puerta y apareció Philippe, el asistente. Sin decir una palabra, dejó sobre la cama una gran caja blanca, y salió tras dedicarle una sonrisa enigmática. Al abrirla se encontró con dos vestidos de noche y dos de calle, zapatos, guantes, incluso dos sombreros y medias de seda. ¡Medias de seda! Dios mío, nunca había tenido unas medias así. Qué suaves eran, qué tacto más maravilloso y sensual. ¡Y todo de su talla! ¿Cómo había sabido...?

Lo miró todo con atención, lo volvió a doblar con cuidado, y lo dejó de nuevo dentro de la caja. Tras un largo suspiro, se sentó otra vez a mirar por la ventana. Veía las nubes, los campos de lavanda, y a lo lejos unos pequeños montes que le trajeron a la memoria a Javier. Sin saber muy bien por qué, recordó la última película que habían ido a ver juntos: *Los últimos de Filipinas*. A ella le había parecido un rollo toda la historia de los soldados que quedaban sitiados en una iglesia por unos insurrectos. Es verdad que Toni Leblanc y Fernando Rey era muy guapos y actuaban muy bien, pero el resto le pareció un tostón. Lo único que de verdad había disfrutado era la canción de Nani Fernández, «Yo te diré», incluso se la había aprendido.

*Yo te diré
por qué mi canción
te llama sin cesar:
me falta tu risa,
me faltan tus besos,
me falta tu despertar.*

Cantándola pensaba en Javier, y sentía que conforme las estrofas salían de su boca, los recuerdos de los meses pasados se iban desplegando ante su ventana.

*Yo te diré
por qué en mi canción
se siente sin cesar:
mi sangre latiendo,
mi vida pidiendo*

*que tú no te alejes más.
Cada vez que el viento pasa y se lleva una flor,
pienso que nunca más volverás, mi amor.
No me abandones nunca al anochecer,
que la luna sale tarde y me puedo perder.*

«Nunca más volverás, mi amor... yo también te pedí que no me abandonases, pero lo hiciste. Te fuiste de mi lado, Javier, te fuiste, elegiste otro destino, otra vida, sin mí... ¿Cómo perdonarte? Pero qué digo, si no hay nada que perdonar, no estamos juntos. Ya no lo quieres, Columna, piensa así. Olvídate de él, olvida que lo quisiste. No te faltan ni sus besos ni su despertar, ni su risa ni su amor».

Se giró a mirar la caja blanca sobre la cama, las ropas elegantes, caras. Ladeó la cabeza y respiró hondo. Cogió la carta de Marie-Hélène y la leyó despacio. Al terminar, enjugó dos lágrimas que resbalaban despacio por sus mejillas y la volvió a guardar en el sobre. Después se levantó, estiró su falda, se abrochó el cinturón, se cerró la rebeca que llevaba puesta y se dirigió a cenar sin volver a mirar la caja blanca llena de maravillosos vestidos.

Marie-Hélène

Pensé que yo también estaba muerta... Te mentí, Alziz, perdóname por haberlo hecho, por haberte dicho que me hice la muerta para salvarme cuando los fusilaron, pero no fue así. Tú me salvaste la vida, me sacaste de aquel río helado y me cuidaste, y jamás has pedido nada a cambio. ¿Qué otro hombre habría hecho como tú? Sin conocerme, sin saber nada de mí... Y yo te mentí... Pero tenía miedo, miedo de que al saber mi historia te marchases. No quiero que te vayas, esa es la verdad. No quiero dejar de verte, no quiero levantarme por la mañana y pasear por una casa vacía sin ti. No sé si lo que siento es amor, pero creo que sí. Debe de serlo pues cuando te miro, quiero correr a abrazarte.

Pero nunca me sentiría completamente feliz, no sería justa contigo, si no te contara mi historia, pues ¿cómo se puede querer a alguien de verdad si no se le conoce? Me has hablado tantas veces de tu madre, de tu hermana, de la Guerra Civil y de lo que sufristeis, de tu padre... y yo callada, siempre en silencio, escuchándote sin compartir nada de mí, de mi particular guerra... Por eso, porque quiero que te quedes, porque no puedo seguir callada, voy a contarte la oscuridad de mi vida, esa que comenzó el día que mataron a mis padres. No podría estar contigo si no la conocieras, pues ese secreto acabaría convirtiéndose en una grieta entre los dos, que crecería hasta separarnos.

Tras el hundimiento de la flota de Toulon, los alemanes decidieron como represalia fusilar a parte de la población. El hecho de que nos tocara a nosotros, solo puedo atribuirlo a la mala suerte. Igual que le tocó a Alain, el panadero de la esquina, a las hermanas Basseporte, al gordo periodista Giroud o a mi vecino Jean-Baptiste, que me pretendía desde hacía años.

Nos llevaron frente a la puerta de la iglesia de Saint Françoise de Paule y nos pusieron en fila. Ante nosotros se dispuso otra fila de soldados que, a una orden que sonó como un ladrido, nos apuntaron con sus fusiles. Yo temblaba con tanta fuerza que pensé que en cualquier momento me caería al suelo. Otros gritaban, muchos lloraban. Mi madre nos cogió de la mano tanto a mi padre como a mí, nos dijo que nos quería mucho, y empezó a rezar en voz baja. Íbamos a morir todos.

Entonces, en medio de todo aquel caos, un soldado se acercó a mí, me miró atentamente y me sacó de la fila. Te juro que luché por quedarme allí con mis padres, que aquel soldado se llevó mis patadas y mis puñetazos, que le mordí, le grité, supliqué por quedarme y morir con los míos. Mi padre me agarraba del brazo con fuerza, por lo que le dieron un culatazo en la cabeza para que me soltase, que le abrió una profunda brecha. Sangraba muchísimo. Lo recuerdo con la camisa

manchada y mi madre a su lado poniéndole su pañuelo para taponar la herida. Pensé que a mi madre le costaría lavar aquella mancha y que tendría que tirar la camisa. Qué tontería, ¿verdad?

El soldado me dio una fuerte bofetada que me dejó medio inconsciente y me cargó sobre su hombro. Escuché el sonido de los disparos como en un sueño lejano. No los vi morir, no estuve con ellos, ni siquiera pude enterrarles. Mis padres... Aquel soldado no me llevaba ya a mí, sino a un cuerpo vacío al que toda vida había abandonado.

Entramos en una casa que había decomisado la Wehrmacht. Estaba todo muy limpio, olía a comida recién hecha, a flores frescas. Era como entrar en un mundo paralelo al que había al otro lado de la puerta. El soldado me llevó al baño donde dos mujeres me estaban esperando. No me miraron ni me hablaron, tan solo se dedicaron a llenar poco a poco la bañera con cazos de agua caliente que calentaban en la cocina, y después me lavaron con minuciosidad, despacio y con cuidado. Había una pastilla de jabón de lavanda. No recuerdo cuándo había sido la última vez que me había lavado con un jabón así. Recuerdo su olor...

Te podría decir que intenté escapar, que luché por huir de allí, pero no hice nada. El sonido de los fusiles no salía de mi cabeza, e imaginaba a mis padres tirados en el suelo, cubiertos de sangre, muertos. No podía moverme, ni hablar, ni siquiera llorar. Al terminar, me secaron bien y me llevaron a una habitación donde el soldado me estaba esperando sentado en la cama. Allí me violó. Más tarde supe que había perdido mi virginidad con un comandante con fama de mujeriego. Me gustaría decirte que fue cruel, que me pegó, pero no fue así. Era educado y amable. Incluso me pidió disculpas mientras me violaba por hacerlo. El dolor cuando me penetró fue atroz. Chillé, lancé un grito tan agudo que hizo que se parase un momento y me mirase. «Piensa que estás viva —me dijo—, piensa que te he salvado, que podrás tener un futuro. Quién sabe, incluso algún día, si sobrevives a esta guerra, podrás casarte y tener hijos. Piénsalo bien, este es un pequeño precio a pagar, ¿no te parece?». Y continuó embistiéndome con fuerza hasta que la sangre comenzó a fluir por mis piernas, hasta que cerré los ojos y me desmayé.

Al despertar vi una bolsa con ropa y un hatillo lleno de comida junto a la cama. La casa estaba vacía. Alguien había limpiado la sangre de mi cuerpo y de la cama. En la cocina encontré un fajo de billetes y una tableta de chocolate sobre la mesa, y un soldado de cabellos tan rubios que casi eran blancos, sentado en una silla hojeando un libro. Al verme entrar cerró el libro despacio, y me miró con los ojos más azules que había visto en mi vida. Me dijo que tenía órdenes de sacarme de Toulon en coche y llevarme donde quisiera. Cortesía del comandante. En la ciudad iban a continuar con las represalias, y durante unos días la situación iba a ser difícil allí.

Fue entonces cuando me eché a llorar.

El soldado, que se llamaba Wolfgang, volvió a sentarse y esperó pacientemente a que acabara. Después, me limpió la cara con un trapo de cocina, me puso en pie, recogió la bolsa y el hatillo, y me condujo hasta un coche aparcado en un callejón cercano. Mientras conducía llevándome fuera de la ciudad, las lágrimas empapaban mi rostro, mis manos, mi vestido, y el mundo no podía parecerme más oscuro e inhumano. Mis padres... Su recuerdo se clavaba en mí, doloroso como un puñal afilado. La culpa. No puedes imaginar lo culpable que me sentí por no estar muerta, por no haber terminado tendida frente a la iglesia de Saint Françoise llena de sangre fluyendo tibia de mi cuerpo.

¿Adónde ir? Wolfgang me lo preguntó varias veces, y no supe qué responderle. Es más, no podía ni siquiera articular palabra. Me sentía dolorida y mareada, con calambres en el vientre y el

cuerpo molido. Cuando llevaba un buen rato conduciendo, me dijo que él estaba acampado cerca de Beauvoisin y que podía dejarme allí. Me dio exactamente igual, así que no le respondí. Yo solo quería estar muerta.

Siguió conduciendo y en un momento determinado abandonó la carretera para internarse en lo que parecía una senda. Se iba adentrando más y más en el bosque, y su cara cada vez estaba más seria. Temí lo peor. O bien iba a violarme él también, o bien tenía órdenes de matarme. Quizá ambas cosas. De nuevo me gustaría decirte que me rebelé, que me tiré del coche en marcha o que le pegué con las pocas fuerzas que me quedaban. Pero me quedé quieta en mi asiento, deseando morir. Pensé que otra violación no sería nada comparado con el descanso que me proporcionaría morir por fin, y reunirme con mis padres.

Paró el coche entre dos árboles, se bajó y encendió un cigarrillo. Parecía tranquilo, incluso relajado por primera vez desde que lo había visto. Se giró a mirarme y sonrió. Ahí me di cuenta de lo extraordinariamente guapo que era. El sol brillaba en su pelo de oro, los ojos tan azules como el mar de verano, la mandíbula fuerte y la sonrisa franca. Me pidió que bajase del coche y que lo siguiese al maletero. Al abrirlo vi una pala, una tela encerada muy grande, y el cadáver del comandante que me había violado.

«Provengo de una familia donde me educaron no solo para ser un caballero, sino para comportarme como tal. Detesto a los hombres como él». Y esa fue toda la explicación que me dio. Acto seguido, lo enterró bajo un abeto de enormes dimensiones. Volvimos a subir al coche y le pedí un cigarrillo. Lo encendió y me lo puso en los labios. Tosí con fuerza, era el primero que fumaba en mi vida. Mi miró riendo y arrancó el coche. Me dejó a las afueras de Beauvoisin y se despidió saludando con la mano alegremente, como si nos conociésemos desde hacía muchos años.

Gracias al dinero que me habían dejado en la cocina, pude alquilar una casa en el pueblo y pagué unos meses por adelantado. Al principio, la gente desconfiaba de mí, lo que era normal en un pueblo tan pequeño en guerra. Procuré llevar una vida muy discreta, pero de cuando en cuando echaba una mano a mis vecinas, bien para lavar las sábanas en el río, o para ir a buscar leña, o lo que surgiese. Así que poco a poco se acostumbraron a verme. Más tarde trascendió el fusilamiento de mis padres, con lo cual me gané definitivamente su afecto.

Cuando habían pasado dos meses desde mi llegada, una noche, ya muy tarde, noté unos golpes quedos en la ventana de mi habitación. Asustada fui a asomarme y vi al otro lado a Wolfgang. Le dejé entrar poniendo cuidado de que nadie lo viese. Me contó que había pasado varias veces a escondidas a ver cómo me iba, y que se alegraba por mí. Que me veía mejor, más animada. Que el aire del campo me sentaba bien. Que él había tenido que regresar a la Kommandatur de Toulon, y allí se aburría. Que la guerra no le parecía un deporte de caballeros.

Lo besé yo. No quiero que pienses que me engañó, o que me sentí obligada a agradecerle de alguna forma que hubiese matado a aquel cerdo de su comandante. Lo besé porque necesitaba amor y cariño, aunque fuese con aquel desconocido. Lo besé porque sentí la necesidad de que un hombre fuerte me abrazase, y me hiciese sentir protegida. Un hombre que me hiciese olvidar que la guerra se encontraba a pocos kilómetros de allí, y que me ilusionase pensando que no iba a permitir que nada malo me ocurriese.

Aquella noche fue la primera vez que nos acostamos juntos. Fui yo quien lo llevó a la cama, quien lo desvistió y lo metió entre las sábanas. Fui yo quien comencé a acariciar su cuerpo y a

besarle cada centímetro de su piel. Fui yo quien se tumbó a su lado y lo guió con la mano para que entrase dentro de mí. Volvió muchas veces. Lo hacía siempre de noche, para que nadie lo viese y no crearme así problemas. Me traía comida, cupones de racionamiento, chocolate. Nos fumábamos sus cigarros y no hablábamos de nada que tuviese que ver con la guerra. Hasta la noche anterior a tu llegada, en la que al salir de mi casa alguien lo vio. No iba vestido de uniforme, pero su aspecto parecía sacado de una de las propagandas de Hitler, con esos aguerridos y fieros soldados rubios pintados en ellas. Cualquiera que lo viese no pensaría que era un campesino de por allí.

Por la mañana unos golpes fuertes sonaron en mi puerta. Al abrir vi al alcalde y detrás de él a un grupo de personas, hombres y mujeres, que me miraban con gesto adusto. Los mismos hombres y mujeres que días antes me sonreían gentilmente mientras les ayudaba a lavar, cultivar o hacer pan. Me preguntaron por Wolfgang. Podría haberles contado lo ocurrido, la muerte de mis padres, la violación, que había sido él quien me sacó de Toulon salvándome la vida. Pero no dije nada, me callé. Desde el mismo momento en que abrí la puerta, supe que nada de lo que hubiese dicho habría servido de algo. Para ellos me había convertido en la ramera de un soldado alemán. Era una traidora y merecía un castigo.

Lo demás lo viste, no tengo que contarte nada. Solo sé que a cada insulto, a cada empujón, sentía crecer una inmensa rabia dentro de mí. Me parecía todo tan injusto... ¿Acaso yo no merecía ser feliz? ¿Acaso Wolfgang no había demostrado ser un buen hombre? Pero la guerra no tiene piedad ni entiende de justicia. Es cierto que hasta entonces quise estar muerta, que lo deseé con todas mis fuerzas, pero cada vez que me llamaban puta, que me gritaban que era la zorra de un nazi, más me rebelaba, más deseaba vivir para poder matarlos a todos. Lo habría hecho si hubiese podido, habría matado a todos y cada uno de los que aquel día me maltrataron.

Te preguntarás si me enamoré de Wolfgang, si aún siento algo por él, si lo echo de menos. Lo cierto es que no lo quise ni sentí ningún tipo de amor por él, ya que nada en mí era capaz de sentir de verdad. Cierto que guardo su recuerdo con cariño, no te voy a engañar. Aquel hombre me salvó de morir en Toulon, porque si me hubiese quedado allí habría acabado suicidándome. Pero si lo amase de verdad, habría corrido a buscarlo, y al único lugar donde quiero correr es a tu pecho.

Alziz, tú me has salvado de mí misma. Has hecho que aprendiese de nuevo a confiar, a querer, a ilusionarme con un posible mañana. Con paciencia y amor has conseguido poco a poco curar mi corazón muerto, hasta que ha vuelto a palpitar. Te he contado mi historia porque tenías derecho a saberla, porque si quiero que tengamos algún tipo de futuro juntos, no puede haber secretos entre nosotros. Entenderé si quieres marcharte, si ya no quieres verme más. Pero entonces, déjame que te diga que te quiero, y que te llevarás mi corazón por siempre allá donde vayas.

SEGUNDA PARTE

Zaragoza

El calor abrasador del verano había dejado paso a una agradable temperatura, y una brisa fresca invitaba a pasear y disfrutar del cielo azul de aquella mañana de mediados de septiembre de 1945. La vuelta a casa había sido aún mejor de lo que esperaba. Volver a ver a su madre y al tío Luis, que corrieron a besarla y abrazarla emocionados, fue un bálsamo para su espíritu. De repente, tras tantas semanas fuera, sola, y en otro país, estaba en casa, y no pudo parar de llorar.

Durante el viaje estuvo pensando si contarles todo lo que le había sucedido o no. Pensó por un momento ocultarles lo de Pedro, ocultarles que el general, al que había dejado cómodamente instalado en el Gran Hotel, la había acompañado. Ocultarles los días de miseria y bochorno, de ansiedad y tristeza. Pero no lo hizo. Dejó que pasaran los días con la esperanza de no sentir remordimientos por ocultarles la verdad de todo lo sucedido, pero no pudo. Comprendió que no quería tener ningún secreto. Así que de pronto, sin proponérselo, aquella misma tarde se lo contó todo.

Sentada frente a la mesa camilla, con las manos llenas de almendras garrapiñadas que no sabía de dónde habían conseguido sacar, ni cómo las habían pagado, los miró llena de amor, y comprendió que si había alguien a quien podía contarle todo su viaje sin ahorrarles nada, era a ellos. Solo a ellos.

Les había anunciado su llegada por telegrama días antes y se pasó el viaje nerviosa, deseando llegar cuanto antes. Estaba agotada, pero cuando finalmente llamó a la puerta de casa y le abrieron, sintió que el agotamiento, las penas, la preocupación, todo lo malo que le había pasado en Francia, todo lo que había sufrido, todo lo que había pensado, desaparecían de su mente y de su cuerpo, dejando paso a una extraña relajación y a una inmensa felicidad. ¡Cómo los había echado de menos! ¡Cuánto los quería!

Aun así, dejó que el tiempo volase en la felicidad del retorno, en los brazos de su madre y de su tío, tratando de olvidar. Hasta que decidió contarle todo, desde el principio hasta el final, dejando tan solo fuera de su historia la carta de Marie-Hélène. Esa carta era solo de ella, y se la había confiado a Columna como una confesión íntima que únicamente dos hermanas podían hacerse. Guardaría su secreto y la querría tal y como su hermano, antes de morir, le había pedido que hiciese.

Contó el largo viaje en tren, los trasbordos, las esperas, la llegada a su destino, el asombro que le causaba todo lo que veía, los soldados por todas partes, el ambiente festivo que reinaba tras la liberación, la llegada a la pensión y el ataque brutal e inesperado de Pedro. Cuando el tío

Luis lo supo, quiso matarlo en el acto. ¡Y él que lo había tratado siempre como un hijo! ¿Así era cómo se lo pagaba? Cómo se enfureció y agitó los puños, mientras lo amenazaba de mil maneras. Madre no paraba de llorar sujetándola con fuerza de las manos.

—¡Qué tonta fui, hija mía, qué insensata! Te mandé a recorrer mundo sin pararme a pensar que eras una muchacha joven y bonita, sin experiencia de la vida. ¡Qué egoísta fui al pensar solo en mí! No hacía más que darle vueltas en traerle a casa, en tenerlo conmigo, pero no pensé en ti, en el viaje que te encomendaba, en los riesgos que ibas a correr. ¡Perdóname, hija mía, perdóname! Jamás habría podido perdonarme si te hubiese ocurrido algo malo, ¡Dios maldiga a ese hijo de...! ¡Dios lo maldiga!

—No se preocupe por mí, madre, que yo de ese ya no me acuerdo ni me acordaré. Quédese tranquila que no volverá a ocurrirme algo así, ¡por mi Virgen del Pilar que no ocurrirá! Y ahora mejor si nos olvidamos de ese hombre, y pensamos que estoy aquí en casa, y que ya no me iré más. Y si alguna vez, madre, algún otro intentase lo mismo, no se preocupe que no sale vivo, ¡lo mato con mis propias manos!

—¡¿Pero qué dices hija mía!? Si ya lo decía yo, que eres igual que tu padre, que en paz descansa. Has vuelto distinta, Columna, te veo diferente. Te fuiste siendo aún una niña y has vuelto hecha una mujer.

—Ay, madre, olvidémoslo. He vuelto con Alziz y hay muchas cosas buenas que contar, más cosas buenas que malas.

Entonces les habló de Jean-Henri, de la búsqueda, de cómo fue encontrar por fin a su hermano. Habló de Marie-Hélène, de Toulon, del viaje de vuelta en tren. ¡Y en primera clase!, estuvo a punto de decir, pero se contuvo a tiempo, no quería que pensarán cosas raras.

Conforme hablaba, los recuerdos se le iban agolpando en su mente con nitidez, sintiendo el calor del sol en su piel, el olor del mercado, la brisa del mar. Y los días pasados le parecieron un sueño, una película que algún día olvidaría, como se olvidaría de Pedro, pues así se lo había propuesto. El tío Luis y su madre la escuchaban hipnotizados como si fuese la Sherezade del cuento infinito, y tras hacerle una y mil preguntas, la abrazaron de nuevo, felices de que hubiese vuelto sana y salva. Orgullosos de su gesta, la contarían en los meses venideros a todo aquel que quisiese escucharla, y al que no quisiese también, como si en vez de haber ido a por Alziz, hubiese traído de vuelta a casa el Santo Cáliz.

Al día siguiente, durante el desayuno, sentada en la cocina con su madre, Columna le contó que el general que la había ayudado había decidido acompañarla de vuelta a Zaragoza. Al ver la expresión alarmada de su madre, se apresuró a tranquilizarla. Era Jean-Henri un hombre intachable, del que solo se podían decir cosas buenas. Y ella por supuesto se había comportado de forma decorosa. Volver sola a casa con Alziz habría sido un rosario de problemas sin su ayuda. ¿Cómo decirle que no a un ofrecimiento tan generoso?

Un domingo por la mañana en el que las nubes amenazaban lluvia, enterraron a Alziz en el cementerio de la Cartuja. Columna agradeció que todo fuese gris, que el viento se hubiese tornado frío, porque no hubiera soportado que el sol luciese en un día tan triste para ella. Parados junto al humilde ataúd de madera estaban su madre, el tío Luis, el general, y algunos amigos que habían querido acompañarles.

Mariano, Elisa, Alfonso, Nati, e incluso Sonsoles, estaban allí mirando al general con gran curiosidad. Era verdad que lamentaban con profunda tristeza la muerte de Alziz, pero los rumores que corrían por la escuela y media Zaragoza sobre las andanzas de Columna en Francia durante aquel verano eran tan jugosos que les podía la curiosidad a la pena. La única que parecía realmente afectada era Elisa, que no paraba de llorar agarrada a su pañuelo de vainica blanca. Hubo un momento incluso en que Mariano la reconvino, pues no entendía a qué venían aquellos profundos sollozos tan continuados. ¡Ni que hubiesen sido novios Alziz y ella!

Sonsoles tenía la vista entrenada y sabía distinguir al que era rico de familia, del que lo era de hace cinco minutos, por ello el general la fascinó. Aquel francés tenía clase, estilo, y sobre todo varios títulos nobiliarios y mucho dinero. Todo en él hablaba de generaciones criadas en castillos con abundante servicio y caballos para pasear. Era tan educado, vestía tan bien, y aun a su edad era tan atractivo, que Sonsoles le sonrió un par de veces mientras le dedicaba la que pensaba que era su mirada más seductora. Y mientras el cura pronunciaba unas solemnes palabras en memoria del difunto, ella no pudo evitar dejar volar su mente, y se dedicó a imaginarse casada con el general, viviendo una vida de lujo y desenfreno en el sur de Francia.

Sonsoles sabía que era la más hermosa con diferencia de todas las allí presentes, la más seductora y bien vestida. Pero el francés hizo caso omiso de sus insinuaciones, y la miró de una forma tan glacial y contundente, que no se atrevió a volver a dirigirle la mirada. Más tarde, hablándolo con Nati, esta le hizo sentir muy miserable. «Pero ¿cómo se te ha ocurrido ponerte a coquetear en un entierro? ¿Es que no tienes medida? ¡Debería darte vergüenza! Aparte de que podría ser tu abuelo... Y además, ese hombre se ha cruzado media Francia para ayudar a Columna a traer el cadáver de su hermano de vuelta, me parece que si alguna tiene derecho a estar con él es ella. Y hasta que no sepamos lo que Columna quiere, aquí nadie va a mover ni un dedo. ¡Compórtate, por Dios, Sonsoles!».

El cielo sobre el cementerio se tornó cada vez más oscuro. Con las primeras gotas llegaron también las primeras paladas de tierra, cayendo para cubrir a Alziz toda la eternidad. Al terminar salieron en silencio y, ya en la entrada, Jean-Henri se ofreció a llevarles a tomar algo, en el coche con chófer que le habían puesto en el hotel para que disfrutase su estancia en Zaragoza. Los chicos prefirieron irse y se despidieron de su amiga, prometiendo volver a verse muy pronto.

A la madre de Columna le había gustado aquel francés desde el primer momento en que lo había visto, cuando habían ido a su elegante hotel a recogerle para ir juntos al cementerio. Lo había encontrado extremadamente educado y amable, quizá incluso demasiado, con aquel exótico acento francés y aquel traje de corte impecable. No dudaba de que aquel hombre era de su misma edad, o incluso mayor. Pero le había contrariado la forma en que miraba a su hija. Columna era aún muy joven, y aunque era cierto que tras el viaje había vuelto cambiado, más madura, más mujer, seguía siendo en el fondo la joven inexperta e ingenua que partió de Zaragoza a por su hermano.

No tardó en darse cuenta de que aquel general estaba prendado de su hija. Es verdad que nada en sus palabras o en sus gestos lo delataba, siempre tan correcto, tan educado, tan atento, pero ella era ya muy mayor y muy sabia, y había vivido mucho y sabía lo que había que saber de la vida. Aquel hombre estaba enamorado de Columna como un colegial, pero no sabía si su hija lo correspondería.

Llegaron al café Infanta y se sentaron en una de las mesas pegadas al ventanal. Columna y su madre pidieron un chocolate con nata, lujo que habitualmente no podían permitirse, el general un café, y el tío Luis un aguardiente. Y después otro. El tío Luis los puso al día de cómo habían ido las cosas por allí en su ausencia. Les habló del hambre que seguía siendo acuciante, de las colas del racionamiento, de que no encontraba trabajo porque estaba ya mayor y enfermo. No había carbón y pronto empezaría el frío, la luz la cortaban cada dos por tres, no había agua corriente muchos días, y no podía pagarse un buen médico que le dijese qué era exactamente lo que tenía, por qué tosía tanto y le dolía el pecho. El aguardiente estaba haciendo su efecto, y el tío Luis no podía parar de hablar.

—«Ni un español sin pan, ni un hogar sin lumbre», dicen los carteles fascistas, y aquí estamos, Columna, sin pan, ni lumbre, y sin poder quejarnos. Lo bueno es que ya no tenemos que saludar con el brazo en alto, que a tu madre con los dolores que tiene en las articulaciones cada vez le costaba más. Ahora el Movimiento Nacional ha conseguido que toda España vuelva a ser católica. Hasta yo, republicano convencido y ateo, tengo que ir a la iglesia todos los domingos por el qué dirán. Pero tu madre está contenta, dice que así me redimo y que iré al cielo.

—¡Pero, Luis, baja la voz y ten cuidado con lo que dices! Recuerda que las paredes oyen y a veces es mejor ni pensar las cosas, no sea que también las oiga alguien.

—Sí, tío, tenga cuidado.

—Ya veo que las cosas por aquí siguen estando bastante mal —señaló el general—. Pensaba que todo había mejorado; al fin y al cabo, la guerra terminó hace años. Es verdad que en Francia hemos estado muy ocupados luchando en nuestra guerra europea, y quizá no nos llegaban las noticias de aquí. O quizá sí lo hiciesen, solo que pasadas por el tamiz de la propaganda, que todo lo embellece. De todas formas, que haya ganado el general Franco es lo mejor que le podía pasar a este país, créanme. Sé, don Luis, que a lo mejor usted no lo ve de esa manera, pero puedo asegurarle que si hubiesen ganado los republicanos, las cosas estarían igual de mal, o peor. No hay más que ver lo que está ocurriendo en Rusia...

—¿De verdad cree usted que estaríamos peor? Yo creo que peor es imposible.

—Cómo se nota que no ha luchado usted contra los rusos. Conociéndoles, peor nunca es imposible; es más, es un concepto más que factible. El general Franco es un militar de prestigio, pondrá orden en España, unificará el país. Ya verá como en poco tiempo todo va a ir mucho mejor.

—Dios le oiga, general, Dios le oiga. Por ahora las cosas están muy mal, muy mal. Muchos de mis amigos tuvieron que exiliarse, la desconfianza aún campa en nuestras calles, y tengo miedo de que cualquier día llamen a la puerta y...

—Luis, por favor, cállate. El general es nuestro invitado, ha hecho un largo camino y ha cuidado de nuestra Columna, es mucho lo que le debemos. No lo aburras con historias de las que no tiene por qué saber nada.

—¡Oh, esté tranquila doña Vicenta! Columna me habló de ustedes durante el viaje. No se inquieten, que no tienen nada de lo que preocuparse. Soy el primero que admiro el valor en un soldado, sea del bando que sea. Quizá esté chapado a la antigua, pero el honor es más importante que cualquier otra cosa para mí.

Terminaron sus consumiciones y salieron a pasear. El día seguía nublado pero había dejado de llover. En la calle había carteles anunciando el próximo concierto de piano de Pilar Bayona,

que tocaría junto a la Sociedad Filarmónica de Zaragoza.

—Disculpen mi ignorancia, pero no conozco a esta pianista, ¿es buena?

—Sí, general, es una de las mejores pianistas de España, y es de Zaragoza. También es una de las pocas artistas que nos quedan, que no se exiliaron durante la guerra.

—Me encantaría ir a verla, adoro la música de piano. Si son tan amables, me gustaría invitarles al concierto. ¿Qué les parece? ¿Aceptan?

—Pero, general, no hace falta que nos invite, ha hecho usted ya demasiado por nosotros. No se preocupe.

—¡Si lo hago por mí, Columna! Jajaja... De verdad que adoro la música de piano, me recuerda a mi madre, que era una gran pianista. Y no me gustaría asistir yo solo, y mucho menos teniéndoles a ustedes aquí.

—No discutamos más, asistiremos encantados. Y ahora, si nos disculpa, general, lo dejamos ya. Nos acercaremos al Pilar a rezar por Alziz y después a casa, que creo que todos necesitamos descansar un poco después de despedirnos de mi querido Alziz.

—Claro, claro, por Dios, qué tonto he sido. Les dejo ya, nos veremos mañana por la tarde para ir al concierto.

Mientras el general se alejaba caminando con elegancia, Columna se preguntaba cómo iban a asistir a un recital de piano, si no tenían con qué vestirse. El tío Luis pensaba que aquel general no tenía ni idea de política española. Y Vicenta se reafirmaba en su decisión de hablar con su hija lo antes posible, de hecho, aquella misma noche. Y que le contara...

Un regalo

La madre de Columna no había dejado de darle vueltas durante toda la noche a la presencia del general en Zaragoza. Estaba segura de que lo que sospechaba era cierto, que aquel hombre estaba enamorado de su hija, y no sabía si Columna a su vez le correspondía. Por lo poco que había visto, no le parecía que fuese así. ¿Qué habría pensado su marido de todo aquello? ¿Y qué dirían los vecinos? ¿Y las amigas? Se removió inquieta entre las sábanas, pues eran demasiados los pensamientos que la preocupaban. Tuvo que rezar un rosario entero hasta que consiguió quedarse dormida. Ya por la mañana, como si de una epifanía se tratase, despertó con las ideas totalmente claras en su cabeza, y le dio las gracias a la Virgen del Pilar por haberla iluminado. Se levantó, se vistió y marchó con prisas a hablar con don Melchor, el cura de su parroquia. Tras confesarse, le contó todo lo que sospechaba.

—Padre, ¿usted qué cree? En el caso de que no me equivoque y que ese general esté interesado en mi hija, ¿debo permitir dicha relación? ¿Debo dejar que mi hija tenga una relación con un extranjero al que apenas conoce? Ayúdeme, padre, porque vivo en un tormento desde ayer.

—Hija mía, los designios del señor son inescrutables. Si Dios, en su inmensa sabiduría, ha querido poner en vuestro camino a ese francés, ese hombre ya con experiencia, maduro, y millonario, será por algo. Y, por lo que me has contado, hasta ahora se ha comportado de manera irreprochable.

—Es cierto, es cierto... Entonces, ¿eso es que sí?

—Piénsalo de esta forma. Nada puede agradar más al Señor que se honre su nombre con rezos y con obras. Tú eres una mujer creyente, piadosa, que cumples con tus funciones de ayuda a la comunidad a través de esta parroquia. Si tuvieses un yerno como él, imagina de cuántas formas podrías ayudarnos.

—Lo comprendo, padre, pero Columna es aún una muchacha joven y ese hombre es demasiado mayor para ella. Y se iría de aquí, de Zaragoza, a vivir en Francia, y yo me moriría sin ella a mi lado. No tendría a nadie de su familia o amigos en quien apoyarse, y no sabemos realmente cómo es ese hombre...

—Hija mía, no debes ser egoísta, no pienses solo en ti, sino en la felicidad de tu hija. Como te he dicho, Dios lo ha puesto en vuestro camino como una señal divina que debéis aceptar. Acéptalo tú también, y ayuda a Columna a encontrar el sosiego y la clarividencia.

Más reconfortada, la madre volvió caminando despacio a casa, mientras reflexionaba sobre la conversación habida con don Melchor. Al llegar fue al cuarto de su hija y se sentó en el borde

de su cama, mientras despacio acariciaba su cabeza para despertarla.

—Pero madre, ¿qué hace aquí tan temprano? ¿Está bien?

—Sí, hija mía, quiero hablar contigo un momento.

—¿Ocurre algo grave? ¿El tío Luis está bien?

—Sí, gracias a Dios, todo bien. Se trata de otra cosa... Se trata de ti, de tu felicidad... Columna, hay ocasiones en que la vida nos da un regalo. A veces no sabemos verlo, a lo mejor porque no nos lo esperábamos, a lo mejor porque creemos no merecerlo. Pero el regalo está ahí, ante nosotros, resplandeciendo.

—No entiendo de qué me está hablando, madre.

—Te hablo del general, hija.

—¿Del general? Sigo sin comprenderle, madre. ¿Por qué el general es un regalo?

—Porque está enamorado de ti y no dudo de que, si le das pie, te pedirá la mano y se casará contigo antes de abandonar Zaragoza.

—¡Pero qué tonterías dice usted, madre! ¿Enamorado de mí? ¡Pero si podría ser mi padre! Además, se ha comportado siempre con absoluta corrección conmigo, jamás una insinuación, jamás un gesto equívoco. Y yo tengo novio. Bueno, lo tenía...

—Columna, el general es viudo desde hace años y necesita volver a querer, conozco a los hombres, y no es tan mayor como tú crees, se conserva muy bien. Y el hecho de que haya sido tan educado y correcto contigo no hace más que reforzar mi certeza de que te ama. Es un hombre chapado a la antigua. ¿Crees de verdad que se ha recorrido media Francia, y ha venido hasta Zaragoza solo por acompañarte? Si es así, es que eres tonta.

—¿Lo cree usted en serio, madre?

—Pues claro, estoy completamente segura. Y tú también lo estás, pero no te atreves a reconocerlo.

—¡Dios mío! ¿Y qué voy a hacer ahora? Yo no lo amo, madre, no podré amarle jamás como él quiere. No iremos al concierto, no aceptaremos ninguna otra invitación suya, y así comprenderá. ¡Ojalá se marchase de Zaragoza muy pronto!

—¿De verdad es eso lo que quieres? ¿Que se marche? ¿Estás segura, Columna?

—Pero madre, ¿qué otra opción hay?

—Casarte con él.

—¡Casarme con él! Madre, ¡usted se ha vuelto loca!

—No, Columna, no estoy loca, y escúchame bien, pues no se trata solo de ti, sino de todos nosotros. Imagino que recuerdas cómo fueron los años de la guerra, y que aunque hayas estado en Francia unas semanas, recuerdas también muy bien cómo es la vida aquí ahora mismo. Esto no va a mejorar en breve, estoy segura de que nos quedan aún muchos años de penurias por delante. Pero el verdadero problema no es ese, el verdadero problema es que tanto tu tío Luis como yo somos ya muy viejos, y estamos cada vez más enfermos. Cuando ya no podamos trabajar, ¿de qué vamos a vivir? ¿De tu sueldo de maestra? ¿Los tres?

—Bueno, de eso y de la pensión de Alziz, que nos tendrá que llegar en algún momento.

—No cuentes con pensiones que no sabemos si nos van a dar, y en su caso cuándo van a llegar, que puede ser dentro de un año, dos, o nunca. La realidad es que, hoy por hoy, no tenemos casi dinero, tú no has acabado tus estudios y yo cada día estoy más cansada para trabajar. A mis manos cada vez les cuesta más peinar a las señoras, o coserles los trajes. Me tiemblan, Columna,

me tiemblan, y las agujas se me escapan o se me clavan en los dedos. Y eso por no hablar de tu tío Luis, que cada vez tose más, respira peor, y tiene menos fuerzas.

—No lo sabía, madre... ¿Por qué no me había dicho nada?

—Porque creía que tu hermano iba a regresar del frente, porque esperaba a que acabases de estudiar y te convirtieses en una buena maestra, porque quejándome no iba a conseguir más que preocuparte, y ¡llevabas un tiempo que se te veía tan feliz! Imagino que fue por Javier, el novio ese con el que andabas y que jamás me constaste por qué dejaste de andar. Pero ahora me da igual, casi me alegro. Lo único que me importa es que la vida nos ha ofrecido un regalo, uno enorme con el que poder vivir mejor, envejecer mejor, olvidarnos de las preocupaciones y los padecimientos, y poder ser felices los años que nos queden. Cásate con el general, hija mía, cástate con él. Piensas que nunca lo querrás, que no es para ti, que es mayor. ¿Pero qué puedes saber tú? Conozco muchos matrimonios que fueron convenidos, y que han durado más que los que se casaron por amor. Nadie te pide que lo ames, solo que lo respetes y le seas fiel como una buena esposa. A cambio, él te proporcionará una vida que nunca imaginaste tener. ¿Entiendes de lo que te hablo, hija mía? Acepta el regalo que nos llega del cielo, el regalo que sin duda nos manda Alziz.

—Pero, madre, lo que usted me pide es imposible, no puedo casarme con alguien a quien no amo. No puedo vivir con un hombre, acostarnos en la misma cama todas las noches, sin amarlo con todo mi corazón. ¿Es que no lo comprende, madre?

—¡Ay, esas ideas románticas que las novelitas os meten en la cabeza! El amor no te dará de comer cuando no haya nada, ni te dará calor cuando no quede lumbre, ni curará tu fiebre si no hay medicinas. Eres una muchacha terca y valiente, lo has demostrado con tu viaje a Francia, trayendo a tu hermano de vuelta con nosotros. Pero esa terquedad, esa tenacidad que hizo que consigueses las cosas, es la misma que ahora va a hacer que las pierdas. Piensa, Columna, piensa. El general es un hombre agradable, de buen aspecto, ¿o acaso lo ves viejo y feo?

—No, la verdad es que no... pero sigue siendo viejo, por mucho que piense que en su juventud debió de ser muy guapo.

—¿Y eso qué importa? Mejor casarte con un hombre experimentado, de mundo, con exquisita educación, que con un cualquiera que a saber la vida que te acabará dando. Él te quiere, y estoy segura de que te hará muy feliz. Te llenará de atenciones, te colmará de regalos, cuidará de ti día y noche. ¿A quién más conoces que pueda hacer algo así?

—A nadie, madre, a nadie... Pensé que Javier podría ser ese hombre, pero me equivoqué. Lo sé. Ojalá lo hubiera sido.

—Pues entonces, Columna, cástate con el francés y disfruta de una vida nueva. Una en la que podrás comprar los zapatos en Segarra y los electrodomésticos en Corberó. Una en la que podrás tener vestidos de alta costura, y viajar en tu propio coche con chófer. ¿Acaso no me hablabas siempre con envidia de la chica esa topolino de tu clase, y su familia? Pues tú los superarás, pues al casarte con el general te convertirás también en una duquesa. ¿Lo has pensado, Columna? ¡Duquesa! ¿Es que no me oyes? ¡Duquesa! ¡Quién lo habría podido imaginar! ¿No te sientes emocionada al pensar en eso?

—No, madre, no me siento emocionada. Y si quiere que le diga la verdad, no sé lo que es una duquesa. Ahora si me disculpa voy a seguir durmiendo un rato, ayer fue un día muy largo y en este momento me siento muy confusa.

—Sí, descansa, hija mía, descansa, y piensa bien en todo lo que te he dicho. Tienes el futuro de una duquesa en tus manos. Tienes nuestro futuro en tus manos...

El futuro

Columna estaba sentada en la cocina sumida en sus pensamientos. De fondo se escuchaban los anuncios de la radio —«*Me ha lavado el vestidito, yo mi blusa me he lavado, lo he dejado muy blanquito, muy sedoso me ha quedado, porque hemos usado Norit el borreguito...*»—, cuando se vieron interrumpidas de forma estruendosa por el himno nacional. Después el locutor, con gran énfasis, exclamó: «Diario hablado para España de Radio Nacional. Caídos por Dios y por España ¡Presentes! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!». A continuación, dieron las noticias, en las que hablaban de la pertinaz sequía que asolaba una región que Columna no llegó a escuchar, porque volvió a sumirse en sus propios pensamientos.

No había dormido bien. Las palabras de su madre aún le retumbaban en la cabeza. Se había despertado asustada tras una pesadilla. Intuía que su madre tenía razón, que todas y cada una de sus palabras eran ciertas. Pero si aceptaba, temía que iba a sentirse como un cordero camino al matadero. Su madre estaba en lo cierto, habían tenido una vida muy dura, muy pobre, y aquel sería un regalo del cielo. Pero no podía, mejor dicho, no quería, casarse con el general por muy amable, educado, rico y apuesto que hubiese sido en su juventud. Y entonces recordó a su salvador. Sí, había soñado con él, pero no recordaba bien el sueño. ¿La estaría salvando otra vez?

Columna se sintió de repente atrapada en aquella cocina, necesitaba respirar. Se puso un abrigo ligero y salió a disfrutar del sol que todavía alumbraba en aquellos primeros días de octubre. Ya en la calle se estremeció, hacía más frío de lo que imaginaba. Caminó sin pensar hasta que se dio cuenta de que no entraba en calor, más bien al contrario, cada vez sentía más frío dentro de ella. Vio de lejos la entrada del cine Doré, echaban *La luna vale un millón* de Florián Rey. Pensó en entrar, pero una muchacha sola en el cine quedaría raro. Así que se dirigió a un café cercano y pidió un vaso de leche caliente. Sentada en una silla bastante incómoda que se le clavaba en la espalda, bebía su leche a sorbitos sin parar de darle vueltas a la cabeza.

«¿Debería escuchar a madre? Cierto que lo del general sería la campanada, pero tal y como lo ha dicho madre, parece como si nunca más fuese a encontrar a otro que me quiera. Ya he tenido un novio, seguro que otro lo encuentro, y puede que incluso mejor que Javier. Es verdad que la vida no me pondrá nunca más otro duque delante, otro general rico y viudo, pero ¿debo por ello renunciar al amor? No, no quiero hacerlo. Además, madre puede estar equivocada, puede que el general me quiera como una hija y que todo esto no sean más que tonterías. Pero mejor no engañarme, yo también he notado cómo me mira a veces... Santa Virgen del Pilar, ¿qué hago?».

Aquella noche asistieron al recital de piano de Pilar Bayona. Columna y su madre se arreglaron el pelo y el maquillaje con esmero, y se vistieron con sus mejores galas, dos vestidos de encaje con bordados, que guardaban con mimo y cuidado y solo usaban en las bodas. Pero al llegar al teatro, se miraron con tristeza. Delante de ellas se paseaban muchachas vestidas a la última moda, con trajes sastre hechos a medida, zapatos de tacón, e incluso había alguna que lucía ya estolas de piel, aun a pesar de que el frío no mordía con la intensidad que solía hacerlo en invierno. Afortunadamente, no vieron a nadie conocido.

El general llevaba un traje impecable, de corte inglés con corbata oscura. Lucía unos zapatos tipo Oxford con cordones y una corbata preciosa. Todos cuantos pasaban a su lado lo miraban, y a Columna le gustó esa sensación. El francés despertaba respeto y admiración a partes iguales. Incluso había detectado en las miradas de algunas mujeres, cierto interés por conocerlo más íntimamente. No se puso celosa, entendía el atractivo que, todavía a su edad, despertaba Jean-Henri. Lo que le hacía sentirse mal era su vestido comparado con el del resto, y el hecho de que el francés, al verla, hubiese alabado su belleza, aun sabiendo que no iba apropiada. Si tuviese dinero, todas aquellas frescas hubiesen visto lo que era ir elegante de verdad. Pero no lo tenía...

En el concierto sonaron sonatas de Schubert y Schumann y el «Claro de luna» de Debussy, y al terminar, el general se partió las manos de tanto aplaudir. Después, fueron todos a dar un paseo. Hacía una noche deliciosa, que invitaba a disfrutar de las numerosas estrellas que se veían en el cielo. Delante iban Columna y el general, y varios metros más atrás su madre y el tío Luis, que cada vez parecía que caminaban más despacio y estaban más lejos.

—Dime, Columna, ¿te ha gustado el concierto?

—¡Mucho! Qué arte tiene esa mujer, qué manos, sonaba todo tan maravilloso...

—Sí, la verdad es que a mí también me ha sorprendido su virtuosismo. No me esperaba encontrar una concertista así en Zaragoza.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso aquí no podemos tener buenos artistas?

—Perdona, Columna, no te enfades. No quería decir eso, ni mucho menos insinuarlo. Me refería a que la calidad de Pilar Bayona está muy por encima de muchas concertistas que he tenido el placer de disfrutar a lo largo de mi vida, en ciudades y palacios de mucho más renombre. Tenéis una joya aquí.

—Ah, gracias. Discúlpeme usted, general, si lo he entendido mal. Me pierde este carácter que tengo.

—Lo sé, ese «carácter» es precisamente una de las cosas que más me gustan de ti.

Al momento ambos callaron, el francés no sabía si había ido demasiado lejos. «*Mon Dieu*, ¿qué he hecho? Pero lo cierto es que ya no aguanto más. Cada minuto que paso con ella sin poder tocarla, sin poder decirle lo que siento, es un auténtico tormento. ¿Sabrá ella cuánto la amo? Bueno, si no lo sabía, ahora ya lo sabe. Solo espero que no piense que pretendo aprovecharme de ella, o algo así. No, ¡por Dios, eso nunca! ¿Y ahora qué hago? ¿Vuelvo a hablar o espero a que ella diga algo? ¿Debería explicar mis palabras? Esto no es como yo pensaba que debía ser, así no...».

El general había descubierto una nueva Columna tras todo el tiempo que habían transcurrido juntos. Era ella una muchacha en apariencia seria y reservada, serena, pero a veces había creído ver una fuerza inusual en su mirada, como si en el fondo de aquella tranquilidad latiese un carácter

indómito, salvaje. Eso era, había algo animal en Columna, algo que contradecía su aspecto y sus maneras y que, en ocasiones, le había recordado a las fieras que había cazado por el mundo. Era como una leona agazapada, quieta, midiendo la distancia justo antes de saltar sobre su presa. Exacto, eso era a lo que le recordaba la muchacha, a una fiera justo antes de saltar. ¡Cómo podía amarla tanto! Ella era la promesa de un desafío, la cumbre de la montaña más alta, el mar más embravecido. Pero allí estaba, paralizado, como si fuese un joven muchachito, en vez de un hombre hecho y derecho.

—Columna, yo...

—General, no se preocupe...

—No digas nada, Columna, por favor, no digas nada. Lamento mis palabras, no debí decírtelas así.

—No pasa nada, se lo agradezco, es solo que... en fin...

—Columna, tú has hecho que vuelva a sentir algo que creía muerto para siempre. Y si me lanzo a decírtelo por fin es porque las palabras han salido de mi boca sin pensar, porque ya no podía estar más a tu lado sin que lo supieras. De hecho, creo que me enamoré nada más conocerte. Sí, no me mires así, te estoy hablando de amor. Sé que soy mayor que tú, te comprendo... ¿Cómo he podido llegar a pensar...? Discúlpame, Columna.

—Pero, general, lo que usted me propone es del todo punto imposible, ¿qué diría la gente?

—Igual no me he explicado bien y no quiero que me malinterpretes. Columna, no estoy buscando una querida, estoy buscando una esposa. Alguien con quien compartir lo que me quede de vida, con quien viajar, disfrutar y a quien amar con toda la intensidad de mi corazón. Y esa eres tú. Sé que podrías tener a cualquier muchacho a tus pies, y que a lo mejor yo te parezco un viejo chocho que está desvariando. Pero no es así, Columna, no es así. Yo... no sé cómo decírtelo, Columna, pero yo... Te quiero.

—Pero ¿cómo puede quererme? Si casi no nos conocemos...

—¿Hace falta eso para querer a alguien? ¿Hace falta que pase el tiempo, que tomemos diez cafés en vez de dos, que paseemos treinta veces, para saber cuándo tu corazón pertenece a alguien? El mío es tuyo desde que te vi en aquel paseo de Toulon, desde que me contaste tu historia, desde que vi tu determinación y tu coraje. ¿Cómo no amar a alguien tan hermosa y valiente como tú? Veo por tu cara que todo lo que te estoy diciendo te sorprende, que no esperabas estas palabras de mí.

—No, general, no lo esperaba, estoy muy sorprendida. La verdad es que yo... yo... no sé bien qué decirle...

—Columna, que mi estancia en Zaragoza se prolongue depende de ti. Si tú crees que hay un hilo de esperanza para nosotros, que hay una pequeña opción de que estemos juntos, yo me quedaré en esta ciudad el tiempo que haga falta hasta que nos conozcamos mejor, hasta que aprendas a quererme como yo te quiero a ti. Tanto si tengo que estar seis meses como si tengo que estar un año, y después no dudes que te pediré en matrimonio. Tomaría contigo los cafés que hiciesen falta, y pasearíamos todo lo que quisieses. Pero si crees que no hay absolutamente nada que hacer, dímelo ya, y mañana mismo partiré de vuelta a casa. Y no tengas miedo en decírmelo, acepto la verdad y desprecio la mentira.

Columna miró al cielo y vio la luna redonda, enorme, brillante, que los alumbraba con su fulgor. Miró al general que caminaba a su lado con el semblante sereno, lleno de fuerza y decisión.

Nunca antes un hombre le había hablado así. Había sido un discurso digno de una película romántica, digno de todos esos sueños que ella siempre había tenido. Todo había sido perfecto, excepto porque la persona que hablaba no era alguien de quien ella estuviese enamorada.

¿Podría llegar a querer al general? En aquel momento lo dudó. Por un lado, sabía que nunca se enamoraría de él. Nunca lo querría con esa intensidad, esa pasión, que veía en las parejas del cine o en las novelas que tanto le gustaban. Pero a lo mejor su madre tenía razón, y tanto las películas como las novelas mentían, y el amor verdadero, el amor romántico, solo estaba destinado a unos pocos afortunados que no eran tan pobres como lo era ella. A lo mejor, el hecho de haberlo dejado con Javier justo antes de partir, había sido una señal. A lo mejor, debía dejarse llevar y ver qué pasaba con el francés. A lo mejor... A lo mejor... A lo mejor...

—No le prometo nada, general, pero estoy dispuesta a que nos conozcamos. Quédese en Zaragoza y veamos qué pasa. Eso no significa que quizá dentro de un mes le diga que se marche, no significa que alguna vez llegue a pasar algo, llegue a quererle, pero quédese general, quédese aquí, conmigo, si es eso lo que desea.

—¡Gracias, Columna, gracias! No sabes lo feliz que me has hecho, ¡lo feliz que te voy a hacer yo a ti!

—General, por ahora no me dé las gracias. Por ahora, lo que haremos será salir a pasear, y después ya hablaremos de felicidad, si es que hablamos...

El dilema

A pesar de la lluvia que arreciaba fuera en aquellos últimos días de febrero de 1946, el ruido que se escuchaba era inconfundible. Alguien había estado dando golpecitos contra el cristal de su ventana, hasta que la había despertado. Cómo era posible que una persona hubiese llegado escalando hasta el primer piso, y apoyado en el pequeño balconcito estuviese llamándola era algo que, más que asustar a Columna, la dejó muy intrigada. Se levantó de la cama y al momento comenzó a tiritar, hacía mucho frío aquella noche y el brasero llevaba ya un buen rato apagado. Miró el reloj de pared y vio que eran más de las tres de la mañana. Corrió a descorrer las cortinas y al punto vio al otro lado del cristal a Javier, que, empapado, le hacía señas de que le dejase entrar.

Sin pensarlo dos veces, abrió la ventana y un vendaval de viento y lluvia la azotó dejándola empapada. Javier entró saltando de forma ágil, y comenzó a quitarse el abrigo, la gorra, la bufanda y los guantes, que estaban dejando grandes charcos por todo el suelo.

—¡Javier!

—¡Columna!

—Pero ¡por Dios bendito!, ¡¿qué haces tú aquí?! ¿Tú has visto la que está cayendo? ¿Pero cómo se te ocurre? Estás empapado, y ¡mira cómo me estás dejando el suelo! A ver cómo hago yo ahora para limpiar todo esto sin que madre se dé cuenta...

—Columna, no me vengas con monsergas, que bastante mojado estoy y calado de frío hasta los huesos, para que me vengas con catecismos a estas horas. Con este tiempo seguro que nadie me ha visto venir, y eso era lo importante. Ahora trae un cubo y una fregona, que yo iré recogiendo el agua del suelo. Y después trae un nuevo brasero, que necesito entrar en calor o no saldré vivo de esta.

Columna dejó a Javier fregando con torpeza, mientras marchaba a la cocina a por más brasas y allí mismo se cambiaba el camisón empapado por otro seco. Nerviosa como estaba, no era capaz ya ni de sentir frío.

—Toma, aquí está el brasero, y esto es una bolsa de agua caliente, pónitela en el pecho. Te he traído también un trozo de pan y algo de chorizo y jamón.

—¿Chorizo y jamón? ¿Cómo has podido conseguir eso?

—Eso no te importa.

—Ah, ya veo... Te lo habrá regalado el francés ese con el que sales.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Estoy en el monte la mayor parte del tiempo, pero bajo a Zaragoza muy de vez en cuando. A veces, a ver a mi madre; otras, a aprovisionarme, otras a enterarme de alguna noticia interesante. Por ello, cuál fue mi sorpresa cuando mi madre me contó que había salido publicado en *El Heraldo de Aragón* la noticia de que la señorita Columna Ara Castán —esa eres tú, ¿no?— iba a contraer matrimonio con un duque francés, de nombre impronunciable. Tu compromiso en el periódico, quién lo habría dicho... Has llegado muy alto en poco tiempo... Te felicito.

—Pues sí, me caso, y eso no es de tu incumbencia. No entiendo a qué has venido, no entiendo qué haces aquí ni qué me estás preguntando. Y sobre todo no entiendo qué quieres insinuar con lo de que he llegado muy alto, pero ve con cuidado no sea que te dé con el atizador.

—Jajaja... ¿Que no lo entiendes, dices? ¿Y que vas a darme con el atizador? No, no, no, Columna, esos no son modales para una futura duquesa. ¿Qué diría el francés si te oyese?

—Probablemente que te arrease bien fuerte. Sal de aquí, Javier, vete ya y no vuelvas.

—Has sido tú la que me has dejado entrar.

—Y aún no sé por qué... ¿Qué quieres, Javier?

—La verdad es que la noticia de tu inminente matrimonio me dejó bastante desconcertado. Más tarde mi madre me contó el resto de la historia, pues al parecer corre ya en boca de todas las vecinas de la ciudad. Que os vais a casar por todo lo alto en el Pilar, que tu vestido lo están confeccionando en Pertegaz en Barcelona, que te ha comprado un ajuar que ni el de una reina, que os marcháis a vivir a un castillo al sur de Francia, que le ha comprado una casa nueva a tu madre... en fin, ¿todo eso es cierto, Columna?

—Sí, sí lo es. ¿Algo que objetar?

—¿Y es cierto también, como me han dicho, que ese hombre podría ser no ya tu padre, sino tu abuelo?

—Si has venido para decir impertinencias, ya puedes volver a saltar por la ventana por la que viniste, y ¡ojalá te rompas la crisma al caer!

—Así que es cierto. Te casas por dinero, como cualquier fresca de esas de las que tan mal me hablabas. ¡Me avergüenzo de ti, Columna! ¿Cómo puedes estar a punto de hacer algo así? No te reconozco...

—¿Pero qué sabrás tú, desgraciado?! Tú, que escogiste irte a vivir con las cabras antes que conmigo, que ni por un momento pensaste en qué situación me dejabas. ¿Pensaste acaso en lo que pasaba en mi casa, con un hermano muerto y una madre enferma? No, ¡tú pensaste solamente en ti! ¿Y ahora vienes a pedirme explicaciones de con quién me caso y por qué? Vete de aquí, Javier, antes de que cometa una locura. Vete de aquí porque no soporto verte y escucharte.

—Me iré, Columna, me iré, pero antes quiero que escuches algo. Tienes razón, lo admito.

—¿En qué tengo razón?

—En todo. Me marché, me fui y no pensé en ti. No pensé en cómo estarías, no pensé en lo que podrías necesitar. Solo podía pensar en mi padre, en su memoria, en la lucha. No sabes la de veces que me he arrepentido de mi decisión. Y no dudes de que todas las noches, ¿me oyes, Columna?, todas las noches, miraba al cielo y te recordaba, y te daba las buenas noches deseando que el susurro de mis palabras pudiese llegar de alguna forma a ti.

—¿Y entonces por qué no regresaste? ¿Por qué? ¿Qué te impidió hacerlo?

—No era tan fácil, Columna. Para frenar la actividad guerrillera, el Gobierno comenzó a establecer controles, a represaliar a los civiles que nos daban cobijo o nos ayudaban. En cuanto

cogían a uno de los nuestros, le pegaban un tiro. Venir a Zaragoza cada vez era más complicado y peligroso, y conseguir documentación falsa casi imposible.

—No es eso lo que yo tengo entendido. Al parecer, os dedicáis al saqueo, el asesinato y el robo.

—¿Es eso lo que la prensa franquista os ha vendido que hacemos? No tienes ni idea, Columna. Vivimos en una situación penosa, en el campo, sin prácticamente ayuda de nadie. Es cierto que tenemos una red de enlaces y comités clandestinos dentro de Zaragoza, que nos apoyan y nos dan información. Pero en Teruel o en los Pirineos, que es donde más actuamos, lo pasamos mal. Muy mal...

—¿Y cómo te imaginabas que iba a ser todo aquello? ¿Un paseo romántico bajo la luna en el bosque? Te lo dije, te dije que iba a ser duro, que ibas a sufrir mucho, y no quisiste escucharme... Y así has acabado, como un vulgar ladrón, y quién sabe también si como un asesino...

—Es cierto que robamos, pero solo comida o lo estrictamente necesario para sobrevivir. Y siempre procuramos hacerlo a terratenientes ricos, jamás a gente pobre. Hay otros grupos, como el del coronel Villacampa, en Asturias, que hacen cosas mucho peores. Pero no pienses así de mí, no me veas como un asesino. Yo lucho, Columna, lucho por la República, lucho por defender lo que nos arrebataron. Y si hay que pegarle un tiro a un Guardia Civil, hay que hacerlo. ¿O acaso ellos no nos lo pegan a nosotros?

—Pero secuestráis y asesináis no solo a policías o guardias civiles, también a civiles.

—Colaboradores con el régimen.

—¡Civiles!

—¿Quién tiene más culpa, el policía al que le ordenan disparar, o el que da la orden?

—¡Así que es cierto! ¡Te has convertido en un asesino!

—No, Columna, me he convertido en un revolucionario. No me mires con esa cara de espanto. ¿A qué te creías que me iba al monte? ¿A por espárragos? Deberías estar orgullosa de mí, de mis hazañas, de que no haya renunciado como otros a luchar, y me haya aborregado en una vida burguesa bajo el yugo de los perros franquistas.

—Pareces un panfleto, Javier...

—Columna, aunque no lo quieras ver, aunque no lo digan en el *NO-DO*, la Segunda República está viva. Se proclamaron unas Cortes Republicanas en Méjico, tenemos a un presidente que se llama José Giral, y esperamos que tanto las potencias vencedoras de la última guerra europea como la ONU nos reconozcan muy pronto. ¡Hasta don Juan de Borbón ha roto totalmente con el franquismo! Se ha ido de Lausana a Estoril, y busca apoyos entre los monárquicos. Lucho, lucho con todas mis fuerzas por conseguir que vuelva la República a España, para que volvamos a tener una vida mejor, un futuro mejor. Para que volvamos a ser libres. Y ojalá, Columna, que ese futuro lo podamos tener juntos.

—¿Cómo que juntos? ¿Qué quieres decir?

—No te cases, Columna, no te cases. Deja a ese francés, deja una vida lejos de aquí que no te haría feliz, abandona esa locura de casarte con un hombre que te dobla la edad, y del que estoy seguro que no estás enamorada. No te cases con él, Columna, cástate conmigo.

—¿Para qué? ¿Para irme a vivir al monte?

—No, Columna, no. Lo he pensado bien y por ti renunciaría a la lucha, renunciaría al maquis, y volvería a Zaragoza a vivir. Buscaría un trabajo, cuidaría de ti, de tu madre y del tío Luis. No

volvería a decepcionarte nunca más. Estos meses han servido para darme cuenta de que puedo vivir sin la República, pero no sin ti.

—Eso dices ahora, Javier, pero pasarías el resto de tu vida lamentando el haber vuelto. Te arrepentirías una y mil veces de haber dejado tu sueño por mí, aunque no me lo dijese.

—No, créeme, por favor, no será así. Te amo, Columna, y tú también me amas a mí. Sé que cuando éramos novios no te lo dije todo lo que debía, no fui cariñoso, ni atento. Pensaba que era así como os gustaban los hombres a las muchachas, despegados, fríos. Pero ¿qué podía saber yo de las mujeres? Era tan tonto... tanto que no me di cuenta de que tenía a la mejor de todas ellas a mi lado. Cuando mi madre me dijo que te casabas, fue como si me clavasen un puñal en el corazón. Imaginarte casada con otro fue lo que me impulsó a tomar la decisión final. Estoy dispuesto a cualquier cosa por ti, Columna, ¡a cualquier cosa!

Entonces se abalanzó sobre ella, y cogiéndola con fuerza de la cintura la besó hasta que ella correspondió al beso, abandonada.

Columna se sentó sobre la cama muda de asombro. Ahí lo tenía delante, la declaración de amor perfecta digna de un galán como Alfredo Mayo, Jorge Mistral o Rafael Rivelles. Ahí lo tenía, un hombre alto y guapo, empapado de lluvia, que había trepado hasta su ventana para decirle que estaba dispuesto a todo por ella. Ahí lo tenía, y sin embargo...

—¿Te has acostado con él?

—¿Con quién? ¿Con el general? ¡Estás loco! Yo solo haré el amor con aquel con quien me case, y eso deberías tenerlo muy claro desde hace tiempo. Márchate, Javier, te lo ruego por favor.

—Prométeme que lo pensarás. Prométeme que pensarás en todas y cada una de mis palabras, que recordarás que eres el amor de mi vida y que estoy dispuesto a luchar por ti hasta el final. ¡Prométemelo, Columna!

—Te lo prometo, Javier, lo pensaré. Nunca he dejado de quererte y me he acordado de ti muchas veces en estos meses. Pero yo no soy ya la misma muchacha que dejaste junto a la puerta de mi casa. No soy la misma, ni lo volveré a ser, te lo aseguro.

—Me da igual, lo importante es si me quieres. Lo único importante es que nos queramos, lo demás podremos solucionarlo juntos. ¡Quiéreme, Columna! Quiéreme por favor, y yo podré con todo. Deja al francés, no te cases con él.

—Lo pensaré, Javier, pero ahora por favor vete. Me duele la cabeza y tengo mucho frío. Coge tus cosas, llévate el chorizo, el jamón y la bolsa de agua caliente, que los vas a necesitar más que yo. Y sal por la puerta de casa, yo cerraré despacio para que nadie se despierte. Pero sal ya de aquí. Te prometo que lo pensaré, te lo prometo.

Mientras veía la silueta de Javier desaparecer en la negrura de la noche, bajo la lluvia que seguía cayendo con fuerza, Columna temblaba, pero no de frío.

La boda

Todo iba bien hasta que lo vio asomarse detrás de una columna.

Esa mañana se había levantado tranquila, consciente de que aquella era la mejor decisión que podía haber tomado, y su madre no hacía más que repetírselo también. Su vestido en satén color marfil era un sueño, con las mangas largas, las hombreras bordadas, y el talle estrecho. Llevaba una corona de flores blancas en el pelo, del que salía el velo de tul ilusión. Pertegaz le había hecho un vestido digno de una princesa. Cuando el tío Luis la vio salir de la habitación, se echó a llorar.

—No llore, tío, no llore, que hoy es un día feliz. Bendígame por favor, pues hoy empiezo una nueva vida, y pronto marcharé muy lejos de aquí. Bendígame, que salgo de esta casa para nunca más volver, la casa de mi infancia y juventud y de la que tan gratos recuerdos me llevo. Tanto usted como madre marchan también hoy a su nuevo hogar, así que no llore, que hoy empezamos todos una vida nueva.

El Hispano-Suiza de color granate y negro que el duque había alquilado para la ocasión los esperaba en la puerta para llevarlos a los tres al Pilar. Durante el camino, la gente los miraba y muchos incluso los saludaban. Despertaban gran admiración, y Columna estuvo segura que también mucha envidia. Nunca en su vida habría imaginado tanta riqueza, tanta riqueza, toda para ella. Qué boda tan diferente a la que habría tenido si no se hubiese casado con el duque. Si lo hubiese hecho con Javier...

Allí estaba ella, con su precioso vestido blanco lleno de bordados, camino a una boda fastuosa, con el Pilar decorado con flores blancas y ricas alfombras, con un banquete nupcial que se serviría en el hotel Europa, digno de un rey. Incluso habían comprado pepitas de chocolate en la fábrica de chocolates Orús para regalar a los invitados, pues ¿qué podía gustar más que el chocolate?

No podía dejar de pensar que si no hubiese decidido casarse con Jean-Henri, su boda habría sido muy diferente. No habría ido vestida de blanco, sino de oscuro o de negro. Se habría casado en la parroquia de su barrio, y a continuación habrían celebrado una pequeña comida o merienda en casa, con los más allegados. Pero no, ella no iba a tener una boda sobria, ni pobre. El chófer aparcó el lujoso coche en una de las entradas de la basílica del Pilar, y fue a abrirles la puerta. Al bajar, Columna notó el frío de la mañana y se estremeció. Eran las doce en punto del 9 de marzo, un día que ya no olvidaría jamás. El sol lucía en lo alto, y ella iba a casarse.

Al entrar en la basílica y ver al duque esperándola a los pies del altar, sintió que su corazón se alegraba sinceramente. Lo vio sonriéndola como si ella fuese la única persona allí presente, vestido con su uniforme de gala, alto y tieso, y por un momento le pareció más joven. Estaba realmente atractivo y parecía muy nervioso. Ella caminó despacio hacia él, como su madre le había dicho que debía hacer, cogida del brazo del tío Luis. ¡Qué orgulloso estaba el tío! Al dejarla en el altar, rompió a llorar otra vez.

La misa comenzó y ella se dejó llevar por las palabras del señor obispo de Zaragoza. Jean-Henri no dejaba de mirarla y de sonreír, se le veía el hombre más dichoso del mundo. Se alegraba de haber encontrado un hombre como él, que la querría y la protegería, que cuidaría de su familia y de ella, que sería capaz de revolver cielo y tierra por su felicidad. ¿No era eso lo realmente importante? ¿No era eso lo que siempre había querido?

Entonces lo vio.

Javier llevaba la gorra en la mano, el abrigo cerrado hasta arriba y una enorme bufanda al cuello, con aspecto de habérsela tejido su madre. La miraba con los ojos encendidos, la boca en un rictus lleno de furia. Pero Columna sabía que en realidad lo que estaba era suplicando. Le estaba pidiendo con todo su ser que se levantara y saliese de allí con él. Que tirase el ramo de rosas blancas con forma de cascada que colgaba de sus brazos, la estola de visón con la que se había abrigado, se arrancase el velo y corriese junto a él, para siempre.

Columna desvió la mirada y se esforzó por no volver a mirar hacia donde estaba Javier, pero notaba sus ojos clavados en ella, tan fuerte como los clavos que le clavaron al pobre Jesucristo. En ese momento el obispo seguía de espaldas a ellos, pronunciando en un latín alto y claro el padrenuestro. Jean-Henri la cogió de la mano, notó sus dedos cálidos en los de ella, fuertes, seguros, y lo miró. Entonces Columna vio horrorizada que el duque le señalaba con la cabeza a Javier, con gesto serio.

Lo sabía. ¿Cómo era posible? Entonces, en voz tan baja que casi era un susurro, el general le habló sin dirigirle en ningún momento la mirada:

—Columna, si lo quieres, márchate ahora mismo. No te lo pienses más.

Columna empalideció y dos lágrimas cayeron por sus mejillas. En un segundo, todo lo ocurrido en los últimos meses volvió a su mente.

Javier... Sí, era cierto que todavía lo quería. Que por mucho que hubiese intentado olvidarlo, por mucho que quisiese engañarse a sí misma, todavía lo quería. Que durante su viaje a Francia se había acordado de él todos los días, que por las noches había soñado con su reencuentro, con volver a besarlo, con que le dijese todo lo que le había dicho aquella noche empapado.

Tras la visita nocturna a su habitación, mientras acababa de recoger el agua de lluvia que se había colado por la ventana, Columna no hizo otra cosa más que pensar en lo que Javier le acababa de decir. Pasó la noche en blanco y se levantó con un terrible dolor de cabeza. Y al final llegó a la misma conclusión que en aquel exacto, idéntico, momento en la basílica: que ya no estaba enamorada de él. Pero ¿cómo había podido ser tan insensata? ¿Cómo había siquiera escuchado a Javier? No debía haberle dejado entrar en su habitación, jamás debió hablar con él. Qué tonta fue, ya no lo amaba de verdad pero aun así le dio alas, le prometió que pensaría en algo que no tenía futuro.

Pensaba en cuál había sido el motivo, el detonante que había hecho que todo aquel amor que ella había regado con tanto cuidado acabase marchitado y muerto. Pero no lo encontraba. Francia.

Eso debía haber sido. El viaje a Francia la había transformado, y era consciente de que allí había dejado parte de su inocencia, su confianza en los demás, su alegría de vivir, y había madurado convirtiéndose en una mujer más segura, pero también menos feliz. Cuando partió a Toulon lo hizo sabiendo que la vida era dura, pues ¿qué podía haber peor que una guerra? Pero volvió con la lección aprendida: la vida siempre podía ser aún más dura y te golpeaba cuándo y dónde menos te lo esperabas. Por ello lo mejor que podía hacer en aquel momento era dar gracias a Dios, respirar hondo, sonreír, y honrar la memoria de aquel desconocido que la había salvado, dándole la oportunidad de seguir viviendo. El desconocido...

Secó las lágrimas que había vertido con el pañuelo que llevaba escondido bajo su manga, y miró al general. Apretándole con fuerza la mano, negó con la cabeza y sonrió.

—Jean-Henri, te amo a ti.

Hotel Negresco

Aquel sur de Francia no tenía nada que ver con el que Columna había conocido el año anterior. Si Toulon le había parecido una ciudad pequeña pero bonita, Niza era de lejos mil veces mejor. Tras la boda no pudieron disfrutar de su viaje de novios, pues requirieron al duque para que volviese lo antes posible al *château* del vizcondado de Joyeuse. «Te lo compensaré —le dijo Jean-Henri—, en cuanto podamos haremos un viaje en barco por el Mediterráneo, y así podremos estar todo el tiempo juntos».

Columna se despidió de su madre y del tío Luis hecha un mar de lágrimas. Cuando había marchado a por Alziz lo había hecho totalmente convencida de que volvería pronto a casa. Recordaba sus días pasados buscando a su hermano, y pensaba en lo joven e ingenua que había sido. Pero ahora las cosas eran muy diferentes, eran mejores y peores a la vez. Dejaba a su familia cómodamente instalada en un precioso piso en la avenida Fernando el Católico, y su marido les había dejado una cuantiosa asignación, para que no tuviesen que volver a preocuparse por nada. Y aunque estaba feliz por ellos, aunque prometió volver a visitarles muy pronto, esta vez Columna no sabía cuándo podría de verdad volver a verles. Se marchaba a vivir a Francia con su recién estrenado marido.

Aunque al principio la idea había sido instalarse en el castillo de Joyeuse, a Jean-Henri le pidieron que comandase la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, y el castillo no le pareció un buen lugar donde dejar sola tanto tiempo a su esposa. Comprendía que era aún muy joven, llena de vida y ganas de aprender, y quiso darle lo mejor que podía ofrecer la Costa Azul: Niza. Así que se instalaron en una suite del hotel Negresco, a la espera de que acabasen las obras de remodelación del que se convertiría en su primer hogar conyugal: Villa Leopolda.

Situado en la promenade des Anglais, el hotel había sido construido por el rumano Henri Negresco con la idea de convertirse en el lugar más lujoso de la zona. Con su cúpula rosa, su exquisita decoración, sus magníficos centros de flores, sus habitaciones con una decoración diferente cada una, o su espectacular lámpara de araña en el Royal Lounge, encargada nada más y nada menos que por el zar Nicolás II, era sin duda uno de los mejores hoteles de Francia y posiblemente del mundo.

Columna nunca acabó de sentirse a gusto allí. Era todo tan desmesuradamente elegante, todos tan obsequiosos y amables con ella, los huéspedes tan ricos y estirados, que recordaba su vida en Zaragoza y le entraban ganas de reír. Ella no pertenecía a ese mundo, y tenía la sensación de que

jamás lo haría. Los veía como veía a los actores en el teatro, algo irreal y con un punto cómico a veces. O quizá la cómica era ella.

Observaba a las otras clientas del hotel, con sus vestidos a la moda, sus modales corteses, rodeadas siempre de un ejército de camareras y criadas, y pensaba que ella nunca sería así. Es cierto que había renovado un poco su vestuario, que usaba guantes cortos y sombreros de paseo. Pero no había renunciado a su larga cabellera, tan pasada de moda en aquel entonces, y vestía casi siempre de negro, en recuerdo a su hermano. El general de vez en cuando le tomaba el pelo, y le llamaba «mi monja española» o «la futura viuda», a lo que ella le mandaba callar con cariño.

Un día, Columna decidió que no debía esconderle nada de su pasado, pues los votos matrimoniales implicaban para ella una absoluta confianza en su marido. Así que le contó a Jean-Henri todo aquello que hasta entonces le había ocultado: la muerte de su padre, las cartas de Alziz, la visita a Marie-Hélène, la agresión de Pedro. Cuando terminó de hablar, se dio cuenta no solo de que estaba agotada, sino de que quizá había cometido una imprudencia contándole todo aquello. ¿Realmente era necesario haber sido tan sincera? ¿Y si el general la repudiaba? ¿Y si se sentía engañado? Pero no, Jean-Henri la miró con redoblado fervor, le agradeció su sinceridad, y le prometió que la cuidaría hasta el fin de sus días, y que jamás volvería a pasarle nada malo. Y no sería difícil conseguir que Pedro no volviese a salir de la cárcel, nunca más.

La primera noche que hicieron el amor, Columna no solo no había disfrutado nada, sino que le había hecho daño, había soportado tener que abrazar el cuerpo sudoroso del general sobre ella, y encima todo el tiempo avergonzada de su propia desnudez. Sí, era su marido y no tenía nada de lo que avergonzarse, pero nunca imaginó que aquello sería así. Daba gracias a que por lo menos había sido rápido. Con el tiempo se acostumbró a tener que cumplir con sus deberes de esposa al menos una vez a la semana, y se lo tomó como la parte más desagradable de su vida de casada, pero que había que hacer por el bien de su matrimonio.

Jean-Henri no dejó de notarlo, pues redobló sus esfuerzos tratando de satisfacerla. Eso empeoró la situación, pues, por mucho que la acariciase, por mucho que la besase en todos los rincones de su cuerpo, por mucho que le preguntase a ella qué era lo que quería, la respuesta invariable de Columna era siempre la misma: «Lo que tú quieras». Y seguía tumbada en la cama esperando a que aquello terminase de una vez. No es que sintiese asco, lo quería, eso nadie podía ponerlo en duda. Pero a veces, sin querer, le venía a la memoria Pedro, y sentía que su cuerpo se tensaba involuntariamente, y se contraía dificultando incluso que pudiese respirar, tal era su agitación en aquellos momentos.

Con el paso de los días y después de las semanas, el general cada vez le hablaba más y más de tener un hijo, pero ella no se quedaba embarazada. «Piensa que ya tienes dos, Jean-Henri —le decía ella—. Tienes dos hijos a los que yo no conozco porque se fueron de viaje antes de nuestro matrimonio, y aún no han regresado. A lo mejor es por mi culpa por lo que no vuelven, a lo mejor es porque no quieren conocer a la que ha sustituido a su madre en tu corazón. ¿Crees que podrán perdonarme? ¿Crees que llegarán a quererme? Pero no te preocupes, que estoy segura de que tendremos hijos, cuando Dios quiera». Y el general la miraba y le decía que no tenía de qué preocuparse, que sus hijos la querrían tal y como él lo hacía, que eran ya hombres hechos y derechos, y querían solo lo mejor para su padre.

«Ya verás, querida, ya verás. Estoy convencido de que cuando Georges-Antoine y Edouard te conozcan, caerán rendidos a tus pies como yo lo hice. Nada has de temer de ellos, pues son un

orgullo para mí. No pienses cosas raras, no pienses que no quieren conocerte, pero son ya hombres y tienen sus vidas. El pequeño, Edouard, está casado y vive cerca de París, el mayor está siempre de un lado para otro... Pero te querrán, lo sé. Ten paciencia. Ahora lo importante somos nosotros, nuestro matrimonio, que espero pronto sea bendecido con un hermoso bebé. ¡Quién sabe si con una hermosa niña, como su madre!».

Mientras, la vida en Niza transcurría despacio y apacible. El general pasaba gran parte del día fuera, pero trataba siempre de almorzar con ella. Columna aprovechaba para pasear, para leer algún libro, para ver el mar, que le fascinaba. Aprendió francés casi a la perfección, aunque no conseguía perder su acento español. Echaba de menos estudiar, el barullo de los compañeros y las clases, el café con sus amigos... Se sentía sola.

Vivía en un paraíso de lujo, con un marido rico que la idolatraba, en una ciudad tan bella como aquella, y se sentía sola. Por mucho que tuviese una intensa vida social, por mucho que acudiese a cafés y a bailes, a cócteles y exposiciones, ella no tenía amigos propios, ni siquiera una buena amiga a la que poder confiarle sus cosas.

Pero lo peor fue cuando, en una fiesta en casa del cónsul italiano, estando ella a punto de apartar una cortina con la mano para poder salir al balcón a respirar un poco de aire fresco, escuchó a una mujer pronunciar su nombre. «¿Columna? ¿Has dicho que se llama Columna? ¿Y ese qué nombre es? Desde luego se ve a la legua que es española, con esos ojos oscuros como una gitana, y ese pelo negro ¡y tan largo! ¿Es que no tiene peluquero? Y está tan delgada, parece que no haya comido en años... Bueno, seguramente ha sido así. Me han contado que era tan pobre que comían ratas en su casa para sobrevivir. No hay más que verla, no tiene clase, ni encanto... Realmente parece una gitana, en cualquier momento no me extrañaría que se arrancase a bailar flamenco. Entiendo que el general se enamoró de ella por su juventud, porque guapa realmente no es, y viste de forma horrible, porque aunque se ve que los trajes son caros son muy feos y no sabe llevarlos. Y está claro por qué se casó ella con él, ¿Columna, se llamaba? Casarse por dinero siempre me ha parecido muy vulgar, espero que al menos lo haya hecho por el título, ¡aunque en Francia de poco le sirve!».

Columna se apartó de la cortina, dejó su copa de champán sobre una mesa, y salió de aquella fiesta sin despedirse de nadie. Caminó despacio de regreso al hotel sintiendo que todo lo que aquella odiosa mujer había dicho era cierto: ella no pertenecía a ese círculo, y nunca lo haría. Ella siempre sería la española, la gitana.

Villa Leopolda

A principios de junio de 1946, Columna y el general se trasladaron por fin a Villa Leopolda. Construida por Leopoldo II, rey de los belgas, como regalo para su amante Blanche Delacroix, era sin duda la casa más grande y ostentosa de toda la Costa Azul. Elevada sobre varias terrazas, poseía un jardín de casi ocho hectáreas, donde crecían los naranjos, los olivos y los limoneros. Tenía un salón de casi cuatrocientos metros cuadrados, los suelos del mejor mármol, un ejército de criados para mantenerla, y una hermosa piscina desde la que contemplar todo Villefranche-sur-Mer y el hermoso azul claro del mar. Columna no llegaba a comprender de verdad el alcance de la fortuna de su marido, ni quería comprenderlo. Le bastaba con saber que a su madre y a su tío no les faltaría nada nunca en la vida.

Al principio, la casa le pareció una maravilla en la que siempre había algo nuevo por descubrir, tal era su tamaño y extensión. A veces incluso tenía la sensación de que podría llegar a perderse allí. ¿Aquella enormidad era su casa?, se preguntaba Columna, aquel espacio infinito lleno de habitaciones, baños, cocinas, jardines, que más parecía una ciudad que una casa, ¿era suya? Pero aunque le encantaba pasear arriba y abajo por allí, sentía en su interior que su casa seguían siendo aquellas cuatro paredes donde había vivido con sus padres, su hermano, y más tarde también con el tío Luis.

Poco a poco, la vida se le fue haciendo rutinaria. Paseaba, leía, se acercaba en el coche con chófer a ver el mar, y se aburría. Dieron varias fiestas en la casa, a las que acudió lo mejor de lo mejor de Niza, pero en ellas Columna se había sentido como un pobre animalito en un zoo. Tenía la impresión de que iban a ver la casa, pero sobre todo a verla a ella, a la española que se había casado con un hombre que podría no ya ser su padre, sino su abuelo. Que no hablaba casi con nadie y cuando lo hacía tenía un horrible acento, que iba siempre del brazo de su marido, que no sabía relacionarse, ni atender a los invitados como correspondería a la anfitriona de una fiesta. Se sentía diseccionada bajo las escrutadoras miradas de hombres y mujeres, y todas aquellas sonrisas que le dedicaban eran para ella muestras de la más cruel falsedad.

El general la animaba diciendo que era normal que se sintiese un poco perdida, aquel no era su país, ni su gente, ni sus costumbres. Necesitaría un poco de tiempo para acostumbrarse a todo aquello, pero estaba seguro de que acabaría amoldándose a todo perfectamente. Y Columna lo escuchaba y asentía con una media sonrisa en los labios, queriendo agradar a su marido, pero sabiendo que lo que le pedía iba a ser casi imposible.

Así que decidió que haría lo único que sabía hacer bien de verdad: trabajar como un mulo. Y ya que no podía estudiar porque su marido opinaba que el lugar de una duquesa no era la universidad, buscaría otra opción. Se levantó una mañana llena de decisión, se vistió con sus ropas más humildes, y se acercó al huerto dispuesta a dejarse las manos en aquella tierra que también era suya. Así no tendría que pensar en su pelo, sus vestidos o sus modales. Así, cavando la tierra, cogiendo lechugas, o arrancando limones, dejaría sus pensamientos dentro de la jaula de oro que era Villa Leopolda, y se sentiría útil, feliz consigo misma.

Cuando apareció en el campo de naranjos con la camisa arremangada y unos pantalones anchos, los dos aparceros que había allí se quedaron parados con la azada en la mano. Pero Columna ni siquiera les preguntó. Se acercó a ellos, agarró un cesto, y se subió a una de las escaleras puestas para poder llegar a las naranjas que aún quedaban por recoger en la copa de uno de los árboles.

Sin decir nada, la observaron toda la mañana ir de un lado para otro cogiendo naranjas, desbrozando las malas hierbas que crecían bajo los árboles, cargando cestos llenos de brillantes frutos. Llegó la hora de comer, y volvió a la casa empapada en sudor, llena de tierra y hojas en el pelo, pero feliz. Decidió no contarle nada a Jean-Henri, pues estaba segura de que el general no lo aprobaría.

Así empezó todos los días a dedicar la mañana a una parte de la casa. Preguntaba a los jardineros qué había que hacer, y estos le enseñaban a podar los rosales, a cortar las ramas de los olivos, a cuidar el césped junto a la piscina, a vigilar que no hubiesen plagas en las verduras. Después pasó también a la cocina, donde, con gran paciencia, pues la cocina nunca había sido su fuerte, la jefa de cocinas, Babette, le enseñaba desde montar un suflé hasta a hacer una sopa bullabesa.

Y así, poco a poco y con mucho trabajo, los empleados de la villa le empezaron a tomar cariño. No entendían por qué una mujer de su posición se dejaba las manos cada día en ayudarles. No entendían por qué no se dedicaba solo a leer, a pintar, a dar largos paseos o comprar vestidos caros. Aquella joven era diferente. Parecía que el dinero no le importaba lo más mínimo. No tenía caprichos, no pedía cosas extravagantes, solo parecía sentirse reconfortada cuando se metía en la bañera tras una larga mañana de agotador trabajo.

Pero todo acabó el día que Jean-Henri se enteró. No fue porque alguien se lo contara, sino porque volvió un día antes de lo previsto de un viaje, y se encontró a su mujer quitando las hojas de la piscina con una red. Aquella fue la primera discusión que tuvieron.

«¿Es que no entiendes que eres mi mujer y por ende la duquesa de Joyeuse? ¿Cómo se te ocurre limpiar la piscina? ¿Y esas manchas de barro? Acabo de hablar con el jefe de aparceros y me lo ha contado todo. ¡Llevas meses trabajando en esta casa como una vulgar criada! *Mon Dieu!* ¿Por qué te sigues comportando como si fueras pobre? ¡Si ya no lo eres! ¡Por Dios, Columna, eres una duquesa! Si no puedes honrarme a mí, por lo menos honra a la familia a la que has entrado a formar parte. ¿Por qué? ¿Qué crees que habrá pensado el servicio de ti? ¿Qué crees que pensará cualquiera que lo sepa de ti? Me avergüenzas, Columna. No quiero volver a verte nunca más dedicada a trabajos indignos de una Quelen de La Vauguyon, porque ten claro, Columna, que tú ya no eres ni serás nunca más Columna Ara. Eres Columna Quelen de La Vauguyon, duquesa de Joyeuse, ¡y no debes olvidarlo nunca!».

Aquella noche el general le hizo el amor con una violencia inusitada, cogiéndole con tanta fuerza el cuerpo que hasta le dejó algunos moratones. Pero Columna no rechistó, no emitió quejido alguno, no se resistió. Acababa de comprender cuál era el precio que debía pagar por ser una Quelen de La Vauguyon, duquesa de Joyeuse: no ser feliz.

Doña Raquel

Fue en una de aquellas fiestas, tan aburridas para ella, donde la conoció. Era una señora alta y bien plantada, a la que se le notaba mucho donaire y simpatía. Se movía como pez en el agua, sobre todo entre los caballeros, pues eran muchos los que la rodeaban en el banco donde estaba sentada. Ella les sonreía, pícara, mientras agitaba su abanico y los miraba con ojos despiertos. Columna no tenía ninguna duda de que controlaba a la perfección todo lo que ocurría a su alrededor.

Morena, con aspecto de estar cerca de los cincuenta, era sin duda una mujer muy hermosa. De joven debió haber sido un escándalo verla. Vestía de forma exquisita y se adornaba con unas joyas espectaculares, que ninguna otra persona allí presente lucía. Hablaba en voz quizá un poco alta, y aunque se reía de forma educada, seguía habiendo algo diferente en ella respecto a las demás. Ardía de curiosidad por saber quién era.

—Querido, ¿quién es esa mujer del fondo? La que está sentada junto a la piscina y va vestida de rojo.

—¿No la reconoces? ¿No sabes quién es?

—Lo siento, pero no tengo ni idea, aunque me resulta vagamente familiar... ¿La conozco?

—Estoy convencido de que así es. Pero ven, Columna, te la presentaré.

Caminaron ambos hacia ella, mientras Columna pensaba que aquella mujer hablaba definitivamente en voz demasiado alta, y con un raro acento francés.

—Doña Raquel, permítame que le presente a mi esposa, Columna.

—Encantada de conocerla, doña Raquel.

—¿Columna has dicho que se llama? Entonces es que es española, como yo.

—Sí lo soy, de Zaragoza.

—¡No me diga!, compatriotas entonces. Eso merece que nos tuteemos. Yo soy de Tarazona, aunque llevo ya unos años viviendo aquí. Tras la Guerra Civil española, me refugié junto con el que entonces era mi marido, Demon, ¿te acuerdas de Demon, Jean-Henri?, en el hotel du Cap-Eden-Roc, en Antibes. Pero acabé divorciándome y comprándome una coqueta villa muy cerca de aquí, así que ahora somos vecinas.

—Doña Raquel es el alma de la vida social aquí en la Costa Azul, querida.

—Siempre tan exagerado, general. Digamos que somos Marlene Dietrich, Picasso y yo. Aunque yo soy mejor actriz, y por supuesto no hablemos de cantar. Lo que ella hace suena a maullidos de gato afónico.

Columna se quedó desconcertada. ¿Aquella mujer era artista? ¿Una actriz?

—Pero veo, Jean-Henri, que tu mujer acaba de quedarse de una pieza.

—Efectivamente, aún no la ha reconocido.

—Es este sol francés, que me tuesta la piel. Con lo blanquita que he sido yo siempre... ¡Y deja de hablarme de usted! Nos conocemos ya los años suficientes y hemos compartido demasiadas confidencias, como para que sigas hablándome como si fuese tu madre, y no una amiga. Por cierto, ¡mucho más joven que tú!

—Yo... le pido disculpas por mi torpeza... perdóneme si no la reconozco...

—Columna, no te preocupes. Ella es Raquel Meller.

—¡Raquel Meller! ¿La cupletista?

—La misma, encanto.

—Dios mío, ¡pero si en mi casa la adoramos! No imagina usted la de veces que he tenido que aguantar a mi madre cantando «La violetera» o «El relicario», con esa voz desafinada que tiene, que estaba matando la canción más que entonarla.

—¡Ja, ja, ja! Qué graciosa es tu mujer Jean-Henri. Me cae bien.

—Nunca había pensado que mi mujer fuese «graciosa». Pero ahora que lo dices, y te tuteo tal y como me has pedido, quizá no he prestado suficiente atención a ese rasgo de su personalidad.

—Por su aspecto debe tener ¿cuántos?, ¿veinte años? Es normal querido que te hayas fijado en otras cosas.

—Ja, ja, ja... imagino que tienes razón. Ahora si me disculpan un momento, voy a atender al cónsul belga, que veo que por fin ha llegado.

Cuando el general se fue, Columna se quedó quieta, azorada, indecisa si marchar también o quedarse allí. ¡La gran Raquel Meller! ¡Dios mío, era ella! La tenía tan cerca que podía oler su perfume de gardenias. Era tan guapa, tan elegante, tan... todo lo que ella no era ni sería nunca. Con esas cejas perfiladas, ese maquillaje perfecto, y ¡esas perlas grises al cuello!

—¡Pero, chiquilla, no te quedes ahí quieta! Ven y siéntate a mi lado en este banco.

—Como usted diga, doña Raquel.

—Hemos quedado que nosotras también íbamos a tutearnos, no todos los días tengo la suerte de encontrarme por estos lares a una compatriota, por ende aragonesa. Pero vamos, siéntate, no seas vergonzosa.

—Gracias... Yo... no sabe lo que la admiro.

—Y yo te lo agradezco, Columna. Y tutéame. Pareces una chica sencilla y buena. Pero, cuéntame... ¿Cómo ha acabado una muchacha de Zaragoza, casada con un general francés?

—Es una larga historia, doña Raquel, y no quiero aburrirla...

—Aburrida es lo que estoy de toda esta gente que nos rodea. Necesito algo que me distraiga de la monotonía de los días aquí, y tú pareces como caída del cielo. Así que te escucho con atención, querida. Pero antes, tráeme una copa de champán. El champán siempre ayuda a pensar mejor. Ayuda a todo, en realidad.

Columna le resumió su último año de vida: la muerte de Alziz, su búsqueda, la preciosa ayuda del general, encontrar a Marie-Hélène, volver a casa, la pedida de mano y su posterior boda en Zaragoza, aunque omitió todo lo sucedido con Pedro y tampoco habló de Javier. Al terminar, se dio cuenta de que se sentía muy cansada, y que hacía tiempo que necesitaba a alguien con quien hablar.

—Quizá no me entienda, doña Raquel, pero siento que no acabo de encajar aquí. Sé que le puedo parecer una ingrata, pues el general me ha dado todo cuanto una chica podría desear en la vida. Se ha ocupado de que a mi madre y a mi tío no les falte de nada, se ha casado conmigo y me quiere, me cuida, y se preocupa de que tenga todo lo que necesito. Pero esta villa enorme... esta vida de fiesta en fiesta, en la que veo y escucho cómo todas se burlan de mí, de mi acento, de mi aspecto, de mis vestidos... ¿Qué hago yo aquí, doña Raquel? Yo lo que quería era ser maestra, estaba estudiando en la Escuela de Magisterio, tenía mis amigos con los que iba a tomar café y al cine. Aquí estoy tan sola... Pero perdóneme, doña Raquel, ya no sé ni lo que digo...

—Columna, si te parece bien, yo creo que ha llegado la hora de que demos un paseo, y me enseñes los espléndidos jardines y campos que posee Villa Leopolda.

—¡Por supuesto, señora! Le enseño la casa y los jardines, encantada.

—La casa no, hace calor y prefiero pasear un poco al fresco. Y así de paso te explicaré una cosa que creo que aún no tienes clara. Será por tu juventud.

—¿El qué, doña Raquel?

—El sentido de la vida, Columna.

El sentido de la vida

Mi querida Columna, no hace falta ser muy lista para adivinar de dónde vienes. Eres una buena muchacha, obediente, trabajadora, que lo más seguro es que provengas de una familia humilde, que hayas pasado hambre y miseria en la guerra. Veo también que eres despierta, incluso inteligente, diría yo. Al parecer, es verdad que el hambre despierta la inteligencia. Pero eso ahora no importa. Porque la verdad es que da igual de dónde vengas, da igual lo que hicieras, en lo que quisieses convertirte o cuáles fuesen tus sueños, si es que tenías alguno. Ahora eres una duquesa francesa, te guste o no.

Podrías separarte, pero dudo que lo hagas. Tú no eres de esa clase de mujeres. Me has contado que te casaste en el Pilar, convencida de que era lo que debías hacer, ¿me equivoco? Y no dudo de que quieras al general, pero no lo amas. Tranquila, de esto nadie se ha dado cuenta, ni siquiera él, que vive cegado de amor por ti. Pero yo ya soy perra vieja, ya he recorrido medio mundo, ya me he casado dos veces, me he divorciado ambas dos, y he visto y he vivido cosas que una muchacha de veinte años de Zaragoza ni imagina.

Columna, debes aceptar tu destino y no luchar contra él, como estás haciendo ahora. ¿Crees que nuestro encuentro ha sido casual? Lamento desilusionarte, pero fue el general quien lo organizó. Me llamó el otro día espantado porque te había encontrado desbrozando junto a la piscina, como un aparcerero más. Y, por lo visto, es algo que llevas haciendo hace tiempo. No, no te juzgo. Entiendo que fue la salida que encontraste para no volverte loca, para soportar la soledad. Trabajo y esfuerzo, los lemas de la posguerra. Os los han inculcado a fuego ahí en España, ¿verdad?

Pero, repito, eres una duquesa francesa, te guste o no, y ello conlleva muchas cosas desagradables, pero también muchas otras ventajas que tú ahora no ves. Pero la principal de todas ellas, Columna, la más importante, es el poder.

¿Ves a todas esas señoras que pasean arriba y abajo por tu villa, criticándolo todo? Te envidian, Columna. Envidian tu posición, tu dinero, tu juventud, tu marido, pero sobre todo, envidian tu poder. Ese que todavía no conoces ni sabes cómo utilizar, ese del que todavía no eres consciente. Ese es el sentido de la vida, Columna, ser conscientes de quiénes somos y aprovecharnos de ello. Sí, aprovecharnos, no pongas esa cara, no es nada malo.

Deja de ser la muchachita de Zaragoza, la zagala apocada, mal vestida, mal peinada, que mira al suelo en vez de a los ojos, que no habla por no molestar. Porque tú, en el fondo, no eres así, ¿verdad? No, no lo eres. Esa barbilla denota mucho carácter ahí debajo escondido, y tus

ojos... Columna, tienes los ojos del color del carbón, que cuando te miran te atraviesan y parece que son capaces de leer hasta el último de tus pensamientos... Tus ojos, Columna, también te delatan, demuestran que hay un fuego en ti que puede desatarse en cualquier momento, como un torbellino y arrasarlo todo.

Deja de compadecerte de ti misma, pocas cosas hay más vulgares, y conviértete de una vez en lo que eres: la duquesa de Joyeuse. Debes despertar y salir de esa ostra en la que te has recluido, porque la Costa Azul es un lugar mágico que tienes que descubrir, y jamás podrás tener una vida mejor que la que disfrutes aquí. Te quejas de que no tienes amigos, de que tu vida social se reduce a las fiestas a las que acudes con tu marido, que no te sientes en casa... ¡Por Dios, Columna, tu casa está donde tú estés!

Te oía hablar y me entraban ganas de darte una bofetada. ¿Cómo se puede ser tan tonta? ¿Sabes la de chicas que matarían por estar en tu lugar? Sé perfectamente lo que es no tener nada, porque yo no lo tuve. Tenía que coser en un taller para llevar algo de dinero a casa. Y tuve la inmensa fortuna de que fuera allí donde me descubriese la gran Marta Oliver, al escucharme cantar mientras cosía. ¿Crees que con solo cuatro lecciones de canto fue suficiente para que la humilde Francisca Marqués López se convirtiese en la gran Raquel Meller? No, no lo fue.

Trabajé duramente para pulir mi acento y mis maneras, cambié mi forma de vestir, y estudié canto todas las horas del día. Yo solo podía ser la mejor, y en eso me convertí. Gano más y soy más famosa que Maurice Chevalier o Carlos Gardel. Recuerdo cuando debuté en el salón La Gran Peña, en 1908 y, más tarde, cuando hice el que sería mi gran debut en el teatro Arnau de Barcelona, cantando las canciones de José Padilla... Columna, deberías haber visto aquello, ¡el teatro se venía abajo! Todos los periódicos hablaron de mí, de mi magnífica actuación, pero sobre todo de mi soberbia forma de cantar cuplé, como nunca antes se había cantado.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces... Sí, ha llovido mucho... Me casé con Enrique Gómez, y triunfé en París, Argentina, Estados Unidos, donde hice una gran gira. Incluso el gran Charles Chaplin me ofreció interpretar el papel principal de la película *Luces de la ciudad*, pero ese señor me resultó demasiado antipático y engreído como para trabajar con él. Más tarde rodé *Violetas imperiales* y ahí sí llegó mi consagración definitiva. Me separé de Enrique porque me engañaba con todas, y me casé con Demon Sayac, que fue quien me trajo por primera vez aquí, a la Costa Azul, y también me engañó. Por desgracia, no pude tener hijos, aunque he adoptado a dos preciosas criaturas. Sí, Columna, mi vida ha sido un sueño, pero uno lleno de esfuerzo y sacrificio, pues a mí nadie me regaló nada.

A ti sí te lo han regalado, te ha caído del cielo un duque millonario sin buscarlo, y por si esto fuera poco, te ama. Yo fui una vez como tú, una muchacha sin estilo, morena como una gitana, con los ojos oscuros, el pelo largo, las piernas flacuchas... Ahora soy otra mujer porque el poder, no el dinero, es lo que tiene. Te transforma en alguien diferente, más seguro de ti mismo, de lo que vales. El poder te aleja de lo mediocre y lo chabacano, y te acerca a quien tú eres realmente. ¿Y quién eres tú, Columna, y quién quieres ser?

¿Quieres seguir comportándote como una humilde y tonta muchachita española, avergonzando a tu marido, y siendo el hazmerreír de la sociedad francesa? ¿O vas a aceptar de una vez tu destino, y todo lo que ello implica?

Lo sé, sé que te sientes perdida, que no sabes ni por dónde empezar. Pero has tenido la suerte de conocer a la persona que mejor te puede ayudar: sí, yo misma. Si me escuchas, si sigues mis

consejos, y aprendes todo lo que te enseñe, te aseguro que se hablará de ti hasta en los más selectos salones de París. Y ahora que te he dicho todo esto, ¿has comprendido ya cuál es el sentido de tu vida?

La costa azul

Columna, me alegro de que por fin hayamos podido comenzar lo que considero que van a ser, ¿cómo lo diría?, ¿tus lecciones? Eso es, tus lecciones. ¿Estás de acuerdo? Hacía ya dos semanas que no nos veíamos, desde que hablamos en la fiesta, pero discúlpame, he tenido que viajar a París unos días para solventar unos problemas de mi próxima gira. La fama tiene sus servidumbres. No tenemos mucho tiempo, pero hasta que me vaya, me voy a ocupar personalmente de ti.

No, no me des las gracias otra vez. Considera esto como un regalo que te hago. ¿Que por qué lo hago? Buena pregunta. Digamos que me recuerdas mucho a mí, a la muchacha que cosía mientras soñaba con triunfar algún día cantando. Claro que tú no cantas, ni tienes en mente convertirte algún día en una mujer famosa. Pero deberías buscar algo que te mantenga el resto de tu vida ocupada, o acabarás muy aburrída, créeme. La condesa de Noailles no solo gestiona su inmenso patrimonio, sino que además borda unos primorosos cojines con flores. Petra, la segunda mujer del embajador italiano, pinta marinas, que, a decir verdad, me parecen todas horribles, pero esa es otra cuestión, hay que hacer algo aunque sea mal. En fin, creo que te haces una idea, ¿no? Juega al bridge, escribe un libro, borda, ve al teatro, toca el piano, viaja. Elige algo que te guste y te haga feliz, porque será la actividad que te acompañará el resto de tu vida. Lo único que te pido es que no te ocupes de cosas vulgares y anodinas, como pasear a tu perro, por mucho que sea la actividad favorita de todos los lores ingleses que hay por aquí.

Pero vayamos a lo principal. Lo primero y más importante que tienes que aprender es dónde estás. Porque esto no es Zaragoza, aquí rige un sutil pero implacable sistema de castas. Tú vives en Villa Leopolda, y solo con eso podrías barrer a cualquiera de tu camino. Tienes sin duda la casa más grande y más envidiada de toda la Costa Azul. Ahí es nada. Pero te siguen subestimando, te siguen menospreciando. Y eso es así porque no basta con qué casa tienes, o si vives en Cap Ferrat o en Antibes. No, no, no. Aquí entran en juego muchas más cosas. Es cierto que el hecho de que no solo seas una pobre muchacha española sino que lo vayas proclamando a los cuatro vientos no juega a tu favor. Pero, al final, eso da igual porque en el fondo, quien más quien menos tiene un pasado que quiere esconder.

Así que vamos a destruir lo que eras, porque solo así podremos construir a una nueva Columna. Eso no significa que tengas que convertirte en una estúpida, como, por ejemplo, lo es la odiosa mujer del alcalde de Niza. No, aquí hablamos de otra cosa. De sacar de ti todo el pueblo, las viñas, los sabañones en las manos, el pelo fosco, el acento aragonés, la ropa mal cortada, y los

modales de sirvienta de casa bien. Deja de caminar encorvada, como si cargases una cesta de lavar la ropa en los hombros. Deja de hablar en voz baja, como si no quisieses molestar. Alguien que ha sido capaz de atravesar media Francia sola, tiene derecho a elevar la voz hasta el tono que quiera.

Verás que no es difícil. Mírame a mí. Yo hablo en voz alta, imagino que te has dado cuenta. Eso hace que todo el que tenga a mi alrededor deba, por fuerza, prestarme atención. Me convierte en el centro de miradas y comentarios. Aprende a utilizar tu voz como una de tus mejores armas. Eso no significa que debas convertirte en una vocera, pues deberás ser siempre extremadamente educada y amable, pero no educada como lo es tu madre con las señoras a las que va a peinar, sino educada con ese punto condescendiente y altivo que tiene todo aquel que sabe que el mundo está a sus pies.

Estás en la Costa Azul, aquí hace buen tiempo casi todo el año, así que deberás protegerte bien del sol, o tu piel acabará siendo aún más morena de lo que ya es, y no querrás que te sigan llamando gitana, ¿verdad? Eso solo queda bien en el cine si vas a actuar de Esmeralda en *Notre Dame*. Sé que eres aún muy joven, pero el tiempo pasa muy deprisa, te aseguro que lo hace, y el día menos pensado te levantas con la cabeza llena de canas. Tienes que empezar a cuidarte, a ir a un salón de belleza a que te den masajes, a que te pongan mascarillas en la cara, a que cuiden de ese pelo ensortijado y difícil que tienes. Por cierto, hay que cortarlo lo antes posible, no puedes ir con esa trenza de campesina por el mundo, de muchacha pobre que no puede pagarse un buen corte de pelo.

Aquí la vida es bastante tranquila, si no fuera por las fiestas, cócteles y veladas artísticas, que las hay de todo tipo y condición. Cuando no hay una exposición de pintura, hay un recital de poesía o un concierto de cuerda, pero, afortunadamente, se suelen organizar los fines de semana. Ten cuidado con la comida y la bebida. Aquí todo lo hacen con mantequilla, y eso engorda mucho. Y respecto a beber, tienen unos vinos tan deliciosos que es imposible sustraerse a ellos. Te aconsejo, eso sí, que nunca te emborraches en público, la gente aún comenta cuando la duquesa-viuda de Romanoff se cayó de bruces en la fuente municipal, y fue incapaz de salir ella por sí sola. Una copa te hace encantadora, cuatro un fastidio.

Personalmente detesto las excursiones, pero aquí son muy dados a ello. Les encanta coger el coche e irse a la playa, a la montaña o donde se les ocurra, que normalmente suele ser algún lugar donde sopla tanto el viento, que no hay peinado que lo aguante. Y, por supuesto, rodeados de sus numerosos perros. Pero si te gusta, harás bien en ir, son sitios donde se conoce a gente muy variopinta, e incluso en ocasiones, pocas, interesante. Lo único bueno que nos trajo la guerra fue que muchos artistas vinieron a vivir a aquí.

No sé si has ido ya, pero Villa Noailles (una casa enorme y fea, que más parece un cuadrado de cemento que una villa) es el centro de la vida cultural, además muy cerca de Toulon. Imagino que habrás ido ya a Villa Santo Sospir, a Villa Kérylos, y sobre todo a Villa Ephrussi. La baronesa Béatrice de Rothschild, por cierto ya divorciada de Maurice, el banquero, tiene la que es para mí la casa más bonita de toda la costa. ¿Aún no has ido? Pues debes ir sin falta, no tiene pérdida, es de color rosa y está en Cap-Ferrat. Tiene varios jardines, uno japonés, otro florentino... Pero perdona, esto no es de lo que te quería hablar hoy.

La Costa Azul. Como te decía esto está lleno de artistas, algunos son muy divertidos, otros según cómo se hayan levantado esa mañana. El famoso Picasso es un gran conversador, pero tiene

las manos muy largas y cierta tendencia a hablar únicamente de sí mismo, algo que suelen hacer todos ellos, es cierto. Hay otro círculo artístico más estrecho que incluye a varios arquitectos, como Eileen Gray o su marido, Jean Badovici, pero me resultan muy aburridos, demasiado intelectuales. ¿Has conocido ya a Matisse? Bueno, si lo conoces, no te acerques mucho a él... Pero sus cuadros... ¡auténticas maravillas! Dile a Jean-Henri que te compre uno, de hecho hay muchos pintores por aquí de los que deberías empezar a comprar cuadros, como hago yo. Puede que algunos te resulten muy modernos, pero ahora todo es así, moderno y difícil de comprender en ocasiones.

La vida cambia mucho según la estación. En invierno es más tranquilo, pero en verano esto se llena de intelectuales franceses, que desembarcan todos provenientes de París. Hace poco conocí a Chagall, otro pintor, un tipo encantador y su mujer también, y hace unos cuadros con mucho color azul de unas pinceladas desconcertantes. También hay muchos poetas que conviven con ellos.

¿Fumas? Porque debo decirte que yo lo desapruuebo totalmente, y no hay nada que me parezca más horrible que una mujer llevándose un cigarrillo a los labios porque estropea mucho la voz, y en mi caso eso es sagrado. Pero entiendo que esto es algo muy moderno; por ejemplo, Coco fuma con mucha elegancia. ¡Pero bueno! ¡Me había olvidado de ella! Qué cabeza tengo... Acabo de encontrar a la persona ideal para convertirte en una mujer nueva. Y tranquila que ella te ayudará aún mejor que yo, ¡vaya si lo hará! ¿Pues no tiene ella la misma historia que tú?

La pausa

Al llegar, Columna pensó que doña Raquel se había equivocado de dirección, pues aquel lugar le pareció un convento. La casa, situada en lo alto de una ladera y con vistas a Roquebrune-Cap-Martin, tenía en la entrada un sencillito patio con arcos y un gran olivo en medio, que le recordó a los del claustro de una iglesia. Tras atravesar la enorme entrada, que contaba con una escalera de piedra, accedieron a un salón donde amplios ventanales permitían ver el jardín posterior, y la sensación monacal se agudizó. Había pocos muebles, casi todos de madera, no había alfombras, y desperdigados aquí y allá, se podían ver algunos objetos de decoración con aspecto de ser caros. A Columna no le pareció un ambiente acogedor, y pensó en cómo sería la dueña de aquel lugar en persona, después de todo lo que le había contado doña Raquel.

«No olvides, Columna, que vas a conocer a una de las mujeres más célebres del mundo. No sé a cuántas famosas ha vestido, ¡yo creo que a todas! Desde luego a las más importantes: actrices, princesas, mujeres de presidentes o embajadores... Ella es... No sé cómo explicártelo... Es especial. A primera vista, puede que no te caiga bien, tiene un rictus un poco serio y es antipática. A lo mejor porque tiene mucho carácter, mucho. Pero si tienes la suerte de que quiera ayudarte, si tenemos la suerte de que nos escuche, ten por seguro que no dejará piedra por remover, y hará de ti algo único. Yo la trato desde hace años, y si bien no hemos llegado a ser amigas íntimas, nos conocemos muy bien. Sé perfectamente de lo que es capaz.

»Pero... bueno, para qué engañarte. Coco puede llegar a ser francamente odiosa. No para de moverse, siempre con un cigarrillo en los dedos, y a sus empleados los trata con bastante distancia, amén de ser de un perfeccionismo agotador. No hay detalle que escape a sus ojos, especialmente cuando se trata de ropa. Hay que decir que es muy discreta sobre todo lo referente a su vida, pero da unas fiestas estupendas en su casa, en La Pausa, que es a donde vamos. Puede ser muy brusca en sus preguntas, a veces incluso maleducada, y tiene esos oscuros ojos inquisitivos que parece que te estén siempre interrogando. Me recuerdan un poco a los tuyos, la verdad. Y se cuentan unas historias muy imaginativas sobre su vida, nunca alcanzo a adivinar cuáles son ciertas y cuáles no. Realmente su pasado es un misterio, y sospecho que a ella le gusta alimentarlo.

»Pero si ha llegado donde ha llegado, te puedo asegurar que ha sido por méritos propios, conozco a poca gente con su capacidad de trabajo. Estamos ella, yo, y no se me ocurre nadie más ahora mismo. ¿Te parece inmodestia por mi parte? La modestia no es una virtud, ve aprendiéndolo ya. Importan los méritos propios y los contactos adecuados, sobre todo en los comienzos, pero ¿quién no ha necesitado un impulso para alcanzar el estrellato? Una ayuda, un mecenas... Coco

tuvo el más grande que se podía tener: al segundo duque de Westminster. Yo he coincidido con Bendor (así lo llamamos los más íntimos) varias veces, aunque hace ya mucho tiempo que no se le ve por aquí, desde que abandonó a Coco para casarse con esa sosa de Loelia Lindsay. Pero le dejó a Coco la casa que le había construido como regalo, La Pausa, un lugar precioso lleno de palmeras y muchos olivos. Tal vez demasiado sencillo para mi gusto, pero ella tiene esos contrastes.

»Pobrecilla, ha debido pasarlo mal en esta vida, a lo mejor por eso se le ha agriado el carácter. Primero Boy Capel se casa con otra y después muere en un accidente de coche, luego lo de Grosvenor, y después el infarto de Iribe. Pero no sé por qué te cuento todo esto... Ha sido en casa de Coco donde he conocido a algunas de las personas más fascinantes del mundo, como Picasso, Dalí, Stravinski, o el propio Iribe. Pero tú vas a conocer ahora a la más fascinante de todas ellas. Así que recuerda lo que te he enseñado, nada de modales de criada de casa buena, eres una duquesa, y ella tiene que verlo desde el primer instante».

Tras varios minutos sentadas en el salón, apareció una doncella que les sirvió una bandeja con té y café, y les dijo que la señora no tardaría en bajar. Aun así, tuvieron que esperar casi otros veinte minutos, hasta que oyeron una voz suave pero de acento un poco masculino.

—Mi casa se llama La Pausa por una leyenda de la Biblia. Se dice que cuando María Magdalena abandonó Jerusalén tras la muerte de Jesús, escapó hasta llegar aquí y descansó bajo unos olivos. La casa está rodeada de ellos, como habréis visto.

Columna se giró y vio aparecer una mujer de corta estatura y extremadamente delgada, morena con el pelo corto y una banda en la cabeza, los labios rojos, un cigarrillo en la mano, y vestida con un dos piezas de punto azul marino. Llevaba tal cantidad de accesorios que era difícil en un primer vistazo verlos bien todos, tal era la profusión de collares, brazaletes y anillos que lucía. Pero el efecto en ella era elegante.

—¡Coco! Qué alegría verte. Ven, te voy a presentar a mi pupila. Ella es Columna Ara, duquesa de Joyeuse. Columna, te presento a Coco Chanel.

—*Enchanté, madame.*

—¿Duquesa, dices? Querida Raquel, ¿desde cuándo las duquesas francesas van peinadas como si fuesen las recaderas del mercado?

—Desde que salieron de España hace medio año, y todavía no se han amoldado a las costumbres de aquí.

—No hace falta que jures que es española, su acento es horrible. Deduzco entonces que está casada con Jean-Henri. Me gusta ese hombre, es de los pocos que no parece aburrido en mis fiestas. Pero cuénteme, duquesa, ¿cómo lo conoció?

—Bueno... pues... en realidad... mi hermano murió aquí durante la guerra, y el general me ayudó a encontrarlo. Luego me acompañó a Zaragoza.

—El general... no mi marido, o mi esposo, o incluso el duque. El general... ¿has visto cómo lo llama, Raquel? Es aún una niña, y se ha casado con su padre. O su abuelo. Pero es la duquesa. Debió de impresionarlo muy favorablemente para que se casase con usted, duquesa. Han sido muchas las que han intentado conseguirlo sin éxito. Es un hombre importante y todavía apuesto, ya mayor, cierto, pero no es nada tonto. Y, ¿qué es lo que vio en usted, Columna?

—Yo... no sabría decirle... tampoco entiendo muy bien por qué quiso casarse conmigo, al fin y al cabo, no tengo nada que ver con él y con su mundo. Imagino que quizá fue precisamente

por eso, porque no tengo nada que ver con nada que él haya conocido.

—Perspicaz tu pupila, querida Raquel. Muy perspicaz. Pero ahora que lo pienso, no acabé de entender muy bien tu llamada. Exactamente, ¿qué es lo que necesitas de mí? Y acércame el cenicero por favor.

—Quiero que conviertas a Columna en una duquesa.

—Pero acabas de decirme que ya lo es.

—¿A ti te lo parece?

—*Ça ne semble pas, vraiment...* No es solo el pelo... Hay algo en ella, no sabría definirlo. Parece tímida, aunque no creo que en el fondo lo sea. Viste mal, como si le hubiesen prestado la ropa y se sintiese incómoda, o le viniese grande. Esas cejas, tan tupidas le dan un aire fiero. Y está ahí sentada con las manos en el regazo, como si estuviese en misa esperando para escuchar el sermón. No, no tiene aire de mundo, no tiene estilo, no tiene... *charm*.

—Yo puedo ayudarla con los modales, los saludos, las fiestas, esas cosas más mundanas... Pero la que realmente puede convertirla en una duquesa eres tú. Con tu gusto, tu estilo, puedes transformarla en alguien completamente diferente. Piénsalo. Ahora parece una campesina venida a más, pero no una duquesa. Cámbiale el pelo, el maquillaje, la ropa, cámbiale todo lo que te parezca y harás de ella una auténtica noble. Sí, ya sé que podría hacerlo yo, pero haría más de lo mismo, sería una más del montón de damas bien vestidas que se ven por aquí. Y no es eso lo que quiero para ella. Quiero que se convierta en la mujer más elegante y bien vestida de la Costa Azul, que las mujeres envidien su vestuario, que los hombres giren la cabeza silbando de admiración. Para eso, tenemos que huir de todo lo que se lleva ahora: los vestidos cortados al bies de grandes hombreras, las ondas al agua, las cejas finas... Creemos un nuevo estilo, el de la duquesa de Joyeuse.

—Pero, Raquel, querida, lo que me pides es un milagro. Mírala.

—Por eso te lo pido a ti. Piénsalo bien, por favor. Mírame a mí, mírate a ti. Yo salí de un pueblo y he llegado a lo más alto, nadie canta cuplé como yo, y ahora me visto en las mejores tiendas de medio mundo. ¿Y tú? Tú has tenido que trabajar como la que más para conseguir convertirte en *madame* Chanel. No sé a ciencia cierta de dónde vienes, pero ese afán tuyo por superarte, esa ansia desmedida de reconocimiento en lo que haces, solo pueden hablar de un origen humilde. ¿O me equivoco? Nadie que ha tenido una vida fácil se esfuerza como nosotras, porque se lo han dado todo hecho y no comprende el significado de la palabra «necesidad». Esas ganas de hacer cosas que siempre has tenido son muy poco aristocráticas... No, no me digas nada, no pierdas el tiempo intentando rebatir lo que te he dicho. Sé que tengo razón. En cambio, mira a Columna, ¿no te recuerda a alguien?

—Veo por dónde vas, Raquel, y es un camino muy peligroso. No, no me recuerda a mí, pues yo nunca en toda mi vida tuve esa actitud sentada en un sofá. Ni esa ausencia de gusto tan marcada, ni ese poco interés por agradar. Parece una gitana, y no es un cumplido. Y esos rizos sin marcar que se le escapan a la cara... Mi vida no se parece en nada a la suya. He vivido en los mejores palacios, Churchill es amigo íntimo mío, y si levanto el teléfono esta noche tengo en casa a quien tú me digas del *Who's Who*. La duquesa... Columna, ¿no? Esa muchacha no ha pisado una casa buena hasta que se casó con el duque, se le ve a la legua. Yo siempre tuve ímpetu en la vida, desde muy pronto comprendí adónde quería llegar, y lo conseguí. Desde que Émilienne d'Alençon lució un sombrero mío en las carreras de Longchamp, no ha habido vuelta atrás. Tu pupila, en cambio,

tiene aspecto de ir a derrumbarse de un momento a otro sobre la mesilla del café, y ponerlo todo perdido.

—Pero, Coco, tú creas la moda más increíble, nadie podría hacerlo mejor.

—Yo no hago moda, yo soy moda.

—Por Dios bendito, ¡qué difícil eres! ¿Es que no quieres entenderlo? Tienes ante ti el mayor de los retos: coger a una muchacha que se te parece en muchos aspectos, y moldearla hasta que surja el diamante que buscamos. ¿Te da miedo acaso lo que te propongo? ¿Es demasiado para ti? Si es así, mejor lo dejamos, ya me encargaré yo.

—¿Miedo? Soy mujer, diseño para mujeres, y sin duda yo soy mi mejor modelo, puesto que toda la ropa que diseño la hago pensando en mí. El miedo lo dejé atrás hace ya muchos años, ahora soy yo la que da miedo querida. ¡Lo que no quiero es perder el tiempo!

—Pues no lo parece. Te pasas el día encerrada en esta casa y, por lo que cuentan, solo sales para asistir a alguna fiesta. No has reabierto todavía tus tiendas, y lo más lejos que vas es a Suiza, ¿a descansar quizás? ¿A descansar de qué? ¿Es que ya no recuerdas lo que es coger un tejido y coser sobre el cuerpo de una mujer? ¿Ya no recuerdas lo que es pincharte el dedo con un alfiler, porque estás ensimismada con tu diseño? No, veo que no lo recuerdas...

—Eso no es asunto tuyo, querida Raquel. Te recomiendo que pruebes suerte con cualquier otro modistillo, aunque te aviso ya que va a ser una tarea casi imposible. Hay mucha España humilde que sacar de esta muchacha, y eso a mí no me compete.

Y tras decir esto, apagó su cigarrillo, se puso en pie y alisó con gesto enérgico sus pantalones. Al verla, las otras dos se levantaron también, estaba claro que la conversación había terminado. Cuando se dirigían hacia la puerta, Columna miró a Raquel Meller que caminaba con paso fuerte y decidido, y vio su rostro serio, adusto. Después miró a Coco Chanel. Nunca se la habría imaginado así, tan menuda, tan delgada, sin pecho y de cuerpo atlético. No había dejado de fumar durante todo el tiempo que habían estado hablando, ni de mover nerviosamente un pie, poniéndose y quitándose un zapato, ni de observarlas atentamente, como si no quisiera perderse ni un solo detalle. Entonces, sintió la necesidad de hablar. Columna se sentía humillada.

¿Quién se creía que era esa francesa delgaducha, que apestaba a tabaco, para hablar de ella de esa manera? ¡Y como si no estuviese delante! Le habría dicho bien gustosa cuatro frescas, si no hubiese sido por doña Raquel, porque a ella sí la respetaba, e incluso había empezado a quererla. Pero no podía callarse, no sabía hacerlo.

—Todo lo que usted ha dicho es muy cierto. Provengo de una familia humilde. Mi padre murió durante la guerra española, y mi madre tenía que peinar a las señoras para poder traer algo de dinero a casa. A mi hermano lo mataron durante un desembarco en Toulon, y mi tío Luis cada vez puede hacer menos cosas, pues cada vez está más enfermo, aunque no quiere que nos demos cuenta. Llevo años viendo sus vestidos en los figurines de moda, los famosos trajes de Chanel, y soñaba con poder cortarme alguno parecido algún día, pues sabía que jamás podría tener tanto dinero como para poder comprarme uno nuevo. Pero me equivoqué, ahora podría comprarme todos los que quisiera. Podría ir a cualquier tienda y hacerme un vestuario nuevo, podría ir a un centro de belleza y que me cortasen el pelo a la moda. Podría depilarme las cejas, pintarme las uñas, maquillarme más. Pero, como ha dicho doña Raquel, seguiría siendo una más del montón, cuyas únicas virtudes serían tener una gran memoria y ser una buena persona.

»Es cierto todo lo que ha dicho, hay mucho campo, mucha pobreza, mucha hambre, mucha miseria que sacar de mí. O a lo mejor no. A lo mejor solo hay que coger todo eso y transformarlo en algo mejor, sin destruirlo. Porque si destruyen la esencia, destruirán a la persona. Y, ¿acaso no hay mucho de usted en su ropa? ¿Acaso no grita de dónde viene, lo que le gusta, y adónde va? Lo único que le estamos pidiendo es que me dé una oportunidad, que cambie a una humilde muchacha y la convierta en una mujer de hoy en día. Que me ayude a mirarme en el espejo por las mañanas, y que no me entren unas ganas tremendas de salir corriendo de aquí. Y a lo mejor así, el general estará por fin orgulloso de mí. A lo mejor así se me olvidará que soy infeliz, que la vida no es como creí que iba a ser, y pensaré que nunca es tarde para cambiarla. Pero, claro, eso no es asunto suyo, usted ya tiene bastante con su vida. Le agradezco su sinceridad, señora. En el fondo, no creo que la necesite para nada. No quiero parecerme a usted.

Transformación

«Siempre es mejor vestirse un poco menos elegante. Si te vistes demasiado elegante, parece que te estás esforzando demasiado, y eso es que no confías en ti».

Columna escuchaba atentamente a *mademoiselle* Chanel, y trataba que todos sus consejos se grabasen en su mente. Aquella mujer hablaba muy rápido, y casi siempre tenía un cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, lo que hacía que muchas de sus palabras sonasen casi ininteligibles. Pero no se atrevía a preguntar. Aún no entendía cómo la había convencido, pero lo había hecho. Habían salido de La Pausa con la promesa de ayuda, pero la diseñadora había puesto una condición: Columna tendría que hacer todo lo que ella dijese, sin rechistar.

Así había sido. Entre doña Raquel y ella le pusieron un duro e intenso programa de trabajo, digno de una escuela militar. Tenía un profesor de francés para mejorar su pronunciación, una profesora de protocolo, uno de historia y arte, otra de música, jugar al tenis, e incluso habían hablado con el general para que le comprase un piano y empezase a practicar. Aguantaba estoicamente las largas sesiones durante las que le enseñaban cómo debía hablar y moverse, cómo debía saludar y sentarse, cómo modular la voz, sonreír, coger el tenedor, alisar su falda, colocar un collar de perlas, reconocer una pintura de Goya o una ópera de Mozart.

Pero lo más pesado era siempre tratar con Coco Chanel, esa mujer la iba a acabar volviendo loca. Se reunían normalmente en La Pausa, ya que era allí donde la diseñadora tenía gran parte de sus modelos hasta que volviera a abrir sus tiendas. Columna se paseaba entre hileras de armarios llenos de vestidos de noche, lentejuelas, y collares de perlas de bisutería, y se sentía en la gloria. Pero todo acababa cuando se oían los gritos de *mademoiselle* Chanel, ordenando algo a alguno de los múltiples ayudantes que por allí pululaban.

—¡No, no, no! Tenemos que crear algo nuevo para ella, no disfrazarla de mí. Es cierto que tiene más o menos mi misma complexión, y que mi ropa le sentaría perfectamente, pero no hay que hacer una segunda Coco Chanel, aparte de que eso es imposible, yo soy única. ¡No vuelvas a traerme esa blusa! Trae la pieza de guipur negro y la seda gris. Construiré el modelo sobre su cuerpo.

Y Columna aguantaba las horas de pie, sin quejarse ni siquiera cuando la modista le clavaba los alfileres, lo que ocurría en tantas ocasiones que llegó a estar convencida de que lo hacía adrede. El general le preguntaba todas las noches cómo le había ido durante el día, qué había aprendido de nuevo, y si le gustaban los cambios que se estaban haciendo. Parecía sinceramente preocupado por la felicidad de su mujer y Columna lo agradecía, aunque estaba segura de que no

le habría permitido dejarlo todo y no continuar. Hasta ella había acabado comprendiendo que ser duquesa implicaba dejar atrás todo lo que había sido, y que su obligación como esposa y nueva señora de Joyeuse era dar ejemplo con un comportamiento y aspecto exquisitos. Si lo hubiese sabido antes de casarse, probablemente se lo habría pensado mejor.

Así que se esforzó por aprender incluso aquellas materias que menos le interesaban, y aunque al principio le costó un poco, acabó disfrutando de todo lo que le enseñaban, pues en el fondo ella amaba estudiar. Le habría gustado conservar su larga trenza, sus cejas anchas, sus rebecas de punto, pero no le preguntaron. Una mañana doña Raquel y *mademoiselle* Chanel la llevaron a un *salon de coiffure* muy famoso, donde un tal Françoise le tocó el pelo con clara expresión de fastidio, casi de asco.

—*Oh, la, la! Sacrebleu!* ¿Pero hay alguien hoy en día que siga llevando este pelo? ¿Si así lo llevaba mi abuela! Yo pensaba que no, pero veo que aún quedan trenzas en el mundo. *Mon Dieu, Mon Dieu, Mon Dieu*, aquí hay mucho trabajo, mucho, mucho. Hay que cortar, dar forma, quizás unos ligeros reflejos menos oscuros, para suavizar ese negro profundo, ala de cuervo, que tiene. ¿Y qué es eso?! ¿Tus cejas? ¿Es que no existen las pinzas de depilar en España? Mucho que hacer, hay mucho que hacer.

—Françoise, no se lo cortes demasiado, y nada de ondas al agua. Es verdad que ahora todas lo llevan así, pero no creo que a ella le queden bien. Córtaselo a la altura del hombro, y márcale los rizos. Lo del color me parece bien, pero nada de hacerla rubia o castaña clara. No me discutas.

—Pero, *mademoiselle* Chanel, es demasiado morena, parece... parece...

—Sí, lo sé, parece una gitana. Pero ella es morena, su piel es morena, no podemos convertirla en una rubia, quedaría artificial. ¿Que quieres una Veronica Lake? ¿Y lo siguiente qué será? ¿Ponerle ese absurdo y horrible bikini que ha aparecido ahora? No, no, no. Morena. Suavízalo como quieras, pero debe seguir siendo morena. Y córtale todo ese pelo.

—Y qué quiere, ¿estilo Bacall o Bergman?

Coco soltó un bufido, tiró su cigarrillo al suelo y mientras lo aplastaba con su zapato bicolor, le arrancó a Françoise las tijeras de la mano. Columna vio cómo le cortaba su larga trenza con un diestro movimiento, y se puso a llorar cuando la depositó en sus manos.

—*Et voilà!* No era tan complicado, ¿verdad? Este es el largo, ahora arréglastelo. Y tú deja de llorar, ahora por fin ya eres una mujer.

Columna miraba su trenza llena de tristeza. Para ella representaba su vida pasada, sus miedos y anhelos, sus horas vividas durante la guerra, su padre, su hermano, su amor por Javier y su boda con Jean-Henri. Era ella. La dobló con cuidado y la metió en su bolso, la guardaría para siempre.

Tras cortarle el pelo al gusto de Chanel, le depilaron las cejas hasta dejarlas con una bella forma de arco suave, aunque no tan finas como se llevaban unos años antes. Al mirarse al espejo vio que su mirada se había dulcificado. Entre eso y las mechas de color castaño que le habían dado en el pelo, parecía otra. Le habían hecho una media melena y la raya a la izquierda, con una gran onda que le caía por la cara, dándole un cierto aire misterioso. Se veía moderna, femenina, sensual. Se veía otra.

Pensó que a partir de ese momento le tocaría usar rizadoros con esponja todas las noches, para que al soltarlos por la mañana al levantarse, y tras peinarse con un cepillo todo el pelo, le

quedase bien, como una Verónica Lake morena. Y, ¡qué maquillaje tan maravilloso le habían puesto! ¡Maquillaje de verdad! Cuando recordaba su vida antes de aquello, le parecía todo irreal.

Tras la Guerra Civil, la escasez de todo llegó a tal punto, que no podía entender cómo su familia y ella habían sobrevivido. No se encontraban telas con las que poder coser vestidos, y mucho menos maquillaje o cremas. Entre su madre y ella cosían sus propias piezas, o ayudaban a amigas a arreglar las suyas, para ahorrar dinero. Había hecho vestidos con manteles, cortinas, incluso con fundas de cojín. Para economizar, los hacían con el mínimo de tela posible, y cambiaban el aspecto gracias a los accesorios: cambiando el cinturón o el bolso, parecía otro diferente.

Además de los trajes chaqueta con grandes hombreras, muy entallados, Columna recordaba haberse cosido muchos vestidos de tarde con flores, escote corazón, y manga corta abullonada, su favorito. Tras la guerra mundial, la moda cambió de nuevo: las chaquetas eran sencillas, los trajes rectos, con cierto aire militar, y las faldas poco a poco se iban acortando cada vez más.

Veía a Coco Chanel pasearse detrás de ella por el *salon de coiffure* con unos grandes pantalones azul oscuro, y pensó en qué habría dicho su madre al verla. «Hacen el ridículo vistiendo como hombres, y fumando como carreteros», le parecía oírle decir. Pero a Columna le gustaban aquellos pantalones, su caída, el movimiento que imprimían al paso al caminar.

Veía también a doña Raquel sentada leyendo una revista de moda, con unas preciosas medias de seda. Recordaba cuando el general le había regalado su primer par, con qué emoción las había tocado, con qué cuidado se las había puesto. Ella, que se había pasado todos los años anteriores llevando calcetines porque no había seda, ya que la habían usado toda para hacer paracaídas, ahora las tenía a montones.

Una vez arreglados el pelo y las cejas, Françoise la llevó a una pequeña salita donde había una mesa llena de maquillaje, incluso había de Max Factor, recién llegado de América. Al verlo, se echó a reír. ¡Cuántas veces había usado betún para teñir sus pestañas, o cintas sumergidas en vino tinto como colorete!

Se sentó y al cabo de una hora, cuando Françoise terminó por fin de maquillarla y se miró en el espejo, se sobresaltó. Aquella mujer que le devolvía la mirada no era ella, era una mujer llena de glamur, de belleza, con encanto. Incluso *mademoiselle* Chanel asintió con la cabeza aprobando el cambio. La sombra en sus ojos era muy sutil, en tonos ahumados, grises y marrones. Le habían engrosado un poco las cejas con el lápiz, para que luciesen más naturales. Le habían puesto una sola capa de máscara de pestañas, un poco de rubor rosa en las mejillas, y lápiz labial brillante en los labios.

Allí no había ni rastro de la muchacha de Zaragoza, ni de su pobreza o su condición humilde. No había ni rastro del hambre, ni del frío, ni de las noches en vela llenas de miedo. No había dolor, ni tristeza, ni lágrimas vertidas de forma amarga sobre la almohada. No había ningún recuerdo del pasado, pues este había quedado totalmente borrado. Columna observó su pelo, su cara, y sonrió.

—No, no, no, *ma chérie*, no sonrías tanto. ¿Crees que porque te hemos cambiado un par de cosas, ya eres otra? ¿Que has dejado atrás todo lo que fuiste con un poco de colorete? Qué equivocada estás, querida criatura, esto no es más que el principio. Durante mi infancia solo ansié ser amada. Todos los días pensaba en cómo quitarme la vida, aunque, en el fondo, ya estaba

muerta. Solo el orgullo me salvó, y me convertí en la gran Coco Chanel. ¿Qué te salvará a ti cuando te acuestes esta noche en la cama junto a tu marido?

¿Quién eres tú?

Al general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, le gustaba sentarse al caer la tarde en el porche junto a la piscina. Sentado allí, veía el sol caer tiñendo el cielo de colores intensos, anaranjados, violáceos, que dotaban de maravillosos reflejos el agua del mar. Olía al perfume de los limones en flor, a hierba recién cortada, a sal marina, y pensaba cuán diferente era todo aquello del castillo donde se había criado.

Con una copa de vino en la mano y un poco de queso sobre una bandejita de plata, disfrutaba de ese momento de soledad intensamente. Era entonces cuando repasaba lo que le había deparado el día, las reuniones que había tenido, los problemas que había debido solucionar. A veces echaba de menos hablar de todo eso con Columna, contarle sus preocupaciones con la esperanza de obtener a cambio una ayuda, un consejo. ¡Qué diferente de su anterior mujer! Pero Columna era aún muy joven y sin estudios. ¿Qué podía saber una muchacha humilde como ella de economía, actas notariales u organización militar? Nada.

Desde que se habían casado, Columna había cambiado en muchos aspectos. Había aprendido francés con facilidad aunque conservaba un gracioso acento, había renovado un poco su forma de vestir, y se esforzaba más en representar su papel de duquesa, cosa que no debía de serle nada fácil. Pero el general seguía viendo en ella a la muchacha humilde de la que se enamoró. Con aquella trenza larga que le daba un aire un poco infantil, aquellas rebecas tan pasadas de moda o la forma de hablar que a veces le recordaba a cómo lo hacía su servidumbre. Y cuando pensaba en ello, se daba cuenta de que Columna no se había amoldado del todo a su nueva posición. Ni tampoco a su nuevo matrimonio.

Jean-Henri no era tonto, más bien al contrario, era extraordinariamente inteligente y sagaz, y había terminado aceptando con gran dolor que Columna no lo amaba. Sí, era cierto que lo quería, que lo trataba como la mejor de las esposas, que era fiel, leal, cariñosa. Incluso se había enterado de que había dado una firme y enérgica negativa a dos pretendientes, incluida la amenaza de un bofetón en el caso de volver a molestarla. Le había encantado, claro, sabía que Columna podía ser así de fiera.

Pero no lo amaba. Nunca se lo había preguntado, pero lo notaba. A decir verdad, no había necesidad de preguntar nada, y a lo mejor no había sido tan buena idea casarse con una mujer tan joven. Con su primera mujer, las cosas habían sido muy diferentes. Entonces había sido él quien al principio no había amado, aunque al final había aprendido a hacerlo, y había tenido un matrimonio feliz hasta el triste desenlace. Por ello guardaba en su pecho la esperanza de que un día Columna

también aprendiese a amarle. El día de la boda ya había hecho toda una declaración de intenciones casándose con él, y no con ese pelagatos que los espiaba escondido tras un pilar.

El general lo sabía todo sobre él, había hecho que lo siguiesen, había conseguido su ficha policial. Aún le quedaban amigos en la Academia Militar de Zaragoza, contactos agradecidos por algunos favores que el general les había hecho tiempo atrás. Fue muy fácil saberlo todo del tal Javier, pues así se llamaba el pelagatos. Cuando se enteró de que había tenido la osadía de presentarse en casa de Columna a las tantas de la noche, quiso matarlo. Cuando supo que su prometida lo había dejado entrar y que habían estado juntos largo rato, se desmoronó. Pensó que la había perdido, que se echaría atrás en la boda. Pero no dijo nada, y esperó.

Jean-Henri, como tantos militares cuando se hacen viejos, había hecho de la prudencia una de sus mayores virtudes, y una vez más no se arrepintió. Llegaron a la basílica del Pilar y ella se casó con él. Y eso que el general, en un arranque de caballerosidad y hecho un manojo de nervios, le había dado la opción de irse de allí, de dejarlo plantado en el altar y marchar con el republicano. Eso era lo que el honor le dictaba que hiciese. Pero Columna le dijo que lo quería a él, y no volvió a mirar hacia donde estaba Javier ni una sola vez. Por ello se esforzaba tanto en hacerla feliz, por verla sonreír. Incluso en la cama, cuando se acostaban por las noches, quería sentirla toda suya, incluido su corazón. Pero, por desgracia, en ese aspecto, no parecía que las cosas avanzasen.

Así estaba el general, ensimismado en sus pensamientos, cuando escuchó unos pasos detrás de él. Al girarse, vio a una mujer desconocida y se preguntó por qué el mayordomo no le había avisado de la visita. Se levantó, dejando la copa de vino sobre la mesa, y se acercó a saludar.

—*Je suis ravie de vous rencontrer, madame...*

—Jajaja... Pero ¿cómo? ¿no reconoces a tu propia esposa?

Jean-Henri la miró confundido, pero al cabo de un segundo la reconoció. Aquella mujer sofisticada, elegante, sensual y tremendamente atractiva, ¡era Columna! Llevaba el cabello corto, por los hombros, incluso juraría que un poco más claro. Los ojos pintados, la boca jugosa, y ¡vestía de una forma tan moderna! Llevaba un pantalón negro *palazzo*, un suéter de canalé, negro también, y encima un chaleco blanco con botonadura oscura, todo de Chanel. Junto a los zapatos bicolores, completaban su aspecto unos brazaletes blancos con cruces bizantinas de piedras preciosas, de Fulco di Verdura.

—*Mais... c'est incroyable... comme tu es belle!* Columna, siento de verdad no haberte reconocido, ¡pero es que estás tan diferente!... estás tan maravillosa... tan sofisticada... tan chic... ¡qué cambio! El pelo, el pantalón, el perfume... Es como si hubiese vuelto a casa otra versión de ti... más francesa... ¿Dónde has dejado a la muchacha de Zaragoza que yo conocí?

—Atada y amordazada en casa de Coco... jajaja. Y me han prohibido que intente volver a por ella, así que espero que te gusten todos estos cambios, porque no hay vuelta atrás. Doña Raquel me mataría.

—Pero ¿a ti te gusta?

—¡Sí! ¡Me gusta mucho! Es cierto que me veo muy diferente, que cuando me he mirado al espejo a mí también me ha costado reconocerme, pero me encanta. Lo único que me preocupaba era que no te gustase a ti también. Lo que quizá cambiaré es llevar un poco menos de maquillaje. He notado que las francesas no suelen llevar colorete, así que creo que me sumaré a esa moda.

—Pues déjame decirte que estás espléndida, incluso con el colorete. Lo que me lleva a pensar que no podré dejarte ir sola por la calle, ¡estás demasiado hermosa!

—Oh, por favor, Jean-Henri, no digas tonterías. Sabes que no tienes que preocuparte de nada.

—No estoy preocupado en absoluto, pero no bromeo. Creo que ya va siendo hora de que tengas tu propia secretaria personal. Casi todas las mujeres que conozco de nuestra posición la tienen. Ayudan a organizar la agenda, las invitaciones, los eventos que celebres o las compras que hagas. Así no estarás tan sola todo el día, te aburrirás menos y no te dará por podar los olivos...

—¡Pero si ya no me siento tan sola! Tengo a doña Raquel, y diría también que a *mademoiselle* Chanel, pero no sería cierto... Esa mujer solo se tiene a sí misma.

—Raquel Meller se pasa el día viajando, tiene ensayos, fiestas, y no puede hacerte de niñera indefinidamente. Y la Chanel podría ser tu abuela... Repito, necesitas a alguien que te ayude a organizar tu agenda. Así que está decidido, contrataremos una secretaria particular, alguien más cercana a tu edad. No se hable más.

—¿Puedo al menos escogerla yo? Visto que va a trabajar para mí...

—Por supuesto, pero deberá ser francesa. No quiero más españolas en esta casa, tú ya me vuelves lo suficientemente loco, y desde que está Raquel todo el día por aquí, aún más. Y olvídate de colaboracionistas, no pondrá los pies en esta casa una mujer que haya ayudado a los alemanes durante la guerra. Aunque de averiguar eso ya me encargaré yo.

—Entonces francesa y que odie a los alemanes, supongo que quedará alguna. Ahora, si me disculpas, voy a quitarme la máscara de pestañas porque no paran de llorarme los ojos. No sabía que estar así requería de tanto sacrificio... ¡Una agenda! Si me viera mi pobre madre...

La secretaria

Columna llevaba dos semanas buscando una secretaria personal, pero ninguna de las que entrevistaba que le habían recomendado acababa de gustarle. La que no le parecía antipática, era demasiado guapa, poco educada, o demasiado educada. Y para acabar de complicarlo, debían tener una ficha policial impecable y excelentes referencias. Doña Raquel le aconsejó poner un anuncio en el periódico, ya que eran muchas las muchachas decentes y trabajadoras que se habían quedado sin trabajo durante la guerra, y a lo mejor así podría encontrar más fácilmente alguna que le gustase.

Puso sendos anuncios en *Le Provençal* y en *Le Méridional*, y recibió una riada de contestaciones. «Se busca señorita bien educada y discreta, que hable idioma español, para labores de secretaria personal». Perdida ante tanta solicitud, habló con el secretario de su marido para que cribase las respuestas, seleccionase las que mejor se ajustasen al perfil, y le organizase las citas. Al final, solo quedaron cinco candidatas, y Columna se dispuso ese día a recibirlas a todas. La primera de la mañana llegaría a las diez, así que se dio prisa por arreglarse y vestirse.

Nada más entrar en el salón de invierno lo primero que vio fue la espalda de la candidata, que la esperaba de pie junto a la chimenea. Era menuda y muy rubia, vestida con sencillez, y mal abrigada para el tiempo frío y húmedo que hacía ya a mediados de noviembre en Villefranche-sur-Mer. Al acercarse, la mujer escuchó sus pasos y se giró. Entonces, Columna tuvo un sobresalto.

—¿Marie-Hélène?!

—*Mais...* ¿Columna?

—¡Dios mío, Marie-Hélène! Pero ¿qué haces aquí? ¿En mi casa?

—*Mon Dieu*, ¡Columna!, no puedo creerlo... ¿Tu casa? ¿Cómo que tu casa? ¿Vives aquí, en esta mansión? ¡Y qué cambiada estás! Casi no te he reconocido.

—Sí, esta es mi casa. Me casé con el general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse, en Zaragoza, en marzo de este año.

—*Mon Dieu, c'est incroyable...* Tú convertida en una duquesa francesa, quién lo habría dicho...

—Marie-Hélène, no sabes lo feliz que estoy de volver a verte. Pero ven, siéntate a mi lado, pediré café y nos pondremos al día de estos últimos meses. Cuéntame, por favor, cómo estás, cómo te va la vida, qué haces. Y luego yo te contaré todo lo que me ha pasado, que ha sido mucho, como verás.

—¿Que cómo me va la vida? Pues no muy bien, Columna, y desde luego no como a ti. Como verás estoy aquí sentada en tu salón buscando trabajo, pero imagino que tendré que ir a buscar en otra parte.

—Pero, Marie-Hélène, ¿por qué dices eso? ¿Por qué me hablas así? Yo me he alegrado tanto de verte...

—Perdóname, Columna, perdóname... tú no tienes la culpa. Hace ya tiempo que las cosas empeoraron mucho para mí. Tras tu partida, intenté encontrar trabajo, pero nadie quería dármelo. Se corrió la voz de lo ocurrido en Beauvoisin, con Wolfgang, y ahora estoy en una lista de colaboracionistas. He tenido que ir vendiendo los muebles de mis padres para poder vivir... Cuando vi el anuncio pensé que tenía una oportunidad, que sería un trabajo para alguien extranjero porque ponía que había que hablar español, y que nadie sabría nada de mí ni de mi historia... pero eres tú, Columna, eres tú... Y tu marido, el general, pronto sabrá quién soy yo...

—Por favor, Marie-Hélène, no llores, o acabaré llorando yo contigo. Lo siento muchísimo, de verdad. Siento que hayas tenido que pasar de nuevo por todo aquello. Pero eres mi familia, la esposa de mi hermano, que Dios lo tenga en su gloria. Así que no se hable más, serás mi secretaria particular. Mañana mismo te vienes a vivir aquí, ¡si será por habitaciones! Así que deja de llorar, que yo cuidaré de ti. Además, se lo prometí a Alziz.

—Pero, Columna, ¿estás segura? ¿De verdad harías eso por mí?

—Eso y más, no lo dudes. Ea, sécate las lágrimas, vuelve a casa a por tus cosas, y yo hablaré con el general. Empiezas mañana.

—¡Gracias! ¡Gracias! No sabes lo que acabas de hacer por mí. Me vas a sacar de Toulon, donde mi vida es asfixiante, me vas a dar un trabajo, un futuro... Oh, Columna, ¡qué buena eres conmigo! Pero no me has contado nada de ti, de tu matrimonio, tu vida... perdóname que no te haya preguntado nada antes.

—No te preocupes, que vamos a tener todo el tiempo del mundo para hablar. Ve a hacer la maleta y vuelve mañana por la mañana, que yo te estaré esperando.

Cuando Marie-Hélène se marchó, Columna se quedó sentada en el enorme sofá beige del salón, pensando. A lo mejor se había precipitado cogiendo a su cuñada para el trabajo, pero no había otra opción, ¿cómo la iba a dejar en la calle, muerta de hambre? Mientras hablaban se había ido fijando en su aspecto, y era lamentable. No quedaba ya rastro de aquella luz que había visto en ella al conocerla. Era como si se hubiese marchitado del todo. No, Alziz no la habría perdonado jamás si la dejase en la calle. Así que lo haría aunque le costase un problema serio con el general, lo tenía decidido. Habló con el secretario de su marido para que cancelase el resto de las visitas, y se dedicó a dejar pasar el tiempo, nerviosa, a la espera de la llegada de su marido.

Cuando Jean-Henri volvió a casa a media tarde, se encontró que en la mesa junto a la piscina donde solía tomar su copa de vino, estaba sentada su mujer.

—Pero, ¡qué grata sorpresa!, ya veo que hoy el vino me va a gustar más que de costumbre.

—Querido, tengo el placer de informarte de que por fin he encontrado una secretaria. Estoy realmente muy contenta, es una muchacha educada, amable, inteligente, incluso atractiva. Espero que no te gusten las rubias, o me pondré celosa.

—Qué ocurrencias tienes, Columna. Me alegro de que la hayas encontrado, por lo que he oído no ha sido fácil. Pero, cuéntame más sobre ella.

—Se llama Marie-Hélène Mathieu, y era la mujer de mi hermano Alziz.

—¿Cómo?! ¿Sabías que estaba aquí y no habías dicho nada?

—Sus circunstancias son un poco especiales, y pensé que nunca más volvería a verla. Cuando vine buscando a Alziz, estuve tan ocupada que me olvidé de ella. Y cuando por fin, gracias a ti, lo encontramos, fue cuando me lancé en su búsqueda. Dudaba que pudiera encontrarla, pues los datos con los que contaba eran pocos. Pero, finalmente, y cuando casi había desistido, apareció. Marie-Hélène estaba destrozada por la muerte de mi hermano, y eso que ya había pasado más de un año. Estuvimos juntas toda la tarde, y nos despedimos para siempre, pues yo volvía a España y jamás volveríamos a vernos. Pero te cruzaste tú en mi camino, y aquí hemos acabado. Marie-Hélène vio el anuncio en el periódico que pusimos buscando secretaria, pero no sabía que era yo. Así que, esta mañana, cuando nos hemos encontrado en el salón, ya te puedes imaginar la sorpresa que ambas nos hemos llevado.

—Entonces aquel último día que me dijiste que querías pasarlo sola paseando por Toulon, en realidad te fuiste a buscarla a ella.

—Así es. No te dije nada porque en aquel entonces era algo que no te incumbía, solo a mi hermano y a mí. Y cuando la encontré, no sabes la historia tan triste que me contó. ¡Cuánto sufrí por ellos, Jean-Henri! Cuánto lloré por el amor que habían sentido el uno por el otro, y que había tenido tan trágico final. Siento que es mi deber ayudarla, y Alziz así me lo pidió también en su última carta. ¿No harías tú lo mismo? Y está en una situación desesperada, no tiene dinero, ni trabajo, y ¡si hubieses visto su aspecto! Parecía que hacía tiempo que no tomaba una comida decente, y su abrigo había visto épocas mejores. Pasa frío y hambre, estoy segura. Eso lo sé distinguir muy bien... No puedo dejarla así... Lo comprendes, ¿verdad?

—Desde luego, Columna, claro que lo entiendo, tienes razón. Esa mujer es miembro de tu familia, o lo fue durante el tiempo que estuvo casada con Alziz. Sería de ser muy miserables darle la espalda ahora, que lo necesita.

—Estaba segura de que lo entenderías, Jean-Henri, y sé que entenderás también ciertos aspectos de su vida, sobre los que vamos a tener que ser muy comprensivos.

—¿Muy comprensivos? ¿Qué significa eso?

—Jean-Henri, te voy a pedir que esta vez confíes en mí. Sé que, aun a pesar de lo que yo te diga, vas a pedir su ficha policial y demás, y te enterarás de ciertas cosas. No puedo contarte la historia entera, pues juré guardar el secreto. Pero quiero que sepas que Marie-Hélène no tiene nada de lo que avergonzarse, que ella jamás colaboró con los alemanes y que es una persona íntegra y leal.

—¡Por todos los demonios, Columna! Te puse solo una condición, solo una, ¡nada de colaboracionistas en esta casa!

—¡Pero no es así, Jean-Henri! ¡No es así! Ella jamás colaboró con los alemanes, te lo juro. No te mentaría en algo tan importante. Es cierto que las malas lenguas la acusan de ello, pero no es así, de verdad. Tienes que confiar en mí, jamás metería a alguien en esta casa que pudiese ser una vergüenza para ti, o para nosotros. Ella es buena, trabajadora, sencilla. Pero sobre todo, era la mujer de Alziz. Te juro sobre el manto de mi Virgen del Pilar, que esa mujer no tiene nada de lo que reprocharse, ¡te lo juro!

—Cuando metes a tu Virgen del Pilar por en medio, sé que se trata de algo grave. Está bien, Columna, está bien. Confiaré en ti, y dejaré que entre en mi casa una mujer sobre la que pesa una «sospecha» de colaboracionismo. Aunque me gustaría que algún día me explicaras por qué pesa

algo así sobre ella, si no es cierto, como bien te empeñas en decir. Columna, sabes que en mi posición no puedo permitirme ciertas cosas...

—Por favor, Jean-Henri, soy capaz de ponerme de rodillas.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio, ¡mírame!

—Quita, quita, levanta esa rodilla, que el suelo está helado. Está bien, puede trabajar aquí, pero al primer comportamiento que me parezca inadecuado, se irá inmediatamente de esta casa, ¿queda claro?

—Sí, Jean-Henri, queda claro. ¡Muchísimas gracias! ¡No imaginas lo que esto significa para mí! Vamos a ayudar a alguien que lo necesita mucho, y eso el cielo siempre lo premia. Siempre.

—Espero que lo premie con otra copa de vino, porque del sobresalto que me has dado antes, me la he bebido sin darme cuenta.

—No, no te la has bebido, Jean-Henri, he sido yo.

Ojos verdes

—¿Sabía usted que las grandes historias de amor empiezan con champán?

Columna se giró, y vio a un hombre joven, apuesto, y de bellos ojos verdes, que la miraba sonriendo mientras sostenía dos copas de champán en las manos. Le ofreció una a ella, y acto seguido se presentó.

—Gaetano Nasi d'Alcontres, *piacere*.

—Columna Ara, duquesa de Joyeuse, encantada de conocerle.

—*Signora* duquesa, permítame decirle que llevo un rato observándola, y no la veo acompañada. ¿Cómo es posible que *la donna più bella* en esta fiesta, esté sola?

—Se equivoca usted, no estoy sola, y tampoco creo que sea la mujer más guapa de la fiesta, no ha mirado usted bien. He venido acompañada de mi secretaria; mi marido se encuentra en París, en una reunión.

—Si yo fuese su marido, no la dejaría nunca sola, y menos en una fiesta como esta.

—¿Y eso por qué? ¿Tan peligrosas son?

—Se ve que es la primera vez que viene usted... Las *soirées* de mi querida baronesa de Rothschild son siempre impredecibles. Se sabe cómo empiezan, pero nunca cómo van a acabar. La última vez, nos bañamos todos desnudos en el mar, al amanecer.

—Pero ¿qué está usted diciendo?! ¿Completamente desnudos? ¿En el mar? ¿Y en diciembre?

—Jajaja... era una broma, no se alarme. En honor a la verdad, solo lo hicieron unos cuantos, el resto los vimos desde la villa mientras desayunábamos. Fue muy divertido, créame. Pero lo de que estas fiestas son impredecibles lo decía en serio, cualquier cosa es posible... Puede probar carne de un animal exótico, puede fumar en pipas orientales, puede conocer a algún artista famoso o puede ser seducida por un hombre misterioso, y perderse en algún rincón oscuro...

—Dudo mucho que eso vaya a ocurrirme a mí, señor Nasi.

—Gaetano, llámeme Gaetano, por favor. Y sí, no tiene usted aspecto de perderse mucho. Una pena, a lo mejor así se desprendía de ese aire medio triste y melancólico que tiene, impropio de una muchacha tan joven. Porque tiene usted aspecto de ser muy joven... Pero espere... ¿ha dicho duquesa de Joyeuse? ¿Es usted la hija del señor duque?

—La esposa, soy su esposa.

—Qué pena, ojalá hubiese sido su hija... Conozco al duque, hemos coincidido algunas veces en reuniones y fiestas de este tipo. Un gran hombre, sin duda, tan serio, tan cabal, tan fiable... Un poco aburrido tal vez, diría yo... Pero entiendo que si se ha casado con él es porque a usted no se

lo parece, más bien al contrario... ¿me equivoco? Pero brindemos de nuevo, esta vez por la feliz coincidencia de habernos conocido.

Columna miró a aquel joven italiano, que alzaba su copa y se la bebía de un trago, y se sintió algo azorada. Le molestaba la forma que tenía de mirarla, tan fijamente, con aquellos ojos verdes que le traían a la memoria inmediatamente la canción de Conchita Piquer. Ojos como dos luceros, verdes como la albahaca, que la miraban cargados de oscuras intenciones. Porque si de algo estaba segura Columna desde el primer minuto en que aquel desconocido se había dirigido a ella era de que quería seducirla. Su forma de hablarle, acercándose cada vez más a ella, su voz en un suave y sensual susurro, y los ojos verdes...

Era un poco más alto que ella, menos que el general, pero vestía mejor que él, a la última moda, con un traje de solapas anchas, y gemelos y botones de oro, que debía haberle costado una fortuna. Se le veía viajado, con mucha experiencia, aun a pesar de su juventud, porque no debía de ser mucho mayor que ella. ¿Y qué estaría haciendo un italiano como él en la Costa Azul? Columna lo miraba beber su copa de champán, y decidió beberse también la suya. Las cosquillas de las burbujas le produjeron una agradable sensación. De fondo sonaba «La vie en rose», y al otro lado del cristal junto al balcón donde estaban, se veía el mar en calma en la noche, iluminado por la luna llena. Mientras Gaetano le hablaba, Columna se sentía cada vez más relajada. De repente, se sorprendió a sí misma pensando en cómo sería besarle.

«Pero qué tontería, Columna, estás casada. Sí, es un hombre tremendamente atractivo, es joven, encantador... Pero no puede ser, Columna, no puede ser. ¿Qué diría madre de ti? Una perdida, una cualquiera, una muchacha sin moral, ni juicio, ni valores, como Sonsoles, la topolino, a la que tanto criticaba. Pero ahí está, cada vez más cerca de mí... Pero calla, Columna, calla, qué cosas tienes, ¡qué cosas piensas! Este hombre no te quiere, solo persigue la promesa de tu cuerpo, arrastrarte a una cama donde satisfacer su deseo, y después pasar a la siguiente. No es de fiar, no hay más que verle, todo en él lo proclama a los cuatro vientos. Estás caminando al borde de un precipicio... No puedes permitirte, ¿qué diría la gente si se enterase? ¿Qué pasaría con Jean-Henri? Huye, Columna, huye, vete de aquí, deja la copa, despídete, y no vuelvas nunca más a dirigirle la palabra».

Columna jamás pensó que aquello podría sucederle a ella, se sentía completamente perturbada. No era como cuando pensaba en el desconocido que la había salvado de Pedro, ni siquiera había sentido esa sensación ardiente con Javier. No, con Javier había sido todo más tranquilo. Lo había querido, cierto, pero nunca había sentido un arrebato de pasión incontrolable a su lado. Alguna que otra vez se había quedado ensimismada pensando en el desconocido, en quién sería, si estaría casado, si volvería a verlo alguna vez... Lo recordaba tan fuerte y valiente, entrando en tromba en la habitación, salvándola, y el corazón le brincaba en el pecho.

Pero lo de Gaetano era muy diferente, era otra cosa, algo relacionado seguramente con esos bajos instintos de los que tanto le advirtieron en el Servicio Social. Esos raptos de pasión indecentes eran cosas de novelitas románticas, de malas mujeres, de hombres sin escrúpulos que tentaban a mujeres casadas e infelices. Pero ella no era de esas, no era mala, no era infeliz... Ella resistiría, no permitiría que... ¡Con lo bien que había empezado todo!

Al llegar a Villa Ephrussi, pensó que era la fiesta más divertida a la que había asistido en toda su vida. Qué lejos le resultaban entonces los cafés en Zaragoza, hablando del cierzo y de las muchachas que se quedaban para vestir santos... Al principio, se sintió un poco cohibida, había mucha gente, y la mayoría le resultaban desconocidos. Pero la baronesa había sido tan amable... La había llevado de aquí para allá, presentándole a un montón de nobles y artistas, y se había integrado completamente en la fiesta. Y ahora estaba allí, mirando a la lejanía el mar oscuro, mientras sostenía la copa indecisa si marchar o no.

—Señor Nasi, ha sido un placer conocerle, pero me temo que debo irme ya a casa. Tengo un terrible dolor de cabeza, y creo que será mejor que descanse.

—Vaya, lo lamento de veras, espero no haber sido yo el causante de dicho dolor.

—¡No, por Dios! En absoluto, es solo que no estoy acostumbrada a beber champán, y ya es muy tarde.

—Si es por eso, tiene solución. Cambiaremos su copa por un sencillo y humilde vaso de agua, aunque procure esconderlo porque si la ven bebiendo eso, igual la echan, y la sentaremos en el sofá más cómodo que encontremos. No puede irse de aquí sin escuchar a Yves, ¡su voz es tan maravillosa!

—Lo lamento, pero no sé de quién me habla, y de verdad que creo que es mejor que me marche.

—Señora duquesa, ¿me permite que le tutee y le llame Columna? Ambos somos jóvenes, y no creo que proceda tanta formalidad.

—Como usted crea más conveniente...

—Yves Montand es uno de los mejores cantantes franceses que existen en este momento, sería un pecado perderse su actuación esta noche. Prometo que me comportaré como el perfecto caballero, y que al terminar te acompañaré a tu coche. Pero no dejaré que te vayas de aquí sin haber escuchado al menos una de sus canciones. Dame una canción, Columna, solo una, y no volveré a molestarte nunca más.

Iba Columna a declinar el ofrecimiento, cuando vio a lo lejos a Marie-Hélène. Estaba pálida, y parecía a punto de desmayarse. Disculpándose con el italiano, corrió a su lado. Tenía las manos heladas, la cara descompuesta, la mirada perdida, así que le dijo que se fuese a casa inmediatamente.

Tenía que haber vuelto con ella. Podían haberse subido juntas en su coche, y haberse olvidado en ese mismo momento de cualquier idea loca y suicida que se le hubiese pasado antes por la cabeza. Pero no lo hizo. Era solo una canción, solo una. Así que, tras despedirse de Marie-Hélène, volvió junto a Gaetano, cogió su copa de champán, y juntos se dirigieron hacia el salón donde el gran Yves Montand iba a cantar aquella noche.

La gente se había sentado en sillas y sofás, muchos tumbados en el suelo, sobre las gruesas alfombras. El humo de los cigarrillos nublaba el ambiente, las luces se habían atenuado, y al fondo, sentado en un sencillo taburete, estaba él. Moreno, con una gran nariz, vestido de negro de la cabeza a los pies, tenía un innegable carisma que desplegaba a cada sonrisa. Y cuando empezó a cantar, acompañado por un pianista, el espacio y el tiempo desaparecieron. Solo estaba él en aquella habitación, con su voz profunda y rota, cantando despacio y la gente no podía apartar los ojos de él, de su música hipnótica, de sus palabras susurradas... Y al paso de cada nota, Columna

notaba que Gaetano estaba cada vez más cerca de ella, hasta que sus cuerpos se tocaron, y ella se sobresaltó, apartándose instintivamente de él.

La fiesta

La fiesta que esa noche ofrecía la baronesa Béatrice de Rothschild en Villa Ephrussi era, como todos los años, el acontecimiento social de la temporada. La celebraba a principios de diciembre, reuniendo a un nutrido grupo de invitados de lo más variopinto, pues juntaba a aristócratas, artistas, celebridades del lugar, en una extraña amalgama bohemia y snob, que acababa resultando siempre muy divertida. Allí podían verse a pintores como Matisse o Sonia Delaunay, compositores como Stravinski, decoradores como Eileen Gray, o arquitectos como Antti Lovag. La mansión estaría ya profusamente decorada de Navidad, y el champán y el caviar correrían a raudales.

El general tuvo que viajar a París días antes, requerido por el Estado Mayor Militar, así que no podría asistir, pero convenció a Columna de que ella lo hiciese. Podría acudir con Marie-Hélène, visto que Raquel Meller se encontraba en ese momento en España, y *madeimoselle* Chanel había declinado la invitación; no soportaba a la baronesa. Sería la primera vez que iría a una fiesta sin la presencia de su marido a su lado, y estaba nerviosa por ello.

—No seas tonta, Columna, no te van a comer. Conoces a muchos de los asistentes, te vas a divertir, e incluso es probable que Picasso intente tener una aventura contigo. Además, tienes el armario lleno de vestidos de noche de Coco que aún no has estrenado. Desde que cambiaste de peinado y maquillaje, no has asistido a una fiesta de este tipo. Aprovecha. Ve, disfruta, baila, diviértete. Marie-Hélène seguro que también estará encantada de asistir, y ya puede cuidar bien de ti, o la pondré de patitas en la calle. *Ma chérie*, ya no eres la joven tímida y comedida que conocí. Ahora eres una preciosa mujer, mi esposa. Ve al banco, saca las tiaras y los collares, ponte lo que más te apetezca, y haz que todas se mueran de envidia. Lo que daría por poder verte... pero por desgracia mi cita en París es ineludible. Así que saluda a Béatrice de mi parte, y recuerda cuánto te quiero.

Columna habló con Coco, ya que no quería meter la pata, y esta le eligió todo el vestuario. Le puso un traje de noche largo de gasa, con las mangas transparentes y un cinturón estrecho, todo de color negro. Le añadió un tocado de camelias blancas de Chanel en el pelo, y la enjoyó a conciencia. Le colgó tres collares largos de brillantes combinados con dos cadenas de perlas con cristales verdes, y en la lazada del cuello, un enorme broche en forma de sol de diamantes, con una gran esmeralda en medio. Completó su atuendo con unas merceditas de tacón de ante, y un abrigo de visón blanco. Los únicos toques de maquillaje fueron unos labios muy rojos, y una fina raya negra sobre las pestañas. Al verse en el espejo, se vio muy chic.

Marie-Hélène, al verla, suspiró. Aquella mujer atractiva, sofisticada y elegante que se acercaba andando hacia ella no era la misma muchacha que había conocido el año anterior. Era verdad que no había dejado de ser buena, comprensiva, amable, y siempre preocupada por el bienestar de los que estaban a su alrededor. Pero no había duda de que se había convertido en otra mujer, que en algún momento durante los meses pasados, había dejado atrás a la niña inocente, transformándose en la duquesa de Joyeuse. A veces la encontraba sentada sola, mirando el mar, y una nube de melancolía le cruzaba el rostro, como si estuviese triste y a punto de llorar. Pero cuando Marie-Hélène le preguntaba, componía el gesto y sonreía, diciéndole que estaba bien, que todo iba bien. Y como luego continuaba con su vida sin aparentes preocupaciones, feliz junto al general, la francesa la creía y pensaba que era un estado de ánimo pasajero, en el que quizá echaba de menos a su madre y el tío Luis, la vida en Zaragoza o a su querido Alziz. Quién sabe si también echaba de menos a aquel novio maquis que había tenido... ¿Acaso no echaba ella de menos a Alziz todos los días?

Le habría gustado poder preguntarle, que se confiase a ella, pero no se atrevía a hacerlo. Columna se comportaba siempre como si fuese una hermana, y no su secretaria personal. Pero, aun así, no era muy dada a confidencias de ningún tipo, aunque Marie-Hélène no le daba importancia; al fin y al cabo, ella también era un poco así. Compartían el secreto de su historia, y con eso bastaba. ¡Cómo había cambiado su vida en poco tiempo! Había pasado de llevar una existencia miserable en Toulon, teniendo que vender sus pertenencias para poder comer, señalada por los vecinos, angustiada sin poder encontrar trabajo, y ahora... ahora era feliz. Se sentía protegida, cuidada, querida, y todo gracias a Columna. Lo daría todo por ella...

Columna... aquella noche estaba tan diferente... No era por el maquillaje o el exquisito vestido, era... otra cosa, se la veía feliz... Se la veía radiante, como si una descarga eléctrica atravesase su cuerpo. Durante todo el trayecto estuvo muy habladora, encantada de asistir a la fiesta y desplegando un encanto arrebatador. Al llegar a la rosada Villa Ephrussi, Marie-Hélène fue consciente de que su impresión había sido plenamente acertada. Por donde pasaba, Columna atraía las miradas como una polilla la luz. Se escuchaban los comentarios, las exclamaciones de admiración, y la francesa miraba a la hermana de Alziz, que caminaba entusiasmada entre toda aquella gente, consciente del revuelo que despertaba.

Conforme pasaban las horas, Marie-Hélène observaba a prudente distancia cómo Columna iba y venía, y aunque esta le insistía en estar con ella, la francesa prefirió mantenerse en un segundo plano. En realidad, no se sentía cómoda allí. A pesar del precioso vestido lila que le había prestado Columna, ella no acababa de encajar en ese ambiente extraño, que tanto le costaba entender. Veía señoras mayores acompañadas de muchachos jóvenes. Veía poetas declamando sus versos, mientras vertían champán sobre el cuerpo de una joven medio desnuda. Veía parejas que se escondían en las sombras para besarse apasionadamente. Veía camareros que pasaban cargados con grandes bandejas, donde las ostras se contaban por docenas. Veía a príncipes y marqueses recubiertos de joyas, bailando sin pudor la música que salía de un enorme fonógrafo.

Así, junto a canciones francesas como «La mer», de Charles Trénet, «Avec son tralala», de Suzy Delair, o el famoso «Fumée parfumée» de Pierre Dudan, sonaban también ritmos americanos, como el jazz, o melodías de Frank Sinatra y Ella Fitzgerald. Y al compás de aquellos sonidos,

observaba Marie-Hélène cómo la fiesta y sus invitados entraban en calor, cómo cada vez reían más fuerte, hablaban más alto, sus copas se vaciaban más rápido, bailaban más deprisa, fumaban más cigarrillos. Hasta que hubo un momento en que, pálida y aturdida, tuvo entonces que sentarse en una silla.

¿Qué hacía una sencilla chica de Toulon, viuda de un soldado español, en la fiesta de la baronesa de Rothschild? Al verla en aquel estado, Columna corrió a interesarse por ella, y le sugirió que volviese a casa. El chófer podía llevarla y volver después a por ella. Y no debía preocuparse por nada, estaría bien. Además no quería perderse la actuación esa noche de un tal Yves Montand, que era un cantante increíble. Tanto insistió, tanta era la preocupación que transmitían sus ojos, que aceptó el ofrecimiento y se levantó para irse lo antes posible.

Marie-Hélène salió de la casa con la cabeza que le estallaba de dolor y el estómago encogido, presa de la horrible sensación de que «algo» estaba a punto de suceder. Si hubiese tenido que explicarlo con palabras, no habría sabido decir muy bien el qué. Quizá porque ella siempre se había dejado guiar por su intuición, quizá porque el ambiente de la fiesta era cada vez más raro, quizá porque Columna llevaba una hora hablando con un hombre desconocido...

Marie-Hélène dudó, agarrada a la puerta del coche, qué era lo que debía hacer. Marcharse significaría dejar a Columna sola. Quedarse implicaría volver a una fiesta que le producía un profundo malestar físico, y no despegarse ya de Columna hasta que ella quisiera marcharse. Pero ¿acaso no era aquello para lo que le habían contratado? ¿No le pagaban para cuidar de ella y procurar que no le ocurriese nada malo? Le dijo al chófer que esperase, y cerró la puerta.

Cuando se dirigía de nuevo hacia la villa, vio salir a Columna. Estaba a punto de hacerle un gesto, pero cayó en la cuenta de que iba acompañada. Era aquel desconocido con el que había estado hablando tanto rato. No la vieron. Caminaron en silencio hasta que llegaron al coche de él, un Bentley Mark VI negro. Subieron y se marcharon de la fiesta pasando junto a ella, sin que ninguno de los dos la viese. Marie-Hélène volvió junto al chófer.

—¿Debo regresar después a recoger a la señora?

—No, la señora ya tiene quien la lleve, no se preocupe.

Gaetano

Gaetano recordaba que cuando era pequeño las naranjas eran tan grandes que solo podía coger una con las dos manos. Los campos se extendían alrededor del *palazzo* en un bosque de azahar verdiblanco, exuberante y espeso, que contrastaba con el azul del mar. El horizonte siempre fue muy oscuro en su interior. Nunca fue un niño alegre, nunca tuvo verdaderos amigos con quien jugar. Ese desapego que mostró desde una edad muy precoz hubo quien lo achacó a la prematura muerte de su madre cuando él tenía dos años, o al carácter irascible y volcánico de su padre. Hubo incluso quien dijo que era la isla y la endogamia, que iba a acabar por volverles a todos locos. Sicilia.

Se dio cuenta, desde muy temprana edad, de que él no era como el resto de sus compañeros de juegos. Nunca lloraba, nunca se quejaba, y los demás lo seguían a dondequiera que él fuese, siempre obedeciendo sus órdenes. Poseía ese carisma mezcla de admiración, miedo y respeto que tienen algunas personas.

Haber nacido en el seno de una de las familias más importantes de la isla, y de toda Italia, jamás significó nada para él, no se sentía en deuda con su apellido, aunque siempre respetó el sagrado concepto de familia. Adoraba la pasta, el mar, montar a caballo, y disparar con la vieja *lupara* de su abuelo. Cuando creció, sus aficiones cambiaron. Le gustaba beber un buen vino, fumar un buen cigarro, y la compañía de las mujeres alegres.

Gaetano se convirtió en un hombre sumamente supersticioso, que siempre llevaba colgado al cuello una cadena de oro con tres medallas, de San Marziano, San Pancrazio y San Berillo. Todas las mañanas, salía al despuntar el alba a pasear en su yegua favorita. Recorría los viñedos y los campos que rodeaban el *palazzo* donde vivía, y veía amanecer cabalgando. Pero una mañana, cuando estaba de regreso, descubrió el fulgor de la mirada de Elisabetta. Instintivamente, se bajó del caballo, se acercó a ella y le regaló la cadena sin una sola palabra de por medio. Después se dio media vuelta y volvió a casa preguntándose por qué no tenía hambre, estaba mareado y le dolía la cabeza.

Elisabetta era como un rayo tibio de sol. Su cabello castaño, sus profundos ojos negros, sus manos en el regazo, la mirada recatada pero la sonrisa fresca y agradable... era perfecta. Al día siguiente, cuando se levantó, pensó que era la mujer con la que pasar el resto de su vida, así que decidió que solo quedaba una cosa por hacer: pedirle que se casara con él. Iría a ver al padre de la muchacha y le pediría la mano de esta, y después celebrarían la boda más fastuosa que jamás se

hubiese visto en la isla. Se puso su mejor camisa, el cinturón con la hebilla de oro, los zapatos de cordones, y se marchó.

Cuando apareció en casa de la muchacha el asombro fue mayúsculo. Hubo un primer momento de confusión, al entender los padres de ella que su hija se había comprometido en secreto con aquel señorito de pelo repeinado, y que habían tenido más que alegres paseos al atardecer. Después de que los hermanos de Elisabetta consiguieran aplacar la ira del padre, Gaetano les expuso la situación tal y como era. La muchacha juró y volvió a jurar que así había ocurrido todo, que aquel día había sido el primero en el que había visto a aquel hombre, y que la cadena que él le había regalado se la había dado a su abuela para que la custodiase, ya que al estar ella comprometida con Alessandro, no podía llevar regalos que por derecho no le pertenecían. Además, habría sido una ofensa para su novio el que ella llevase regalos de otro hombre, todo el pueblo hubiese pensado que era una *troia*, y antes que eso, la muerte.

Gaetano se sentó en una pequeña silla de paja con la vista nublada. Ella ya estaba comprometida... Estuvo un buen rato dándole vueltas a todo, hasta que cayó en la cuenta de que hasta que no hubiese un cura de por medio, aún no estaba todo perdido. Así que se levantó, cogió al padre de Elisabetta por el brazo y lo llevó fuera de la casa. Le explicó quién era él, repitió varias veces su apellido con miradas elocuentes, y le dejó entrever el formidable futuro que le esperaba a su hija, y por ende a su familia, si consentía en anular el compromiso y casarla con él.

Después de unos minutos de reflexión, el padre de Elisabetta le dijo que sabía perfectamente quién era él, pero que no estaba dispuesto a anular el compromiso. Le habló del honor, del respeto, de la palabra dada y del amor filial, pues estaba seguro de que su hija amaba a su prometido tanto o más que él a ella. Le explicó que para él, Gaetano era un pobre infeliz y un *disgraziato* que no conocía el significado de la palabra amor.

Acto seguido volvió a entrar en la casa, y Gaetano se quedó de pie junto a la puerta, aturdido e indignado. En ese momento salió Elisabetta, se le acercó despacio y le puso entre las manos la cadena de oro que le había regalado. Le sonrió y volvió a entrar en la casa, levantando un poco de polvo al caminar y sin volverse a mirar ni una sola vez.

Gaetano recogió sus cosas y volvió a casa apesadumbrado. Estuvo una semana dándole vueltas y vueltas a lo sucedido y, al final, una tarde se dio cuenta de que lo que fallaba era que no había hecho todo lo que podía hacer. Él también tenía honor, y además dinero y poder.

Cuando era pequeño, su abuela era para él un personaje enigmático, frío y tierno a un tiempo, que siempre le desconcertaba. Cuando su abuelo murió, Gaetano fue consciente de que debía de ser alguien muy importante en la isla, pues a sus funerales asistió el Gobierno en pleno, el pueblo entero, y todos los *pezzi da novanta* que él conocía de vista o por los periódicos. Lo curioso fue que después, todos aquellos hombres importantes continuaron frecuentando su casa hasta que su abuela murió, y continuaban haciéndolo con su padre. Muchas caras habían cambiado, pero dentro del quién es quién siciliano, su casa era el punto de encuentro de todos ellos. Su abuela siempre le llamaba después de haber hablado con alguien importante, le acariciaba la cabeza, le daba unas chocolatinas, y a veces, un buen bofetón, y después, mirándole a los ojos le decía: «Recuerda siempre quién eres; a tu raíz, a tu estirpe, has de ser fiel». Pero su abuela también le enseñó

muchas más cosas. Que en esta vida todo se compra y todos tenemos un precio, que el dinero puede cambiar hasta la fe de un hombre, y que todos, absolutamente todos, tenemos un punto débil.

Su abuela le enseñó además a comportarse como un perfecto caballero, a conversar en cuatro idiomas, a dominar todo tipo de deportes y a ser capaz de disparar a cincuenta metros a un blanco diminuto con una puntería perfecta. Aprendió el juego de las medias palabras, los susurros en los pasillos, las miradas en las que se podía leer una sentencia de muerte, y las sonrisas corteses en reuniones tensas.

Su abuela siempre había sido vieja en su memoria, pero había conservado una mirada jovial e inteligente y un apretón de manos capaz de pulverizarte los huesos. Se levantaba siempre a la misma hora del alba, comía a la una de la tarde copiosamente y cenaba de manera frugal. Nadie entendía cómo podía no engordar, estando después sentada la mayor parte del día en su butacón de terciopelo de la terraza. Ella administraba personalmente las finanzas de su pequeño imperio, impartía justicia entre los que se la pedían y controlaba que todo estuviese en orden.

Cuando su abuelo murió, ella jamás volvió a hablar de él, y mandó retirar todos sus retratos, cuadros y fotos, como si él nunca hubiese existido. Incluso una vez a Gaetano le pareció que ella escupía sobre un busto del abuelo que había en el cenador del jardín del norte. Antes de morir, su abuela le mandó llamar, le dio un profundo beso en la frente y una enérgica bofetada y le miró. Aquella mirada contenía años y años de experiencia, y cariño. Cuando expiró, después de casi enloquecer a dos médicos y varias enfermeras que la habían atendido, Gaetano lloró por primera vez en su vida, sin emitir ruido alguno, sin que nadie le viese, escondido detrás de un banco de piedra. Conoció la existencia de un dolor inimaginable para él hasta entonces, mucho más fuerte y poderoso que cualquier bofetón que le pudiesen dar.

Su saturnino padre pasó a ser el cabeza de familia, y empezó a recibir las mismas visitas que su abuela y cien generaciones anteriores a ella habían recibido, por lo que Gaetano comprendió que algún día él tomaría el testigo. Así que, al principio a escondidas y luego presente al alcanzar la mayoría de edad, entendió a qué familia pertenecía y a qué se dedicaban exactamente. Aquella comprensión de una parte de su historia personal le aclaró muchas cosas de su pasado, su abuela, y su padre, y le hizo crecer envalentonado, engreído, confiado y sintiéndose poderoso. Se repetía a sí mismo como un mantra que él pertenecía a una casta diferente, y el tiempo y el comportamiento de los demás hacia él fueron confirmándose. Así que, aquel día, se dio cuenta de que podía conseguir a cualquier Elisabetta que él quisiese.

Tres días después Alessandro, el prometido de Elisabetta, apareció muerto bajo un acantilado. La versión oficial fue suicidio. La no oficial, que se le intentó convencer de que abandonase la isla bien provisto de dinero y solo, pero alegó la ya clásica excusa de que estaba enamorado, así que no quedó más remedio que mandarlo a dormir con los peces. Gaetano no tuvo que pedir nada a nadie, así se hacían las cosas en la isla.

Un mes después volvió a casa de Elisabetta y ella le recibió escupiéndole en la cara, dos veces. Gaetano se llevó de nuevo al padre aparte, y esta vez él progenitor estuvo mucho más atento y callado. Tres semanas después, se celebró la boda más impresionante que las crónicas sociales recordaban en lustros.

El todo Sicilia estaba allí. La familia de la novia había recibido como regalo una enorme casa de campo nueva, y participaciones en los negocios del yerno. Después del banquete se hizo un brindis por los novios, y ella pidió la palabra. Entonces, acusó a su recién estrenado marido de

ser un asesino, a su padre de ser un vendido, y a toda su familia de cobardes. Luego vertió rápidamente algo en su copa, y mientras decía «*Per te, Alessandro*», se la bebió de un trago.

Gaetano fue el primero en comprender lo que había hecho, así que la cogió al vuelo, la sujetó por el costado y empezó a gritar que llamasen a un médico mientras le metía los dedos en la garganta intentando hacerle vomitar. La gente gritaba, se persignaba y hacía grandes aspavientos, pero nadie se movía. Todos estaban expectantes, esperando a ver qué sucedía, con una mezcla de curiosidad morbosa, sentido de la justicia y deseo de ver si Gaetano demostraba sentimientos al menos una vez en su vida.

Elisabetta murió en sus brazos, nadie habría podido salvarla. Gaetano descubrió entonces que el padre de ella le estaba apuntando con una pistola directo al corazón, gritándole que él le había arrebatado a su hija, llamándole asesino una vez tras otra, con los ojos arrasados en lágrimas. Gaetano ni lo pensó dos veces, arrebató la pistola de las manos de aquel viejo hombre destrozado, y le disparó en la cabeza.

El caos apareció con toda su fuerza huracanada y barrió como por ensalmo a los invitados, dejando solo a un grupo de hombres de aspecto marmóreo y sólido, algunos casi ancianos, que se reunieron inmediatamente con Gaetano y su padre. Había habido demasiados testigos como para que la cosa se solucionase con un par de fajos gordos de dinero, y la cabeza de Gaetano sería pedida antes o después por los *carabinieri*, así que tenía que desaparecer, al menos algunos años, hasta que el asunto se calmase y él pudiese volver sin peligro ni amenazas policiales o de la familia de Elisabetta.

Gaetano pasó entonces dos días pensando a dónde ir y con quién, pues seguramente durante algún tiempo iba a necesitar refugio en casa de alguien de confianza, antes de decidir si seguía en Sicilia, en Italia o en otro país, y ver qué iba a hacer con su vida mientras esperaba. Él no necesitaría dinero, ya se encargaría su padre de enviarle lo que hiciese falta. No paraba de pensar que la Costa Azul siempre le había gustado.

La culpa

El día de la fiesta en casa de la baronesa de Rothschild, Columna estuvo a punto de irse con Gaetano, a su casa... Pero una vez los dos solos en el lujoso automóvil, tuvo miedo. En el espacio cerrado del coche, el aire se le hacía irrespirable. Bajó la ventanilla, y dejó que el frescor de la noche la despejase.

Sentía su cuerpo vibrar junto a aquel hombre, moreno y grácil, sentía las ganas de besarle con tanta fuerza que hasta se mareó. Pero se contuvo. No era capaz de mirarlo a la cara, y bruscamente le pidió al italiano que la dejase en casa. Bajó del coche sin ni siquiera despedirse y entró a paso vivo en su villa. Sabía que si pasaba un segundo más con él, no respondería de sus actos...

Marie-Hélène la estaba esperando, sentada en uno de los silloncitos de mimbre de la entrada. Su expresión de alivio al verla hizo comprender a Columna que la francesa había visto o intuido algo. Así que se acercó a ella, le preguntó cómo se encontraba, y le dijo de forma despreocupada que un amigo de su marido la había traído de vuelta a casa, sin darle más importancia. Marie-Hélène sonrió, le dio un abrazo, y fue a su habitación a acostarse.

Columna aquella noche no pudo dormir. ¡Qué horrible tormento era aquel! La culpa la golpeaba haciéndole sentir una mala mujer, una mala esposa, una mala hija. «Pero, Columna, por Dios, ¡qué tonta eres! No ha pasado nada, ese hombre ni siquiera te ha besado. No te atormentes, olvídate de él, aléjalo de tu mente. Esta noche pasará y no tienes por qué volver a verle. Además, seguro que ya está por ahí con otra... Ese no tiene pinta de ir a guardarte ausencia, ¿por qué tendría que hacerlo? Eres una mujer casada, y él ni siquiera sabes si está soltero. Por no saber, no sabes ni de qué trabaja... si es que trabaja en algo... Déjalo estar, Columna, duerme, duerme que mañana será otro día».

Al día siguiente recibió en su casa una pequeña caja. Al abrirla, vio que había un solo capullo de rosa, atado con una cinta junto a una nota: «Gracias por quedarte conmigo a escuchar a Yves». Lo tiró todo a la basura, poniendo buen cuidado de dejarlo bien al fondo, para que nadie lo descubriese, pensando sobre todo en Marie-Hélène. Dos días después, cuando paseaba por la promenade des Anglais, oyó que la llamaban. Al girarse, vio a Gaetano en su coche a lo lejos, que la saludaba mientras se dirigía a aparcar. Se quedó unos segundos mirándolo, paralizada. ¿Aquel hombre la había seguido hasta allí? Pero qué tonta era, si el italiano le había contado que vivía en Niza... Ahora iba a parecer que era ella quien lo buscaba.

Mientras lo veía maniobrar, Columna sintió que ese deseo que, a duras penas, había conseguido mantener dormido, volvía a despertar. Ahí estaba él, con esa sonrisa encantadora, esos ojos verdes, ese pelo oscuro y fuerte... No, no podía, no debía. Así que dio la vuelta, y continuó caminando sin acercarse siquiera a saludarle. Estaba indignada consigo misma. ¿Cómo podía resultarle tan atractivo un hombre sin escrúpulos, ni moral? ¿Acaso no había aprendido nada en su casa? ¿Y todo lo que le había enseñado Pilar Primo de Rivera en el Servicio Social? ¿Cómo podía olvidarlo tan pronto? Una mujer infiel, una pecadora que no merecía más que el escarnio público. En los libros y películas que leía, esas tórridas y turbulentas historias nunca acababan bien, sobre todo para ellas. Porque Columna, preguntando discretamente aquí y allá, había conseguido averiguar más sobre él.

Su fama no era nada buena. Al parecer, era un mujeriego, un jugador de mal carácter, siempre presto a enzarzarse en algún pleito. Sus orígenes tampoco estaban muy claros, pero las malas lenguas aseguraban que provenía de una familia siciliana, poco recomendable pero muy acaudalada, que se dedicaba a turbios negocios. Y eso solo podía significar una cosa. Pero cuanto más escuchaba Columna hablar sobre él, más fascinante le resultaba. Encarnaba todos los defectos que un hombre no debía tener, era justo lo opuesto a todo lo que representaba su marido, su padre, su hermano, y aun así... O tal vez precisamente por eso...

Ella, que siempre había creído ser tan buena y piadosa, se encontraba ahora pensando que en el fondo era igual que las demás. Igual que su amiga la topolino... Y aun a pesar de ese velo que le nublaban el entendimiento, era capaz de comprender que lo que sentía no era ninguna clase de amor hacia él, al menos, no un amor que ella hubiese vivido, que ella pudiese reconocer como tal, sino una intensa atracción que la devoraba como nunca antes. Conforme pasaron los días, siguió recibiendo paquetes con flores en su casa, siempre de forma discreta, siempre en horarios en los que el general no estaba, y que siempre acababan en el cubo de la basura.

Un día, coincidió con él en un cóctel. Columna pensaba que estaba preparada para ese momento, pues viviendo ambos en la misma zona y frecuentando los mismos círculos, la única forma de no haberlo vuelto a ver habría sido encerrándose en casa. Era lógico que, antes o después, se cruzasen sus caminos. Había pensado mucho en ese encuentro, que en el fondo deseaba, aunque tratase de convencerse de que no le afectaría, que le daría igual verlo, que no sentiría nada, pues ella había elegido estar con el general, ser su esposa y quererle como tal. Nunca lo abandonaría.

Efectivamente, se encontraron de nuevo en una exposición de pintura. Deseaba con todas sus fuerzas poder sentir la más absoluta indiferencia hacia él, poder vivir libre del influjo que su sonrisa suponía para ella. Pero en cuanto lo tuvo delante, su voluntad se quebró. Supo inmediatamente que daba igual cuánto se esforzase por no verle, cuánto luchase contra sus emociones, al final siempre ganaría él. Aunque no entendiese cómo, la había seducido en aquella fiesta en Villa Ephrussi. Y no había nada más que hacer.

Tres días después se citaron en el hotel du Cap-Eden-Roc. El italiano, aquella mañana, le había enviado otra caja, en la que solo había una llave con un número de habitación. Pasó la mañana nerviosa y presa del temor a que alguien la descubriese. Pero Marie-Hélène tenía aquel día libre, y el general no volvería hasta el día siguiente de un viaje a Annecy, así que no tenía nada que temer.

Cuando Columna llegó, se sentía tan eufórica como culpable. «¿Qué estás haciendo aquí Columna? ¿De verdad vas a irte a la cama con este hombre? Debes de estar loca... has perdido el juicio... la razón no te asiste... Dios mío, ¡perdóname! pero no puedo evitarlo... Si el general no fuese tan mayor... si de verdad lo amase... Y él está siempre fuera, siempre trabajando, no me dedica el tiempo suficiente... Pero ¿qué dices Columna? Lo que pasa es que no lo quieres de verdad, no lo quieres, ¡reconócelo! Lo has intentado con todas tus fuerzas. Le has sido fiel, leal, lo has cuidado, querido, sí, pero di la verdad, no te mientas a ti misma, lo quieres más como a un padre que como a un marido. Y eres joven, Columna, muy joven. Doña Raquel te lo dijo, tienes derecho a sentir, a amar, a disfrutar junto a un hombre de tu edad. Será solo una vez, solo una. No puedes permitirte que lo sepa nadie. Volverás junto al general, y seguirás siendo una buena esposa hasta que se muera. Un sola vez, Columna. Que el señor me perdone, o el cielo me juzgue...».

Cuando entró en la habitación, él la estaba esperando sentado en una butaca en el balcón. Desde allí se veía un cielo limpio y hermoso, las aguas transparentes, se sentía el olor de los pinos cercanos. Se miraron y Gaetano se puso en pie despacio. Se acercó a ella y le cogió las manos con delicadeza. Al contacto, Columna cerró los ojos y entonces lo vio. Vio cómo iba a ser su vida con él, vio los besos, las caricias, las palabras y los susurros entre las sábanas, sus cuerpos entrelazados, el éxtasis. Vio la vuelta a casa con el general, sus redoblados propósitos por ser la mejor esposa, en un intento por mitigar el enorme sentimiento de culpa que la atormentaría cada vez más.

Vio la duda en su pecho y en su mente cruzar la fugaz idea de abandonarlo todo por Gaetano. Vio el escándalo y el oprobio, la vergüenza y la infelicidad. La duda que todo lo corroía dejando a su paso dolor e incomprensión. Vio un futuro lleno de mentiras y engaños junto a un hombre que, se daba cuenta, solo se amaba a sí mismo. Ella ocuparía una parte de su vida, seguramente una no muy importante, y la dejaría abandonada en cuanto se cansase de ella, sin mirar atrás. Y todo aquello que pensaba que los unía, no era más que lujuria y deseo, sin futuro alguno posible.

Columna soltó las manos de Gaetano y abrió los ojos. Él estaba muy cerca de ella, tan cerca que podía oler su perfume de azahar y la brillantina en el pelo. Mirándolo pensó si merecía la pena, y se dijo que no. Por mucho que su cuerpo le gritase que debía lanzarse a sus brazos y olvidarse de todo, al final aquella muchacha pobre de Zaragoza que creía haber dejado atrás fue la que la salvó.

Así que le sonrió, le dijo que tenía que irse, y salió de la habitación dejando a un Gaetano al principio confundido y luego iracundo, que le gritaba que se arrepentiría de aquello, que volvería arrastrándose a sus pies, que le pediría de rodillas que la besase. Y a cada palabra que el otro le gritaba, más se alejaba ella de él.

El baúl

Nada más casarse, el general le había hecho entrega de varias cosas a Columna. La primera, y más importante, el joyero de su madre, la antigua duquesa de Joyeuse. Era un maletín enorme cerrado con llave y forrado en piel que estaba compartimentado en varios pisos llenos de bandejas y cajones. Allí Columna encontró la colección más fabulosa de joyas que había visto jamás. Había brazaletes y pulseras, broches y pendientes, todos cuajados de brillantes y piedras preciosas. Había anillos de Cartier en forma de tigre con ojos de esmeraldas, brazaletes de Fulco di Verdura, largos collares de perlas, broches en forma de media luna de brillantes negros con suaves plumas, y muchas joyas *art déco*, en turquesa, lapislázuli y ónice. Joyas extraordinarias que ni sabía que existían.

Extasiada, se había pasado horas contemplando todo lo que había allí dentro, y eso que el general le había dicho que aún le quedaba mucho por ver, pues los grandes collares y las tiaras se custodiaban en una caja fuerte en el banco. A Columna jamás se le había pasado por la cabeza que alguien podía poseer todo aquello. Había muchas joyas con zafiros, pues la madre del general había tenido los ojos azules y decía que resaltaban su color. Había gargantillas de platino y aguamarinas, pendientes de cometa, incluso piezas *art nouveau* de René Lalique, y vanitas de Codognato.

Cierto que casi todo eran piezas antiguas, pues la madre de Jean-Henri había muerto hacía tiempo, pero ¡cuán maravillosas! Cuantas más joyas iba encontrando en cada cajón, cuantas más piezas veía y se probaba, más crecía su fascinación por ellas. Observaba el brillo de sus reflejos, la transparencia de las piedras, el fulgor de los colores fuertes del rubí o la amatista, y se enamoraba cada vez más de ellas. Como nunca había tenido más joya en su vida que la fina cadenita de oro con la cruz y los pendientes de su comunión, encontrar que había un mundo más allá de la bisutería fue para ella todo un descubrimiento. En los pocos figurines de moda que había podido conseguir en Zaragoza, las joyas eran algo prácticamente inexistente, y ella en lo que se fijaba era en los vestidos que salían y en cómo los complementaban. Pues, ¿cómo iba a fijarse en algo que jamás podría tener? Columna no era de esas muchachas avariciosas, que siempre querían tener lo que no tenían. No, ella no era de esas. Columna tenía los pies en el suelo, y sabía lo que podía y no podía tener, y no ansiaba nada más. Aunque la vida había acabado sorprendiéndola, ¡y cómo!

Gracias a Raquel Meller, y sobre todo a Coco Chanel, aprendió a distinguirlas y a colocarlas en lugares diferentes a lo habitual, como en el ala de un tocado de tarde, o sobre unos guantes, o

incluso en los bolsos de cocodrilo. De la noche a la mañana, pasó a convertirse en una de las mujeres mejor vestidas y enjoyadas de la Costa Azul, y ese cambio no le pasó inadvertido a nadie. Las malas lenguas decían que había tenido que pagar una suma astronómica a un estilista, venido ex profeso de París, para poder arreglarla, tal era el desastre vistiendo de aquella española. Pero nadie podía negar que había pasado a convertirse en alguien sumamente elegante, con aquellos trajes chaqueta y aquellas pamelas tan maravillosas. Su vestuario había pasado a ser blanco, negro y tabaco. Solo quería llevar esos tres colores, pues era con los que se veía más favorecida. Allá donde iba, sus conjuntos eran muy comentados, para regocijo de sus dos mentoras que escuchaban los cotilleos en silencio, aunque secretamente encantadas, como si no fuera con ellas.

Junto al joyero, otra de las cosas que el general le había regalado había sido el baúl con los trajes de fiesta de su madre. Vestidos largos para llevar con polisón, a la moda de principios de siglo, pero que llevaban tal cantidad de bordados, pasadores, cintas y encajes, que dio saltos de alegría al verlos. Cada uno era una obra de arte, tan ricos, con esas telas y esos corsés. Así que, de la noche a la mañana, Columna se encontró rodeada de piezas excepcionales, con las que no tenía muy claro qué hacer.

Aquellos vestidos no podía ponérselos, pues estaban ya demasiado pasados de moda, pero le daba pena tenerlos encerrados en un baúl. A las joyas les podía dar más movimiento, aunque algunas le habría gustado poder reformarlas con un diseño más actual. Había visto en fotografías antiguas las joyas de la anterior esposa de Jean-Henri, que eran más modernas y tan espectaculares como las de su suegra. Pero fueron la única cosa que no le dio tras la boda, pues consideraba que eran herencia de sus dos hijos, y para ellos las tenía guardadas.

Desde que se habían casado, Columna solo le había pedido una cosa al general: que cuidase de su familia. Y lo hizo, vaya si lo hizo. Se ocupó de que a su madre y al tío Luis no volviese nunca más a faltarles de nada. Por ello, sentía que con eso ya había logrado lo más importante que se podía pedir, y que a partir de ahí, ya nada importaba. Tras casarse, Jean-Henri la había llevado a una casa de modas cerca de Niza, donde le habían hecho un vestuario nuevo. La ropa con la que salió era muy conservadora, y ella ni siquiera había sabido ni combinarla ni lucirla. Pero era algo que nunca le había preocupado, hasta que escuchó a aquella odiosa mujer hablar mal de ella tras la cortina. En realidad, el hecho en sí de que criticasen su forma de vestir le había dado igual. Lo que le había realmente molestado había sido el tono de menosprecio que habían empleado contra ella, como si no fuese nada, como si no fuese nadie.

Pero después del cambio que había realizado en ella *mademoiselle* Chanel, por primera vez en su vida le pidió una cosa al general: una joya. Podría parecer raro teniendo en cuenta que tenía una enorme cantidad de ellas, pero quería una que no hubiese sido de nadie antes que de ella, porque incluso su anillo de pedida y su alianza de casada habían pertenecido a su suegra. Así que una mañana se armó de valor, y le pidió al general si por favor le podía comprar una joya que había diseñado Cartier. Era un broche escarabajo, realizado en oro, platino, esmeraldas y diamantes, con las alas formadas por pequeñas piezas de cerámica egipcia. Era una pieza antigua, ya que la habían creado cuando Howard Carter había descubierto la tumba de Tutankamón, pero a Columna le había fascinado nada más verla dibujada en una revista francesa. Le había parecido algo insólito, totalmente diferente de todas las joyas que había visto antes.

El general se quedó sorprendido de la petición, pero a la vez encantado. Columna comenzaba a pedirle cosas, lo que Jean-Henri pensó que era señal de que cada vez se sentía más cómoda en

aquel matrimonio. Aquello acabó de convencerle de que, algún día, ella también terminaría amándolo, pues en su corazón deseaba que fuese de esa manera. Así que corrió a comprarle el broche, y le abrió una cuenta en su banco donde le depositó una pequeña suma de dinero.

—Columna, estos son los papeles que tienes que firmar para que puedas disfrutar de tu nueva cuenta. Está a tu nombre, y lo he dispuesto todo para que tú y solo tú seas la única persona que pueda acceder a ella, ni siquiera yo. No, no pongas esa cara de extrañeza, ya sé que no es habitual, pero quiero hacerlo por ti. Ahí te he ingresado un dinero para que lo gastes como tú quieras. Así podrás comprarte lo que más desees sin tener que pedírmelo. Sí, ya sé que no lo necesitas y no lo quieres, ya me lo has dicho, pero es mi regalo de boda para ti. No pudimos tener un viaje de novios, y a este paso no sé cuándo lo tendremos, pues el trabajo cada vez me ocupa más horas. Eres mi esposa y no quiero que te falte de nada, así que fírmalo todo de una vez, y disfruta.

Cuando Columna le contó a Raquel Meller lo que el general había hecho, la cupletista silbó llena de admiración.

—Muchacha, no sé qué le haces a ese hombre en la cama, pero debe ser algo tremendamente bueno. ¡Una cuenta para ti sola! ¡Y con dinero! El general ha perdido la cabeza por ti, pocos hombres harían algo así. Ahora que eres una mujer con posibles, podrías dejarlo, divorciarte, que es algo muy francés, y volver a Zaragoza. Podrías buscarte a uno mucho más joven, ¡o a varios!

—¡Pero qué cosas dice usted, doña Raquel! ¿Dejarle? ¿Volver a Zaragoza? ¿Cómo voy a dejar a mi marido? Me casé con él ante mi Virgen del Pilar, y eso va a misa. Además, es cierto que me ha ingresado mucho dinero, pero no como para considerarme rica, y salir corriendo. Además quiero al general.

—Calla, calla, que sé que no estás enamorada. No, no me contradigas, esto ya lo hemos hablado. Lo quieres, eso se ve, le tienes aprecio, lo cuidas, te preocupas por él sinceramente... Pero amarle, muchacha tú no lo amas. Y eso debes de saberlo ya. Además, últimamente te veo muy despistada, estás siempre con la cabeza en las nubes. Pero no pasa nada, la mayoría de los matrimonios que conozco, ni siquiera se quieren. El general te ha dado una oportunidad de oro, Columna. Puedes empezar tu propia vida, marcharte de aquí donde es evidente que no te sientes feliz, volver a casa, con tu familia. Esa es una oportunidad que se da pocas veces en la vida, y que no se puede desaprovechar.

—Doña Raquel, lo he dicho sinceramente, yo quiero al general. Quizá no del modo romántico que leía en las novelas y veía en las películas, lleno de pasión y entusiasmo, pero ya no me hace falta. He aprendido a ser feliz viviendo aquí con él, y desde que *mademoiselle* Chanel y usted aparecieron en mi vida, todo ha ido mil veces mejor.

—Pero, Columna, eres muy joven para renunciar a saber lo que es sentir latir el corazón en el pecho con tanta fuerza, que te duela a morir. Eres muy joven para querer renunciar al amor, a la espera de tu enamorado contando los minutos, a la pasión de unas manos sobre tu cuerpo que enciendan tu piel. No renuncies a eso, pues amar y ser amado es lo más maravilloso que te puede ocurrir en la vida.

—No lo crea usted, doña Raquel, no lo crea. Lo más maravilloso que te puede pasar en la vida es que tu familia esté bien, que tengan qué comer y con qué abrigarse, que a tu hermano no lo maten en un bombardeo, y que tu novio no decida echarse al monte y dejarte por un sueño. Lo

mejor que te puede pasar es que un desgraciado no esté a punto de violarte en un hotel, y que seas salvada en el último momento por un desconocido al que nunca has podido darle las gracias porque no volviste a verlo. Y en el que no has dejado de pensar... Lo mejor que te puede pasar es no vivir una guerra, ni estar enferma y no tener con qué curarte, ni pasar hambre y ver una rata y cazarla para comerla. No, doña Raquel, lo más maravilloso que te puede pasar en esta vida, es estar vivo y tener con qué pagarlo.

—Pobrecita mía... ¡qué horror! ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Lo sabe el general?

—Estas cosas no hace falta que las sepa. Estoy bien, de verdad, y soy feliz. Tengo todo lo que una muchacha como yo podría desear, qué digo, mucho más de lo que jamás pude soñar. Así que todos los días doy gracias a Dios por haber puesto en mi camino a Jean-Henri, y hasta que me muera, procuraré ser la mejor esposa para él.

—Pero, mi niña, has vivido cosas horribles, cosas que ninguna mujer debería vivir. ¡Mereces ser feliz! Y por cómo hablas, se ve que no has vivido el amor de verdad. Pero no te voy a insistir, cada uno debe elegir su camino, y veo que tú has elegido el tuyo.

—Sí, doña Raquel, he elegido el mío, al lado del general. Y no crea que no me olvido de aquella conversación que tuvimos hace tiempo, ya que me hizo mucho bien. La recuerdo muchas veces y pienso que tiene usted razón, que hay que encontrarle un sentido a esta vida más allá de lo que tenemos. Ya que no pude estudiar y ser maestra, tengo que buscar algo que me tenga ocupada, y creo haberlo encontrado, creo saber qué es lo que quiero hacer.

—¿Entonces vas a dedicarte a pasear a tu perro, como lady Spencer?

—Jajaja... No, eso no es lo que tengo en mente... Aunque, bien pensado, lo de pasear al perro a lo mejor no es tan mala idea después de todo.

Cuando doña Raquel se fue, Columna se quedó pensando en qué habría opinado ella de Gaetano, de lo que había estado a punto de ocurrir, y del hecho de que aún pensase en él todos los días.

Lo haré yo misma

Cuando terminó de ver todos los vestidos, enaguas y refajos, los collares, hebillas, plumas, abalorios, joyas, cintas, bisutería, sombreros y tocados, Columna se quedó pensativa. Pensó que le gustaría hacer algo provechoso con todo aquello, darle alguna finalidad, pero desde luego no sería ropa. No tenía un don para coser vestidos, que sí en cambio tenía su madre. Quería hacer algo nuevo, algo creativo, algo de lo que pudiese sentirse orgullosa, algo que pudiera lucir, pues esa era la clave: hacer algo original y único. Veía los tocados que solían utilizar las señoras durante el día y la noche, y le parecían muy pomposos, afectados, algunos incluso ridículos. Claro, que a lo mejor la que no tenía gusto era ella.

Columna necesitaba distraerse y emplear su tiempo en cualquier otra cosa que no fuese pensar en Gaetano. Así que se propuso encontrar qué hacer con todo aquello, y que se convirtiese en su ocupación, su perro que pasear a diario. Pero no tenía nada claro por dónde empezar ni qué pieza hacer. Era cierto que usaba boinas y pamelas, pero no siempre se veía favorecida con ellas. Debía pues encontrar algo que ponerse en la cabeza, con lo que no se viese fea y fachosa, y quería llevarlo lleno de joyas, pues le encantaba el brillo que estas le daban a su rostro, aunque fuese durante el día. Hacer un tocado o un sombrero era algo inimaginable para ella. Requería de demasiada pericia y experiencia. Así que pensó en hacer cintas. Sí, cintas, como las que llevaba de jovencita en Zaragoza, pero más elaboradas, más francesas. Una cinta plana que llevar en la cabeza, sobre la que coser lazadas y broches, y que destacase por su brillo y su color en su melena oscura.

Los antiguos vestidos de su suegra, que dormían en un baúl, estaban llenos de las cintas y pasamanerías más maravillosas. Así que, armada con unas tijeras, abrió el baúl y miró los vestidos con atención. El sábado siguiente tenían una cena en casa de Picasso, donde el invitado estrella sería un ruso, un tal Stravinski. Imaginaba que todos irían vestidos de forma bohemia y diferente, aunque a ella eso le daba igual. Como decía Coco Chanel, la excentricidad solo le gustaba en otras personas. Columna llevaría un vestido color tabaco largo hasta los pies, con manga al codo, pero quería algo diferente en su cabeza que no fuese el mismo tocadito que acababan llevando todas. Mirando los vestidos, vio uno que tenía unos flecos color chocolate y pasamanerías en oro, y pensó que combinarían perfectamente con lo que iba a llevar.

Vio también que había unas ramas bordadas y unos rosetones, y decidió que las usaría, ya que le gustaba el color y la composición que tenían. Así que entre Marie-Hélène y ella, los descosieron pacientemente uno a uno para no estropearlos, y los envolvieron en papel de seda.

Pero aunque Columna sabía lo que quería, una cinta en su cabeza cuajada luego de broches, no tenía claro cómo hacerlo. Marie-Hélène le dijo que contratase a alguna bordadora del pueblo para su confección, pero Columna se negó. Quería hacerlo ella, pues ese sería su perro que pasear cada día, el resto de su vida. Había descubierto que le gustaban las joyas, los tocados, así que, ¿por qué no convertir aquello en el sentido de la vida? ¿Por qué no dedicar su tiempo a construir cosas tan bellas, que luego poder lucir sobre su cabeza? No, las haría ella sola. Le pidió a Marie-Hélène que se fuese, y se quedó sentada largo rato, rodeada de todas aquellas piezas y baúles.

Pensó empezar haciendo una prueba, pues aquello no debía de ser tan complicado como coser un abrigo. Cogió un retal de tela de color azul Prusia, y lo recortó en forma de cinta bastante ancha, pues intuía que tendría que acabar haciendo algún tipo de dobladillo. Escogió dos rosetones y un par de lazadas en color vino, y varios abalorios de brillantes y zafiros, que pensó que casarían a la perfección con el resto. Comenzó a coser a mano alzada, lo que resultó ser algo bastante complicado pues estaba incómoda. Las piezas le bailaban, se le clavaban las agujas, y al no poder sujetarlo bien, el trabajo acabó siendo inmenso y agotador.

Cuando creyó que ya estaba todo montado y perfectamente cosido, se probó la cinta en la cabeza. Fue un desastre. La cinta se le resbalaba y se le iba hacia delante. Las piezas, que antes parecían unidas, ahora estaban deslavazadas, separadas las unas de las otras, adoptando extrañas y extravagantes formas que no eran precisamente planas. Pensó en poner un forro, pero también resultó ser un infierno, pues al no ser una labor creativa sino práctica, presentó unas dificultades tremendas. Columna se sintió totalmente desesperada. Nada estaba saliendo como había imaginado. Los rosetones tendían a elevarse de medio lado, dotando al conjunto de un aspecto raro y triste. Y la cinta parecía medio vacía, y eso que ella pensaba que había cosido profusión de piezas. Se dio cuenta de que si las cosas no quedaban bien enlazadas, al ponérselas en la cabeza se desmontaban.

Hizo una segunda tentativa, en colores tabaco y chocolate, pues quería que ese fuese el tocado que llevar en la cena en casa de Picasso. Le salió algo mejor. La cinta de la cabeza la remató con una gran lazada en un lateral, que no solo la sujetaba sino que le daba volumen en un lado, aunque también cierto aire antiguo, que no sabía si acababa de gustarle. Puso unas ramas bordadas, una hilera de flecos, y dos broches de brillantes, y le pareció que el efecto mejoraba. Al probárselo con su vestido, le gustó. A Gaetano seguro que también le gustaría...

El sábado siguiente, fue camino de la cena orgullosa de haber sido capaz de construir ella sola un tocado tan aparente y sofisticado. Se veía guapa y atrevida, y estuvo segura que no desentonaría nada con el resto de los invitados. Nada más llegar, se encontró a la vizcondesa de Chantilly.

—Duquesa, qué placer verla de nuevo. ¡Y qué tocado más original lleva! Veo que se ha puesto un cinturón, rematado con una lazada. ¡Qué gran idea! Y los bordados son preciosos, hay que reconocerlo, me recuerdan a los que llevaba un vestido de mi abuela.

Columna le agradeció el hipócrita cumplido con una cálida sonrisa, pero por dentro estaba rabiando. ¿Un cinturón? ¿Cómo podía parecerle un cinturón, si ni siquiera llevaba una hebilla? Nada más entrar en la casa y saludar a los invitados, fue directa al baño. En aquel momento Picasso y Stravinski le importaban un pimiento, ella tan solo quería verse en un espejo, ver si durante el camino había pasado algo con su tocado. Pero no, allí estaba, colocado tal cual lo había hecho en casa.

Volvió a la fiesta, conversó animadamente con los invitados, saludó a Stravinski, y se quedó de una pieza cuando vio los cuadros que Picasso tenía en su estudio. No era capaz de entender que alguien pintase así adrede. Los retratos eran espantosos, completamente distorsionados. ¿Cómo alguien podía pagar por aquello? Algunos tenían un colorido que le llamó mucho la atención, pero en general le parecieron horriblos.

Al llegar a casa volvió a mirarse al espejo, esta vez con un mayor detenimiento, libre de prejuicios. La vizcondesa de Chantilly tenía razón, aquello parecía un cinturón. Era cierto que más personas en la fiesta habían alabado su tocado, que había llamado la atención, e incluso algunos le habían preguntado de nuevo si era un cinturón. Pero esa no era la impresión que quería dar. Le había salido mal, aquello no se parecía de verdad a lo que había imaginado en su cabeza. Se puso a llorar.

Columna se sentó en el suelo del baño con el tocado entre las manos, y lloró largo rato sintiéndose muy desgraciada. Miraba el tocado y se sentía desanimada. No entendía qué había pasado, y acabó lanzándolo al otro lado de la habitación. La lazada le había quedado demasiado tiesa. No había trabajado bien los flecos, pues las piedras que había intercalado para aportar brillo, habían quedado ocultas por el movimiento del propio fleco. Los bordados, efectivamente, parecían recortados de otro vestido y no cosidos, y encima estaban mal ribeteados. La cinta se veía abigarrada en unas zonas, y medio vacía en otras. Y todo había acabado siendo monocromo, muy color tabaco.

¿Cómo no se había dado cuenta al mirarse en el espejo de casa? Estaba tan emocionada por estrenarlo, por demostrarse a sí misma que podía hacerlo, que no se había parado de verdad a contemplar su obra con ojo crítico. No era un desastre total, pero desde luego no estaba ni siquiera a la altura de todos esos tocados que ella criticaba por anodinos, por feos, por normales. No era nada original, solo una cinta que a todo el mundo le había parecido un cinturón. Si quería hacer algo excepcional, debía aprender a hacerlo bien. Una cinta que no pareciese una cinta. Eso era lo que ella quería.

Pedro

Pedro salió de la cárcel sin que su ira hubiese disminuido lo más mínimo desde el primer día que entró. Tardó más de un año en hacerlo, tiempo durante el cual, su padre gastó gran parte de su fortuna en pagar a los mejores abogados para sacarlo de allí cuanto antes. La cosa no resultó nada fácil, estaba el testimonio de un hombre que se había llevado a la chica medio inconsciente del hotel. Y luego, un general francés se había mezclado en el asunto, complicando la ya de por sí su difícil situación.

El padre de Pedro no conseguía entender por qué su hijo había terminado en la cárcel, y además con una paliza de muerte. Al parecer, se la había propinado el hombre que había irrumpido en la habitación del hotel. Todo por una muchacha pobre y terca, a la que su hijo, según le contó, generosamente había ayudado. No, no entendía nada. Había hablado con él muy seriamente, y este le había repetido una y mil veces que fue ella la que le había invitado a ir a su habitación, la que le había pedido que se quedase, y se había quitado el sombrero, la chaqueta, y los zapatos mientras lo miraba de forma sugerente. ¿Dónde estaba el problema, entonces? ¿Por qué su hijo había acabado encarcelado? Al que tendrían que haber detenido era al energúmeno que le había propinado la soberana paliza.

Pedro tampoco entendía nada. Todo pasó tan deprisa que, cuando intentaba recordarlo, lo único que conseguía ver era una rápida sucesión de golpes que como una cascada le habían llovido de improviso. En un momento estaba a punto de penetrar a Columna, y al siguiente estaba sangrando en el suelo. Ni siquiera había llegado a ver la cara de su agresor. ¡Esa maldita Columna! Todo era culpa de ella. Qué muchacha más necia y estúpida. ¿De verdad creía que le iba a pagar un hotel a cambio de nada? Venía de una familia muy humilde, de un barrio aún más humilde de Zaragoza, por fuerza debía saber cómo era la vida, y lo que las muchachas como ella debían hacer para poder sobrevivir. ¡Cómo la odiaba!

Pedro sufrió un calvario en aquella cárcel francesa, donde tuvo varias veces que imponerse por la fuerza a los que intentaron robarle, pegarle y, una vez, violarlo en la zona de la lavandería. Pagó por protección a un marsellés enorme y tatuado, que parecía ser el dueño del cotarro por allí. Este y sus amigos no solo contribuyeron a que su estancia en la cárcel fuese mucho más tranquila, sino que le conseguían pequeñas cosas, como cigarrillos o chocolate. Pero Pedro no se olvidaba de Columna. Ni un solo día de los que pasó entre rejas, dejó de pensar en ella al levantarse y al acostarse. Aquella perdida, aquella majadera... todo por su culpa, ¡todo!

Gracias a un cúmulo de circunstancias favorables pudo salir de la cárcel antes de lo previsto. Cuando llamaron a declarar al desconocido del hotel, este se hallaba en el extranjero y no pudo acudir. Lo mismo ocurrió con Columna, que había vuelto a Zaragoza. Así que, sin testigos, sin la declaración de los implicados, y con algunos sobornos discretamente entregados bajo mano, Pedro pisó las calles de Niza a primeros de diciembre de 1947. Su padre ya le había explicado que tendría que volver a España lo antes posible, pues se encontraba en libertad provisional y tenía miedo de que en cualquier momento el juez decretase un nuevo ingreso en prisión. Y además estaba ese general que tanto encono ponía en el caso, hecho que le resultaba totalmente incomprensible, pues ¿qué podía tener contra él? Lo mejor era poner tierra de por medio...

Al final, las cosas no pudieron ir tan rápido como deseaban, y se encontró a dos días de la Nochebuena aún en Niza. Las calles bullían con el trasiego de la gente ocupada en las compras de Navidad. Hacía un intenso frío, e incluso había nevado en el interior, cerca de allí. Pedro tenía ya los billetes de tren guardados en el bolsillo de su abrigo, y al día siguiente se marcharía de aquella ciudad, de aquellos recuerdos, y no volvería nunca más. No iba a conseguir pasar la Nochebuena con su madre, a la que adoraba, pero con suerte sí la Navidad. Su madre... que lo idolatraba y lo protegía, lo abrazaba y lo besaba como si fuese su único hijo. Porque sus hermanas no contaban para nada en aquella casa. Sus dos hermanas, que no servían más que para quejarse y cepillarse el pelo, para sentarse en el sofá y hablar de forma indolente sobre cosas de nulo interés. Dos mentecatas. No era de extrañar que sus padres hubiesen depositado todas sus esperanzas en él.

Un día más, solo un día más, y se iría de Francia.

Paseaba mirando con desprecio a todos cuantos se cruzaban en su camino. Niza... ¿Y pensar que cuando marchó de Zaragoza, no ansiaba otra cosa más que llegar cuanto antes? Cómo habían cambiado las cosas... Ahora detestaba todos y cada uno de los rincones de aquella ciudad. Odiaba su playa y su paseo, las callejuelas, el olor de las ostras, de la sopa de pescado, el sol que alumbraba un cielo de un azul profundo.

Pedro ansiaba volver a Zaragoza, donde le estarían esperando con los brazos abiertos. Volver con su familia, sus amigos, con la gente que lo amaba, volver a una vida que él bien conocía. Una vida que echaba mucho de menos. Él había sido siempre brillante, el más encantador, el más ocurrente. Ya cuando era pequeño sacaba las mejores notas, siendo el niño mimado de los profesores en la escuela. Hijo favorito de su padre, era el único al que llevaba a cazar y pescar truchas, el único de los tres hermanos al que quiso enseñarle su profesión, la de médico. Pero Pedro decidió que primero sería practicante, y luego, si el oficio le gustaba, estudiaría para doctor. La sangre no era algo que le resultase especialmente atractivo, hasta que empezó a hacer sus primeras prácticas con pacientes. Fue entonces cuando comprendió lo que era sentirse un Dios, cuando entendió todas esas muestras de cariño, respeto e idolatría que había visto toda su vida a los enfermos con su padre. Él podía sanar, podía revivir, curar al necesitado. ¿Acaso no era aquello lo más parecido a un ser divino? Pero cuando se presentó a los exámenes de ingreso en la facultad de medicina, no los superó, para vergüenza suya pero sobre todo de su padre. Pensó qué dirían sus amigos médicos de que su hijo no hubiese entrado, cuando ya era practicante; su padre se había esmerado en ayudarlo y encima dos miembros del tribunal eran eminencias amigos suyos. Tras aquello, Pedro sintió que no solo había suspendido, sino que también había perdido el cariño de su padre.

Cuando este lo llamó para ir a Francia, acudió presto, pues pensó que era la forma que tenía de hacer las paces con él. Cuando regresasen a Zaragoza ya tendría tiempo de volver a intentar sacarse la carrera de medicina, y convertirse algún día en un médico respetado, como su padre. Pero el destino quiso que no llegase a pisar hospital francés alguno, más que para curarse las heridas que le habían propinado, y que no viese a su padre más que detrás de unos barrotes, y no en un quirófano.

Columna... qué fácil le había parecido todo con ella, estaba convencido de que accedería de buen grado a sus proposiciones, ¿o no había quedado todo claro, en el momento en que accedió a que la acompañase en Canfranc? Pero lo había engañado con su sonrisa y sus modales de criadita modesta. Había estado tan seguro de que cuando entrase con el agua en la habitación, ella deduciría el mensaje y se plegaría gustosa a sus deseos, que no entendía cómo se había podido equivocar tanto. Pero, al final, había sido aún mejor.

Columna luchó, se rebeló contra él, y Pedro se sintió excitado como nunca antes en toda su vida. Había tenido varias relaciones con señoritas de la calle, incluso con un par de muchachas humildes que las muy ingenuas creyeron en las vanas promesas de noviazgo y futuro juntos. Pero con ninguna de ellas se había sentido tan encendido como con Columna. Toda aquella rabia brotando de ella, como un animal enfurecido... ¡Dios santo, cómo se excitó!

Mientras caminaba, el vaho de su aliento dibujaba espirales blancas en la noche. Las ventanas estaban llenas de escarcha, las farolas adornadas con banderas francesas, la gente apretujada en los cafés celebrando la navidad. Pedro paseaba contando los minutos que le quedaban para coger el tren y marcharse, viendo la vida que, tras los cristales, le parecía aburrida y carente de interés. Pero entonces, de repente, el tiempo se paró.

TERCERA PARTE

La celda

Columna miró a Marie-Hélène que, apretujada junto a ella, le agarraba con fuerza la mano, mientras observaba aterrorizada la celda donde se encontraban. Era pequeña, húmeda, gris, y olía a orines, vómitos y sudor rancio. El frío era penetrante y, junto con los olores y los gritos de los demás compañeros de celdas, hacía que ambas mujeres se sintiesen asustadas y sumamente preocupadas.

—No digas nada, Marie-Hélène, por Dios Santo, ¡no digas nada! El general nos sacará de aquí enseguida, ya lo verás. Seguro que Jean-Henri está ahí fuera con un abogado, seguro que está hablando con la policía y los jueces, ¡seguro! Nos sacará de aquí, verás que nos sacará.

—Pero, Columna, ¿cómo puedes estar tan segura?! ¿No entiendes lo que ha ocurrido? ¡Nos van a meter en la cárcel! Vamos a ir a prisión, y cumpliremos una larga condena, ¿o acaso las penas en España por asesinato son leves?

—No llores, Marie-Hélène, por favor, te lo pido. Mantén la calma, escúchame por favor. Estoy tan asustada como tú, pero recuerda que nosotras no hemos hecho nada, ¡nada!, ¿me oyes? Ha sido un accidente, un desgraciado accidente...

—¡No nos creerán! Pero si nuestros vestidos están manchados de sangre, nuestras manos, ¡incluso la cara!

—Marie-Hélène, aunque estemos en la celda, piensa que alguien puede oírnos, por favor ten cuidado con lo que dices. Sé que te estoy pidiendo un gran esfuerzo, y como ya te he dicho antes, estoy tan asustada como tú, pero piensa, por favor, piensa. No ganamos nada diciendo tonterías que un gendarme pueda escuchar, y luego repetir. Jean-Henri no tardará en sacarnos de aquí, estoy segura de que ya está haciendo todo lo posible por llevarnos a casa. Ten, coge mi pañuelo, límpiate la cara... Eso es, las manos también. Pero no llores, por favor, no llores, que ya hemos llorado demasiado las dos...

—*Quelle horreur! Mon Dieu, quelle horreur...* Acéptalo de una vez, Columna, vamos a ir a la cárcel, nadie va a poder salvarnos de esto, ni siguiera el general. ¿Qué vamos a decir? ¿Que nos lo encontramos muerto en un callejón? ¿Que no lo conocías de nada? Pronto se sabrá lo que te pasó con él, cuando viniste a buscar a Alziz el año pasado. Lo sabrán todos, Columna, todos. Doña Raquel, Coco, tus amigos y conocidos, toda la Costa Azul sabrá que ese miserable casi te viola, y que te dio una paliza de muerte. Sabrán que lo conocías, y por ello pensarán que no ha sido un accidente. Pensarán que lo has matado, que lo hemos matado. Nos van a guillotinar por esto... ¡vamos a morir!

—¡Calla ya, mujer! Deja de gritar. ¿Crees que solucionas algo poniéndote así? Pues claro que vamos a salir de aquí, nadie puede probar que nosotras matamos a Pedro, ¡nadie!, porque nosotras no lo hicimos. Fue un accidente, y eso es lo que vamos a repetirle a todo el mundo. ¿Lo has entendido? Si media Francia tiene que saber lo que pasó con ese desgraciado, sea. Pero no voy a ir a la cárcel por su culpa, ¡por mi Virgen del Pilar! Así que vamos a contar lo que pasó de verdad: yo estaba paseando, de compras por el centro, cuando me lo encontré. Me arrastró a empujones a un callejón, donde empezó a pegarme y a decir que iba a matarme. Nadie nos vio, pues estaba ya anocheciendo. Yo grité, y quiso la casualidad que tú pasases en ese momento con tu bici, y me escuchases. Un milagro. El resto ya lo sabes... Al acercarte, viste que él tenía un cuchillo en la mano con el que me apuntaba, así que no te lo pensaste dos veces, y lo embestiste con tu bicicleta para salvarme... Sí, eso fue lo que hiciste... Con tan mala fortuna que al caer se clavó su propio cuchillo, y murió... Fuiste muy valiente, Marie-Hélène, te debo la vida... Dios ha querido, en su inmensa misericordia y sabiduría, que nosotras estemos vivas y haya muerto quien realmente lo merecía. A saber lo que habría ocurrido de no llegar tú en ese momento... Seguramente, ahora estarías velando mi cadáver...

—Pero, entonces, ¿por qué estamos las dos manchadas de sangre? ¿Por qué llevaba un cuchillo si al día siguiente partía a España, como ponía en los papeles que llevaba? ¿Por qué nadie más te oyó al gritar, si había casas cerca?

—¡Por Dios, Marie-Hélène, ni que fueses su abogado! No lo sé, no tengo respuestas para todo... Y estamos las dos manchadas de sangre porque tratamos de ayudarlo, sacándolo a la calle principal para que alguien nos viese, y pudiese llamar a la policía. Recuerda que era ya casi de noche, no se veía bien.

—Da igual lo que digamos, vamos a ir a la cárcel, nos van a condenar, vamos a morir en la guillotina...

—No, no, no, si haces lo que te digo, si mantienes la calma, nos salvaremos las dos.

—¿Y eso qué más da? Pedro ha muerto, y su cadáver nos acusa a las dos.

—Pedro está muerto, como dices, y ya no podrá hablar ni hacer nada nunca más, así que olvídate de él. Los jueces son hombres al fin y al cabo, recuérdalo cuando estés delante de uno. Mantener nuestra verdad será lo que nos salvará, estoy segura. Jean-Henri nos salvará...

Columna quería creerlo, quería que sus palabras se hiciesen realidad. No estar allí encerrada, al lado de una Marie-Hélène demasiado nerviosa, capaz en cualquier momento de decir lo que no debía. «¿Por qué, Señor? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo para que me pongas esta dura prueba en el camino? ¿Es por lo de Gaetano? Si es así, me lo merezco... Pero que castigo más duro e injusto... Pedro... tenía que ser él... Y ahora está muerto, yo en la cárcel, y no sé qué va a ser de nosotras. Dios mío, ¡tengo tanto miedo! Encerradas en esta mísera celda, con un frío intenso que nos muerde el cuerpo, rodeadas de indeseables y maleantes, esperando a salir de aquí... Me quiero ir a casa, con mi madre, con mi tío Luis, con mi Alziz... Qué no daría yo por tenerle cerca ahora, porque no se hubiese ido de Zaragoza, ni yo tampoco. ¿Por qué me fui? ¿Por qué tuve que casarme con el general? Podía haberme quedado, haber sido maestra, haber ayudado a mi familia... Incluso quién sabe, puede que hasta me hubiese casado con Javier... Javier me quería, y es posible que yo también lo quisiera más de lo que pensaba... Pero me fui... He aprendido a fingir ser una duquesa, a ser una nueva mujer, sofisticada y elegante, hasta he estado a punto de echarme un amante... Y mira dónde he acabado, en la cárcel, llena de espanto y

desasosiego... Santa Virgen del Pilar, perdónanos por favor... sabes que ha sido un accidente, ¡un accidente! Pero cómo merecía morir ese bellaco, ese poco hombre... Virgencita mía, ayúdanos y prometo que nunca más te pediré nada. Te juro que enmendaré mi vida, que seré fiel al general y velaré por él día y noche, que te haré misas todas las semanas, que no miraré a ningún otro... Me olvidaré de Gaetano y de las promesas de su cuerpo, me olvidaré de volver a Zaragoza, me olvidaré de intentar volver a ser feliz. Aceptaré lo que el destino me depare, pero sácanos de aquí, Virgencita, sácanos de aquí... Sé que últimamente te tengo abandonada, que no pienso más que en el italiano, en verlo, que no sé qué hacer con él, no abandona mis pensamientos ni de día ni de noche... Pero si tú me socorres, mi Pilarica, si nos sacas a Marie-Hélène y a mí de aquí, si no vamos a la cárcel, seré la mejor esposa, la mejor cristiana que hayas conocido. Pariré los hijos que me envíes, asistiré a misa todas las mañanas, amaré al general con todo mi corazón. Pero ayúdame, te lo suplico, ayúdame...».

La verdad

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Qué hacías ayer por la tarde en el hotel de París? Te vi salir justo antes de que te encontrases con Pedro.

—Sí, es verdad, entré a tomar un té... Sí, un té... Tenía frío y pensé en sentarme un rato en la cafetería y tomar algo, mientras volvía a entrar en calor.

—Pero el hotel de París no tiene la cafetería abierta, quedó muy dañada durante la guerra. De hecho, la están reformando ahora.

Ambas mujeres se miraron y sonrieron. Al cabo de unos minutos de silencio, Marie-Hélène se decidió a hablar.

—Entonces es verdad, tienes un amante...

—¿Por qué dices eso? No, no tengo un amante, nunca lo he tenido. Yo no soy francesa.

—Perdona, tienes razón, no es asunto mío, tú no eres francesa... De todas formas, ¿es que aún no sabes que puedes confiar en mí?

—Pues claro, claro que confío en ti.

—No, no lo haces.

—Gaetano, Gaetano Nasi d'Alcontres. Pero no soy su amante.

—Tenía que ser él... tenía que habérmelo imaginado...

—Faltó poco, Marie-Hélène, faltó muy poco... La atracción que he llegado a sentir por ese hombre, no la había sentido nunca antes... Es terrible, lo sé, terrible... Era tal el impulso que me atraía hacia él, que tuve que luchar con todas mis fuerzas para no caer en sus brazos. Pero faltó poco, muy poco...

—*Quel dommage!* Pero si tiene una fama horrible, si todos hablan pestes de él... ¿Cómo ha podido sucederte a ti? A ti, precisamente, Columna, ¿qué te ha pasado?

—¡No lo sé! Te he dicho que no lo sé. He debido de volverme loca... El general es un hombre maravilloso, lo quiero mucho... ¿Cómo no lo voy a querer? Pero ¿sabes tú lo que es estar en la cama con un marido al que no deseas? Tú tuviste la fortuna de estar con mi hermano, y antes con aquel guapo alemán, no lo puedes entender...

—Sí, muy afortunada, sobre todo cuando aquel comandante de las SS me violó.

—¡Perdóname, por favor, perdóname! Ya no sé ni lo que digo... ¡me estoy volviendo loca aquí dentro! Perdóname Marie-Hélène, tú no tienes la culpa de nada, no sé por qué lo pago

contigo... No ha pasado nada con Gaetano y aun así siento que mi comportamiento no tiene disculpa. Sé que si Jean-Henri se enterase de lo que estuvo a punto de suceder, no me lo perdonaría jamás... Lo quiero, aunque no te lo parezca, aunque no me creas, quiero al general. Sería incapaz de abandonarlo por otro hombre. A Gaetano... Puede que, cuando le conocí, alguna vez cruzasen por mi mente ideas románticas, pero no soy tan tonta, ni tan ingenua, como puedas pensar. Sé cómo es... Sé que no tengo perdón de Dios, pero no me juzgues tan duramente. Ojalá pudieses entenderme...

—No llores, Columna, no llores. No te juzgo, de verdad... Todo este tiempo sintiéndote tan desgraciada, y yo sin saberlo, yo sin poder ayudarte. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no confiaste en mí?

—Mi marido paga tu sueldo, y por mucho que hayas estado casada con mi hermano, no nos habíamos visto más que una vez. No podía correr riesgos... Además, en el fondo me sentía, y me siento, avergonzada de lo que estuve a punto de hacer. No sabía si me creerías, y no quería que pensases que soy una mujer horrible, infiel y mentirosa. Y hoy... Hoy me ha citado en el hotel de París. No quería ir, pero me obligó. Me dijo que si no iba a verle, iría a hablar con el general. Cuando llegué me amenazó, me dijo que ninguna mujer se había atrevido a rechazarle. Estaba calmado, pero sus ojos, ¡ay, sus ojos!, estaban llenos de amenazas. Le dije que me dejase en paz, que no quería saber nada de él nunca más, y que sus amenazas ya no me importaban nada. Salí de allí corriendo, sin saber que me lanzaba en brazos de la muerte...

—Ay... *Quelle affaire!* Parece una novela, ¿no crees? No llores, Columna, no llores, te entiendo mejor de lo que crees... Cuando cargamos con un secreto, este acaba apoderándose de nuestra vida hasta consumirnos en la duda y el miedo. No has hecho nada malo, no llores, y da igual lo que diga ese hombre, tú eres una buena mujer. Una muy buena.

—Marie-Hélène, sé que no puedes entenderme, tú siempre fuiste fiel a mi hermano, pero es como si durante estas semanas no hubiese sido yo. No pensaba en nada que no fuese más que en salir, a ver si me lo encontraba. Pero luego, me invadía un miedo horrible y paralizante, y me quedaba encerrada en casa reconcomiéndome. Estaba dividida entre las ganas de estar con Gaetano, de verlo y escucharle, y mi obligación hacia Jean-Henri. ¿Qué habría pasado si no hubiese sabido contenerme? ¿En qué mujer me habría convertido? Dios mío...

—Pero no pasó nada, ¿verdad? Dime que no pasó nada...

—No, no pasó nada. Pero cuando pienso en lo cerca que estuve de equivocarme, de volver mi vida patas arriba, de lanzarme a la locura del escarnio público si se hubiese sabido... ¡Dios mío, Marie-Hélène! Imagina si se hubiese sabido... porque al final, todo acaba sabiéndose, ¿verdad?

—Columna, no te castigues, ni pienses en lo que pudo haber sido, eso no conduce a nada bueno. Todos hemos hecho algo en esta vida que no merece perdón. Te aseguro que no eres la única que carga con ese peso...

—¿A qué te refieres?

—Columna, ya te lo he dicho, todos guardamos algún secreto que nos carcome el corazón...

—Sí, ya leí tu carta, en el tren, durante mi regreso a Zaragoza... Pero tú no tienes nada de lo que avergonzarte, ¡nada! Lo ocurrido durante la guerra no fue culpa tuya, sino de aquel bellaco. Y la gente de ese pueblo debería avergonzarse por haberte tratado así, ¡esos miserables! En cambio yo... ¿cómo me he comportado yo?

—No, Columna, no me refiero a la carta. Yo también tengo un secreto que jamás le he contado a nadie, ni siquiera a Alziz, porque ya estaba muerto y fue por mi culpa...

—¿Por tu culpa? Marie-Hélène, no entiendo lo que dices. Fue el destino lo que hizo que mi hermano se enamorase de ti, y decidiese ir a Toulon contigo. El hecho de que muriese durante un bombardeo, tampoco tiene nada que ver contigo. No te culpes por ello.

—Alziz no murió durante un bombardeo.

La muerte de Alziz

—¿Alziz no murió en un bombardeo? Pero... no entiendo nada... si tenemos las cartas que el ejército alemán nos envió, las de su amigo Luis contando lo ocurrido...

—Cuando Luis llegó, todo había pasado ya hacía varios días... Él solo pudo contar lo que le dijeron a él.

—Pero en la carta... en la carta lo decía... murió durante un bombardeo, defendiendo Toulon, lo recuerdo, ¿cómo no lo voy a recordar?

—Alziz ya estaba muerto cuando bombardearon la zona, yacía entre los pinos que rodeaban la playa de Le Mourillon. Yo me salvé de milagro...

—Pero... entonces, ¿lo encontraste tú? ¿Viste su cadáver?

—Más que eso, estaba con él cuando murió.

Columna, no sé cómo explicártelo... Fue todo tan rápido, que aún a día de hoy, cuando cierro los ojos y lo recuerdo, me parece un mal sueño. Cuando nos vimos en mi casa en Toulon, no te lo conté todo... Como bien has dicho tú antes, era la primera vez que nos encontrábamos, y estaba segura que también sería la última. Si no te hubieses casado con el general, seguramente habría sido así. Pero el destino, caprichoso, mira dónde nos ha llevado...

Aquel día, cuando te conocí, pensé que eras una muchacha joven e ingenua. Es verdad que habías demostrado mucha valentía al venir a buscar a tu hermano, pero ¿qué podías saber tú de la vida, de las pasiones humanas, del amor o de los celos? Entonces no me contaste nada de lo que te había sucedido con Pedro, no tenías por qué hacerlo. Pero, aun así, aunque lo hubiese sabido, tampoco te hubiese contado lo que te voy a contar ahora. Tú ibas a ser solo un espejismo en medio de mi vida, y confesarme habría sido como abrirme las carnes con un cuchillo. Porque eso es lo que voy a hacer ahora, confesarme...

Wolfgang, ¿lo recuerdas de la carta?, volvió a mi vida un día de mayo, tres meses antes de la muerte de Alziz. Lo volví a ver por primera vez subido a un jeep, conduciendo por las calles de Toulon. Nuestras miradas se cruzaron tan solo un segundo, suficiente para saber que me había reconocido, y que me buscaría. Y así fue. Un par de días después, lo encontré esperándome sentado en los escalones de la puerta de mi casa. No sé cómo había averiguado mi dirección, ni cómo había conseguido colarse en mi portal... pero allí estaba, sentado, con su pelo rubio, sus ojos azules y la guerrera abierta, muerto de calor.

No te engañaré, me alegré de verlo. Nos abrazamos y le dije que entrara en casa. No podía dejarle allí sentado, le debía mucho...y tenía miedo de que algún vecino lo viese, y comenzase de nuevo mi calvario.

Le conté todo lo ocurrido en el pueblo, mi salvación, mi huida, el amor por tu hermano, nuestra boda... Hablamos durante horas... Él me dijo que nadie se enteró jamás de la suerte que corrió el comandante al que mató por mí. Supusieron que había caído prisionero del enemigo, o con un tiro en la nuca en una zanja. Esas eran cosas normales en una guerra. La contienda continuó, luchó en varios frentes, y hacía poco tiempo que lo habían destinado a Toulon. Me dijo que había pensado mucho en mí durante aquel tiempo, que había echado de menos nuestras charlas, el pasar tiempo conmigo... Lo miré y le sonreí. Para mí ya no significaba nada, lo había dejado atrás junto a todos los recuerdos funestos que conllevaba, y me había decidido por una nueva vida, junto a Alziz.

Pero me pidió volver a vernos. Me dijo que no me causaría ningún problema, que se sentía solo allí, sin nadie con quien hablar de verdad. Y yo acepté. Wolfgang era un hombre de honor, me había salvado, me había amado. Pero tu hermano... Tampoco quería engañarle, pero sabía que no iba a entenderlo ni aceptarlo. ¿Qué opción tenía? Escogí la peor de todas: la mentira.

Le debía tanto a Wolfgang, y él a cambio tan solo me pedía un pequeño favor... Solo quería saber que había alguien más en aquella guerra, en medio de aquella maldita contienda que nos estaba volviendo locos a todos, con quien podía ser solo un hombre. No un alemán, ni un soldado, ni un enemigo. Solo Wolfgang. ¿Lo entiendes?

Así que nos encontrábamos un día a la semana, a veces dos. Venía por las noches, vestido de civil, para que no se pudiese reconocer su aspecto teutón. Se sentaba en el sofá del salón, le llevaba un té, y se nos pasaban las horas hablando.

Una noche acabó confesándome que me amaba. Me pidió que me fuese con él, que empezásemos una vida juntos lejos de Francia, de Alemania, en algún lugar donde lo único que importase fuésemos nosotros dos. Pero yo estaba enamorada de tu hermano... Aunque te sorprenda, lo entendió y lo aceptó, él es así, un caballero. Decidí que aquella sería la última noche que nos viésemos, sin saber que sería la última de mi vida en ser feliz.

Tu hermano se había enterado de todo. Cómo lo hizo es algo que jamás supe. Puede que algún día lo viese salir, o entrar... no lo sé... El caso es que aquel día volvió a casa antes de lo previsto, y se encontró a Wolfgang saliendo del baño. Puedes imaginar lo que pensó. Por mucho que intenté calmarle, por mucho que traté de explicarle quién era y todo lo que le debía, no me escuchó... Enfurecido, acabó a puñetazos con él. Los gritos resonaban en la casa como un eco, dispersándose por la escalera, la calle, la ciudad... Entonces, ocurrió una cosa asombrosa. Alziz se detuvo, lo miró a los ojos, y lo retó a duelo. ¡A duelo! Como si estuviésemos en el siglo pasado, ¿lo puedes entender?

No conseguí que escuchase mis ruegos. Le grité que entre nosotros no había pasado nada, que yo solo lo quería a él, que tanto Wolfgang como yo éramos inocentes de cualquier cosa que no fuese el ser amigos. Que la maldita guerra había vuelto a juntarnos, y que pasábamos el tiempo hablando... pero no me creyó, lo vi en sus ojos. No me creyó porque sabía que una vez fue mi amante, sabía cuánto le debía...

Cogí a Alziz de los brazos, lo besé, le rogué como una loca mientras lloraba... No imaginas lo que sufrí, lo que traté de impedirle cometer una locura, pues estaba convencida que caminaba

hacia una muerte segura, sabía que Wolfgang era un excelente tirador. Pero me arrojó al suelo. Me empujó y me miró como si no existiese, como si cualquier amor que hubiese sentido por mí se hubiese desvanecido en aquel momento, y ya solo le quedase su honor por reparar.

Los seguí hasta unos pinos cercanos a la playa de Le Mourillon. Estaba amaneciendo y no había nadie. Wolfgang habló tratando de hacerle ver la enorme equivocación que estaba a punto de cometer. Que yo me había comportado como una esposa fiel, y lo juraba por su honor de caballero. Que estaban a tiempo de olvidarse de todo aquello, de volver a casa y ser felices, y él nunca más volvería a aparecer en nuestras vidas. Pero Alziz ni siquiera le escuchó.

Alziz murió en el acto, un preciso disparo le atravesó el corazón. Wolfgang tenía un brazo herido, pero nada de gravedad. Me derrumbé junto a tu hermano y me quedé allí no sé cuánto tiempo, cogiéndole la mano, susurrándole cuánto lo amaba, sin poder parar de llorar, desesperada, hasta que las primeras bombas comenzaron a caer. Wolfgang se levantó como pudo y vino hasta mí. Intentó cogerme de los brazos y sacarme de allí, me gritaba desesperado bajo el estruendo del bombardeo que teníamos que irnos, que no podíamos quedarnos allí, que moriríamos también. Pero morir allí era todo lo que deseaba.

Finalmente desistió y se fue, y yo me quedé junto a Alziz, esperando a que una bomba me llevase con él. Cayeron por docenas, el ruido era ensordecedor. Sobre mí se derramaban como una ola arena y restos de pinos al saltar por las explosiones. Yo estaba llena de arañazos, de sangre, pero no me moví. Seguí allí, agarrada a tu hermano, rezando por una muerte rápida. Cuando todo terminó, estaba viva. Pero mi corazón no. Mi corazón murió allí, se quedó en aquella playa junto a tu hermano, y nunca más volvió.

Olvidalo, Columna

Dos días después, salieron de la cárcel. El general las estaba esperando con el coche en la puerta. Corrió hacia Columna, quien se echó a llorar en sus brazos de forma desconsolada, mientras pedía perdón una y otra vez.

—No llores, amor mío, no llores... Todo ha pasado ya. Estoy aquí contigo y nada nos separará. No volverás a la cárcel, te lo prometo. Ese hombre ya intentó abusar de ti una vez, ha estado en la cárcel, y volvió a por ti al salir. Menos mal que apareció Marie-Hélène... menos mal... Muchísimas gracias por haber salvado a mi mujer, le debo su vida, y la mía...

—Señor duque, no tiene nada que agradecerme. Ustedes me salvaron a mí cuando me cogieron a trabajar en su casa.

—Ha sido usted una mujer muy valiente, muy valiente, no lo olvidaré... Ha salvado a mi esposa de una muerte segura, sin pensar en sí misma. Pero ahora vayámonos de aquí. Volvamos a casa, ambas tenéis que descansar y seguro que querréis daros un buen baño de agua caliente y comer algo.

—Dios mío, Jean-Henri, ha sido todo una horrible pesadilla... No sabes cuánto hemos sufrido... Cierro los ojos y lo veo de pie, delante de mí, amenazándome, con los ojos de loco y la navaja en la mano... ¿Crees que podré volver a pasear por las calles de Niza sin sentir miedo? ¿Crees que podré volver a dormir, sin que me persiga su recuerdo en mis sueños?

—Lo harás, Columna, ya verás cómo lo harás, porque nos vamos a ir de aquí.

—¿Nos vamos? ¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde?

—Vamos a dejar Toulon, vamos a dejar Francia, y nos vamos a ir muy lejos. Estaba indeciso, pero lo que acaba de ocurrir me ha decidido. Me hicieron una oferta en el ministerio que en principio rechacé, pero ahora veo que es la mejor opción en este momento para nosotros. Que sigamos viviendo aquí sería para ti como un castigo, un recordatorio constante de todo lo ocurrido, y yo solo quiero que seas feliz. Es espantoso por lo que has tenido que pasar, y lamento no haber sido yo quien estuviese allí para acabar con ese perro. No, no digas nada, no me lo cuentes ahora, ya tendrás tiempo de hacerlo cuando te sientas con fuerzas. Y, si te soy sincero, no me hace falta saber si fue un accidente, o si lo matasteis como sospecha el fiscal. Muerto está y lo merecía. Ahora, vayámonos de aquí. Yo me ocuparé de que no tengas que volver a pisar la cárcel nunca más. Vámonos a casa.

Recorriendo las calles de Niza mientras se dirigían de vuelta a Villa Leopolda, Columna miraba el cielo encapotado y sentía su ánimo desfallecer. Cuántas cosas se habían confesado

Marie-Hélène y ella, cuántos secretos, y qué doloroso había sido escucharlos todos. Irse de allí, marchar de la Costa Azul... Aún no entendía bien por qué el general le había dicho aquello, a dónde irían, pero había sonado como cánticos celestiales en sus oídos. Marcharse era justo lo que necesitaba en aquel momento.

Cuando en la celda les anunciaron que podían irse, que eran libres, Columna sintió que nunca antes esa palabra había tenido tanto significado. No solo era libre de salir de aquel lugar terrible, sino que también era libre del peso que acongojaba su corazón, era libre de la culpa y las dudas en las que había vivido las últimas semanas. Libre... No volvería a cometer ningún error.

Tanto Marie-Hélène como ella se habían confesado en aquella mugrienta celda, habían abierto sus corazones y se habían contado la verdad. Marie-Hélène... qué vida tan terrible, tan llena de tristeza y muerte... Cuando le contó lo de su hermano, quiso odiarla. Le gritó, la insultó, incluso levantó la mano para darle un bofetón. Pero se paró en seco. Ella estaba allí sentada en silencio, mirando al suelo, mientras las lágrimas caían por sus mejillas, rota de dolor. Columna la miró sintiendo una rabia enorme, pero al cabo de un momento, la tristeza ganó a la ira.

Se dio cuenta de que su cólera no iba contra ella, pues en el fondo tampoco era la culpable de la muerte de Alziz. Era cierto que podría reprocharle muchas cosas: que no hubiese echado a Wolfgang de su vida, que hubiese seguido viéndolo... Pero ¿acaso no estaba ella en la misma situación? ¿Acaso no le había pedido comprensión y piedad, cuando le estaba contando lo de Gaetano?

Marie-Hélène había sufrido ya bastante en la vida. Así que se sentó a su lado, la cogió de la mano, y lloraron juntas. En el fondo la entendía, comprendía por qué había obrado así con el alemán, pero quién sabe lo que habría ocurrido con su hermano, si no llega a aparecer ese hombre otra vez... Quizá estaría todavía vivo, o quizá habría muerto igualmente en aquella playa, cuando se produjo el desembarco aliado. Eso ya daba igual... Lo único cierto era que Alziz yacía en una tumba en Zaragoza, y nada podría cambiarlo.

Quería a Marie-Hélène. Había aprendido a querer a aquella mujer menuda y silenciosa, que se preocupaba por ella y la cuidaba, más como una hermana que como una secretaria. Se había acostumbrado a su presencia discreta, a sus sensatos consejos, a su paciencia. La quería. Había pasado de ser la mujer de Alziz, a ser su amiga. Y después de lo que había ocurrido con Pedro...

Jamás le contarían a nadie la verdad de lo sucedido, ni siquiera al general. Se llevarían a la tumba ese secreto. Pensó que en algún momento comenzaría a sentirse mal, a tener remordimientos, pero no fue así. Aquellos dos días pasados en la cárcel, no hicieron sino convencerla de que lo ocurrido era lo mejor que podía haber pasado. Es cierto que ella no lo buscó, que Pedro la amenazó, le llamó puta, le dijo que la iba a violar hasta romperla... Pero lo ocurrido después...

«Olvídalo, Columna, destierra de tu mente todo lo que pasó. Saca a la fuerza si es preciso todo lo que tenga que ver con ese villano de tu cabeza. Eso ya pasó, y ahora te marchas muy lejos. Perdona a Marie-Hélène, ayúdala a perdonarse a sí misma, y olvida lo ocurrido hace tres noches... Entiéndalo en lo más profundo de tu memoria, de donde nunca más pueda volver a salir. Vete lejos, márchate donde nada te recuerde lo sucedido, y empieza de nuevo. No más Pedros, no más Gaetanos. Despidete del siciliano, olvida que una vez lo deseaste y a punto estuviste de convertirte en una mujer infiel. Líbrate de esa persona espantosa, y vuelve a ser Columna. Todo lo que confesaste en esa celda, todo lo que Marie-Hélène también te confesó os liberó a ambas

absolviéndoos de vuestros pecados. No sabes a dónde te llevará el general, pero da igual el destino. Lo importante es que tienes una nueva oportunidad, que podrás hacer las cosas bien, que ya no habrá ningún lastre en tu pasado. Olvídalo todo, y vive».

Cuando llegaron a Villa Leopolda, el general la cogió del brazo para ayudarle a entrar en la casa. Columna se sentía muy cansada, débil y hambrienta. Deseaba un baño caliente con todo su ser.

—Ya llegamos, querida, ya estamos en casa. Y no temas, nunca más volverá a sucederte algo parecido. Me encargaré de ello, te lo prometo.

—Eres tan bueno conmigo, Jean-Henri... tan bueno... no me lo merezco...

—Pues claro que te lo mereces, no has hecho nada que debas reprocharte, estoy seguro. Te conozco, Columna, eres una mujer extraordinaria, llena de fuerza, y buena. Por eso te quiero.

—Me estás haciendo llorar... ¡Oh, Jean-Henri!, qué miedo he pasado... cómo te he echado de menos...

—Y yo a ti... Te consolaré saber que no soy el único que lo ha hecho. Muchos de nuestros amigos vinieron a casa a preguntar por ti, a saber cómo estabas, y qué era lo que había ocurrido. Como comprenderás, la noticia corrió como la pólvora, no todos los días una duquesa de Joyeuse acaba en la cárcel, y menos por un asesinato... Por cierto, no sabía que conocías a Gaetano Nasi d'Alcontres.

Una sola vez

Allí estaba, de pie, fumando un cigarrillo, con el abrigo negro, la bufanda de seda blanca y los guantes de piel. Hablaba animadamente con un grupo de personas, en las escaleras de entrada del Casino de Montecarlo. No la vio, ni siquiera miró en su dirección, y cuando acabó su cigarrillo lo tiró al suelo aplastándolo con el tacón de su zapato, y subió los escalones mientras comenzaba a quitarse los guantes y desabrocharse el abrigo. Columna lo vio entrar desde el coche, con el corazón en un puño.

Aquella noche, el joven príncipe Rainiero ofrecía una cena de Estado, a la que estaban invitados el general y ella. Aun a pesar de la resistencia de Columna a asistir, el general le insistió tanto que al final cedió. Como esposa, era su obligación acompañarle, pero sobre todo estaba harto de verla encerrada en casa todo el día. Tenía la secreta esperanza de que el hecho de tener que arreglarse para asistir despertase un poco su buen humor, pero no fue así. No solo no parecía animada, sino que incluso se la veía más seria de lo habitual. Tras todo lo ocurrido con Pedro, su mujer no conseguía recuperarse, y aquello cada vez le preocupaba más. Afortunadamente, dentro de poco se irían del país, porque la situación se le estaba haciendo penosa... y encima estaban esos rumores...

Columna pensó que, en cualquier otro momento de su vida, la invitación a aquella cena la habría llenado de alegría y orgullo. Habían sido invitados a cenar por un príncipe, nada más y nada menos. Pero ahora le daba exactamente igual. Ahora todo le daba igual. No tenía ganas de hacer nada, se pasaba el día tumbada, a veces leyendo sin entender lo que leía, otras escuchando la radio. No se arreglaba, no salía a pasear, casi no comía. Si se hubiese muerto de hambre, también le habría dado igual. Doña Raquel la visitaba siempre que podía, le tomaba la temperatura, le cogía de la mano, le hacía un té.

—Esta niña está mal, Jean-Henri, necesita un médico.

—Pero, Raquel, si ya la han visto los mejores médicos de Francia, está sanísima, no tiene nada. Será tristeza por todo lo ocurrido, ya se le pasará...

—¿Tristeza? Yo he estado triste muchas veces en mi vida, y no me he comportado así. A lo mejor lo que necesita es uno de esos médicos modernos, esos que te hacen preguntas, y te hacen hablar de tu vida. ¿Cómo se llaman? ¿Psicólogos?

—¿Me estás diciendo que mi mujer está loca? ¿Que necesita que la ingresemos en un sanatorio? Alguno de los muchos médicos que la han visitado ya me lo habría dicho, ¿no crees? Está apática, no dando gritos y golpeando las paredes.

—Era solo una sugerencia, como están tan de moda... Pero, bueno, busquemos si quieres otra opción... ¿Por qué no le traes a su madre?

—Lo he pensado, pero tanto su madre como su tío están ya muy mayores para viajar, y no tienen buena salud. Y ella no ha querido contarles nada de lo ocurrido, para no preocuparles... Es cierto que había pensado llevarla a Zaragoza unas semanas, pero los acontecimientos se han precipitado y nos vamos de viaje el mes que viene, no hay tiempo suficiente para ir a verlos. Estaremos fuera a lo mejor un par de años, quién sabe. Le hará bien irse de aquí. A todos nos hará bien...

—Estoy de acuerdo contigo, llévatela y que le dé el aire, que aquí está cada vez más enrarecido. Hasta yo tengo ganas de irme.

—Lo haré, lo haré, pero antes necesito que me ayudes. Quiero que me acompañe a Montecarlo, al baile del príncipe Rainiero, y siempre me dice que no. Convéncela por favor de que lo haga, será nuestro último acontecimiento aquí antes de irnos, y no quiero ir yo solo... La Costa Azul es un hervidero de rumores tras lo sucedido, no quiero que además piensen que entre nosotros hay algún problema.

—Te entiendo, ha sido todo demasiado trágico... Pobre Columna... No te preocupes, me encargaré de convencerla de que vaya contigo. Tiene que espabilar de una vez, no puede seguir así... Esa niña va a ir al baile, como que me llamo Raquel Meller.

Columna no tuvo más remedio que ceder, aunque solo fuese por no oír los constantes reproches de doña Raquel y el general. Presa del nerviosismo, habló con Marie-Hélène, la única con la que podía sincerarse, y le contó el verdadero motivo: estaba segura de que se encontraría con Gaetano, pues sabía que era amigo del príncipe. Incluso sospechaba que les habían enviado la invitación gracias a él.

—Entiendo tu miedo, Columna, pero debes asistir. El general no lo entendería, y esto puede acabar en un serio problema con él. Nos tienes a todos muy preocupados con tu estado de salud. Doña Raquel no hace más que llamar cada dos por tres y preguntar si has comido o dormido bien. Y el general... él te quiere mucho, Columna, sufre por ti. Sé que todo por lo que acabamos de pasar ha sido muy duro, yo tampoco es que esté muy bien, ya lo sabes, pero tienes que ir al baile. Hazlo por el general, se lo debes.

Marie-Hélène tenía razón, se lo debía. Pero tenía miedo. Miedo de encontrarse con el italiano y romper a llorar, miedo de las miradas de la gente tras su paso por la cárcel, de que la señalasen con el dedo, de que susurrasen a su espalda y la llamasen... No, no quería ni pensarlo... Pero Marie-Hélène tenía razón, tenía razón... Así que no tuvo más remedio que resignarse a su suerte.

El día del baile se puso lo que le dijo doña Raquel, una parte de arriba negra, escotada y con medias mangas, y una falda de gran volumen, hasta casi los tobillos, con varias capas de tul en color marfil. La falda llevaba un adorno de plumas negras en la cintura, que caían como un cinturón alrededor de ella. Guantes blancos, zapatos negros, collar de doble vuelta de perlas, pelo suelto marcado con ondas suaves, maquillaje suave. Al mirarse en el espejo, vio una mujer llena de ansiedad.

Salieron del Gran Hotel donde se hospedaban en el Hispano-Suiza. Jean-Henri le cogió de la mano durante todo el trayecto, algo inusual en él. Reconfortada por ese pequeño gesto de cariño, le sonrió y se recostó en el asiento, relajándose. Pensó que en poco tiempo se iban a ir de la Costa Azul, que todo quedaría atrás, y que tenía una segunda oportunidad para hacer las cosas bien, así que no debía tener miedo de nada ni de nadie. Su voluntad sería tan fuerte como la columna donde estaba su Virgen del Pilar.

Cuando el chófer aparcó el coche a la entrada del Casino, y vio a Gaetano allí de pie, fumando, la férrea voluntad que creía tener, se desmoronó. Pálida, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a llorar, para no salir corriendo de allí, para no dejar al general solo.

—Querida, te voy a presentar a varias personas esta noche, algunas muy importantes como el príncipe Rainiero, que yo creo que en breve subirá al trono pues su abuelo, Luis II, está muy enfermo. También a un armador griego, Onassis, un multimillonario con quien dicen que el príncipe está haciendo negocios importantes en el principado. Es un gran hombre.

—Entonces, Rainiero será rey dentro de poco.

—No, querida. Mónaco es un principado, no tiene reyes, sino príncipes.

—Pensaba que formaba parte de Francia.

—No, no, Mónaco es un estado independiente, como el Vaticano, en Roma, para que te hagas una idea. Pero mira, hablando del rey de Roma, ahí viene a saludarnos Gaetano Nasi d'Alcontres.

Columna se giró y vio que, con paso decidido y sonrisa cordial, se les acercaba Gaetano a saludar, tal y como el general acababa de anunciar. Sintió el pulso acelerarse en su corazón como un loco, y evitó mirarlo a los ojos mientras el italiano no hacía otra cosa que hablar sin parar.

—General, señora duquesa, qué agradable placer encontrarles aquí esta noche. Me alegro de volver a verles.

—Lo mismo digo, señor Nasi. Veo que ha conseguido usted que le den una copa de champán.

—Sí, general, es un arte que he perfeccionado con los años. Vagar por una fiesta sin una copa en la mano me parece deprimente. Pero me extraña que no les hayan ofrecido ya una, con la cantidad de camareros que hay dando vueltas por aquí.

—Debo decir que no hemos estado muy atentos a eso, le estaba hablando a mi mujer de Aristóteles Onassis, justo antes de que usted llegara.

—Onassis, un gran hombre. Media flota griega es suya, y por lo que me han contado, la mitad de las mujeres de esta fiesta también.

En ese momento, un hombre se acercó y habló en voz baja con el general.

—Discúlpame, Columna, debo ausentarme un momento.

Columna se quedó junto a Gaetano, presa del pánico, indefensa. Se arregló los guantes fingiendo indiferencia, mientras miraba a su alrededor, esperando ansiosamente el regreso de Jean-Henri. Entonces escuchó al italiano, hablándole con voz suave.

—Columna, veo que el paso por la cárcel no ha hecho mella en tu belleza. Estás aún más espectacular si cabe. No sé bien qué fue lo que sucedió, los rumores no coinciden, aunque todos apuntan a que mataste a un hombre que, al parecer, quería matarte a ti. Incluso fui a Villa Leopolda, a hablar con el general, para ver si averiguaba la verdad de todo lo ocurrido. Pero el general fue más bien parco en palabras, muy discreto y protector. ¿Es cierto que aquel hombre te había violado? ¿Lo mataste por eso? No respondes. Bueno, a quién le importa lo que pasó. Tampoco me miras. ¿Por qué no quieres mirarme? Al fin y al cabo, yo no he hecho nada malo...

No me mires así, tranquila, nadie nos oye. Tu general está muy interesado hablando con alguien, y nadie ha reparado en nosotros, estamos lejos del resto de la gente... Pienso mucho en ti, Columna, y la oferta de una habitación en Cap-Eden-Roc para los dos solos sigue en pie... No pongas esa cara... El general ha dicho que os vais de viaje, y ha sonado a algo muy largo, así que tengo una propuesta que hacerte. Una única vez, Columna, una única vez, y después podrás volver a ser la perfecta esposa, fiel y abnegada. Piénsalo. Nadie lo sabrá nunca... Pero concédeme esa vez que los dos deseamos. Y después nos despediremos para siempre.

Mientras hablaba, Columna notaba que Gaetano se estaba acercando cada vez más a ella, hasta que sus cuerpos se tocaron, y quedaron pegados junto a una puerta. Ella sintió en su brazo el roce de las manos de él, asiéndola delicadamente, fuera de la vista de todos. Y a cada palabra, las manos fueron subiendo poco a poco por su brazo hasta llegar a su cuello, que acarició muy despacio en una tormenta de deseo y culpa para Columna.

Se separó con brusquedad de él y, tras sonreírle cortésmente como si se estuviese despidiendo, se alejó en busca del general atravesando la sala llena de gente. El resto de la velada no existió para ella. En su cabeza solo podía recordar las palabras de Gaetano, «concédeme una vez». Atormentada, sentía el impulso de decirle que sí tan fuerte como el redoble de unos tambores antes de la batalla. Una vez... nadie lo sabrá...

Adiós

«*Au revoir*», había escrito en la nota.

Aquello bastaría.

Después de tanto tiempo pensando en él, de haberlo deseado, de haber estado a punto de arrojarse en sus brazos, de repente se descubrió irritada. ¿Por qué no podía dejarla en paz? Quizá fuera porque a base de insistir había logrado otras conquistas, pero Columna estaba ya cansada. El último encuentro en el baile de Mónaco le había dado la medida exacta de aquel hombre: alguien sin escrúpulos, engreído, vanidoso y, estaba segura, también muy peligroso. Ya no dudaba de que todos los rumores que circulaban acerca de él eran ciertos.

De haber actuado él de otra forma, no sabía qué habría podido suceder... era sincera consigo misma, no se engañaba. Aquel hombre la atraía. Pero ahora, cuando algo o alguien se lo recordaba, se enfadaba por el simple hecho de recordarlo y lo desechaba con rapidez de su mente. Se sentía decepcionada, al final no era el hombre que ella creía que era. Porque un hombre de verdad habría entendido sus razones, y aceptado con elegancia la negativa. Pero Gaetano... si incluso la había amenazado con contárselo todo al general... Pero ¿qué era todo? Dos frases, algunas insinuaciones, unas miradas...

Era verdad que con eso bastaría para enfadar a su marido... Pero ella se había mantenido fiel, había resistido los asedios del italiano, por mucho que al principio le gustasen. Ese principio en el que lo imaginaba diciéndole: «Te raptó para mí», y llevándosela a algún lugar exótico donde le haría el amor bajo las estrellas. Ese principio en el que lo veía y sentía las piernas temblar como un flan. Ese principio donde sus ojos verdes la llenaban de sueños... Pero la culpa aún seguía ahí, escondida y lista para salir a la menor señal, aunque cada vez la sintiese más y más lejana.

Así que aquel escueto «*Au revoir*» deseaba con todo su corazón que fuese un adiós para siempre. Se marchaba a Egipto, y esperaba no volver de allí en mucho tiempo, o al menos el suficiente para que la Costa Azul dejase de hablar de ella. Tras lo ocurrido con Pedro, su mundo se había puesto patas arriba, y, lo que era peor, también el del general. Le había fallado como esposa y como duquesa, y aunque seguía siendo bueno y cariñoso con ella, sabía que en su interior debía sentirse él también muy decepcionado.

La marcha a El Cairo representaba lo más parecido a un exilio forzoso. Por mucho que el general le dijese que ya se lo habían ofrecido mucho antes de todo lo ocurrido, por mucho que la intentase tranquilizar diciéndole que eso era lo que quería, y que le hacía muy feliz partir,

Columna sospechaba que la verdad era bien distinta. Era ya un hombre mayor, se merecía descansar y dejar de trotar por el mundo solucionando problemas. Y aunque ella le dijo que no hacía falta que se fuesen, que soportaría cualquier cosa con tal de verlo feliz en su país, en su ciudad, en su casa, él no dio marcha atrás.

Columna estaba secretamente agradecida, pues había llegado a convencerse que lo mejor era desaparecer durante un tiempo. Se había encerrado en casa, esperando el momento de partir, alejándose del bullicio de la intensa vida social que tenían antes. Pero, como suele suceder siempre, cuanto más enclaustrada estaba ella, más invitaciones le llegaban.

—Mira, Marie-Hélène, la marquesa de Argenteuil ha organizado una *soirée* en la casa que tiene en Cap Ferrat. Jamás me había invitado a nada, es más, no recuerdo que ni siquiera me saludase en las fiestas, y ahora de repente me invita a una cena.

—Es una buena señal, significa que por fin te has integrado plenamente en el círculo del general. No le tengas en cuenta lo de antes, las aristócratas francesas son así, muy diferentes a las inglesas, les cuesta aceptar a alguien extranjero en sus círculos.

—Pero ¿qué dices? No es nada de eso. Me he convertido en un mono de feria. Cada vez me llegan más y más invitaciones, todos quieren que sea la atracción de sus fiestas. Enseñar a sus amigos a la duquesa asesina. Enseñar a la española que se casó con un general francés, a la que violaron y que acabó matando a su violador. ¡Qué historia! Hasta yo pagaría por verme...

—¡Por Dios, Columna, no digas eso! No seas tan dura contigo misma. Sabes que lo sucedido ha levantado mucha polvareda, que salimos en los periódicos, que a la gente le gusta cuchichear sobre lo ocurrido... Pero estoy segura de que, en cuanto salga la sentencia que nos absolverá de todo, se olvidarán. Ya queda poco... espero...

—Lo sé, no creas que no lo sé... Pero toda esta situación más lo de Gaetano, me tiene de los nervios. Sé que estoy apática, que estáis preocupados por mí, y lo lamento muchísimo. Pero no sé cómo lidiar con todo lo sucedido... Me gustaría tanto poder estar bien... pero solo tengo ganas de tumbarme en mi cama y llorar. Han sido demasiadas cosas a la vez, demasiadas. Tengo los nervios deshechos, ¡deshechos!

—Te entiendo, mi querida Columna, te entiendo muy bien. Me siento tan aturdida y cansada como tú... Pero aunque te parezca increíble, todo esto pasará. Así como los momentos de alegría pasan, el dolor también lo hace. Un día te levantarás y de todo esto solo quedará un recuerdo lejano, que ya no te llenará de tristeza.

—¡Ojalá sea así!, porque ahora es como si el mundo se me hubiese caído encima.

Columna hacía maletas, preparaba listas para no olvidarse de nada, y sonreía cada vez que el general se acercaba a verla. Hacía todo lo posible por serenarse, y conforme el día de partir se acercaba, empezó a sentirse mejor de verdad. Por fin el día que vio la costa francesa alejarse entre la espuma del mar y el reluciente sol, sonrió.

La sospecha

El Cairo fue el destino al que enviaron al general, como agregado militar en la embajada francesa. No quiso contarle mucho a Columna del porqué de ese extraño y lejano destino, y más cuando estaba tan próximo a la jubilación. No quería preocuparla. Lo único que le dijo fue que necesitaban a un hombre con experiencia, pues según los informes que tenían del Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje, se avecinaban tiempos complicados en el país.

Podía haberla dejado en Francia, sin duda eso hubiese sido lo más sensato. Pero la estancia en Egipto se iba a prolongar con seguridad más de un año y, tras lo ocurrido con Pedro, no quería que se quedara sola, y menos durante tanto tiempo. Además, cuando pensaba en estar sin Columna, se sentía muy infeliz. La amaba, de eso no había duda alguna. Sospechaba que su mujer no había sido del todo sincera con él sobre lo ocurrido aquella fatídica noche con Pedro, pero aun así su amor por ella no decreció ni un ápice. Fuese lo que fuese lo que había pasado, estaba convencido de que la conducta de su mujer había sido la única posible: la de defensa ante un grave ataque. Los detalles le daban igual.

Antes de marchar a Egipto, le preguntaba cada dos por tres cómo estaba, y ella siempre respondía que bien. Aunque la verdad era que había cambiado. Se había vuelto más seria, taciturna incluso. Sonreía cada vez menos, y se mostraba distante con todo el mundo. No respondía a las cartas ni a las llamadas de teléfono, y no aceptaba una sola invitación a fiestas o actos sociales. Decía que todos murmuraban a sus espaldas, que al verla se apartaban a su paso como si fuese una apestada. Que se sentía observada, juzgada, criticada. La Costa Azul no le había perdonado el escándalo. Estaba, además, pendiente del juicio, lo que le creaba una profunda desazón, por mucho que tanto él como su abogado le dijese que estuviese tranquila, que no había indicio alguno, ni una sola prueba, de que aquello no fuese lo que ambas mujeres habían declarado: un desgraciado y lamentable accidente.

La inminente partida a Egipto la transformó en una mujer de nuevo alegre y dichosa. Volvió a sonreír, a hablar, a querer hacer mil cosas. Volvió a querer vivir, y eso llenaba el corazón de Jean-Henri de felicidad. Todo habría sido perfecto si no hubiese sido por el maldito capitán Augier y el Club Napoleón...

Faltaban tan solo dos días para embarcar, y aún quedaban mil cosas por hacer. Villa Leopolda hervía en una constante actividad, con la casa llena de baúles y maletas, de ropa y enseres personales, con un ir y venir constante de criadas y mozos. El general acababa de recoger

los nuevos pasaportes, y como le pillaba de camino, decidió acercarse a su club y tomarse una copa tranquilamente, antes de llegar al campo de batalla doméstico.

A semejanza de los clubes ingleses, el Club Napoleón de Niza era solo para caballeros distinguidos. Un oasis donde leer la prensa, comer algo, o incluso dormir si la noche se hacía larga jugando a las cartas en alguno de sus cómodos salones. Al llegar, un mayordomo le cogió el sombrero y la carpeta con la documentación y, tras pedir un whisky con soda, sin hielo, Jean-Henri se dirigió a la biblioteca. Aunque antes, fue al baño.

Cuando estaba dentro de una de las cabinas, oyó pasos que entraban y la inconfundible voz del capitán Augier, grave y rasposa, mientras charlaba desenfadadamente con otro hombre.

—*Oui, mon cher ami*, sé que suena increíble, pero me lo ha contado él mismo, así que no tengo motivos para dudar.

—Si es así, ¡menuda mujer!

—A mí no me extraña, ya sabes la fama que tienen las españolas. Mujeres zafias, de escasa educación, y no digamos ya cultura o refinamiento... aunque debo reconocer que algunas son muy guapas. Pero no en el caso que nos compete, he tenido ocasión de ver a la duquesa en persona un par de veces, y no es precisamente guapa, aunque tiene algo...

—Algo debe de tener, conozco al señor Nasi d'Alcontres, y no es de conformarse con cualquier cosa.

—Él me dijo, de forma muy confidencial, que aquel hombre la había efectivamente violado, y que había sido ella quien lo habría asesinado con la ayuda de su doncella. Contó que, después de lo sucedido, su forma de hacerle el amor ¡se volvió salvaje!

—Pues qué quieres que te diga, ¡a mí me daría miedo acostarme con ella!

Y mientras las risas de ambos hombres abandonaban los baños, el general temblaba lleno de ira. Su primer impulso fue ir a buscar a aquel italiano, y matarlo. Lo encontraría y le exigiría una explicación, y después lo mataría.

Salió dispuesto a irse lo antes posible de allí, mientras su ánimo se iba enfriando. Él siempre había sido un hombre reflexivo, que jamás había entablado una batalla sin haber estudiado antes con calma todos sus matices. Así que lo de Gaetano debía hacerse de forma parecida, con serenidad, con calma. Desgraciadamente, no había nadie a quien poder confiarle aquel problema, nadie que le pudiese ayudar o que pudiese contarle la verdad, pues solo Columna y el italiano la sabían.

Jean-Henri quería creer a su mujer, quería creer en su inocencia. ¿Acaso no se había comportado siempre de forma intachable? Se acordó de una sentencia leída una vez: «La mujer del César no solo debe ser casta, sino parecerlo». Y ella lo había parecido siempre. Incluso en la boda, cuando aquel antiguo novio se había presentado, ella había obrado con entereza y dignidad. No había vuelto a mirarlo ni una sola vez, y se había marchado de Zaragoza a emprender una nueva vida en Francia.

El general repasaba en su memoria algún gesto, alguna sonrisa, una mirada, algo que hubiese podido delatar una traición, una infidelidad, algo que a él se le hubiese escapado. Caminaba por la calle, rumbo a la promenade des Anglais, sin mirar por dónde iba, como ebrio. Se sentía tan aturdido, que tuvo que sentarse en uno de los bancos del paseo, y aflojarse el nudo de la corbata. Respiró a grandes bocanadas, y se esforzó por relajarse. Columna... su esposa... No, aquello no podía ser cierto.

Decidió desechar el pensamiento como lo que era, una calumnia, una basura infecta, decidió no creer lo que acababa de escuchar. No eran más que sucias mentiras lo que aquel despreciable italiano iba contando de su mujer... Pero, aunque así fuera, ¿el honor de su esposa no exigiría igualmente una satisfacción? ¡Qué situación más delicada! Sentado en el banco veía a algunas familias pasear por la orilla del mar. Ojalá ellos también hubiesen tenido un hijo, lo deseaba tanto...

Pero en cambio allí estaba, pensando en si Columna le había sido infiel o no. Si era cierto, decírselo habría significado el fin de su matrimonio. Habría supuesto descubrir un infame secreto, y llenar de vergüenza su casa y su nombre. Significaría tener que dar la razón a todos aquellos que le advirtieron que se equivocaba al casarse con una mujer mucho más joven que él, y extranjera.

Pero si no era cierto, decírselo significaba abrir una profunda brecha entre ambos, de la que no sabía si podrían recuperarse, y que podría significar también el fin de su matrimonio. Porque si ella no tenía nada que reprocharse, si todo habían sido mentiras de un infame, que él le preguntase la haría sentir profundamente entristecida por su desconfianza. Se abriría un abismo entre los dos, lleno de rencor y de dolor.

El general amaba a Columna, la había amado desde que la había visto por primera vez, con el pelo revuelto por el viento, los ojos enrojecidos por el llanto, las manos juntas en el regazo. Había sentido por ella una profunda ternura, un intenso amor, un deseo inmenso de protegerla, cosas todas ellas que no habían cambiado ni un ápice con el tiempo. Pero ahora se encontraba completamente perdido. Por primera vez en su vida, no sabía qué hacer.

Si era justo, nunca había visto en su esposa actitud o palabra que pudiesen haber sido tachadas de deshonorosas. Y a eso era a lo que debía agarrarse si quería salvar su matrimonio. Pero lo que había escuchado en los baños del club tampoco dejaba lugar a dudas... Y sin embargo...

Olvidar el pasado

Tras su partida de Francia, Columna había puesto todo su empeño en olvidar. El presente era para ella luminoso y lleno de perfumes exóticos, libre de murmuraciones y maledicencias. Egipto se había convertido en el lugar donde sentirse segura, sin culpas ni remordimientos, sin miedo al qué dirán, y donde poco a poco deshacerse de los malos recuerdos. Su paso por la cárcel le parecía ahora una antigua pesadilla, y Pedro una imagen borrosa que, aunque la asediaba de vez en cuando haciéndola todavía temblar, saber que estaba muerto le hacía respirar con alivio.

Embarcaron en Marsella a principios de febrero de 1948, en el vapor *SS París*, rumbo a El Cairo. Alojados en un camarote de primera clase, habían disfrutado durante toda la travesía del buen tiempo, lo que les permitió tomar parte de las muchas actividades que se llevaban a cabo en el barco, como el torneo de bridge o el famoso pinnacle. Antes de partir, y ayudada por Marie-Hélène, había elegido cuidadosamente la ropa, no solo para el viaje sino también para su estancia en un país que, según decían, era muy caluroso. Llevaba faldas con vuelo a media rodilla y rebecas de punto para las mañanas, vestidos de cóctel para las recepciones, sombreros y trajes chaqueta de Dior y Balenciaga, o largos vestidos de noche para las cenas y fiestas. Eran tantos los baúles y sombrereras, que por un momento dudó si le dejarían subir todo a bordo.

Echaba mucho de menos a Marie-Hélène. Por un lado, le habría gustado tenerla cerca durante su estancia en Egipto, tener a alguien de confianza en un país donde no iba a conocer a nadie. Pero, por otra parte, tras lo ocurrido con Pedro y sus confesiones en la celda, a veces la miraba y no podía evitar sentirse decepcionada.

La francesa había preferido quedarse en Villa Leopolda, a ella nada se le había perdido al otro lado del Mediterráneo, y además sufría de un agudo *mal de mer*. La verdad era que la confesión de lo ocurrido con Alziz la había dejado agotada. Su cuerpo había entrado en una especie de letargo, del que no conseguía salir. Necesitaba descanso, olvidar ella también todo lo ocurrido, y comenzar un nuevo día sin que la carga de la culpa la arrastrase cada vez más a una profunda tristeza. Olvidar, perdonar, volver a empezar. Irse a Egipto con Columna y el general habría sido como una huida hacia delante, y no habría servido para nada.

Además, había advertido que su relación con Columna había cambiado. De forma muy sutil, era cierto, pero notaba en ella a veces miradas y expresiones, que delataban que no estaba del todo bien con ella. Quizá ese tiempo de separación ayudaría a poner las cosas en su sitio entre las dos. La distancia y el tiempo serían sus mejores aliados. ¿No se decía siempre que eran las únicas fuerzas capaces de hacer olvidar y perdonar? ¿Acaso ellas no eran amigas de verdad?

Esa era su esperanza, que con la distancia Columna recordase lo mucho que la quería Marie-Hélène. Que toda aquella distancia se convirtiese en un nuevo comienzo, olvidando todo lo sucedido, y perdonando, si es que quedaba algo que perdonar. Pero conforme pasaban los días, parecía estar peor. Columna había terminado por recluirse en Villa Leopolda, y no había forma de sacarla de allí. Raquel Meller y Coco Chanel eran las únicas a las que se les permitía la entrada, y aun así, tenía que hacer un esfuerzo tremendo para estar con ellas y sonreír.

—*Ma chère amie*, no pongas esa cara de funeral. Lo que ha ocurrido no puede ser más francés, con toda esa pasión, y odio, y venganza. Olvídate de lo que piensen los demás, seguro que ellos tienen algo parecido en sus vidas. Y si no lo tienen, les gustaría tenerlo. En el fondo, son todos muy vulgares...

—Coco tiene razón, Columna, no permitas que lo sucedido te amargue la vida, olvídale ya. Ese hombre irá al infierno por sus pecados, no lo dudes. Y sal de una vez del aislamiento en el que te has encerrado, porque entonces sí que dará la impresión de que tienes algo de lo que avergonzarte.

—Y quemá esa rebeca que llevas... Pensaba que ya habíamos acabado con todas ellas hace tiempo...

Columna las escuchaba y no podía evitar reírse. Las iba a echar mucho de menos, de las pocas cosas que echaría de menos allí...

Tumbada ahora sobre la cama de su nueva habitación en El Cairo, pensaba en la vida que había tenido, y en la que podría volver a tener. La ventana de su habitación era alta. Las pesadas cortinas que colgaban de ella, parecían doseles enmarcando las colinas de arena y el río en la lejanía. En el alféizar, varios tiestos pequeños con albahaca ahuyentaban a los mosquitos. Las falucas habían salido. Sus blancas velas reflejaban el sol que alumbraba el Nilo, lleno de suaves oleajes y murmullo de aves pescando. ¡Era todo tan hermoso! La única nota discordante era el general, cada día más extraño y serio, menos cariñoso, siempre perdido en sus pensamientos.

Los primeros días lo achacó al viaje, el nuevo puesto de trabajo, el recuerdo de su esposa en la cárcel... demasiadas cosas quizá en poco tiempo. Pero conforme las semanas pasaban y el general cada vez estaba menos comunicativo, más ocupado, y al parecer sin tiempo para dormir nunca en casa, Columna comenzó a pensar que algo ocurría, que algo le ocultaba. Él siempre respondía a sus preguntas con evasivas, se escudaba en el periódico que estaba leyendo, o en que le esperaban en una reunión urgente.

No era descortés, ni la trataba mal, ni siquiera le hablaba de manera diferente a como hacía antes. Era otra cosa. Era algo que flotaba entre los dos. Y Columna, costara lo que costase, se propuso averiguarlo.

El Cairo

Columna no sabía si sería capaz de adaptarse a un país tan diferente, pero no tardó en sentirse enamorada de él. Se sentía feliz de estar allí, ocupada en mil cosas y no encerrada todo el día, como había sido hasta hacía poco tiempo en Francia. Dedicó las primeras semanas a redecorar la casa que la embajada les había adjudicado. Se perdía en los zocos y los mercados acompañada de dos sirvientes, y volvía cargada con jarrones, alfombras o lámparas, tan feliz. Visitaba la ciudad y lo miraba todo con ojos llenos de asombro, pues todo era en verdad extraordinario. Se encontró con un mundo muy diferente al de Francia: el Nilo que discurría enorme en su caudal y anchura, el hermoso desierto lleno de dunas de arena fina, los grandiosos monumentos de la época faraónica...

¡Qué diferente de Zaragoza, de Toulon, de Niza! Aunque le escribía cartas a su madre y el tío Luis contándoselo todo, estaba segura de que no la creían, pues, ¿quién podría creer que todas aquellas cosas existiesen? Tomaba dátiles en el desayuno, olía a jazmín y a rosas de Alejandría, bebía *karkadé* de color rojo intenso y sabor amargo.

Las paredes de la casa tenían cuadros con odaliscas voluptuosas, que mostraban sus cuerpos semidesnudos. Tumbadas sobre alfombras de complicado dibujo, llevaban pañuelos de seda multicolor en la cabeza, y sonrisas enigmáticas llenas de promesas de mil y una noches. Columna nunca había visto cuadros así, tan llenos de sensualidad y erotismo, y no el Cristo crucificado que presidía el comedor de sus padres.

La casa tenía una enorme biblioteca, con volúmenes en francés y árabe, donde al general le gustaba pasar los pocos ratos libres que tenía leyendo. Le había comprado dos libros en Francia a Columna, y se los dio como sorpresa nada más llegar.

—Desde hace muchos años, tengo por costumbre leer novelas que transcurran en el país que visito. Me la inculcó mi madre, y es una pasión que no ha hecho más que crecer con el tiempo. Igual que leo a Goethe o Thomas Mann cuando piso Alemania, o a Manzoni en Italia, quiero ahora iniciarte en esta vieja tradición familiar. He buscado dos novelas que creo te gustarán, pues no son muy pesadas. Una es de una autora inglesa, una novela sobre un asesinato en el Nilo, que ha cosechado grandes éxitos. La otra cuenta la historia del médico real de un faraón, llamado Sinuhé. Ambas me las recomendó encarecidamente el librero al que se los compré, así que aquí las tienes. Espero que sean de tu agrado.

Columna leía a ratos, disfrutando del famoso detective belga, con cabeza en forma de huevo y bigotes encerados, que resolvía casos en apariencia imposibles de solucionar. Y cuando cerraba

las páginas y salía a dar una vuelta, descubría que mucho de lo narrado era lo que ella misma estaba viviendo en aquel momento. La arena que invadía las calles, apilándose en las esquinas, el olor a frutos secos y miel de los dulces, el aroma de los sicomoros y las acacias en las calles, el sol que hacía que los objetos, las personas y el río, brillasen como mercurio, en un espejismo perpetuo de luz y calor.

Columna sufría con el intenso calor de El Cairo. En Zaragoza jamás había vivido unas temperaturas tan altas, tenía la impresión de que un día el termómetro se iba a desbordar. Pero los autóctonos parecían no darse por enterados. Las calles bullían en un hervidero de gentes, donde el contraste de los colores de las chilabas y los gritos que continuamente se daban en una lengua incomprensible hacían que sus paseos diarios fuesen siempre una sorpresa diferente. Pero el calor... no le quedaba más remedio que salir parapetada bajo una enorme sombrilla, o acabaría mareada. Ya le había ocurrido un par de veces, y eso que siempre llevaba sombrero.

Su vida social, aunque al principio escasa, acabó siendo tan intensa como en Francia, antes del desgraciado suceso. Jean-Henri le presentó al embajador francés, *monsieur* Gilbert Arvengas, y a su mujer, Simone, quien le descubrió los mejores lugares donde comer, tomar el té o vestirse, presentándole a gran parte de la comunidad diplomática en la ciudad, que era abundante. Gracias a ella, aprendió a jugar al críquet y al bádminton, deportes todos ellos practicados por los antiguos colonos ingleses, y que los egipcios y la vida consular habían adoptado.

Con Simone visitó por primera vez el Museo Egipcio, y fue allí donde se dio cuenta de lo poco que sabía, de todo lo que nunca había aprendido sobre el mundo en el que vivía. Lo que le habían enseñado en la escuela, en el Servicio Social, era historia de España, de la religión católica, de su país. Pero allí delante tenía papiros en latín, árabe, egipcio antiguo... Veía jeroglíficos, monedas romanas y griegas, estatuas, pinturas y sarcófagos. Historia presente de civilizaciones con milenios de antigüedad... Como aquel mosaico con la cabeza de Medusa, cuyas serpientes parecía que iban a cobrar vida en cualquier momento... O el tesoro de Tutankamón, con esa máscara de oro que brillaba como si la hubiesen fundido el día anterior...

Impresionada, tuvo que sentarse en un banco un momento. Simone la miraba preocupada, ¿acaso se encontraba mal? Le sonrió y le dijo que solo estaba un poco cansada, y que no estaba acostumbrada al intenso calor que hacía. Pero ¿cómo explicarle que de repente había sido consciente de lo minúscula que era ella, de lo irrelevante que había sido su vida, lo era y lo sería, en comparación con la historia del mundo? Se dio cuenta que lo único que le quedaba digno por hacer era amar al general. Que esa segunda oportunidad que tenía, tras no haber acabado en la cárcel, la debía emplear en cumplir con lo que se había resistido durante tanto tiempo: ser una esposa de verdad.

Después de haber tomado esa decisión, se volcó en agradar a Jean-Henri. Se preocupaba de sus comidas y cenas, de que vistiese los mejores trajes de lino, e incluso se ofreció a acompañarle a una excavación, a la que sabía que hacía tiempo que quería acudir. Sabía que su marido se había enamorado perdidamente de Egipto años atrás, pero ahora parecía que no tenía tiempo para nada que no fuese la embajada.

Estando gran parte de los días sola en casa, decidió exprimir al máximo la vida que El Cairo le ofrecía. En compañía de Simone, se hizo vestidos de noche con ricas telas llenas de brillantes bordados. Disfrutaba del tierno sabor de los panes de forma plana, de los guisos de habas cocidas lentamente en un pote de cobre, de las sopas hechas con hojas de yute. Aprendió a beber el té de

hibisco sin quemarse los dedos ni los labios, cogiendo los vasos de cristal entre el pulgar y el corazón, justo por el borde y la base, y bebiendo a pequeños sorbos, soplando antes con cuidado.

Columna se sentía feliz, extasiada ante los descubrimientos que realizaba cada día. Y daba gracias a Dios por encontrarse a miles de kilómetros de Francia, daba gracias por estar con el general y ser amada, por tener una buena vida, tranquila, sosegada, sin sobresaltos. Daba gracias porque estaba empezando a olvidar...

La misión

Aunque solía disimular cuando veía a su mujer, el general en su fuero interno estaba muy preocupado. Jamás habría podido imaginar que aquel viaje le depararía tantos dolores de cabeza. Primero, habían sido los alarmantes informes que recibía sobre la zona, pero, después, tras lo del Club Napoleón, se sentía muy afectado.

Meses antes de partir, había tenido una larga reunión en París con Henri-Alexis Ribière, director del Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje, y lo que le pidió le dejó perplejo. Nunca imaginó que habiendo combatido en dos guerras mundiales, y con edad ya de retirarse, sus servicios fuesen todavía necesarios. Pero al parecer lo eran.

El director le explicó que la situación en Egipto era alarmante, y necesitaban enviar cuanto antes a un agregado militar en misión diplomática. Tras hablarlo con Pierre-Henri Teitgen, ministro de las Fuerzas Armadas, la persona en quien habían pensado era el general. Sí, sabían que estaba a punto de pasar a la reserva, pero con una hoja de servicio impecable y su experiencia de campo, era el hombre que necesitaban en aquel momento. La creciente tensión entre varios estados árabes y el Estado de Israel acabaría sin duda desembocando en una guerra, y los intereses de Francia podían verse seriamente perjudicados en la zona, más aún desde que habían perdido Siria dos años antes.

—La historia, más o menos, imagino que la conoce, general. Perdimos los protectorados en el cuarenta y seis, y los ingleses dividieron sus territorios, creando un caos organizativo. Pero el verdadero problema es la absoluta incapacidad de árabes y judíos, para convivir juntos en el mismo Estado. A esto le añadimos la resolución de la ONU que reconoce el Estado de Israel, y tenemos los motivos por los que los estados árabes vecinos pusieron el grito en el cielo.

—Imagino que no les convenció mucho el reparto de territorios...

—Por decirlo suave... Territorialmente es poco viable para ambos, aunque los judíos están que baten palmas de alegría.

—Y Francia, ¿qué tiene que perder o ganar en toda esta fiesta? Al fin y al cabo, no es nuestra zona natural de influencia.

—Como ya sabrá, general, Francia tiene un papel histórico en los Santos Lugares.

—Lo sé, lo sé, tenemos una gran tradición como protectores de las minorías cristianas orientales. Pero desconozco el interés que podamos tener en esa parte del Mediterráneo hoy en día.

—Francia es una de las mayores potencias europeas y del Mediterráneo, y esa zona entra dentro de nuestra área de expansión política en el norte de África. El conflicto palestino se está recrudeciendo. La resolución de la ONU ha otorgado aval jurídico a los judíos para construir su Estado, pero no les ha asegurado su consolidación, ya que la ONU no tiene un ejército que respalde sus decisiones. Además, nuestro problema no son solo los estados árabes, sino también la Unión Soviética.

—¿Rusos? ¿Qué pintan aquí los ivanes?

—Mucho. Apoyan a los judíos y les envían armas. Según información confidencial, esperan poder establecer un Estado satélite en la zona, bajo influencia socialista. Hemos abogado desde el principio por una solución negociada con los árabes. Pero ¿qué actitud debemos adoptar que satisfaga nuestros intereses políticos, sin romper la cohesión nacional?

—Vaya, difícil problema. Lo lamento, *monsieur*, pero no veo cómo puedo ayudarle.

—En este momento prevemos tres posibles escenarios, todos bastante alarmistas: el primero es el fracaso de las Naciones Unidas. Esto lo teme especialmente nuestro Gobierno, consciente de que la grandeza de Francia deriva menos de su poder real, que de su condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—El segundo escenario es precisamente el de una interferencia de los rusos en Palestina, pero nuestro Gobierno ha condicionado cualquier asentamiento palestino a un requisito previo: la exclusión de la Unión Soviética. Y, por último, el tercer escenario es el de una conflagración nacionalista en Oriente Medio. En este último caso, los intereses estratégicos franceses estarían directamente amenazados.

—Entonces, si he entendido bien, es peor para nosotros si ganan los árabes.

—Sí, aunque parezca sorprendente, mucho peor. En realidad, no parece que haya una buena solución en ningún lado...

—Disculpe la interrupción, *monsieur le directeur*, pero no acabo de entender dónde entro yo en toda esta problemática.

—Necesitamos que vaya a Egipto y negocie. Egipto es uno de los países que más presión está haciendo, y justifican una intervención militar inmediata, según ellos como medida estrictamente defensiva... Necesitamos una tregua entre ambas partes lo antes posible.

—Una tregua...

Con estos datos partió el general rumbo a El Cairo, sabiendo que se enfrentaba a la misión más delicada de toda su vida. Pero el objetivo principal de todo el asunto era el de reconquistar el terreno perdido bajo el mandato británico, y dar prioridad a la internacionalización de Jerusalén. Eso significaba solo una cosa: apoyar a Israel para evitar una victoria de la Liga Árabe. A su llegada, se puso en contacto con el embajador francés en El Cairo, Gilbert Arvengas, quien más o menos le confirmó lo que ya sabía.

—Podemos pensar que después de unas semanas de hostilidad, las dos partes estarán cansadas y deseando aceptar una tregua.

—Esperemos que así sea, *monsieur l'ambassadeur*, Francia debe desarrollar su política de influencia en la ONU e imponerse en la organización de la seguridad regional. Esta estrategia, que

nos otorgaría una posición de árbitro entre judíos y árabes, sería lo más beneficioso para nosotros.

—Sabe que eso va a ser complicado de conseguir, general, los ingleses y los americanos también quieren ese trozo del pastel. Por no hablar de que vamos a tener que ser muy hábiles para librarnos de los soviéticos.

—Entonces, lo que me está usted diciendo es que vamos a necesitar un milagro para conseguir esa tregua...

—¿Un milagro? ¿Cree usted que con uno sería suficiente?

El general se encontró con un panorama que jamás habría deseado. Salía de la embajada cada día más preocupado, consciente de que aquello acabaría estallando, con toda probabilidad, en un tremendo choque. Cuando llegaba a casa y oía la risa cantarina de Columna, veía sus ojos brillantes, y escuchaba cómo le había ido el día, feliz porque había descubierto una pequeña tienda llena de maravillosas telas, o una pastelería deliciosa, la miraba y deseaba no haber ido nunca al club aquel día.

Deseaba poder volver a amarla como antes, sin dudas, sin resquemores, sin suspicacias o recelos. Deseaba poder besarla sin pensar que otros labios también la habían besado. Cuando ella corría a abrazarle y a preguntarle cómo le había ido el día, él siempre era cortés y le contaba lo poco que le podía contar, pero se apartaba de ella. El contacto de sus manos en su cuerpo, el sonido de voz o su mirada, lo que le provocaban era un profundo desasosiego, que hacía que acabase excusándose, indefectiblemente, en un tremendo cansancio, para irse a su habitación lo antes posible.

Esa era otra de las cosas que había cambiado, ya no quería dormir con ella. Alegando los difíciles horarios de la embajada, Jean-Henri sugirió la conveniencia de dormir en cuartos separados. Columna lo aceptó en silencio, extrañada, pero no dijo nada. Últimamente hacía así con todo. Aceptaba sus desapariciones, su mal humor, su cortedad en palabras, o el ser menos cariñoso, como algo normal.

El general fue consciente de que, poco a poco, se estaba volviendo un hombre huraño, irascible, y se lo reprochaba a sí mismo. Él, que jamás se había comportado así, como su padre, de repente era una copia de él. Trataba con todas sus fuerzas de luchar contra ello, de volver a ser el hombre que era antes de aquel viaje, de recordar los días en que se levantaba por las mañanas y estaba satisfecho con la vida.

Pero vivía atormentado por la duda y, lo peor de todo, era que se sentía incapaz de tomar una decisión. Era incapaz de hablar con Columna y contarle lo que sucedía, incapaz de preguntarle si había sucedido algo con Gaetano o no, porque tenía un miedo atroz a la respuesta. Miedo a que ella le confesase la verdad, miedo a que le mintiese descaradamente, miedo a que no hubiese sucedido nada y aun así no creerla...

Pero, a su vez, no podía soportar pensar que lo que había tenido la desgracia de escuchar en el baño del club podía ser cierto. La sospecha estaba contaminando cualquier resquicio de amor que quedase. Así que la primera noche que durmieron separados, el general tuvo miedo de que aquel fuera el comienzo del fin de su matrimonio.

El encuentro

—¿No es el palacio más extraordinario que has visto en tu vida?

Columna miró a Simone y pensó que aquello no era muy difícil, pues nunca en toda su existencia había estado en un palacio. Villa Leopolda era una casa magnífica, y en la Costa Azul había podido visitar otras villas casi igual de impresionantes, pero palacios ninguno. Como mucho, había visto alguna vez en el *NO-DO* imágenes de El Pardo cuando entrevistaban al general Franco, pero desde luego el palacio español no se parecía en nada a lo que ahora estaba viendo.

—Efectivamente lo es, querida Simone, un palacio magnífico.

—¡Es todo tan lujoso! Mi marido me dijo que el príncipe... ¿cómo se llama?... ah, sí, Mohammed Ali Tewfik... Ser la esposa de un embajador tiene muchas obligaciones, querida, entre otras, aprenderse un montón de nombres absurdos... En fin, como te decía, ese hombre se gastó un dineral en su rehabilitación y posterior decoración. Mira esa mesa labrada, y esas jarras de plata... Mire donde mire, ¡me lo llevaría todo!

—Es realmente precioso, aunque un poco recargado para mi gusto.

—Yo creo que hay una mezcla de estilos arquitectónicos... islámicos... con esas decoraciones llenas de diseños geométricos en los techos, y la suntuosidad de los materiales empleados.

—Caray, Simone, hablas como si fueses una arquitecta.

—No se lo digas a nadie, pero es mi frustrada vocación. Me habría encantado ser arquitecto. Pero conocí a Gilbert, me casé, me puse a tener hijos y a viajar por medio mundo detrás de él... Así que resultaba imposible estudiar una carrera. Pero leo muchos libros sobre el tema, me apasiona.

—A mí me habría encantado ser maestra.

—¿Maestra? Te admiro, yo sería incapaz... Me cuesta tener paciencia con mis niños, ¡imagina una clase entera! Pero mira allí, es una mesa hecha con orejas de elefante, ya me habían avisado de que era una de las cosas más increíbles que íbamos a ver en esta fiesta.

A Columna todo le parecía sorprendente. Las paredes forradas de delicada cerámica de colores, las ricas alfombras, las enormes lámparas, las pieles de animales exóticos sobre los sofás, los preciosos jardines, los enormes salones donde se celebraba la fiesta, la deliciosa comida que una corte de sirvientes ofrecía sobre enormes bandejas de plata...

—¿Quién es esa mujer occidental, la que acompaña todo el rato al príncipe?

—Es su esposa, Suzanne, por cierto también francesa, como nosotras. Perdón, como yo.

—¿Su esposa?

—Contrajeron matrimonio morganático. Así que si tienen hijos, no podrán heredar ningún título.

—Pero si ella es francesa, probablemente será católica... y él no sé qué religión profesará, pero es egipcio.

—La religión poco tiene que ver aquí, querida, diría que ni siquiera tiene que ver el amor, visto lo que sé de ella... Era actriz, al parecer... o al menos eso dicen...

Columna los miró con más detenimiento. La mujer del príncipe era muy hermosa. Rubia, vestida de forma elegante, llevaba al cuello un espectacular collar de diamantes, a juego con los pendientes. Y parecía sinceramente feliz. El príncipe desde luego no era Rafael Rivelles ni Julio Peña. Le sobraban muchos kilos, y su cara tenía una expresión astuta, que a Columna le daba mala espina. Pero no se podía dudar de que era un hombre espléndido. No podía ni imaginar cuánto podía haber costado aquella fiesta. El champán corría como fuentes de agua entre los cientos de invitados que por allí deambulaban. Había músicos tocando agradables melodías orientales, bailarinas que dejaban entrever su cuerpo bajo sedas transparentes o pavos reales mostrando la belleza de las plumas que adornaban sus colas.

Aquella era la fiesta en la que, como todos los años, el príncipe Mohammed Ali agasajaba a los embajadores extranjeros. Columna había estado en muchas fiestas en la Costa Azul, pero no tenían nada que ver con esta. Allí era todo más desenfadado, más chic, más francés. Se asistía con una mezcla de curiosidad y, a la vez, una ligera pose de aburrimiento, como si fuese más de lo mismo a lo que uno estaba acostumbrado. Pero en El Cairo el ambiente era muy diferente. Aquella no era en el fondo una reunión social, y así se lo había advertido el general.

—Columna, la fiesta de esta noche es muy importante, van a estar todos los embajadores extranjeros en Egipto. Nos encontramos en una situación muy delicada entre varios países árabes e Israel, y la fiesta puede ayudar a limar ciertas asperezas. Perdóneme si no puedo estar pendiente de ti, pero hoy me toca negociar el futuro de una parte del Mediterráneo.

Columna no le dio gran importancia a las palabras de su marido, al fin y al cabo, nadie había hablado de guerra. Pero al llegar a la fiesta, Jean-Henri desapareció casi inmediatamente. Más tarde, deambulando por el palacio en busca de un aseo donde retocarse, lo vio. Al pasar por un largo corredor, escuchó voces airadas. Las puertas estaban medio cerradas, pero quedaba una rendija por la que poder mirar.

Se veía un salón grande, presidido por un cuadro del príncipe y, en torno a él, sentados en varios sofás y sillones, muchos hombres que discutían acaloradamente, uno de ellos su marido. Cómo podían entenderse en medio de aquel galimatías era algo que Columna no podía comprender, pero lo que sí percibió claramente era que el problema, fuese el que fuese, parecía de difícil solución. Regresó con Simone, pero no le contó nada de lo que había visto, no quería parecer una fisgona.

Cuando volvieron a casa los cuatro juntos en el coche oficial de la embajada, tanto el embajador como el general parecían absortos en sus pensamientos, al contrario que las mujeres, que estaban muy animadas y querían que sus maridos les contaran cómo había ido la reunión. Ellos no respondían, o lo hacían con monosílabos. Ambas mujeres se miraron, y abandonaron toda esperanza de poder tener una conversación con ellos. El resto de la vuelta transcurrió en silencio, ya que la secreta preocupación de sus maridos también acabó afectándolas a ellas.

Durante el trayecto, Columna observó al general que, con gesto grave, miraba por la ventanilla del coche. ¿Qué estaba ocurriendo?

Vámonos de aquí

Algo grave estaba ocurriendo. El general pasaba días en la embajada sin volver a casa en ningún momento. Su voz sonaba cansada al teléfono, y aunque siempre le decía que todo iba bien y que no tenía de qué preocuparse, sabía que le estaba mintiendo. Los rumores que corrían por la ciudad, en aquellos días de mediados de mayo, hablaban de la guerra, y una extraña agitación se notaba en el ambiente.

¿Una guerra? Por lo visto, se acercaba una guerra, pero ¿contra quién? Y más aún, ¿cuál era el motivo? ¿Cómo era posible que su marido no le hubiese contado nada? ¿Acaso no confiaba en ella? Se sentía tratada como una niña, a la que se le esconden las cosas porque no las puede comprender, o para no hacerle daño. Y ella necesitaba saber qué era lo que le estaba ocultando el general.

Uno de los días en los que el general no volvió a dormir, llamó a Simone y se citó con ella en el café Fishawi, que estaba en el mercado de Khan el Khalili. Así que, con la excusa de ir de compras, esperaba poder averiguar algo. Cuando llegó, Simone la esperaba sentada en el interior.

—Querida, qué bien te veo. Ese sombrero de Dior es una preciosidad, y ¡qué guantes! Yo me siento incapaz de llevarlos con este calor... tengo la impresión de que hasta mi bolso se va a derretir...

—Pero, Simone, ¡si tú vas siempre impecable! Anda, déjame que esta vez te invite yo. *Thé à la menthe*?

—No, hoy prefiero café, uno de esos espesos y sabrosos que hacen aquí. Luego iremos a una tienda que me han recomendado. Necesito un jarrón de centro, aunque la verdad es que ya no me corre prisa. Íbamos a tener una cena esta noche, pero mi marido la ha anulado. Lleva unos días que no para en casa.

—Jean-Henri igual, está todo el día encerrado en la embajada... Imagino que es por la guerra que se avecina, ¿no crees?

—¿Que se avecina? Pero, Columna, querida, ya estamos en guerra.

—¿Ya estamos...? ¿En guerra?

—Pero cómo, ¿tu marido no te ha contado nada? Ya veo que no, por la cara que pones... Ben Gurión proclamó hace una semana la independencia del Estado de Israel. Inmediatamente, varios países árabes le han declarado la guerra, Egipto entre ellos. Así que, sí, vives en un país en guerra ahora mismo.

—Entonces, ¿de verdad estamos en guerra? Por Dios bendito, no entiendo nada... ¿Cómo no me ha dicho algo mi marido? Y ahora, ¿qué vamos a hacer? ¿Coger el primer barco de vuelta a Francia?

—No hay por qué ser tan alarmista. La guerra es en Israel, y eso queda bastante lejos de aquí.

—Pero, no lo entiendo... ¿qué pinta Francia en todo este lío?

—Hasta hace bien poco teníamos Siria, pero nuestra posición es más complicada de lo que parece... Me cuesta entenderlo hasta a mí... Ahora están decidiendo si participan militarmente o no, pero, por lo que me ha dicho mi marido, no van a entrar. Están negociando un alto el fuego, una tregua.

Columna escuchaba hablar a Simone, y no daba crédito. Todo aquello parecía una historia de espías, una película bélica de esas que ella veía en el cine con Cary Grant. Pero no, al parecer se iba a ver inmersa en otra guerra, otra que no iba a comprender... Se sintió desfallecer.

Le dijo a Simone que se encontraba mal, y salió del café a toda prisa ante la atónita mirada de la mujer del embajador. Se dirigió a la embajada de Francia. Le daba igual lo ocupado que estuviese el general, hablaría con él fuese como fuese. Cuando llegó a la verja, le sorprendió la cantidad de soldados armados que había, muchos más de los que había visto otras veces. Tuvo que pasar tres controles, y menos mal que era la mujer del agregado militar y la conocían, porque su pasaporte seguía siendo español. Y si las cosas se ponían feas y acababan desalojando la embajada, ¿podría ella ir con ellos? ¿Le dejarían subir a su mismo barco no siendo francesa?

Columna esperaba nerviosa a que le dejaran ver a su marido, y notaba que la cabeza le iba a estallar. «Pero qué tonterías estás pensando, Columna, eres la esposa del general, pues claro que te llevarán con ellos si las cosas se ponen feas. Pero, Jean-Henri... ¿cómo no te ha dicho nada? ¡Tres días! Tres días lleva encerrado aquí, sin venir a casa, sin contarme nada de lo que sucede...».

Cuando abrió la puerta del despacho de su marido, se quedó parada en seco. El despacho, antes tan elegante, con una robusta mesa de roble, sillones de cuero beige, y gruesas alfombras de color claro, parecía ahora un campo de batalla. Había tableros con mapas y anotaciones por todas partes, montañas de carpetas sobre mesas auxiliares, y el general estaba de pie, sin la corbata ni la chaqueta puesta, las mangas de la camisa arremangadas hasta el codo, la expresión fatigada hasta el extremo. Junto a él, tumbado en un sofá, estaba el embajador. Dormía.

—¡Columna! ¿Qué haces tú aquí?

—Jean-Henri... estás... ¡Oh, Dios mío! ¡Jamás te había visto así!

—Estoy bien, querida, estoy bien. Cansado, eso es todo, llevamos muchas horas despiertos, hay mucho por hacer y el tiempo apremia.

—Pero... parece enfermo...

—Estoy bien, te digo, estoy acostumbrado a estas cosas. Pero salgamos de aquí, no quiero despertar al embajador. Hemos tenido una noche y un día muy largos... Déjame que me arregle la camisa y me ponga la chaqueta, y vayamos a comer algo, hablaremos con más calma.

Llevaban varios días de frenética actividad en la embajada, y no se estaban obteniendo los resultados deseados. La guerra avanzaba, y conseguir una tregua parecía algo en aquel momento casi imposible. Le habría gustado volver a casa, explicarle a los del ministerio que él ya no tenía edad para esas cosas, que ya había cumplido de sobra en dos guerras, que lo dejaran en paz... Pero él era un general francés, condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor. Se debía a

su rango, a su país, y el cansancio era algo a lo que en aquel momento debía sobreponerse, aunque todo su cuerpo le pidiese a gritos un descanso.

Caminando junto a Columna por la soleada avenida que rodeaba la embajada, miró al cielo y le pareció un día tan hermoso, en el que resultaba difícil creer que se estaba librando una guerra. Era aquella una sensación que había tenido muchas veces, en las trincheras enfangadas de Verdún, en la ofensiva en Saint Raphael, en Toulon... Siempre le había parecido incongruente que los hombres tuviesen que estar matándose entre sí, mientras los rodeaba la belleza de las playas de Cavalaire-sur-Mer, con su fina arena y el aroma de los pinos junto al mar.

Se sentaron en la terraza del café donde soplaba una suave brisa. Pidieron dos té, y Columna comenzó a asediarse a preguntas. Él se tomó su tiempo para responder, mientras pensaba si debía sacar a relucir lo del italiano.

—Ahora entiendo por qué llevabas unas semanas tan raro, ¿era por la guerra! ¿Cómo has podido mantenerme en la más absoluta ignorancia de cuanto estaba sucediendo? No puedo entenderlo, de verdad que no te entiendo, Jean-Henri. Soy tu esposa, si la situación era así de trágica, tendrías que habérmelo contado.

—Tienes razón, Columna, debí contarte la situación en Egipto antes de venir. Pero no estoy raro por eso... es... por otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué cosa?

—El caso es...

El general paró de hablar en seco. Sintió un agudo dolor en pecho. Al cabo de unos segundos este desapareció, mientras Jean-Henri respiraba despacio, tratando de tranquilizarse. No se encontraba bien, le costaba un poco respirar, pero lo achacó al momento. Porque ahora sí, había llegado ese momento.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Voy a beber un poco de té... El caso es, Columna, como te decía, que si he estado raro estos últimos tiempos, no ha sido por la guerra. Aunque reconozco que eso también ha influido en mi ánimo. Me gustaría contarte algo que me sucedió en el Club Napoleón antes de partir, y que luego me respondas a una pregunta de forma sincera, ¿harás eso por mí?

—Pues claro que sí, Jean-Henri, lo haré.

—Entonces... En casa había una actividad frenética con todos los preparativos del viaje, y necesitaba un poco de calma, así que fui al club a tomar algo. Allí tuve la desgracia de escuchar una conversación privada entre dos miembros, en la que se hablaba de ti...

El general no pudo seguir hablando, ya que el dolor volvió a golpearle aún con más fuerza. Se encontraba realmente mal. Notaba un cosquilleo desagradable en su cuerpo, una sensación pesada en el pecho, y sentía que le estaba bajando la tensión. Entonces, le abandonaron todas sus fuerzas.

Cayó al suelo con estrépito desde la silla donde estaba sentado, y comenzó a perder la consciencia mientras entreveía a Columna inclinada sobre él, que le gritaba palabras que no alcanzaba a oír. Tras ella veía el cielo de un azul muy pálido, que le recordó al de su infancia en Joyeuse, y cerró los ojos. Lo único que necesitaba era descansar, y que le dejaran dormir un poco.

Muerte en el Nilo

Columna miró al embajador y a su mujer que, sentados cada uno a un lado, llevaban un rato hablándole. Estaba totalmente aturdida. No era capaz de centrar su atención en nada, no conseguía retener en su cabeza ninguna de las palabras que le decían. En su cuerpo tan solo existía un dolor atroz que la atravesaba de parte a parte. No entendía cómo podía seguir respirando, cómo seguía teniendo sed, o sueño. No entendía por qué el mundo no se había detenido, cómo su vida no se había parado en el mismo instante en que el general murió.

Estaba aún en el hospital donde Jean-Henri había muerto. Un infarto, al parecer. No hubo nada que hacer. Columna lo vio caer al suelo en el café donde estaban sentados, y en un primer momento, pensó que se había roto la silla. Hasta que se dio cuenta de que el general no se levantaba y de que tenía una expresión extraña en la cara. Entonces comprendió lo que sucedía y comenzó a gritar su nombre, a pedir un médico, ayuda, alguien que pudiese hacer algo por su marido. Nunca supo cuánto tiempo estuvo así, sentada en el suelo junto a él, desabrochándole la camisa, dándole aire con su abanico, cogiéndole de la mano, gritando y llorando.

Al final llegó un coche de la embajada, lo subieron en él, y lo llevaron al hospital de Kasr El Aini, donde lo único que pudieron hacer fue certificar su defunción. Columna se encontró en un despacho pequeño y mal ventilado, con un papel en la mano que decía que se había convertido en viuda, llorando presa de la más absoluta desesperación. El general había muerto y, de repente, el mundo se le había caído encima. ¿Cómo era posible que estuviese muerto? El general, con su paso atlético, su mirada vivaz, su aspecto aún juvenil pese a su edad. Nadie habría podido decir al verlo que estuviese enfermo, al contrario, siempre había sido la viva imagen de la salud. Pero ahora estaba muerto, y yacía cubierto con una sábana en la morgue a pocos metros de ella.

Al poco tiempo llegaron Simone y Gilbert. El embajador puso orden y se ocupó absolutamente de todo, cosa que Columna le agradeció enormemente, porque ella no se sentía capaz de nada. Hasta respirar le costaba un esfuerzo.

—Lamento profundamente lo ocurrido, querida Columna, la muerte del general ha supuesto una enorme pérdida para todos nosotros y para Francia entera. Su labor aquí, en Egipto, estaba siendo de un gran valor para la embajada. ¡Qué gran pérdida! Era un hombre y un militar extraordinario.

—Sí, Columna, era un hombre maravilloso. Sabes que nos tienes a Gilbert y a mí para lo que necesites. Te ayudaremos con todos los trámites para que podáis volver a Francia cuanto antes, ¿verdad, querido?

—Por supuesto. La embajada pone a vuestra disposición uno de nuestros aviones militares para llevaros de vuelta. Se le enterrará con todos los honores, no olvidemos que era un héroe de guerra. De dos guerras. Ha sido un gran orgullo para mí el haberle conocido.

Columna los miraba agradecida, pero no conseguía articular palabra. Las lágrimas, incontenibles, surcaban su rostro y caían sobre su vestido. Jean-Henri había muerto, y ella nunca le había dicho que lo amaba. Solo se lo había dicho una vez, el día de la boda, y en aquella ocasión le había mentado. Empezó su vida de casada con la peor mentira de todas, y así había sido todo su matrimonio, una enorme mentira.

Pero era cierto que lo había querido, y mucho. No como a un amante, no como a un esposo al que se venera y adora, pero sin duda lo había querido mucho más de lo que habría imaginado. De hecho, puede que, por fin, hubiese empezado a amarlo de verdad, aunque ya nunca podría saberlo con seguridad...

Comprendió entonces a Marie-Hélène cuando le contó que se había quedado en aquella playa, junto a su hermano, dispuesta a morir. Comprendió la culpa, el dolor, la angustia que había sentido, pues ella se sentía exactamente igual. Solo ante la misma desgracia había sido capaz de ponerse en la piel de la francesa, y se reprochaba no haber sido más comprensiva con ella, no haberle ayudado, y haber sentido hacia ella un rencor que ahora veía injusto.

Si en algún momento había sido una buena esposa de verdad, no podía recordarlo, aunque se decía una y otra vez que lo había intentado, sobre todo desde que habían desembarcado en Egipto, sobre todo desde que comprendió cómo era en realidad Gaetano. Pero, en aquel momento, tan solo podía pensar en el precioso tiempo que había perdido en sentirse desgraciada, en no sentirse a gusto con el papel de duquesa, en desear tener un amante, en no aprender a amar al general... Y esa era, precisamente, la única cosa que sí que debía haber hecho.

Cerraba los ojos y veía a Jean-Henri tirado en el suelo, mirándola con una serena expresión de placidez en su cara, como si por fin pudiese descansar. Incluso le había parecido que antes de cerrar los ojos, sonreía.

Dos días después del fallecimiento del general, se encontró en un coche de la embajada, junto a Simone, camino al aeropuerto. No había subido nunca en un avión, y Columna pensó con amargura que su primera vez iba a ser para acompañar el ataúd de su marido de vuelta a casa. El pensamiento le pareció tan tétrico, que sintió escalofríos aun a pesar del intenso calor que hacía ese día en El Cairo. ¿Cómo podía haber acabado todo de esa manera? Claro que el general era un hombre ya mayor, pero estaba convencida de que todavía les quedaban muchos años juntos, que tendrían hijos... Hijos... Miró a Simone y a duras penas pudo contener las lágrimas.

—*Ma chère amie... ma petite Columna...* siento que hayas tenido que pasar por algo tan doloroso... con lo joven que eres... Ojalá hubiese podido acompañarte en el duro viaje que te espera de vuelta. Sé que los próximos meses no van a ser nada fáciles... Pero piensa que el general te amó, que tuviste la enorme fortuna de conocerle y de ser su esposa. Te echaré mucho de menos, Columna, mucho...

—¡Oh, Simone! Qué desgracia... qué desgracia... justo ahora, cuando las cosas empezaban a ir bien con él, cuando estaba empezando a olvidarlo todo, cuando estaba empezando a...

—No te tortures más, lo importante es que os queráis, que estabais juntos aquí, lo demás ya da igual... Vuelve a casa, Columna, entierra a tu marido, y guarda su recuerdo en tu corazón.

—No hagas caso a mis desvaríos, por favor, es como si estuviese enferma... Me siento como si estuviese en una pesadilla, es todo tan horrible... tan horrible... ¿Crees que podré volver a ser feliz? ¿Crees que algún día podré volver a sonreír, a tener ganas de hacer algo, a querer vivir?

Vuelta a casa

Cuando llegó a Villa Leopolda, la casa se le antojó enorme, siniestra, fría y desolada. Columna se paseaba por las habitaciones, los salones, los jardines, y se estremecía al pensar qué iba a hacer ella sola el resto de su existencia en aquella casa. La vendería, pensó, eso sería lo mejor. Venderla y decidir si quedarse allí o volver a Zaragoza, con su madre y el tío Luis. Pero cuando pensaba en la ciudad donde había nacido y había vivido casi toda su vida, se le antojaba demasiado pequeña, demasiado provinciana.

«¿Tanto habré cambiado, Dios mío? ¿Cómo puede ser que no quiera volver a casa, con mi familia, a donde pertenezco, donde están mis raíces...? Sí, he cambiado, tengo que reconocerlo, ya no soy aquella muchacha que salió de Zaragoza muerta de miedo a buscar a su hermano. Ahora soy una mujer, viuda, que va a enterrar a su marido. Jean-Henri... mi pobre Jean-Henri... quién hubiera dicho que te echaría tanto de menos, que me sentiría tan perdida sin ti, que en el fondo de mi corazón te quería tanto... ¡Qué falta me haces! Es ahora cuando me doy cuenta de lo ciega que fui, de lo egoísta, insensible e infantil que fue mi comportamiento contigo desde el primer momento. ¡Ojalá pudiese volver atrás! Ojalá pudiese volver a empezar y ser la esposa que tuve que haber sido. Ojalá te hubiese querido como te quiero ahora, aquel día en que nos dimos el sí quiero en el Pilar... Pero yo tenía la cabeza perdida en mis cosas, con la muerte de mi hermano, la historia de su vida, y Javier... Javier, aún lo recuerdo medio escondido mirándome con aquellos ojos que decían: “Déjalo todo y ven conmigo”... Y cómo tuve que hacer un esfuerzo enorme por no gritar, por no salir de allí corriendo y dejarlo todo atrás... Javier, ¿qué habrá sido de él? Si no me hubiese ido, si me hubiese quedado en Zaragoza, seguramente ahora estaría casada con él... Pero me casé con el general y me dio una vida que yo jamás habría imaginado. Pero, sobre todas las cosas, me amó... Jean-Henri, si puedes oírme, ¡perdóname! Espero que, a pesar de todo, hayas podido ser feliz conmigo, espero que allá arriba sepas que te quiero».

Días antes, Columna había aterrizado en el aeropuerto de Orly tras un vuelo bastante accidentado. Como era la primera vez que viajaba en avión, todos aquellos ruidos y movimientos bruscos arriba y abajo, la asustaron hasta tal punto, que se había pasado todo el tiempo rezando. A pesar de que un amable teniente, que también viajaba con ellos, no hiciese más que decirle que estuviese tranquila, ella no lo consiguió en ningún momento. Aquel era un avión preparado para transportar mercancías o soldados, y todo le parecía incómodo y feo. El teniente la veía persignarse cada dos por tres, y sonreía. Entonces volvía a repetirle que el vuelo no sería muy largo, que el hecho de que se moviese tanto era normal, por el viento y las nubes, y que aquel era

un Douglas DC-6, una maravilla de la aviación militar. Pero a ella eso le daba exactamente igual, lo único que quería era llegar cuanto antes, y bajarse de aquel trasto que no paraba de moverse. Recordó entonces las muchas veces que, en un cóctel o una fiesta, alguien le había hablado sobre las maravillas de volar, de lo rápido y cómodo que era, y pensó que le habían dicho simples mentiras. Debería haber regresado en barco...

Muy a su pesar, desde París tuvo que coger otro vuelo hasta el aeropuerto de Niza-Le Var, ya que la embajada en Egipto lo había organizado todo, aunque, para su sorpresa, aquella sí que fue una experiencia completamente diferente. Le habían reservado billetes de primera clase, y al subir la sentaron en un asiento ancho y confortable en un espacio que rezumaba lujo y buen gusto, todo decorado en maderas y colores suaves. El espacio entre los asientos era enorme, y habría podido tumbarse sin ningún problema si hubiese querido. Las azafatas parecían modelos, todas muy guapas y amables. Le sirvieron de comer varias *delicatessen* sobre platos de vajilla china, le ofrecieron revistas, caramelos, libros, cigarrillos o una copa. El vuelo transcurrió tranquilo y sin incidentes, y Columna se quedó realmente asombrada. Así que aquello era volar de verdad...

Pero, al tomar tierra, aquella idílica sensación de bienestar terminó bruscamente. Tuvo que esperar un buen rato hasta que sacaron el ataúd de su marido de la bodega de carga y, cuando lo vio, todos los recuerdos vividos aquellos últimos dos días, todo el dolor, la desesperanza, la angustia y la culpa, le oprimieron el corazón dejándola anegada en lágrimas.

En la terminal estaban esperándola Henri-Alexis Ribière, director del Servicio de Documentación Exterior y de Contraespionaje, y Marie-Hélène. Si el director no hubiese estado presente, Columna sabía que se habría echado en brazos de su amiga desconsolada. Pero se contuvo, y agradeció con una media sonrisa sus condolencias. *Monsieur* Ribière le dijo que se estaba estudiando la posibilidad de condecorar al general póstumamente, por los servicios prestados en Egipto, y que sería enterrado con todos los honores que un héroe de guerra merecía. El servicio se encargaría de todo, si a ella le parecía bien. Al despedirse, Columna tuvo la sensación de que *monsieur* Ribière le ocultaba algo, pero se sentía tan aturdida que lo achacó a su propio cansancio.

Al llegar a casa, lo primero que le dijo Marie-Hélène fue que el entierro se había pospuesto más de una semana, pues el mismísimo primer ministro, *monsieur* Henri Queuille, había anunciado su interés en asistir, pero no podía hacerlo antes ya que se encontraba de viaje en el extranjero. Henri-Alexis Ribière había tomado por Columna la decisión de aplazarlo todo en atención a él, ya que ella aún se encontraba de viaje de regreso a Francia y no había modo de preguntarle.

La segunda noticia era que unos días después tenían que viajar a Joyeuse, pues allí sería donde el notario realizaría la lectura del testamento. Y, por último, la francesa le habló del duelo, algo en lo que Columna ni siquiera se había parado a pensar.

Como viuda de un duque francés, debía regirse por un estricto duelo durante los próximos dos años. En ese tiempo no podría asistir a fiestas ni a bailes, no podría ir al cine, a conciertos, a cenar, ni, por supuesto, volver a casarse. En casa no se escucharía música, las persianas estarían medio bajadas, y el piano cerrado. El primer año solo podría vestir de riguroso negro, sin joyas, y llevaría los primeros meses un sombrero con un largo velo de crepe, que le cubriría la cara y le llegaría casi hasta las rodillas. A mitad del duelo, podría empezar a vestir también de morado o de gris.

Columna la escuchaba y asentía, pues vestir de negro le parecía un bálsamo para su corazón destrozado. Además, el duelo era algo con lo que había convivido de cerca. Desde que su padre había muerto, su madre siempre había vestido de negro, excepto para su boda, que hizo una excepción. Y ella misma había vestido de negro durante mucho tiempo tras la muerte de Alziz. Así que abrió su vestidor, ordenó que guardasen toda su ropa de color, y vio que tendría que comprar muchos vestidos negros de diario, pues casi todos los que tenía de ese color se los había hecho Coco Chanel para vestir de noche, o eran bicolores.

Decidió acercarse a Niza a comprar los vestidos que necesitaba, pero cuando el chófer la dejó cerca de la modista con la que había concertado una cita, por un momento cambió de idea. Al pasar por delante de la pastelería La Princesse y ver el escaparate, le entró por primera vez hambre de verdad. Llevaba desde la muerte del general sin apetito, comiendo poco o nada, pero el aroma que salía de allí se lo despertó. Se veían *éclairs*, profiteroles y lionesas, largas baguettes, crujientes cruasanes y tarros de crema de castañas.

Fue entonces cuando lo vio dentro de la tienda, junto al mostrador.

Estaba de pie, esperando, con la melena castaña, el cuerpo grande y fuerte. Solo un cristal la separaba del hombre que la había salvado de Pedro. Se quedó sin respiración al reconocerlo. Apenas lo había visto un par de veces, y no precisamente en las mejores circunstancias la primera vez, pero lo hubiera reconocido entre un millar.

La última vez que lo había visto llevaba uniforme. Ahora iba vestido a la moda, con un traje de verano con amplias hombreras y corbata ancha. Cogió el paquete que le entregaron, y salió de la tienda pasando por delante de Columna, sin verla. Cojeaba, y se apoyaba en un bastón de caña de bambú.

Su primer impulso fue llamarle, decirle quién era, presentarse, agradecerle todo lo que había hecho aquel día por ella. Quiso correr tras él, decirle que le debía la vida, contarle que había pensado en él muchas veces... Pero se quedó parada, notando cómo el viento agitaba las puntas del largo velo negro que le cubría la cara.

Hotel des Bains

Columna se maldijo una y otra vez. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Lo había tenido delante de ella, a un palmo de distancia, y no había movido ni un músculo. Paralizada en medio de la acera, viéndolo marchar, con el velo que le molestaba y le daba calor, que le hacía sudar y la tapaba casi entera... No había dicho palabra... Quieta como una niña pequeña, paralizada... ¿Cómo iba a encontrarlo otra vez? Había tenido un golpe de suerte, y lo había desaprovechado. Pero había sido todo tan inesperado...

Pensó si debía contárselo a Marie-Hélène, pero no lo hizo, no tenía ganas de dar explicaciones y, además, podía dar una impresión equivocada... Ella, recién enviudada, hablando de otro hombre... Daba igual cómo lo contase, al final iba a parecer que estaba obsesionada con él, o peor aún, enamorada... Y volver a remover tantos malos recuerdos... Optó por callar. Volvió a casa y se encerró en su habitación, haciendo esfuerzos para no pensar en él.

Pasaron un par de días y fue sintiéndose cada vez peor, hasta el punto de que tuvieron que llamar a un médico. Estaba débil, pálida, apenas comía ni dormía, tenía las ojeras cada vez más oscuras y los dedos delgados como patas de araña. El médico dijo que todos los síntomas indicaban un claro agotamiento nervioso. La muerte del marido hacía poco la había afectado hasta tal punto que debería tomar una medicación suave para calmar los nervios, y unos días de reposo en un balneario no le vendrían mal. El doctor recomendó el hotel des Bains, en Antibes, un precioso hotelito muy tranquilo, donde tomar las aguas y hacer baños de mar.

Columna, a pesar del prestigio del que gozaban los baños de mar, una terapia que no todo el mundo podía pagarse, no quería ir. Pero Marie-Hélène insistió tanto en que fuera, que accedió. Los cambios de humor de Columna, su brusco paso de un estado alegre a otro triste sin aparente explicación, la apatía combinada con la agitación nerviosa, estaban dejando a la francesa completamente agotada, tanto mental como físicamente. La entendía, no es que no la entendiese. Había pasado por demasiadas cosas en muy poco tiempo, ¿cómo no iba a afectarle todo aquello?

Marie-Hélène, sin embargo, no era una mujer dada a dejarse llevar por la angustia y la pena. Si hubiese sido así, se habría suicidado hacía tiempo. Y aun en aquellos momentos en los que había deseado morir con toda su alma, lo había hecho con la misma férrea determinación y voluntad con la que había elegido no llorar más si vivía.

Marie-Hélène miraba a Columna postrada y pálida, hecha un ovillo triste, y tenía que contenerse para no darle una bofetada. Para ella se estaba comportando como una muchacha mimada y egoísta. Le costaba comprender su forma de sobrellevar el dolor, su forma de encarar la

adversidad. Pero, sobre todo, le costaba encontrar rastro de la chica de Zaragoza que se había presentado en la puerta de su casa, para contarle que había ido allí a buscar a su hermano Alziz. Si hasta había estado a punto de echarse un amante... quién lo hubiera dicho. Esperaba que unos días de descanso en el balneario, calmaran los nervios de ambas, sobre todo los de Columna...

El hotel des Bains era un lugar encantador, con pocas habitaciones, y personal discreto. Las camas tenían colchas de rayas azules y blancas, y en las paredes colgaban cuadros con motivos marineros. Cuando Columna se asomó al balcón, vio la playa y unos niños que alegremente correteaban por la arena, se arrancó el velo y respiró profundamente. Pensó que se le iban a hacer muy largos los seis meses envelada... Al negro se había acostumbrado hacía tiempo, de tanto escuchar a Coco Chanel decir: «Yo impuse el negro. El negro arrasa con todo lo que hay a su alrededor», había acabado por gustarle. Echaba de menos los ratos que había pasado con doña Raquel y ella, aunque su mal humor a veces la había sacado de quicio. *Mademoiselle* Chanel tenía una forma de ver las cosas muy particular, quizá por la intensa vida que las malas lenguas decían que había tenido. Si la viese en aquel momento, seguro que la estaría riñendo. Desaliñada, sin arreglar, sin pintar... y le daba igual, total, ese condenado velo lo tapaba todo.

Si Coco la viera, pondría los ojos en blanco, haciendo un movimiento acusador con la mano en la que siempre sostenía el cigarrillo: «No, no, no, *ma chérie* Columna, no hay mujeres feas, sino mujeres vagas. No entiendo que una mujer pueda salir de casa sin arreglarse un poco... aunque solo sea por educación. Ahora ve y arréglate como te he enseñado, no querrás volver a parecer esa vulgar muchacha de Zaragoza con la que me encontré, *n'est-ce pas?*».

El médico había hablado con el director del hotel, y le habían dado un horario en el que constaban todas las actividades que debería realizar durante su estancia. Paseos por la playa, baños, aguas termales e infusiones constituían el núcleo más importante de cosas a hacer, y todas le parecieron igual de aburridas. Columna se sentía mal, mal como pocas veces se había sentido en su vida. Era como si a un dolor se le hubiese añadido otro, y luego otro más, hasta que en su corazón no hubiese espacio para nada más que la aflicción. No conseguía volver a encontrar la alegría ni el sosiego para su estado de ánimo. Había pensado que, tras la muerte de su padre y su hermano, nada podría volver a dolerle igual, que el sufrimiento era acumulativo y al final ya no quedaban lágrimas que derramar ni pena que sentir. Pero se había equivocado.

La segunda mañana deambuló por el hotel sin rumbo fijo. Había tirado los horarios a una papelera, y decidido que haría lo que le viniese en gana. No quería ir a la playa, el velo le daba calor y le molestaba demasiado, y tampoco le apetecía volver a beber las aguas termales, que le sabían a hierro y a sangre. Así que decidió sentarse en el salón del té, y mirar el mar ella sola. Había conseguido convencer a Marie-Hélène de que se fuese a pasar el día a la ciudad, bajo promesa de cumplir con todas las actividades diarias, y agradeció poder quedarse unas horas a solas.

Llevaba poco tiempo sentada cuando, sin saber por qué, se echó a llorar. Veía las olas a lo lejos en las que jugaban los niños, las mujeres con sus trajes de baño y los gorros en la cabeza, las sombrillas multicolores, el sol, y, de repente, se sintió abrumada. Fue a secarse las lágrimas, pero el velo le estorbaba. Cuando estaba a punto de levantárselo, escuchó a alguien ofrecerle un pañuelo.

—*Excusez-moi*, pero la he oído llorar, y he imaginado que necesitaría esto.

Avergonzada, Columna cogió el pañuelo sin mirar a quien se lo ofrecía.

—Se lo agradezco, muy amable.

—Por el velo veo que ha debido usted enviudar hace poco, ¿no es así?

—Así es.

—Lo lamento.

—Gracias.

El hombre se sentó en una silla cerca de ella, y apoyó un pesado bastón en la mesita que había entre ambos.

—Espero que mi presencia no la incomode, pero he pensado al verla llorar que a lo mejor necesitaba algo de compañía. Creo que todos los que venimos a este balneario es porque necesitamos algo, ¿no cree?

—Supongo que tiene usted razón... En su caso, ¿viene a curarse de algo relacionado con ese bastón?

—Así es. Me hirieron en la pierna, en Indochina, donde estaba luchando con mi batallón de la Legión Extranjera. Los médicos dicen que a lo mejor me quedo cojo, pero yo espero que no sea así.

—Vaya, lo lamento.

—A decir verdad, no es tan grave, hubo quien acabó peor que yo... Reconozco que lo que más siento es no poder volver a luchar... pero imagino que perder a un marido es aún peor...

—Si me disculpa, ha sido muy reciente, y preferiría no hablar del tema.

—Lo comprendo. Pero, aguarde, la ayudaré a levantarse. Espero que no haya sido mi compañía lo que la haya incomodado.

—No, no, en absoluto, es que me toca ir a dar mi paseo diario por la playa.

Columna se apoyó en el antebrazo que le ofrecía el hombre para levantarse, y cuando fue a darle las gracias, lo miró a la cara.

El pelo, los ojos, la barba de tres días...

Volvió a sentarse, con la respiración agitada.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Necesita que le traiga algo?

—No, no se preocupe, pero por favor siéntese usted también, me... me gustaría contarle algo.

—¿Cómo dice?

—Se lo ruego, siéntese un momento, por favor, si es tan amable.

—Sí, sí, claro, me sentaré aquí con usted. Pero dígame...

—Quizá no se acuerde de lo que le voy a contar, espero que sí, pero en el caso de que no fuese así, tenga paciencia. Hace unos años, yo era una muchacha joven y confiada, que partí de mi Zaragoza natal en busca de mi hermano, fallecido durante la guerra en una playa francesa. En ese viaje, conocí a un hombre, un amigo de mi tío, que parecía ser todo un caballero, y que se comprometió a cuidarme y ayudarme en mi búsqueda. Cuando llegamos a Toulon, se empeñó en que no me alojase en mi modesta pensión, sino en la suya, alegando que así podría cuidar mejor de mí. Una vez instalados, se presentó en mi habitación...

—No hace falta que me cuente más, ya sé quién es usted...

—Entonces, el final de esta historia ya la sabe. Pero déjeme terminar, por favor. Como le decía, apareció en mi habitación y, tras cerrar la puerta, cayó sobre mí una lluvia de insultos y golpes. Si hoy estoy aquí, viva, es gracias a usted. Ojalá hubiese podido darle las gracias antes, y

explicarle que yo no era una prostituta, que no había subido a aquella habitación con aquel hombre para... bueno, ya imaginará usted para qué... Y ahora que lo tengo delante...

Columna se levantó el velo. Tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaban los labios. Cogió la mano que el otro tenía apoyada sobre la silla, y se la llevó despacio a su boca. Le dio un beso tan leve, que casi pareció que no lo había dado, y musitó un gracias que le salió de lo más profundo de su ser.

Él no podía apartar sus ojos de ella. Bajo el velo se había revelado una muchacha joven y atractiva, morena, de ojos oscuros aunque enrojecidos y arrasados en llanto, y él no pudo reconocerla porque jamás la había visto así. Solo podía recordar un cuerpo lleno de golpes, una cara deformada, un hombre de aspecto salvaje sobre ella... ¿Cuánto habría padecido aquella mujer en la vida? Y aquel beso...

La vida frente a sus ojos

Columna se levantó de su silla y, sin decir nada, se dirigió con pasos torpes hacia la escalera, aunque a medio camino tuvo que apoyarse en la pared, pues se sentía mareada. Él hizo ademán de acercarse para ayudarla, pero ella negó con la cabeza, y comenzó a subir los escalones uno a uno, muy despacio.

Él la miraba desde abajo manteniéndose erguido, envarado casi, hasta que la vio desaparecer. Entonces volvió a la silla donde había estado sentado, y se dejó caer mientras apoyaba el bastón a su lado. La pierna le dolía, y el caballeroso intento de ayudar a aquella muchacha a subir los escalones lo había dejado exhausto.

Aquella chica...

Tres veces la había visto en su vida, y en dos de ellas estaba llorando. La primera por una razón atroz, y la segunda por una cruel. No era capaz de recordarla con claridad... Había pasado todo tan deprisa en aquella habitación, que solo recordaba algunos fragmentos inconexos: la cara desencajada de lujuria de aquel español, ella desnuda y llena de golpes sobre la cama, la lucha por sacarla de allí y después el hospital. Había vuelto una vez a ver cómo estaba. Dormía tapada hasta los hombros con una sábana, la cara morada, el labio partido. La enfermera le dijo que había preguntado varias veces por él, pero no quiso despertarla.

Si alguna vez recordó lo sucedido, era siempre un cuerpo de piel morena y una cara desfigurada. Una muchacha muy joven, a quien esperaba que la vida le diese algo mejor que una paliza en el pequeño cuarto de una pensión. Pero hoy, cuando la había visto, ni por un segundo la habría reconocido si ella no le hubiese dicho quién era. Vestía como una dama con dinero y posición, llevaba secretaria, pues las había visto juntas esa misma mañana por el hotel, y hablaba el francés casi sin acento.

Su vida, desde luego, había cambiado. Esperaba que hubiese encontrado un buen marido, que la hubiese querido, amado y protegido. Y lamentaba por ella su pérdida, nadie debería enviudar tan joven... Cuando se levantó el velo y lo miró, le pareció un rostro hermoso, a pesar de las lágrimas y las ojeras, a pesar de la extrema delgadez y la piel pálida. Un rostro de enormes ojos negros, que lo miraban ansiosos, como si esperasen algún tipo de redención que él pudiese otorgar.

Y el beso... ese beso depositado en su mano, tan leve como un susurro, tan casto, tan lleno de agradecimiento pero a la vez de tristeza... No podía dejar de pensar en él... Llevaba ya tantos meses solo, de médico en médico, luchando contra un dolor que no le daba tregua ni de día ni de

noche, que aquel pequeño y simple acto le había dejado embelesado. Toda la ternura que implicaba un gesto tan sencillo, era para él un faro luminoso en medio de una niebla densa y fría.

Cuando a la mañana siguiente bajó a desayunar y la vio, esperó a que su secretaria se ausentase para acercarse un momento a hablar con ella.

—*Bonjour, madame*, espero que haya dormido bien, ayer me pareció verla un poco mareada al despedirse.

—Sí, sí, muchas gracias, es usted muy amable por preguntar. ¿Qué tal va su pierna?

—Procuró no pensar en ella, en cambio ella no deja de pensar en mí.

—Lo lamento mucho, espero que aquí puedan aliviarle su dolor.

—Le deseo lo mismo a usted.

Se quedaron callados mirándose.

—No sé cuál es su programación para hoy, imagino que más aguas de esas que saben a huevo podrido. Pero yo hoy he decidido hacer una excepción y saltármela: voy a salir a dar un paseo. Hay una playa aquí cerca, por Cap Gros, es de piedra y rodeada de densos pinos, pero el mar es del azul más profundo que haya podido ver. Si le apetece, estaría encantado de que me acompañase, cogeremos mi coche.

—Pero... ¿puede usted conducir?

—No, *madame*, por desgracia yo ya no puedo conducir. Pero mi chófer lo hace perfectamente.

La playa era tal y como la había descrito, un reguero de rocas, pinos y matorrales, y el mar en calma de un intenso color turquesa. El calor era agradable, soplaba una leve brisa, y no había nadie paseando. Caminaron hasta llegar a un pequeño promontorio, donde había una piedra grande y plana, que invitaba a sentarse.

Permanecieron allí en silencio durante un buen rato. La quietud del lugar se adueñó de ellos, llenándoles de una paz sosegada y tranquila. No se oían más sonidos que los de algunas gaviotas que pasaban de vez en cuando, y el murmullo de las olas. Columna pensó que podría quedarse allí mucho tiempo, no haciendo otra cosa más que mirar el mar y respirar.

Se giró hacia su acompañante y lo vio tan ensimismado en sus pensamientos como lo había estado ella hasta hacía pocos segundos. Decididamente era un hombre muy atractivo, incluso guapo. Pero con una belleza clásica, no como esos actores de Hollywood que veía en las películas, llenos de brillantina y bigotes recortados. No había nada afectado en su comportamiento, y eso que se veía a la legua que procedía de una buena familia.

Vestía de forma casi austera, aunque de corte impecable, la melena le enmarcaba la cara de pómulos salientes y cejas espesas, y llevaba un bastón diferente al del día anterior, este de ébano. ¿Qué le habría pasado a aquel hombre? Había hablado de Indochina, así que lo más probable era que lo hubiesen herido en combate. Tan joven... porque parecía casi tan joven como ella.

«¿Acaso crees que sigues siendo joven, Columna? ¿Acaso crees que este hombre que tienes sentado a tu lado podría adivinar tu edad? Con la cara pálida y los cercos oscuros bajo los ojos, el vestido negro y el velo flotando a tu alrededor como una tela de araña delgada y transparente. No, seguro que no. Porque a pesar de que parece que fue ayer cuando viniste a Francia por primera vez, los años han pasado y tú ya no eres la misma. Ahora eres una viuda, y él en

cambio... Míralo a él... No sé su nombre, de dónde viene, quién es, pero aun así, es como si ya hubiésemos vivido este mismo momento cientos de veces. Es como si ya nos hubiésemos sentado juntos aquí, a contemplar la vida frente a nuestros ojos, frente a sus ojos. Todavía tiene todo por hacer, pero no lo sabe, sentado con esa cara de que el mundo se le ha caído encima como una enorme roca, que será incapaz de levantar para ponerse de nuevo en pie. Piensa que aún está en esa guerra, porque todos los días siente el dolor atroz en la pierna, que no le deja vivir, ni soñar, ni querer, ni desear. Parece como si estuviese a miles de kilómetros de distancia de aquí. Yo podría no estar, podría levantarme e irme de vuelta al hotel, que él no se daría cuenta. ¿Por qué me ha pedido entonces que le acompañase? ¿Qué quiere de mí?».

—¿Por qué?

—*Pardon?*

—¿Por qué me ha pedido que le acompañase?

—¿Por qué? No sé... me pareció que necesitaba respirar, como yo...

—Respirar... sí, en eso tiene razón. Todo aquí invita a respirar, a olvidar, a abandonarse.

—Cierto que desde que me hirieron no duermo bien, no descanso, mi mente está constantemente yendo de un pensamiento a otro, sin parar, hasta la extenuación. Solo estos pequeños momentos me permiten hacerlo con serenidad, que desaparece en cuanto pongo un pie de nuevo en la vida real. Ojalá pudiese dejar la mente en blanco, vacía de todo pensamiento...

—Entonces soy afortunada, porque me permite disfrutar junto a usted de uno de esos raros y preciados momentos de despreocupación, en los que la vida se vuelve un poco menos compleja y, sobre todo, menos dolorosa.

—No, el afortunado soy yo por haber accedido a acompañarme. Pero, todavía no sé su nombre... Quizá me lo dijo, pero no lo recuerdo...

—¿Qué importa eso ahora? Dejémoslo así, en dos desconocidos que miran el mar. Un nombre implica una historia, una vida detrás, un sufrimiento, y no sé usted, pero lo último que yo deseo ahora es recordar... y mucho menos contarlo.

—La entiendo. Me paso la vida tratando de olvidar, y ahora le pido a usted que no lo haga. No he querido molestarla.

—No lo ha hecho... Tiene usted razón. No nos conocemos, pero a veces basta con sentarse un rato en silencio, para comprender muchas cosas. Y no creo equivocarme si le digo que ninguno de los dos es feliz. Es como si fuésemos arrastrados por una marea, cuya corriente nos impide regresar nadando a la orilla.

—En realidad, lo que nos impide es sacar la cabeza del agua, y respirar. ¿No cree? Por eso estos momentos son para mí como un pequeño salvavidas, que un alma caritativa tuvo a bien lanzar... Y ahora, creo que deberíamos regresar, se está haciendo tarde.

Atardecía cuando entraron en el hotel. El vestíbulo se veía desierto, era la hora en la que los huéspedes se estaban preparando para la cena. Subieron juntos en el ascensor hasta el primer piso, y recorrieron parte del largo pasillo hasta llegar a la habitación de Columna. Ella miró su cara, su pierna, el bastón y, sacando la llave de su habitación, entró dejando la puerta abierta tras de sí.

El testamento del duque de Joyeuse

Columna se giró hacia la francesa, que miraba distraída por la ventanilla, y le preguntó si faltaba mucho para llegar. Estaba cansada tras tantas horas en el coche.

—Ya no debe de quedar mucho, el notario nos estará esperando en el castillo. Los del servicio de París han sido muy amables organizando todo lo del funeral, me han dicho que, como asistirá el primer ministro, tienen que revisar muy bien el protocolo y la seguridad. Cuando lo tengan todo dispuesto, hablarán contigo. Pero, Columna, estás muy callada, ¿estás bien?

—Sí, es que todo esto... en fin... Cuando os escucho hablar del funeral, el entierro, la misa, no lo soporto... no lo soporto... Me recuerda que Jean-Henri ha muerto, que vamos a ir a su funeral, y me parece tan irreal... Y pienso entonces también en mi padre, en Alziz, y vuelvo a sentir un dolor que ya creía sanado... Pero qué injusta estoy siendo, gracias por ocuparos de todo, sobre todo tú, mi querida Marie-Hélène. Cuando acabemos con el notario, pienso volver y vender Villa Leopolda. No, no me mires así, ¿para qué quiero yo esa casa tan enorme? Con el dinero que saque, compraré una casita en la playa, y nos iremos a vivir juntas... ¿qué te parece?

—Columna... yo... gracias, de verdad que te lo agradezco, eres muy generosa, y muy buena conmigo. Pero mejor hablamos cuando volvamos a casa, y estemos más serenas... Es un día triste, y las dos estamos afectadas... muy afectadas... Pero bueno, parece que por fin vamos a conocer a los hijos del general.

—No lo sé, imagino que al pequeño sí, a Edouard. Vive cerca de París, con su mujer. Al parecer, han tenido una niña hace poco, o eso me dijo el general antes de partir a Egipto. De hecho, si no hubiésemos tenido que marchar a El Cairo, habríamos ido a visitarlos. Del otro, del mayor, sé más bien poco. Georges-Antoine, por lo que se ve, es un poco nómada, siempre está de un lado para otro. Igual no han podido localizarle para darle la noticia.

—Pronto lo sabremos... Pero, ¡mira, Columna!, ya estamos llegando.

Entre vides y árboles frutales, cercano al pueblo de Joyeuse, fluía el río Beaume. El día estaba un poco gris, y parecía que iba a llover, lo que Columna habría agradecido inmensamente, pues el calor de aquel verano era bochornoso. Recordó entonces cuando el general le contaba que en Joyeuse solía llover mucho, y que todavía se hablaba en el pueblo de la gran riada de 1890, en la que el Beaume anegó medio pueblo llevándose consigo las cosechas de aquel año.

El chófer atravesó con cuidado el viejo puente, que tras haber sido bombardeado en la guerra, lo habían restaurado con una estructura metálica que hacía un ruido espantoso. Continuaron su camino atravesando el precioso pueblo medieval, dejando atrás la puerta de Sainte-Anne, la

torre de la Recluse, el Collège des Oratoriens, y finalmente la iglesia. Columna lo miraba todo con curiosidad, y creía sentir la presencia de Jean-Henri allí a su lado. Creía escuchar su voz hablándole de Joyeuse la primera vez que fueron... todavía recordaba sus palabras. «Este es nuestro ducado, Columna, de aquí vengo, de aquí proviene mi fuerza, la fuerza de mi linaje. ¿Has visto otro pueblo tan hermoso como este? Las casas de piedra, los viñedos, el río... es como si hubiésemos vuelto a la época de las cruzadas. Y lo que más me gusta es la leyenda que cuenta su origen. Cuentan que Carlomagno se estableció aquí para cazar durante unos días, y perdió su espada favorita, llamada precisamente la *Joyeuse*. Cuando uno de sus soldados la encontró, le prometió que allí se construiría un dominio, del cual sería nombrado señor, y que llevaría por nombre el de la espada recuperada».

Cuando por fin llegaron al castillo, Columna comenzó a sentir cierto desasosiego. El ala que aún quedaba en pie miraba al norte, y siempre hacía frío en su interior. Un mayordomo las condujo hasta un pequeño salón, donde ya las estaban esperando el notario y un joven rubio y apocado.

—*Madame la duchesse*, le presento a Edouard Quelen de La Vauguyon, el hijo pequeño del difunto señor duque.

—*Enchanté, madame*.

—Encantada, Edouard, siento que hayamos tenido que conocernos en estas circunstancias.

—Sí, así es, pero mi trabajo en París es sumamente importante, y durante este tiempo me ha sido imposible marchar de allí. Además, el embarazo de mi mujer, Rosalie, y el nacimiento de nuestro pequeño Georges lo han venido a complicar todo más.

—Veo que le ha puesto el nombre de su hermano.

—En realidad, el de mi abuelo... Mi hermano no ha llegado todavía, aunque no sé si lo hará, pues no ha confirmado su asistencia. Y ahora, si me disculpa, me gustaría comentar antes algunos pormenores con el señor notario.

Aunque Edouard estaba siendo amable y educado, había algo en su tono que a Columna no le gustó. Cierta conmiseración hacia ella, que iba más allá de lo trágico del momento. Columna pensó que el hijo pequeño del general era una persona soberbia, fría, y que parecía no haber heredado ninguno de los dones que adornaban a su padre. Tenía el pelo rubio perfectamente cortado a la moda, con la raya a un lado, y los ojos oscuros. Iba vestido con un traje sastre a medida, y llevaba los zapatos tan lustrados que brillaban como un espejo. Pero algo en toda aquella extrema pulcritud instintivamente la repelía.

Cuando llevaban ya más de media hora esperando, el notario carraspeó y comenzó a hablar.

—*Mesdames et messieurs*, vista la hora que es ya, y teniendo en cuenta que el hijo mayor del difunto no ha confirmado su asistencia, aun a pesar de las numerosas llamadas realizadas y cartas enviadas a su nombre a distintos destinos, creo que procede comenzar con la explicación del testamento. Les ruego tomen asiento.

Columna y Edouard se sentaron cada uno en un extremo, frente a la mesa donde hizo lo propio el notario. Era este un hombre bajito y de piel rosada, manos grandes, bigote poblado y corbata a rayas oscuras. Se le veía un hombre práctico y serio. Un notario.

—Me llamo Pierre Geneau de Lamarliere, y he sido notario de esta familia desde que mi padre falleció, el cual lo había sido a su vez. En primer lugar, me gustaría darles el pésame a ambos, el general era un hombre extraordinario. Fue un honor que depositase su confianza en mí, me siento muy orgulloso de haberle conocido, y haberle podido ser útil en no pocas ocasiones.

Espero poder seguir siéndolo para el resto de su familia. Como sabrán, me fue encomendada la redacción del testamento del duque, fallecido en El Cairo, el 2 de julio de 1948, a la edad de cincuenta y nueve años. Prosigo. El día 1 de febrero de 1948, estando plenamente capaz y en uso de sus facultades mentales, libre de toda coacción física o moral, declaró ante mí ser su última voluntad, designar como su único y universal heredero, de todos y cada uno de los bienes muebles e inmuebles, derechos y acciones que formen su patrimonio a la fecha de su fallecimiento, a su hijo mayor Georges-Antoine Quelen de La Vauguyon, que hereda además el título, y de ahora en adelante será llamado duque de Joyeuse. El general deja además un legado monetario para su hijo Edouard, así como la casa señorial en Orleans, y la granja en Clamecy. Para doña Columna Ara Castán, deja el uso del título de duquesa viuda de Joyeuse, así como todas las joyas, vestidos, y demás enseres personales que posea a fecha del fallecimiento. A excepción de las joyas pertenecientes tanto a doña Margot, la madre del general, como a su difunta esposa, doña Madeline-Antoinette, que pasarán a manos del nuevo duque de Joyeuse. Le deja también esta carta, que aquí le entrego.

Columna cogió con manos temblorosas el sobre. Cuando estaba a punto de abrirlo, se oyeron unos pasos, y el notario dijo:

—¡Qué sorpresa! No esperábamos su llegada, pero me alegro de que haya podido hacerlo. Pase y siéntese, Georges-Antoine, ¿o debería decir «señor duque»?

Columna se giró a mirar al hijo mayor de su difunto esposo y, al verlo, no pudo reprimir un grito. Acto seguido, se desmayó.

Georges-Antoine

Para Georges-Antoine Quelen de La Vauguyon, como para tantos otros hombres, la guerra era una vía de escape de sí mismo. Recordaba su infancia como una etapa tranquila y feliz, solo ensombrecida por su hermano Edouard, que siempre había sido un niño difícil de tratar. Sus padres se querían, eso saltaba a la vista. Él era un respetable general, ella una mujer cariñosa y buena, y ambos muy queridos por sus amigos. Pero Edouard había sido desde el principio el elemento discordante que rompía aquella armonía familiar. Mimado, caprichoso, mentiroso, y lleno de una envidia feroz hacia cualquier cosa, pero sobre todo hacia su hermano, nada parecía satisfacerle nunca. Solo cuando se fue a vivir a París, a estudiar economía y comercio, y se casó con la hija de un rico fabricante de vinos, pareció cambiar un poco.

Georges-Antoine nunca hizo mucho caso a su hermano, se limitaba a observarlo, a veces sorprendido, a veces aburrido, como se miran los animalitos en un zoológico. Llegó incluso a pensar si sería su hermano de verdad, tan grandes eran las diferencias entre ambos. Edouard, el pusilánime, y Georges-Antoine, el futuro duque. Pero su madre había conseguido que la infancia de ambos transcurriese de la mejor manera posible, aplicando con inteligencia las dosis precisas de besos y capones. Su padre, sin embargo, tenía, como era de esperar, mucha menos paciencia. Acostumbrado al mando de las tropas, no toleraba la más mínima indisciplina, cosa que ambos hermanos aprendieron bien pronto desde pequeños.

Cuando cumplió los dieciocho años, dos sucesos cambiaron su vida para siempre: su madre murió y comenzó la guerra. Su mundo se trastocó por completo, pues ¿cómo era posible que su madre hubiese muerto tan joven? Y por un accidente de caza tan estúpido... Ayudó a su padre a seguir el rastro del ciervo y matarlo. Y cuando colgaron su cabeza en la pared de la biblioteca lloró durante horas, pues, aunque había pensado que acabar con el animal que había matado a su madre le daría cierto sosiego, no había sido así, ni mucho menos. Miraba su cornamenta, los ojos sin brillo, el pelaje opaco, y sentía que su muerte no había servido para nada. Aquello no le iba a devolver a su querida madre.

A partir de aquel día, el castillo de Joyeuse se convirtió en un lugar oscuro, triste, por donde su padre se paseaba como alma en pena, y del que su hermano Edouard huyó en cuanto pudo, con la excusa de acabar primero los estudios secundarios en París, en casa de sus tíos, y así empezar acto seguido los estudios superiores.

Georges-Antoine estaba estudiando entonces en la Escuela de Caballería Militar, tal y como había hecho su padre. Lo habían educado no para ser un soldado, sino un duque, pero cuando

estalló la guerra él quiso marchar al frente. Habló con su padre, y este le dijo que con dieciocho años recién cumplidos, sin experiencia en combate de ningún tipo, le volarían la cabeza de un tiro al segundo de estar allí. Si no lo hacía el enemigo, lo harían los suyos. Lo quería proteger. Trató de explicárselo, de hacerle entender lo que se iba a encontrar: los gritos, la sangre, los muertos... La guerra no era desde luego lo que él imaginaba. Pero todo fue inútil.

Georges-Antoine ansiaba ir, necesitaba por algún motivo hacerlo. La angustia tras la muerte de su madre no lo abandonaba ni de día ni de noche, y llegó incluso al punto de desear morir. La vida le parecía injusta, triste, amarga, y el futuro algo carente del más mínimo sentido. Combatir era una forma tan buena como cualquier otra de morir, seguramente mejor, más digna, más heroica. Y si moría, al menos lo haría con honor. No le contó nada de esto a su padre, pero estaba decidido a ir.

Cuando destinaron al general al frente de las tropas en Toulon, se lo llevó consigo. Pensó que, cuando viese la guerra de cerca, su hijo cambiaría de idea, querría marcharse de allí, aceptaría encantado que su destino no era aquel. Pero se reveló un digno hijo de su padre. Con una ira hasta entonces desconocida ardiendo en sus venas, combatió con ferocidad en cuantas batallas participó, y acabó la guerra sin haber sido herido jamás, y condecorado con la *Croix de Guerre*. Para su padre, además de un orgullo, había sido un auténtico milagro que su hijo siguiese vivo, pues más de una vez le habían llegado rumores sobre sus temeridades en combate. Incluso un sargento había llegado a decirle que parecía que su hijo no luchaba para vivir, sino para morir.

Para Georges-Antoine también fue una sorpresa no estar muerto. Cuando luchaba había descubierto que se sentía liberado de esa rabia infinita. Cuando entraba en batalla no sentía miedo, solo estaban él y el enemigo frente a frente. Notaba los sentidos alerta, el pulso acelerado, la mente despierta, y se sentía más vivo que nunca esperando la muerte.

Cuando acabó la guerra, sintió que las ganas de vivir le habían vuelto. Comprendió que lo que había hecho había sido una estupidez. Pero, a pesar de todo, la vida solo tenía sentido para él cuando entraba en combate. Así que decidió emprender carrera militar, seguir combatiendo, y se alistó en la Legión Extranjera. Al principio, su padre se opuso, enfadado como nunca antes lo había visto. Le dijo que estaba loco, que era el futuro duque de Joyeuse, que la legión era un nido de criminales y hombres sin honor, que tenían que elegir entre la legión o la cárcel. El general recordaba perfectamente la angustia con la que había vivido cada batalla en la que su hijo había participado. Tras la muerte de su esposa, perder también a su primogénito habría sido para él la peor de las pesadillas.

Pero Georges-Antoine se mantuvo inflexible, era su decisión y no había marcha atrás. Escuchaba en silencio las recriminaciones de su padre, pero negaba obstinado con la cabeza. ¿Acaso su padre no era general? ¿Acaso no había hecho la carrera militar? Se alistaría en aquel cuerpo de reputación insuperable. Desde Narvik hasta Bir Hakeim, desde el Líbano hasta los Vosgos, los legionarios eran los soldados de infantería por excelencia, los más temidos, los más fieros, los más crueles, sí, la guerra era la guerra. Pero su reputación en batalla era insuperable, y ahí quería estar él, con los mejores.

En 1945 se alistó, y a principios del año siguiente lo enviaron ya a Indochina. Allí las cosas no fueron como en Francia. De repente se encontró con que los mismos alemanes contra los que había luchado hacía poco eran ahora sus compañeros de armas. Muchos prisioneros habían elegido apuntarse a la legión, antes que volver a su patria, donde no había nada ni nadie

esperándoles, sin contar con que las condiciones de vida en Alemania eran muy difíciles tras la guerra. Habían preferido escapar de los campos de prisioneros donde los tenían hacinados, donde pasaban hambre y sufrían enfermedades, y partir con la legión a luchar contra el comunismo que, a fin de cuentas, también era su enemigo natural.

Se encontró de repente a antiguos *Waffen-SS* y *képis* blancos luchando hombro con hombro, y Georges-Antoine se sintió algo confundido. ¿Cómo podía el Gobierno francés permitir aquello? Ciertamente que había muchos caballeros prusianos, pero también excriminales de guerra que se escondieron en el discreto cuerpo del ejército legionario, en un intento de ser olvidados. En las cartas que escribía a su padre procuraba ocultarlo, pues ¿cómo evocar la camaradería entre soldados franceses y alemanes, en un momento en el que aún estaban todos profundamente marcados por los años de ocupación durante la guerra? Su padre no lo habría entendido. Incluso a él mismo le costaba entenderlo.

A esto hubo que sumarle que la lucha en Indochina era muy diferente a lo que él había vivido en Europa. La retirada de las tropas japonesas de la colonia francesa tras la guerra, dejó un enorme caos que el Viet-Minh supo aprovechar. Mientras los comunistas armaban a los rebeldes de Ho Chi Minh, los franceses trataban de mantener su supremacía en la zona, en una guerra sangrienta con visos de ir a alargarse indefinidamente. Una guerra de guerrillas para la que todavía no estaban preparados.

A principios de 1948, el conflicto se había recrudecido en todo el territorio. Sufrían enormes pérdidas debido a las numerosas emboscadas, a lo que había que sumar las enfermedades tropicales y el sofocante calor. Georges-Antoine se encontraba defendiendo un fuerte con dos compañías de la legión, cuando el general vietnamita Giap lanzó una gran ofensiva. Aunque se vieron sorprendidos por la ingente cantidad de atacantes, consiguieron rechazar el ataque y reorganizarse, dispersando a los guerrilleros. Pero Georges-Antoine cayó, por primera vez, herido en combate.

Lo trasladaron primero a Saigón y después a Francia. El dictamen de los médicos que lo reconocieron en París fue unánime: no comprendían cómo no le habían amputado la pierna derecha en Indochina. El hecho de que no solo no la hubiese perdido, sino que no se hubiese gangrenado ni provocado una sepsis, era un misterio para ellos. Tenía una fractura que le había desplazado el hueso de la cadera, la rodilla destrozada, y tantas heridas de metralla que incluso uno de los médicos comparó su pierna bromeando con un queso gruyer. Con toda probabilidad, el dolor le acompañaría el resto de su vida. Pero eso no fue lo que más le preocupó.

Georges-Antoine tuvo que aceptar que su carrera militar había terminado. Nunca más volvería a estar en un campo de batalla, nunca más volvería a sentir esa extraña sensación de calma que precedía al combate, con el corazón latiendo con fuerza. Toda su vida andaría como un cojo, tendría que apoyarse en un bastón, y tener a mano una caja de aspirinas. Tendría que guardar su *képi* blanco en una caja, su uniforme en el armario, y leer sobre las batallas en el periódico.

No se enteró de la muerte de su padre hasta que estuvo de regreso en Joyeuse. Hacía tiempo que no tenía noticias de él, pero sabía que se encontraba en Egipto trabajando para el Gobierno. Debía de hacer unos tres años que no se veían; primero, debido al enfado del general por su ingreso en la legión, y después porque estuvo luchando en Indochina. Fue allí donde se enteró, a través de las cartas que él le escribía, que había vuelto a casarse con una muchacha española, muy

joven; que vivían en una villa en Villefranche-sur-Mer, y que era feliz como no lo había sido en mucho tiempo.

Cuando Georges-Antoine leía aquellas cartas bajo la lluvia que no había cesado de caer durante días, sentado frente a una plantación de caucho en algún lugar cerca de Phnom Penh, se sentía perdido y desolado. Su padre, el general, casado con otra mujer, una mujer que podría ser su hija... y española... ¿Tan pronto había olvidado el amor por su madre?

Por más vueltas que le diese, a la única conclusión a la que siempre llegaba era que su padre se había vuelto loco. Volver a casarse a su edad, él, duque de Joyeuse, y con aquella chica... No podía ni imaginar la de habladurías que aquello habría provocado en Niza. Loco, debía haberse vuelto loco para que él, que siempre había sido un firme defensor del ducado y de las obligaciones que conllevaba, se hubiese puesto el mundo por montera, y le hubiese dado igual el escándalo de su nuevo matrimonio. ¿Por qué no había podido tenerla de querida, como hacían todos?

Pero a pesar de lo molesto que se sentía, la noticia de su muerte lo dejó destrozado. Su padre había muerto en Egipto, de repente, de un ataque al corazón. Tras leer la carta del notario en la que le explicaba lo sucedido y lo convocaba a la lectura del testamento, se quedó aturdido. Su padre... El general había muerto, el hombre que le enseñó a montar a caballo y a disparar con escopeta, que lo educó para ser su sucesor y honrar el título que algún día le correspondería, que le inculcó el amor por Joyeuse y por la familia a la que pertenecía.

Cuando lo hirieron en Indochina, su primer pensamiento fue que volvería pronto a casa, que volvería a ver a su padre y estarían juntos de nuevo tras tanto tiempo. Que podrían perdonarse todo lo que se habían dicho, todo lo que se habían reprochado, porque en el fondo eran iguales. Pero ahora eso ya no podría ser... Se preguntó si había sido un buen hijo, si había cumplido con el papel que se esperaba de él, y se dio cuenta de que no había sido así. No supo ser fuerte tras la muerte de su madre, y huyó de sí mismo buscando la muerte. No había seguido los sabios consejos de su padre, y se había alejado todo lo posible de él.

El nuevo matrimonio del general fue para Georges-Antoine algo absolutamente inesperado e imperdonable. Aun así, nunca dejó de amar a su padre. Por ello la noticia de su fallecimiento lo dejó en un estado tan lamentable, que el médico le recomendó unos días en una casa de reposo. Un lugar donde tratarse el dolor de la pierna y el dolor del alma, un sitio tranquilo en el que sanar y olvidar. Cuando llegó al hotel des Bains, estuvo dos días encerrado en su habitación. ¿Cómo un hombre que era capaz de entrar en batalla sin ningún miedo se veía reducido ahora a una sombra de sí mismo? Pero al tercer día se levantó y, al asomarse al balcón, vio el sol reflejando destellos plateados en el mar, el cielo limpio de nubes, y sintió por primera vez en mucho tiempo una extraña serenidad. Se dio cuenta de que estaba en el camino de aceptar lo que la vida le había deparado, aunque fuese amargo.

Cuando bajó a desayunar, vio a aquella mujer sentada en una silla mirando al mar, llorando bajo el velo oscuro, y sintió que había otro ser en aquel lugar que estaba como él, perdido y solo. Luego la llevó de paseo al mar, y no hablaron mucho, lo suficiente para darse cuenta de que el mundo había dejado de tener sentido para ambos, y de que el dolor que arrastraban era algo antiguo y profundo, que costaría olvidar. Desesperación, ese era su nombre. Cuando ella entró en su habitación dejando atrás la puerta abierta, Georges-Antoine no dudó en seguirla.

Aquella mujer ni siquiera le había dicho su nombre, tan solo le había dado las gracias por algo que en su memoria ya casi ni recordaba. Y al mirarla a la cara, había visto un sufrimiento tal, que por un momento sintió que eran almas gemelas, unidas por la pena y la desolación. Hicieron el amor como si el mundo fuese a acabarse, como si no quedase esperanza, agarrados el uno al otro de forma salvaje.

Al día siguiente dejó el hotel, y partió a la lectura del testamento de su padre, dejándole una sencilla nota de despedida: «Volveré en tres meses».

Sola en la noche

Columna se despertó en una cama, con Marie-Hélène sentada a su lado que la abanicaba con una revista. Sobre la mesilla había un vaso de agua y unas pastillas. El médico había ido a verla, y le había dado un sedante.

—*Mon Dieu*, Columna, menudo susto nos has dado. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras? De repente te pusiste en pie, diste un grito, y caíste redonda al suelo como si te hubiese fulminado un rayo.

—Georges-Antoine...

—Ha pasado un momento a verte, y tras asegurarse de que estabas fuera de peligro, ha partido a Villefranche-sur-Mer, a Villa Leopolda. Ahora es su casa. Ha dado instrucciones para que cuando mejores, vayamos nosotras también allí, a recoger nuestras cosas cuanto antes.

—¿Recoger nuestras cosas? ¿Cuanto antes? Pero... Marie-Hélène, no entiendo nada, ¿de qué estás hablando?

—Pero... ¿cómo? ¿No lo recuerdas, Columna? El duque te ha desheredado, no tienes derecho a nada de la herencia. Ahora todo es de Georges-Antoine, las casas, los coches, los muebles, ¡todo! Es el nuevo duque de Joyeuse. Te permite que te lleves lo que estrictamente se estipuló en el testamento, tus pertenencias y nada más.

—¡Dios del cielo! La carta... no he leído su carta, no tuve tiempo... Ahora lo recuerdo, no me ha dejado nada... nada... Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Qué voy a hacer? ¿Y tú?, Cristo misericordioso, Marie-Hélène, ¿qué va a ser de ti?

—Georges-Antoine me ha ofrecido continuar a su servicio en la casa, que mantendrá mi puesto de secretaria o algo parecido. Pero lo voy a rechazar. No podría hacerte eso, dejarte sola ahora...

—No, no, Marie-Hélène, no... Acepta ese trabajo, quédate en Villa Leopolda. No puedo pensar ahora con claridad, me siento totalmente aturdida... Pero sí sé que eso es lo que debes hacer, quedarte en Villa Leopolda. Ahora, por favor, ayúdame a incorporarme, y volvamos cuanto antes a casa. Hay mucho por hacer y tengo que hablar con Georges-Antoine, antes de que vuelva a desaparecer de nuevo.

Durante el camino de vuelta, Columna se sentía totalmente confundida. ¡Georges-Antoine era el hijo del general! El hijo mayor a quien ella nunca había conocido había sido su salvador, el que había llevado a Pedro a la cárcel, el que había asaltado sus pensamientos en tantos momentos... y con el que...

«Señor, ¡perdóname!, ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo saber que ese hombre era el hijo de mi difunto esposo? Alguien que se me había aparecido en sueños innumerables veces, siempre salvándome y siempre... El hijo de Jean-Henri, del que poco hablaba más que para decir que siempre estaba de viaje... Y yo convirtiéndome en su amante... Pero ¿importa de verdad eso ahora? ¿Acaso te has olvidado de lo ocurrido antes? El general te ha dejado en la calle, te ha desheredado, te ha quitado la vida que tenías devolviéndote a donde perteneces, a una familia pobre en Zaragoza... Pero ¿por qué? ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué pecado he cometido para recibir semejante castigo? Dios mío, no entiendo nada... Todo, Jean-Henri me lo ha quitado todo menos el título, y de eso no se vive ni se come. Duquesa viuda de Joyeuse, pues muchas gracias, Jean-Henri, muy generoso por tu parte. Una duquesa sin casa, sin dinero, sin criados, sin nada... ¿Cómo imaginar, cuando veníamos de camino a Joyeuse, que esto iba a terminar así? Y Georges-Antoine, ¿qué pensará de mí...? No sé cómo lo voy a mirar a la cara cuando lleguemos, pero tengo que hablar con él, tengo que explicarme, tengo que conseguir que me escuche. Eso es, hablaré con él, le haré ver que he sido una buena esposa, y que lo nuestro fue un momento de desesperación. Tiene que entenderme... Por favor, Dios mío, haz que me entienda... ¡¡Tiene que entenderme!!».

Cuando llegaron a Villa Leopolda, todas las luces de la casa estaban encendidas, y se veía un gran trajín de personas de un lado para otro. Estaban sacando las cosas de Columna en cajas, que dejaban apiladas junto a la entrada principal. Allí estaban sus vestidos, su maquillaje, los bolsos y pieles, los zapatos y sombreros. Se echó a llorar al comprender que nada de lo que dijese serviría para algo. Su vida, tal y como la conocía, estaba saliendo de aquella casa a toda velocidad. Al entrar vio a Georges-Antoine muy ocupado impartiendo órdenes. Había mandado cambiar la disposición de algunos muebles, y estaba discutiendo con el ama de llaves sobre la intendencia de la casa. Cuando vio a Columna, le lanzó una mirada gélida.

—Georges-Antoine... yo... necesito hablar contigo, escúchame por favor.

—Salgamos de aquí, hablaremos fuera.

—Déjame que me explique... no puedes entender que...

—¿Entender qué? ¿Que todavía no hacía un mes que había muerto mi padre, y tú ya estabas acostándote con otro?

—No, con otro no, contigo. ¿Pretendes culparme solo a mí de lo sucedido? ¿Acaso no fuiste tú quien entró en la habitación detrás de mí, y cerró la puerta? No te vi volver a bajar las escaleras... No, Georges-Antoine, tú tampoco sabías quién era yo. Ninguno de los dos lo sabíamos, ¿acaso piensas que estoy loca?

—No, Columna, no, no es lo mismo. Tú eras la viuda de mi padre. Yo solo un hombre recién llegado de la guerra.

—Sí, es cierto, era viuda, cuando nos vimos estaba de luto por tu padre, y lo seguiré estando durante mucho tiempo. Precisamente llevo este velo por respeto al hombre maravilloso que fue. Pero lo sucedido entre nosotros... trata de entenderlo... yo estaba tan mal, y de repente apareciste tú, el hombre que me había salvado quién sabe si de morir... Tú, el hombre en quien tantas veces había pensado, te presentaste ante mí lleno de dolor, y quise ayudarte como tú me habías ayudado a mí. Vi no solo el dolor en tu pierna, sino también dentro de ti. Eras un hombre destrozado, y aunque no sabía por qué, pensé por un momento que ambos éramos almas gemelas, con el corazón roto. No sé si tú también lo sentiste así, pero, por un momento, lo creí... Jamás quise faltarle el respeto a la memoria de tu padre, lo juro, nunca haría algo así. Lo quería de verdad.

—¿Lo querías, dices? Entonces, ¿por qué te ha desheredado? ¿Por qué no te ha dejado nada más que lo tuyo? Ni una casa, ni un cuadro, ni dinero... ¿por qué?

—No lo sé... de verdad que no lo sé y me gustaría saberlo.

—Mientes, claro que lo sabes.

—No, te juro que no lo sé, de verdad. Tan solo se me ocurre... Tu padre hablaba mucho de tener otro hijo... pero yo no pude dárselo... Puede que fuese por eso, porque le fallé.

—¿En serio crees que mi padre era un hombre tan mezquino? ¿Que te iba a dejar en la calle por no haberle dado un hijo? Columna, me estás mintiendo. Él no era así... y te quería, me dijo en muchas cartas lo mucho que te quería.

—Él... ¿te dijo que me quería? ¿Te escribía cartas...? ¡Si nunca me hablaba de ti! Creía que no os hablabais, que estabais enfadados.

—Y lo estábamos, por motivos que no vienen al caso. La cuestión es que yo no soy como mi padre, en muchos sentidos... Pero respetaré su voluntad. No voy a dejar que te lleves de aquí más que lo que él te ha dejado. Me gustaría ver en ti lo que mi padre vio, pero no lo consigo. Solo veo a una mujer que, por algún motivo que ocultas, pero que no es difícil de adivinar, ha sido desheredada. No, no me digas nada, no me interesan tus explicaciones. Aunque hubieses sido la esposa perfecta, que lo dudo, lo sucedido en el hotel des Bains sería suficiente para justificar lo que ahora estoy haciendo. Coge tus cosas y vete de aquí. Y no vuelvas nunca más, Columna. No quiero volver a verte.

Georges-Antoine dio media vuelta y volvió a entrar en la casa, dejando a Columna sola en la noche.

Mi querida Columna

Mi querida Columna:

Si estás leyendo esta carta significará que, por desgracia, he fallecido. No sé si habremos tenido tiempo de hablar, si te habré explicado los motivos que me han llevado a actuar de determinada manera, o si el viaje a Egipto y los problemas de allí derivados me habrán impedido sincerarme contigo en persona, como era mi deseo. Sea como fuere, pensaré que todo lo que te voy a decir en esta carta es nuevo para ti. Cuando se la entregué al notario, antes de marcharnos, no sabía qué iba a suceder.

Poco antes de partir hacia El Cairo, tuve la poca fortuna de escuchar una conversación entre dos socios de mi club, de la que se deducía que me habías sido infiel con Gaetano Nasi d'Alcontres. Al principio, como podrás comprender, no le di crédito. Tú no eras esa Columna, no eras ese tipo de mujer. ¿Por qué creerles cuando jamás habías dado muestra alguna de comportarte de una forma tan mezquina? Por lo demás, conozco el comportamiento jactancioso de los hombres, cuando hablan de las mujeres.

Aun así, volví a casa sintiendo mi corazón desfallecer. Yo quería creer que eran falsedades, invenciones de un italiano soberbio y estúpido, engreído. Quería creer en lo que mis ojos habían visto: una esposa fiel, entregada, que jamás dio motivo alguno para las habladurías. Quería creerte, de verdad, Columna, porque te amaba. Naturalmente, pensé en contártelo todo en el momento, pero no lo hice.

Pasé la que sin duda puedo decir que fue la peor tarde de mi vida. Me encerré en la biblioteca y traté de distraerme leyendo un poco, pero todo fue en vano. Imaginaros a ti y ese italiano juntos me estaba volviendo loco. Hacía enormes esfuerzos por serenarme, diciéndome que era todo una vil mentira, que tú jamás habrías caído tan bajo, que me querías... Y entonces, una pregunta sacudió mi mente, ¿realmente me querías? Como una esposa debe hacerlo, me refiero, como me quiso mi primera esposa...

Sí, habías estado siempre a mi lado, me habías dado tu apoyo en momentos importantes, incluso habías cambiado tu aspecto para convertirte en una digna duquesa de Joyeuse. No dudes de que no me he dado cuenta de cuántos sacrificios has hecho por mí. Dejaste tu casa, tu familia, tus amigos, incluso a aquel novio que nos espiaba el día de nuestra boda... lo dejaste todo atrás por mí, y siempre lo he valorado.

Pero ¿alguna vez me quisiste de verdad? ¿Me amaste? No sabría decirlo... Aunque el corazón quiera decirme que sí, no puedo engañarme a mí mismo. Me habrás querido, eso no lo dudo, ni lo dudaré jamás, pero sentir pasión hacia mí, deseo, el alma arrebatada llena de amor, todo lo que yo siento por ti, eso me cuesta creerlo... Como me cuesta un gran esfuerzo decirte esto, porque me casé contigo sintiéndome el hombre más afortunado del mundo, y también el más enamorado.

Y entonces cometí un gravísimo error. El mismo error que cometen todos los enamorados.

No pudiendo soportar más las sospechas, fui a ver al italiano a un club que sabía que solía frecuentar. No te contaré aquí la conversación, que fue bastante desagradable. Pocos hombres he

conocido más despreciables y miserables que él. Decirte solo que me confirmó la conversación que yo había tenido la desgracia de oír, y lo hizo con enorme placer al saberme torturado.

Le habría pegado un tiro allí mismo, no solo por lo que me contó, sino sobre todo por su actitud. Me estaba desafiando, me retaba, a mí, un general del ejército francés condecorado múltiples veces. Pero no le di esa satisfacción. Pegarle habría significado darle justo lo que quería. Así que me marché de allí asqueado, y muy triste. Aun así, debo decir que la duda persistió. No podía creer que te hubieses enamorado, o sencillamente, que te pudiese gustar un hombre así, tan petulante, tan fatuo, tan engreído, tan distinto a mí.

No te dije nada aunque la duda me estaba carcomiendo. Decírtelo habría sido como acusarte. Si era verdad, no habría tenido más remedio que divorciarme de ti. Si no era cierto, jamás me habrías perdonado que dudase de ti. En esta situación me encuentro hoy antes de emprender un largo viaje contigo, que no sé por cuánto tiempo nos retendrá en Egipto.

Querida Columna, no puedo permitir que gran parte de mi fortuna y mis propiedades pasen a alguien sobre quien recae una sospecha de ese calibre. Por ello no me queda más remedio que desheredarte. Permitiré, eso sí, que sigas usando el título, como duquesa viuda de Joyeuse, y que conserves tus cosas y tus joyas, al fin y al cabo, tuyas son. El resto lo dejaré a mi hijo mayor, Georges-Antoine, ya que, como futuro duque, deberá conservar nuestro título y nuestro patrimonio.

No espero que lo entiendas, sobre todo si eres inocente de todo lo que se te atribuye. Si es así, imagino que ahora debes de estar muy triste, indignada, y sobre todo, decepcionada conmigo por no haber tenido el valor de hablarte y decirte estas cosas a la cara. Pero, en el fondo, espero que nunca llegues a leer esta carta. Espero que nos vayamos de viaje y una tarde, con calma, quizá tomando un café, hablarte de todo esto y que tú me digas que no es más que una infame y vil mentira, inventada por un hombre sin escrúpulos. Y yo sabré si me mientes, lo sabré, porque tus ojos siempre dicen la verdad.

Si al final todo ha sido una absurda pesadilla, si me amas, entonces llamaré a mi notario para que rompa esta carta, y cambie el testamento. Y a mi muerte, vivirás holgadamente hasta el fin de tus días. Pero si no me amas, si me engañaste, aun así quiero decirte que seguiré velando por tu familia en Zaragoza. Al fin y al cabo, es una promesa que les hice a ellos, no a ti.

En el fondo de mi corazón, espero que esto no haya sido más que un engaño de un hombre miserable. Espero que me hayas querido siempre como yo a ti, y que esta carta jamás llegue a tus manos. Pero si no ha sido así, lo lamento.

Jean-Henri

¿Qué va a ser de mí?

Raquel Meller estaba sentada en el salón de su casa, removiendo de vez en cuando su Bloody Mary con una ramita de apio, y escuchando con atención todo lo que Columna le contaba. Aunque trataba de no mostrar sentimiento alguno en su cara, por dentro estaba totalmente asombrada. ¡Menuda historia! Aquella muchachita pobre y mal vestida de Zaragoza se había casado con un duque, había estado a punto de echarse un amante italiano, se había acostado sin saberlo con el hijo de su difunto esposo, y ahora, desheredada, buscaba refugio y su ayuda. Daría para una película de Hollywood...

Columna no hacía más que llorar, y eso estaba empezando a irritar a doña Raquel. Ella siempre había sido una mujer resolutiva, que se había entregado bien poco a la autocomplacencia, y tener allí a aquella muchacha llorando desde hacía ya un buen rato, estaba empezando a agotar sus nervios. Le habría encantado que estuviese presente Coco Chanel, aquella era una historia de la que habría disfrutado inmensamente. Incluso le habría sorprendido aún más que a ella, ya que siempre había tenido a Columna por una chica sosa y apocada.

¡Pero menudas noticias! La ahora duquesa viuda de Joyeuse, tan solo mantenía el título de su difunto marido. Y aún había tenido suerte, pues le había dejado conservar las joyas que le había regalado, algunas de ellas muy valiosas. Pero su situación no era buena. Sin dinero propio, sin una casa, sin trabajo... Doña Raquel se planteó por un momento si cogerla como secretaria personal, pero ya tenía una desde hacía varios años, que era sumamente eficiente. Además, pensó que sería difícil impartir órdenes a Columna, pues la quería casi como si fuese su pupila, y el trabajo no se debía mezclar con el amor, fuese del tipo que fuese. Esa era una lección que había aprendido en sus propias carnes hacía tiempo.

No, la solución pasaba porque Columna buscase un trabajo, o que volviese a Zaragoza. Al fin y al cabo, el general sí había mantenido la casa y la asignación dada a la familia, era un hombre de palabra. Pero cuando le sugería lo de volver a España, Columna torcía el gesto, y lloraba. No quería tener que explicarle a su familia qué era lo que había ocurrido, y por qué volvía a casa con una mano delante y otra detrás. Además, le daba la impresión de que si regresaba, se quedaría allí atrapada para siempre, en una ciudad que ahora recordaba triste y oscura. Así que la única opción que le quedaba era trabajar, ¿pero en qué? Doña Raquel estaba cansada ya de escucharle.

—Perdóname, querida, pero no entiendo por qué te lamentas tanto. Has tenido un amante joven y fabuloso, vale que era el hijo de tu difunto esposo, pero ¿acaso lo sabías tú? Recuerda que, hace ya un tiempo, yo misma te hablé de que eras muy joven y te quedaba mucho por vivir. Lo

que no dejo de pensar es cómo se enteró el general de toda esta historia. ¿Estás segura de que se lo contó el italiano?

—Eso dice en la carta, no tenía por qué mentir.

—¿Y si fue Marie-Hélène? A fin de cuentas se llevaba muy bien con el general, lo admiraba mucho...

—No puede ser. Ella jamás me haría una cosa así, mucho menos después de todo lo que hemos pasado juntas... de todo lo que sabemos la una de la otra... No, no puede ser ella... Pero cambiemos de tema... Ahora en lo que tengo que pensar es en qué voy a hacer con mi vida, de dónde voy a sacar dinero para vivir. Porque no quiero vender joyas, y el dinero que Jean-Henri me dejó en la cuenta a mi nombre, no sé lo que durará.

—Algo habrá que sepas hacer. Entiendo que ahora es muy duro para ti, Columna, que el general ha muerto hace poco y que aún estás digiriendo todo lo que ha ocurrido. Pero debes reaccionar. Sabes que en mi casa puedes quedarte cuanto quieras, pero no querrás pasar el resto de tu vida conmigo, ¿no? No lo creo. Eres una muchacha espabilada y muy joven. Antes de que te des cuenta, volverás a tener marido y, si eres lista, un buen marido. A lo mejor no tan bueno como el que tuviste, pero sí más joven. Tú ya me entiendes. Pero hasta ese momento, necesitas algo que te permita vivir, visto que no quieres volver a Zaragoza, y comprendo que tienes tus razones. Estoy de acuerdo en lo de las joyas, al final eso es pan para hoy y hambre para mañana. Piensa, Columna, seguro que hay algo que puedas hacer, algo con lo que ganarte la vida.

—Bueno, cuando era más joven ayudaba a veces a mi madre a peinar a las señoras. Es que no se me ocurre en este momento qué puedo hacer con mi vida...

—¿Peinar? ¿De qué narices me estás hablando? ¿En serio quieres hacerte peluquera? Mira cómo llevas el pelo ahora, si no fuese por Coco aún lo llevarías largo por el culo. Recuerdo lo que lloraste cuando te lo cortaron, así que no me vengas con tonterías.

—Dios mío, qué pérdida me siento...

—Lo más rápido y práctico sería que volvieses a casarte, preferiblemente con otro millonario. En la zona hay muchos, tendrías dónde elegir.

—Pero ¿cómo se le ocurre doña Raquel? Eso ni me lo mencione.

—Entonces, ¿qué?

—También sé coser.

—Ya he visto lo que coses, yo como mucho te encargaría cortinas y cojines. Columna, se trata de que mantengas la misma vida, o parecida, a la que llevabas. Vamos, que esto no va de que trabajes para no morirte de hambre, sino para que puedas seguir ostentando el título de duquesa viuda de Joyeuse, sin que tengas que agachar la cabeza al decirlo.

—Lo digo en serio. No sé coser vestidos, eso es verdad, pero hago cintas para el pelo, adornadas. Quedan como un tocado, pero sin ser tan rígidas. Les pongo joyas, brocados, flores...

—¿Vas a vivir de vender cintitas para el pelo? Suena a adornos para niñas.

—No, no... espere, le mostraré una.

Al cabo de unos minutos, Columna volvió con las manos cargadas con una caja voluminosa.

—Ya sé lo que decía el testamento, pero a Georges-Antoine no creo que le hagan falta los antiguos vestidos de su abuela. Y, a decir verdad, el general me los regaló. Tengo otras dos cajas llenas de telas antiguas, refajos, tules y cintas. Cuando las vi pensé que tenía que hacer algo con ellas, algunas tienen unos colores tan maravillosos... Entonces se me ocurrió lo de hacer una cinta

para el pelo, con algo encima que le diese más cuerpo. Coco siempre lleva lazos negros, incluso los ha puesto de moda.

—¿Eso de ahí es una cinta hecha por ti?

—Sí, esta fue la segunda que hice, la primera fue un desastre.

—Entiendo lo que quieres hacer, pero algo falla en el montaje. O en la composición, no sabría decirlo.

—Ese es el problema, tengo el diseño en la cabeza, pero luego no sé cómo transformarlo en algo real sin que se me desmonte a cachos. Y no quiero acudir a un sombrerero, los trucos que necesito son más bien de bordadora.

—Entonces, debes acudir a *madame* Leduc.

—¿*Madame* Leduc? No sé quién es.

—Es una afamada modista allá en París, pero acaba de instalarse aquí. Dice que quiere envejecer mirando el sol y el mar, y no tres palmos de nieve seis meses al año. Simone Leduc es, sin lugar a dudas, la mujer que necesitas, cose y borda como los ángeles. Tú podrías pasar una temporada en su atelier aprendiendo, y luego instalarte por tu cuenta. Con *madame* Leduc podrías tener la formación que necesitas, y empezar a vender tus cintas a sus clientas. Algún sacrificio tendrás que hacer, digo yo. No pretenderás que te haga el favor de enseñarte sus secretos gratis...

—Pero... pero esa no es la idea que yo tenía en la cabeza.

—Yo tampoco la de beberme este cóctel escuchando tus problemas, pero es lo que hay.

La lección

Cuando Columna habló con *madame* Leduc, esta se quedó muy sorprendida, pues en toda su carrera jamás una de sus clientas le había pedido que por favor le enseñase a hacer algo. A decir verdad, dudaba de que ni siquiera supieran enhebrar una aguja. Pero aquella joven no le había exigido que le enseñase, sino que se lo había pedido con amabilidad y educación, casi como si fuese una aprendiz más que una duquesa. O exduquesa, los rumores también habían llegado a su taller.

Aquella joven no quería aprender a hilvanar, a hacer un dobladillo o poner botones, solo quería saber cómo podía construir una cinta para la cabeza, donde poner bordados y guipures, borlas e hilos de colores, y después coser encima joyas. Al principio, *madame* Leduc no entendió la idea, pero aquella muchacha era una protegida de Raquel Meller e incluso de la gran Coco Chanel. Acogerla sería abrirse más puertas en la sociedad de la Costa Azul, en la que ella acababa de aterrizar.

Simone Leduc lo meditó durante bastante tiempo. Por un lado, no quería enseñarle a otra persona sus trucos de bordadora, eso podría significar cavarse su propia tumba con una futura competencia. Pero aquella española no quería hacer vestidos, tan solo esas estrechas cintas. Así que le ofreció el trato que para ella era más ventajoso: le enseñaría a bordar, a cambio de que durante el primer año vendiese las cintas en su atelier.

Columna aceptó. Acudía cada día al taller de la modista con su bloc de escritura y su bolígrafo marca Birome, que el general le había regalado y ella conservaba como oro en paño. Escuchaba con suma atención todas las indicaciones que *madame* Leduc le hacía, y tomaba gran profusión de notas. Le llevó incluso el tocado que había realizado para la cena con Picasso, para que le indicase qué era lo que había hecho mal.

—*Madame* Ara, su tocado es bonito, y entiendo lo que pretendía hacer usted con él. Pero la ejecución es... cómo decirlo... ¿incorrecta? No, no diga un completo desastre, porque no lo es. Tiene imaginación, buen gusto, y es diferente. A mí me parece encantador. Pero para un ojo experto como el mío, se ven a la legua los defectos. Estas puntadas aquí y allá... Pero usted ya sabe que tiene defectos, *n'est-ce pas?* Yo puedo enseñarle la técnica, pero la composición dependerá siempre de usted, pues suyas son las piezas y suya es la imaginación.

Columna escuchaba y apuntaba, apuntaba y escuchaba, escuchaba y apuntaba.

—Lo primero que tiene que hacer es observar el material que tiene, y después comprar todo lo que le llame la atención, porque de ahí es de donde va a sacar la inspiración para realizar el

diseño de sus piezas. Deberá usar agujas de diferente grosor, ya que tendrá que utilizar desde las muy pequeñas y muy finas para pasar los abalorios, hasta las muy largas para poder llegar a la otra parte de las cintas. La ropa de su suegra viene de la época de mayor gloria de la pasamanería, con lo cual encontrará muchas piezas que usar para rematar y dar volumen.

—Pero yo quiero hacer la cinta plana sobre la cabeza.

—Eso es imposible, *madame* Ara, porque algo de volumen tendrá que darle al conjunto, o no se verá.

—Lo entiendo. Pero cuando coso, no consigo que las piezas queden como yo he imaginado que iban a quedar.

—Eso es porque cose usted a mano alzada.

—¿Y cómo debo coser entonces?

—Lo tiene que montar sobre un bastidor grande. Un trozo de tela recortado de un antiguo refajo de su suegra iría muy bien, por ejemplo.

—Pero no acabo de entender el montaje sobre el bastidor...

—A ver, cojamos la cinta que hizo usted.

La modista desmontó la cinta con gestos hábiles, y le señaló la pieza que estaba mal hecha. Lo volvió a montar todo sobre un bastidor, uniendo con hilvanes la pieza que había salido mal.

—Si no quiere que se le resbale la cinta por la cabeza, deberá poner por dentro una cinta de terciopelo antigua.

—Vaya, viéndola a usted hacerlo, parece mucho más fácil.

—Es normal, son años de práctica cosiendo y bordando. Recuerde, lo primero es conseguir una base rígida, pero que no parezca un tocado. Y lo segundo que las piezas estén siempre unidas, porque si no todo empezará a abrirse y perderá su forma original, a riesgo de acabar desmontado.

—*Madame* Leduc, no imagina cuánto le agradezco su ayuda. Es usted una bordadora fantástica.

—*Merci beaucoup*. Ahora a trabajar. Si quiere ganar dinero con esas cintas, va a tener que trabajar muchas horas. Muchas horas...

Simone Leduc se alejó de Columna pensando que, con un poco de suerte, aquella muchacha se cansaría de su idea de las cintas y le dejaría todo el material a ella. Con lo que había visto que guardaba en las cajas que había llevado al taller, ella podría hacer maravillas en los trajes que diseñaba y cortaba. Y si se daba el caso de que todo funcionaba y aquellas cintas se vendían, también sería una suerte. Fuese como fuese, aquella fiesta no la acabaría pagando ella.

Columna supo que si había tenido alguna duda en el pasado sobre su capacidad para hacer las cintas, estas habían desaparecido gracias a las sabias y pacientes lecciones de *madame* Leduc. Con gran lucidez, no solo había comprendido perfectamente lo que la modista le había enseñado, sino que había vislumbrado un enorme mundo de posibilidades. Sus cintas serían las más maravillosas, las más exclusivas, y todas las señoras del sur de Francia acabarían queriendo una. Hasta Coco Chanel.

Dos sorpresas... o tres

Había transcurrido menos de un mes, cuando *madame* Leduc vendió la primera cinta. Era de color verde pálido, con enormes piedras de colores bordadas formando rosetones. En cuestión de pocas semanas la demanda de las cintas alcanzó tal proporción que tuvo que poner a una de sus aprendizas a ayudar a Columna a confeccionarlas. Aquel éxito fulminante resultó ser una auténtica sorpresa. No había dama de la alta sociedad de la Costa Azul que no tuviese al menos una de ellas.

Simone Leduc sabía que el éxito no se debía tan solo a las cintas en sí, sino también a Columna. El hecho de que las hiciese una duquesa desheredada, que recibía a las clientas personalmente en la tienda vestida de Chanel de arriba abajo, y les explicaba con paciencia cómo las había construido, era algo que les encantaba. Aquella mujer joven, sofisticada, atractiva aunque no guapa, que había empezado a fumar con regularidad y que tenía los dedos siempre llenos de heridas provocadas por las agujas, se había convertido en un personaje fascinante a ojos de la élite del lugar.

Seguramente también el hecho de que no hubiese dos cintas iguales, que cada una fuese una creación exclusiva, y que fuesen fruto de una maravillosa imaginación, hacía que se hubiesen convertido en objeto de deseo. Columna siempre llevaba alguna en la cabeza, e incluso en ocasiones, las había usado como cinturón. Sabía mezclar los colores creando paletas originales y elegantes, usaba materiales tan dispares como el barro o las plumas de gallo, la batista o el brocado. Llegó incluso a aceptar encargos, colocando costosas joyas de familia en cintas blancas, especiales para novias.

Madame Leduc asistía asombrada a la creación y desarrollo de aquellas piezas personales, pensando que Columna era una muchacha de una imaginación desbordante y asombroso gusto. De dónde sacaba las ideas era algo que no acababa de comprender. Al fin y al cabo, era una chica de orígenes humildes, como ella misma le había contado en una ocasión. Pero no había que olvidar que tanto Coco Chanel como Raquel Meller habían visto algo en ella...

Lo que Simone Leduc no sabía era que Columna copiaba. Tenía en su casa una montaña de revistas de moda antiguas, de las que sacaba las ideas para componer sus cintas. Le gustaba ver lo que habían hecho gente como Schiaparelli o Laliq, para de ahí extraer la inspiración de sus nuevas creaciones.

Gracias a su éxito, no tardaron en llegarle las invitaciones para todas las fiestas. Ella procuraba aparecer siempre con el mismo aspecto: un vestido monocromo y sobrio, normalmente

negro o blanco, sobre el que había colocado algún broche o brazaletes valiosos, de los que el general le había regalado. Y, por supuesto, una de sus cintas adornando su cabeza. Nunca la misma.

Cuando echaba un vistazo a su alrededor y veía la admiración que despertaba, las muchas invitadas que lucían a su vez alguna de sus creaciones, las miradas interesadas de los hombres, sentía que el mundo, ahora sí, estaba por primera vez a sus pies. Era viuda, no tenía fortuna, y tenía que trabajar muy duro para conseguir ganar dinero, pero allí estaba, en la cumbre, y todo se lo debía a sí misma. Ahora entendía muchas de las cosas que le había contado de su vida Raquel Meller...

Doña Raquel... cuánto le debía...

La segunda sorpresa para *madame* Leduc fue cuando, por cuarta mañana consecutiva, descubrió a Columna sentada en una silla, pálida, y con aspecto de no encontrarse nada bien. Le tocó la frente, pero no tenía fiebre. Una de las costureras le dejó un abanico y le dieron un vaso de agua, pero parecía que aquella muchacha se iba a caer al suelo de un momento a otro. Así que la mandó de vuelta a casa, a descansar.

Raquel Meller estaba a punto de salir de viaje para París, cuando vio a Columna llegar completamente descompuesta. A la palidez de su piel, de normal morena, había que sumarle las ojeras, la nuca sudada, la pesadez en sus gestos al caminar. Llamó al médico y a Marie-Hélène, ya que ella no podía demorarse más, pues tenía cerrado un contrato para cantar en el Folies Bergère dos días después. Esperando que no fuese nada grave, partió secretamente aliviada, pues si lo era no se contagiaría.

Marie-Hélène hacía tiempo que no veía a Columna. Sabía de sus éxitos con las cintas, pero no tenían la misma relación. Ella trabajaba para Georges-Antoine, el nuevo duque de Joyeuse, y no habría estado bien visto que siguiera relacionándose con la antigua duquesa. Era un hombre reflexivo, de pocas palabras, al que no se le conocían escándalos. La vida de Marie-Hélène transcurría de forma apacible, y aunque muchas veces echaba de menos a Columna, en el fondo prefería la tranquilidad de la que ahora disfrutaba.

Cuando doña Raquel la llamó, acudió corriendo a su casa. Llegó a tiempo de verla irse con el chófer, camino a la estación, y despedirse de lejos. Al entrar vio que Columna estaba tumbada en la cama, y tenía muy mal aspecto. Junto a ella, en el suelo, había una bacinilla donde acababa de vomitar. Fue a la cocina y cogió un paño y un pequeño barreño que llenó de agua fría. Se sentó junto a ella y le fue mojando la frente, las muñecas y los tobillos, hasta que llegó el médico, que la hizo salir de la habitación para reconocer con tranquilidad a Columna. Salió diez minutos más tarde.

—Doctor, ¿qué le pasa? ¿Qué tiene? ¿Está muy grave?

—No, no se preocupe, no es nada grave, todo lo contrario, pero tiene que descansar y hacer reposo durante algún tiempo. Le he dado algo para las náuseas.

—¿Es la tensión? Ella siempre ha tenido la tensión baja.

—No, no es la tensión, y lo lamento pero no puedo decirle nada más. Ya se lo contará ella misma. Ya le he dicho a ella qué debe hacer y le he recomendado un especialista al que acudir. Ahora si me disculpa, debo irme ya.

Y saludándola con una leve inclinación de cabeza, se marchó sin volver a decir ni una palabra más. Marie-Hélène se quedó desconcertada. ¿Especialista? Dios mío, eso solo podía

significar una enfermedad grave. Pobre, Columna, pobre... Volvió a entrar en la habitación y la vio más serena, menos pálida. Incluso parecía que sonreía.

—*Ma chère Columna, ma petite...* ¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo por ti?

—No, no, tranquila... Ven y siéntate aquí, a mi lado.

—Pero cuéntame, por favor, dime algo de lo que te ocurre, sabes que puedes confiar en mí. El médico no ha querido decirme nada, y estoy muy preocupada. Lo único que ha hecho ha sido hablarme de un especialista, y eso solo puede significar que lo que te ocurre es grave...

—Pero no llores, tonta, no llores. No me pasa nada grave. Es solo que... estoy embarazada.

—¿Cómo? ¿¡Embarazada!?

—El cansancio, el dormir mal, las náuseas... todo era debido a eso.

—¡Dios mío, Columna! Al final, el general sí tuvo un hijo contigo...

—Eso parece... Después de tanto tiempo juntos...

—Y él muerto... ya no podrá conocer nunca a su hijo... Pero tú, ¿cómo estás? ¿cómo te sientes? Porque vas a tener un hijo tú sola, y no imagino por lo que debes de estar pasando en este momento.

—Estoy bien, de verdad, estoy muy bien. Cierto que la noticia me dejó un poco desconcertada en un primer momento, pero después me sentí inmensamente feliz. Voy a tener un hijo, un bebé al que querer, cuidar, y criar como digno hijo de su padre. Espero que se parezca en todo a él.

—Ojalá, el general era un gran hombre. Pero... pero... espera, ahora que caigo, ¿sabes lo que esto significa?

—No, ni idea, ¿el qué?

—Que tienes en tu seno al tercer hijo o hija del antiguo duque de Joyeuse, y que aunque a ti te desheredase, él sí tiene derecho a una parte de la herencia.

—¿Cómo?

—Que vuelves a ser rica, Columna, vuelves a ser rica.

Columna miró a Marie-Hélène comprendiendo de repente lo que su amiga le decía. Aquel niño que crecía en su vientre significaba muchas cosas, muchas más de las que la francesa sabía. Porque cuando el general murió, llevaban dos meses sin dormir juntos.

Mantendrás esta verdad

Georges-Antoine entró en el taller como un vendaval. Miró a su alrededor hasta que vio a Columna, y agarrándola con fuerza del brazo la sacó de allí a trompicones. Ella lo siguió sin protestar hasta el patio trasero, donde solían salir a fumar las chicas. Le estaba haciendo daño y trató de soltarse, pero él la agarró aún con más fuerza hasta que llegaron al extremo más lejano, donde nadie podría escucharles. Columna sabía perfectamente a qué había ido allí, sabía lo que le iba a preguntar. Y aunque pensó que estaba preparada para ello, cuando lo tuvo delante con la cara crispada y los puños cerrados con los nudillos blanquecinos, sintió miedo.

Columna comenzó a sospechar que algo ocurría, cuando el pecho se le hinchó y dejó de tener la regla. No es que hubiese hablado antes del tema con nadie, sabía lo que había escuchado de joven en las conversaciones de las vecinas, cuando la hija de alguna se quedaba encinta. Pero las continuas molestias, sobre todo por las mañanas, el sueño que no la abandonaba, y un ligero despiste, cuando ella nunca había sido una chica despistada, la pusieron instintivamente sobre la pista: estaba embarazada.

Cuando el médico, tras hacerle algunas preguntas, la reconoció, le confirmó lo que ella ya sospechaba. Sí, estaba embarazada, aunque no podía decir con precisión de cuánto. Entonces le preguntó cuándo había sido la última vez que había tenido la regla, y ahí calló. Comprendió que decir la verdad, habría significado confesar que aquel bebé no era del general. Así que fingió no recordarlo.

Marie-Hélène se había puesto loca de contenta al saberlo, y ni por un momento dudó de que aquel bebé fuese fruto del general. Lo dio por hecho. Y Columna comprendió entonces que aquello sería lo que harían todos, darlo por hecho. Pero debía serenarse y pensar con mucha calma antes de comenzar a dar los primeros pasos. Lo que le había dicho la francesa sobre la herencia era algo que a ella no se le había ocurrido, pero que realmente le abría todo un mundo de posibilidades. Sobre todo uno en el que no depender de *madame* Leduc.

Si decidía mantener que el hijo era del general, significaba que debía decir que estaba de más de tres meses, cuando en realidad estaba solo de dos... Se sintió avergonzada, aquella forma de pensar era más propia de su amiga de juventud, la topolino, de quien hacía tiempo que no se acordaba. Pero ¿qué otra opción tenía? Sin casa propia, sin más dinero que el que ganaba con las cintas, que no era mucho todavía pues *madame* Leduc se lo quedaba casi todo, y con un hijo en camino, debía velar por él. En definitiva, debía velar por su reputación y la de su futuro hijo. Él no sería un bastardo, y ella...

Tras enterarse de la noticia, Marie-Hélène habló discretamente con un amigo suyo abogado, que le confirmó lo que pensaba: si el niño nacía y estaba vivo al menos un día, podrían reclamar su parte de la herencia. El general le había hecho un último e inesperado regalo a Columna antes de morir, y la francesa se alegraba por ello.

Georges-Antoine se enteró dos meses después, de casualidad. Se encontró por la calle con la marquesa de Chantilly, quien con una sonrisa pícara en la cara, lo felicitó por el futuro nacimiento de su nuevo hermano. Confundido, sin acertar a comprender lo que le decía, preguntó a qué se refería.

—Pero ¿cómo, señor duque, acaso no sabe la buena nueva? La duquesa viuda de Joyeuse está embarazada, al parecer de cinco meses ya. Una gran alegría para toda la familia, ¿no le parece?

Georges-Antoine ni siquiera respondió, saludó con una inclinación de cabeza y se marchó con paso rápido. ¡Columna embarazada! No podía ser cierto... ¡y de su padre! Aquello era cada vez más difícil de creer. Si creía lo que acababa de escuchar, en pocos meses tendría un nuevo hermano, un nuevo Quelen de La Vauguyon, con los mismos derechos que ostentaban tanto él como su hermano... Comprendió entonces el cariz preocupante que estaba tomando aquella situación.

Decidió llamar a Pierre Geneau de Lamarliere, y exponerle lo que ocurría. El notario no dejó traslucir ningún signo de sorpresa al escucharle, y fue muy claro en sus palabras: si aquel niño nacía dentro de los nueve meses siguientes al fallecimiento del general, era suyo. Si existía alguna duda razonable de que ese hijo pudiese no ser de su padre, la única forma de demostrarlo sería mediante la declaración de algún «testigo» fiable, que pudiese declarar que había sospechas fundadas para pensar lo contrario. Y aun así, eso también sería muy difícil de probar. Por lo tanto, habría que esperar al desarrollo de los acontecimientos.

Georges-Antoine estuvo a punto de decirle que él era un testigo más que cualificado para opinar lo contrario, pero calló. ¡Embarazada! Columna se había quedado embarazada... ¿Qué se suponía que iba a tener? ¿Un nuevo hermano o un hijo...? Aquello no le dejaba dormir. Más de dos años casados, y se quedaba en estado justo a la muerte de su padre. Podía ser cierto, pero también podía ser mentira. Debía hablar con Columna.

Cuando entró al taller, la vio sentada en una silla, cosiendo, y por un momento vaciló. Estaba diferente, algo en ella había cambiado. Se la veía serena, sonriente, incluso guapa. Aquella muchacha no tenía nada que ver con la que había conocido en el hotel des Bains. Era como si hubiese encontrado la alegría y la felicidad, y hubiese dejado atrás la oscuridad y el dolor. Una prominente barriga se adivinaba bajo el vestido. Su cuerpo se había redondeado, perdiendo esa delgadez que marcaba sus clavículas y los pómulos de su cara. Por un instante, Georges-Antoine deseó que aquel niño fuese suyo, que aquella situación fuese distinta...

Pero, tras el primer impacto, recordó lo que le había llevado allí, y continuó caminando hacia ella. La cogió con fuerza del brazo, levantándola de la silla, y la sacó al patio. Cuando dos de las otras muchachas trataron de salir a ayudar a Columna, a él le bastó con mirarlas para que ellas volvieran a entrar inmediatamente. Una vez solos, bajo el sol de una mañana luminosa, se miraron.

—¿No tienes nada que contarme?

—¿El qué?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—Bueno, como verás estoy embarazada. ¿Acaso no se me nota? Estoy muy contenta, el duque consiguió al fin lo que quería... ¿No te alegras tú también por mí?

—Que estás embarazada es algo obvio, no hay más que verte. Y me alegro por ti, aunque no lo creas, pero mi pregunta iba por otros derroteros y lo sabes.

—¿Por qué has venido ahora, cuando hace ya tantos meses que estoy encinta?

—Yo no lo sabía, me he enterado justo hoy, y, como verás, no he perdido el tiempo. He venido porque quiero saber la verdad, Columna. Quiero saber si ese hijo es mío.

—Es de tu padre, estoy segura de ello. Las mujeres lo sabemos siempre.

—Si fuese mío, ¿me lo dirías?

Columna lo miró fijamente durante unos segundos, y después se dio la vuelta y caminó hasta unas macetas grandes que había cerca, sentándose en el borde de una de ellas. Se sentía agotada, le habría gustado quedarse en casa descansando y durmiendo. Y aquella conversación... y Georges-Antoine...

Lo miró y por primera vez se dio cuenta de la profundidad de lo que sentía por él. Pero aquello no era como tenía que haber sido. No era como en su novela favorita de Carmen de Icaza, *Vestida de tul*, donde Felipe Arcea le decía a Sol Alcántara: «Te raptó para mí». Él no estaba enamorado de ella, no la amaba. No habían sido novios, ni se habían prometido, ni habían tenido una gran boda en Zaragoza. Él no la amaba. Pero ella a él sí.

Contarle la verdad, decirle que ese era su hijo, habría supuesto llevar la deshonra a su apellido y a su familia, a la que tanto amaba el general. Reconocer que era hijo suyo suponía reconocer que había fallado como viuda a la memoria de su marido, que había fallado como mujer a las promesas del matrimonio, que iba a dar a luz a un bastardo que probablemente jamás sería reconocido por su padre, y que cargaría con la cruz de la ignominia y la desgracia toda su vida. No, eso no era lo que ella quería para su hijo. Y no era lo que quería para Georges-Antoine. Así que solo había una salida.

—Si fuese tuyo te lo diría, por supuesto. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—Mientes, Columna, mientes. Y me asusta la facilidad con que lo haces. Ese niño es mío, no puede ser de mi padre.

—¿Y por qué no? ¿Tantas ganas tienes de que sea tuyo? ¿Es que si lo fuese lo reconocerías legalmente? ¿Le contarías a todo el mundo que es hijo tuyo? ¿El futuro duque? Y ¿tengo que crearme que no harías caso del tremendo escándalo que se formaría? No, Georges-Antoine, eres como tu padre, te debes a tu familia, a tu historia, y a ti mismo.

—No, no soy como mi padre... Al menos, no del todo... Pero es cierto que no querría un escándalo... Si ese bebé es mío, dímelo, Columna. Me haré cargo de él de forma discreta, os mantendré a los dos. Te compraría una casa lejos de aquí, donde nadie te conozca y donde no importe de quién es ese hijo. Yo iría a verlo de vez en cuando, procuraría que no le faltase la mejor educación, sería... sería como un tío lejano para él.

—Pero un día el niño preguntaría quién es su padre. Y entonces, ¿qué debería contarle? No, Georges-Antoine, no quiero tu caridad. No me hace falta porque el niño no es tuyo. No va a crecer escondido del mundo, como si fuese algo malo, sin apellido, sin familia, sin un padre. No, Georges-Antoine. Mi hijo tiene un padre, el general Jean-Henri Quelen de La Vauguyon, duque de Joyeuse. Él será un Quelen de La Vauguyon, como tú, que serás su hermano. Crecerá sabiendo adónde pertenece, crecerá sabiendo quién fue su padre, y me tendrá a mí a su lado, siempre.

—¿Por Dios, Columna! ¿Por qué eres así? ¿Por qué te niegas a aceptar mi oferta? ¿Por qué prefieres engañar a ese niño, diciéndole que mi padre es el suyo también, cuando no es cierto?

—¿Es que si fuese tuyo algún día le dirías la verdad? ¿Algún día lo reconocerías de forma pública? Mírate a la cara Georges-Antoine, has enrojecido de vergüenza ahora mismo, porque sabes que jamás será así. Te casarás, formarás tu propia familia, y te olvidarás de él, y de mí... Además, ¿por qué tengo que irme a otra parte, esconderme, y renunciar a mi vida, cuanto tanto esfuerzo me ha costado llegar aquí? Trabajo, la vida me sonrío, soy aún muy joven, ¿por qué tendría que renunciar a todo ello?

—Porque si ese hijo es mío, lo estarías engañando, y viviría toda su vida una mentira.

—Como si eso te importara. Como si yo te importara...

—¿Acaso te importa a ti lo que yo siento? No, no lo creo. En realidad, no creo que te importe nada más que tú misma. Eres una mujer egoísta, que toda su vida no ha pensado más que en su provecho, ¿o me equivoco? ¿Por qué si no te casaste con mi padre? Aunque, bueno, a fin de cuentas, los dos sabemos perfectamente lo que vio mi padre en ti.

—Imagino que lo mismo que viste tú.

Georges-Antoine la miró y acercándose despacio, la cogió levantándola de donde estaba sentada.

—Dime la verdad, Columna, solo te pido eso. Dime la verdad y después yo cuidaré de ti, cuidaré de vosotros.

—La única verdad aquí, Georges-Antoine, la única verdad es... que te quiero.

—Pues si de verdad me quieres, dime la verdad, y juntos solucionaremos todo esto.

Las lágrimas comenzaron a caer despacio por las mejillas de Columna. Decirle que el hijo era de él, y que su mayor deseo era que pudiesen estar juntos, para siempre, era lo único que quería hacer en aquel momento. Pero no podía ceder a su impulso. En el fondo, sabía que no se equivocaba... En el mundo en el que vivían, sus sueños solo podían ser eso, sueños. Su hijo nunca tendría un padre si decía la verdad.

«Calla, Columna, calla, no puedes hablar, ni con él ni con nadie, este secreto te lo llevarás a la tumba. Lo tienes aquí delante, pegado a ti, notando su aliento en tu cara, las manos en tus brazos, y los recuerdos de lo ocurrido en aquella pensión te nublan la mirada. Lo quieres, y tu corazón palpita lleno del amor más sincero. Pero recuerda que te acaba de llamar egoísta... Tú... que jamás has pensado en ti... Que tuviste un novio maquis que te abandonó por el monte, y al que trataste de convencer de que no lo hiciera... Tú... que te casaste con un hombre al que no amabas para que a tu familia no le faltase de nada... Tú... que una vez quisiste sentirte amada, y aquel italiano resultó ser un miserable, un canalla, que pagó tu lealtad al general con una mentira, que mira qué caro te ha costado... desheredada... Tú... a la que casi violan, a la que casi matan, a la que obligaron a matar para sobrevivir... No, Columna, no, no le debes nada a Georges-Antoine, pues ambos os encontrasteis en una encrucijada de vuestras vidas donde creíais que ya no podíais sentir amor, y lo único bueno que ha salido de ahí es este bebé que llevas en tu seno... No te engañes, Columna... Le has dicho que lo quieres y él no ha respondido lo mismo... tan solo quiere saber la verdad... Una verdad que te llevará a ti y a tu hijo a una vida que no merecéis».

Así que se secó las lágrimas, y conteniendo la angustia en su pecho, respondió.

—Te he dicho la verdad, Georges-Antoine. Ahora, por favor, vete.

—Entonces, ¿es esto lo que quieres? ¿Que me marche sabiendo que me ocultas la verdad, y que ese hijo es mío? Aunque ahora que lo pienso, también podría ser de otro, ¿verdad, Columna? No creas que no he pensado muchas veces en los motivos de mi padre para desheredarte...

—Si has venido para insultarme, pierdes el tiempo, pues nada de lo que dices puede hacerme ya daño. Yo sé la verdad, no tengo nada que reprocharme, mi conducta ha sido siempre intachable, y tú no eres más que un niño incapaz de aceptar que va a tener un hermano. Vete de aquí, y no vuelvas más.

—Muy bien, pero entonces así serás tratada en el futuro, como la viuda de mi padre que lleva en su seno a mi hermano. Y eso jamás podrá cambiar, ¿lo comprendes? Jamás.

—Lo comprendo. Ahora márchate, sal de aquí.

Columna lo vio salir del patio y se dejó arrastrar por el llanto. La duda la carcomía por dentro, llenándola de desasosiego. Se puso en pie y el sol la cegó por un momento. Se cubrió los ojos con la mano, y miró al cielo.

«Ojalá tuviese la respuesta, ojalá supiese a ciencia cierta qué es lo que debo hacer. Ojalá Georges-Antoine me hubiese raptado para él, llevándome a algún lugar donde vivir juntos para siempre. Pero no puedes soñar, Columna, no puedes soñar. Tan solo puedes tener los pies en la tierra, y ser fuerte. Porque el bebé va a necesitar que seas fuerte. Van a venir muchos momentos malos, no será Georges-Antoine el único que dude de quién es el padre... Pero tú podrás con eso, y con más. Encontraste a Alziz, ayudaste a Marie-Hélène, mataste a Pedro... No tienes más remedio que seguir adelante, por tu hijo, por ti. El general siempre te lo decía, Columna, eres una mujer valiente. Ahora empieza tu vida de verdad, por primera vez sola, sin nadie a tu lado, y deberás valerte por ti misma. Olvida a Georges-Antoine, como si jamás se hubiese cruzado por tu vida, como si jamás lo hubieses conocido. Si se ha ido así, sin ser capaz de luchar por ti, no te merece. Como no te merecían Javier, ni Pedro, ni Gaetano. Por ello este hijo será del único hombre que te amó y así lo demostró, que te trató como el mejor de los esposos, que te quiso y te dio todo lo que tenía, aun a pesar de lo ocurrido al final. A partir de este momento, tu única prioridad en la vida es tu hijo. Por él harás lo que tengas que hacer, por él mentirás, y llevarás adelante el mayor de todos los engaños. Pero a cambio le darás un futuro, será un Quelen de La Vauguyon. Y así tengas que estar sola el resto de tu vida, así no vuelvas a amar ni a sentirte amada, así tengas que soportar las sospechas y las calumnias, mantendrás esta verdad».

Nota de la autora

Aunque la historia aquí contada es toda ella fruto de mi invención, he querido ser lo más fiel posible al contexto histórico de la época.

No obstante, y en aras de facilitar el hilo de la historia, me he permitido ciertas licencias, como usar los aristocráticos apellidos Joyeuse y Menars, cuyas familias hoy en día ya no existen.

Agradecimientos

Como ya hice en mi anterior novela, os cuento cómo nació esta. El periodo comprendido desde el inicio de la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda me ha resultado siempre fascinante, y he tenido la oportunidad de leer numerosas obras sobre el tema. Me habría gustado situar mi historia en este contexto, pero me pareció no solo complicado a nivel de documentación, sino también un poco trillado. Así que opté por empezar cuando otros acaban: al finalizar la Segunda Guerra Mundial.

Quería que mi protagonista fuese de Zaragoza, por un lado en un pequeño homenaje a mi padre, y por otro porque siempre me ha parecido una ciudad magnífica a la que no se le ha brindado en la literatura todo el peso que merece. Espero haber conseguido transmitir el amor y el cariño que siento por ella, aunque haya sido durante una época tan oscura como la posguerra.

Columna nace porque una tía de mi padre se llamaba así, y desde bien pequeña siempre me llamó la atención el nombre (de hecho me encanta). Si lo piensas es lo mismo que llamarse Pilar, patrona de la ciudad. La historia de la vida de mi protagonista fue desarrollándose conforme ella maduraba y, muchas veces, escapando de mis ideas primigenias. Eso es lo más hermoso de escribir, el descubrir un día que tienes un ser vivo entre las manos, que adquiere su propia identidad específica independientemente de tu voluntad de escritor.

Como siempre, tengo mucho que agradecer. Para empezar, me gustaría destacar dos fantásticos libros que me han servido de inmensa ayuda, *Usos amorosos de la posguerra española*, de Carmen Martín Gaité, y *Cuentos de San Cayetano*, de José Antonio Labordeta. Sin ellos la parte aragonesa de este libro habría quedado mucho más coja. También me ha servido de mucha ayuda el artículo de Modesta Asunción Beracieto «Hazte practicante, nunca pasarás hambre».

Para los que quieran saber más sobre la postura francesa en la guerra árabe-israelí de 1948, les aconsejo este estupendo artículo de [Frédérique Schillo](#): «*La France et le règlement onusien de la première guerre israélo-arabe (mai 1948 - juillet 1949)*».

Gracias a mi primo, Javier Gamarra, por su minuciosa y entusiasta ayuda recabando documentación en Zaragoza para mí.

Al joyero Vicente Gracia, por dedicarme una mañana y contarme la maravillosa historia de su padre. Todo lo que le rodea siempre es excepcional.

A Amparo Ferrando y Antonio del Campo, por una cena en Bali donde nació George-Antoine.

A Ignacio Ramos y Guillermo López por una tarde de agradable charla, en la que aprendí mucho sobre la Guerra Civil española, y descubrí cosas sorprendentes.

A mi querido tío Ramón Pascual (DEP), y a José Carmelo Llopis, ambos notarios, por su sapiencia y acertada ayuda en las dudas notariales de este libro.

A mi editora, Berenice Galaz, por seguir confiando en mí y en mi trabajo, aunque a veces la vuelva loca y le discuta.

A Manuel Arranz, mi corrector, porque estas páginas también son tuyas. Sin tu ayuda, apuntes y correcciones, nunca habría llegado a ser lo que es. Tengo la inmensa fortuna de haber encontrado lo que muchos escritores jamás encuentran: mi alma gemela correctora. Infinitas gracias.

A mi tía, Blanca Fitera, por ilustrarme sobre el complicado mundo de los bordados y la construcción de tocados. Tú los sabes hacer mejor que nadie.

A mi familia, porque son el pilar sobre el que me asiento, crezco y mejoro día a día. No sería nadie sin mi madre, mi hermana, mis tíos y mis primos.

A mi marido Jorge y mi hijo Carlos, porque son la razón de mi existir, mi felicidad y mi vida. Ojalá que cuando estas páginas se publiquen, podamos decir que somos uno más en la familia. *Vi voglio bene assai.*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Gadea Fitera, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): febrero de 2019

ISBN: 978-84-9164-540-5 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.